
El Altar

ESCRITO POR:

César Blanco Castro

El Altar

Autor: César Blanco Castro
Editor: César Blanco Castro
Portada: César Blanco Castro
Depósito Legal: PM PM 1262-2008
ISBN: 978-84-612-4756-1

*Doy gracias a Dios, a mi hermana María del mar
que se ha leído todo lo que he escrito
y me ha "obligado" a seguir escribiendo.
A mis padres, al resto de mi familia y a los amigos.
A todos dedico esta primera obra.*

!!!Vendrán más!!!

El jueves ocho de agosto del año mil ochocientos once fue encontrado en las proximidades de Pineda de la Sierra, provincia de Burgos, un soldado francés. Su aspecto asustó en un primer momento a los lugareños que se encontraban en labores de siega. Durante un tiempo no inferior a cinco minutos se quedó frente a ellos con los ojos muy abiertos, respirando rápidamente y sin pronunciar una sola palabra. Un ruido proveniente del hayedo consiguió que el soldado saliese de su ensimismamiento y tras mirar brevemente hacia ese lugar, del que salían volando en desbandada decenas de pájaros, se tiró al suelo, puso las manos sobre la nuca y comenzó a gritar socorro.

Los mozos lo alzaron y lo llevaron hasta el pueblo empujándolo, casi no dio un paso porque lo llevaban en alzas. Pero a pesar de los brutos modales con que estaba siendo tratado, sonreía cada vez que miraba hacia atrás, hacia el hayedo.

Al llegar al pueblo lo entregaron a una partida de las tropas españolas que lo reconocieron enseguida, su nombre Denis d'Alambert, su graduación teniente. El soldado que lo reconoció lo primero que hizo fue escupirle a la cara, después se quitó la camisa y enseñó toda suerte de cicatrices, algunas de arma blanca, otras de quemaduras.

—Éste fue uno de los de Gamonal¹, marcharon después de haber robado, violado y asesinado —le puso la punta de la navaja en la nuez, el miedo volvió a los ojos de Denis— ¿Qué fue lo que me dijiste cuando me dejaste tirado? —alzó la mano con intención de pegarle mientras gritaba con ira— ¿Qué fue?

—¡Soldados! —la voz del capitán Lequerica consiguió que todos se pusieran firmes— ¡Quintero guarde esa navaja! Luego ha de comer con ella —dijo sonriendo, mientras posaba su mano sobre el soldado que dobló la navaja y la guardó sin apartar los ojos de los del francés.

—¡Gracias Monsieur! —el cinismo que empleó al decir la frase no pasó desapercibido por nadie.

¹ 10 de noviembre de 1808

El capitán le invitó con un gesto a que le acompañase. Al pasar Denis junto a él, se volvió y gritó a la tropa que se preparasen para salir hacia Burgos.

-Acompáñeme —el capitán caminaba con las manos a la espalda y con paso rápido, Denis miraba hacia todos lados— no mire tanto, de poco va a poder informar —dijo Lequerica mientras se sentaba en una silla a la puerta de la taberna del pueblo— ¡Siéntese!

Denis se sentó en la silla al otro lado de la pequeña mesa. El tabernero salió sonriente, era un hombre fuerte, alto y con una calva en la parte trasera de la cabeza que le daba apariencia de monje.

-¡Un prisionero! —exclamó gratamente sorprendido.

El capitán Lequerica afirmó con la cabeza, se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa, era un hombre de unos treinta años, la frente parecía más grande de lo normal por culpa de una entrada. Miró a Denis que sacó unos guantes del bolsillo, los tocó con verdadero placer y volvió a guardarlos. El capitán pidió una jarra de vino. El tabernero entró rápidamente.

-¿Algún recuerdo? —preguntó indiferente el capitán.

-Sí, conseguí estos guantes y estas botas —las mostró orgulloso— gracias a mi labor al controlar una insurrección.

-¿Dónde está el resto de su tropa? —la pregunta pilló desprevenido a Denis que sonrió— Tendría que responder antes o después.

-Sí, es cierto. Pero no me esperaba que lo hiciera usted y menos que lo soltase tan de repente.

El tabernero dejó una jarra y dos vasos y se puso a hablar con dos clientes que estaban en la mesa al otro lado de la puerta.

-¿Por qué, acaso si la situación hubiese sido al revés usted no me habría interrogado? —sirvió dos vasos de vino, Denis bebió el suyo con avidez.

-Cierto —respondió sirviéndose otro vaso— ¿Qué quiere saber?

-¿Dónde está su tropa? —sacó un paquetito que contenía una pipa y comenzó a llenarla.

El ojo derecho de Denis, el que tenía sano, se medio cerró parpadeando rápidamente y comenzó a recordar.

2

El mensajero llegó pasadas las once de la noche con un sobre lacrado que contenía órdenes. No había pasado ni un minuto de la medianoche cuando el general Beaumont mandó una avanzadilla, debían llegar a Salas de los Infantes donde recogerían información sobre el castillo y la disposición de la gente hacia el ejército francés, puesto que las órdenes que habían llegado mandaban tomar los castillos de la región.

Denis d'Alambert iría con una avanzadilla formada por treinta soldados, quince franceses y quince españoles, dos caballos y tres mulas.

Mediada la noche del veinticuatro de Julio salieron de Ezcaray. No querían pasar por ningún pueblo para evitar que las gentes se lo contasen a las guerrillas que practicaban la resistencia, así que atravesarían la Sierra de la Demanda. La noche era fresca, de hecho durante toda la semana había estado lloviendo y el camino estaba lleno de barro y charcos. El amanecer les sorprendió en lo alto de un monte desde el que miraban la hermosa vista que les ofrecía el sol saliendo. Prosiguió la marcha hasta las diez de la mañana que pararon a almorzar, Denis sacó un mapa y llamó a un par de soldados españoles.

-Azaña, Polanco ¿pueden venir un momento?

Los dos se cuadraron frente a él, que tenía apoyado en las monturas de su caballo el mapa.

-Calculo que andaremos por aquí —señaló con la fusta en el mapa— Ustedes conocen bien la zona, ¿verdad? —Ambos asintieron con la cabeza— ¿En cuántos días estaremos allá?

Los soldados, que no se esperaban la pregunta, comenzaron a ponerse nerviosos. Polanco disimuló mirando ridículamente al cielo, Azaña se puso colorado y miró al teniente con odio ya que de un momento a otro quedaría en evidencia.

-Teniente, teniente —otro soldado español venía corriendo, llamaba al teniente sin levantar la voz pero con evidente nerviosismo— Creo que debemos marchar.

3

El traqueteo del carro en que iba Denis y que le había estado arrullando la última hora desapareció al pasar por una zona pedregosa. Denis asomó la cabeza y vio al capitán caminando junto a su caballo y riendo con un cura y un par de soldados, delante del carro en que se encontraba había otros dos transportando algún soldado que aprovechaba para dormir o jugar a las cartas, y el resto caminaba. Había gran variedad de uniformes, debía ser un grupo formado con gentes de distintas procedencias.

-¡Vaya parece que al fin despertó! —gritó el capitán con una gran sonrisa, dio un silbido poniendo los dedos en la boca y el grupo fue parando— Urquiza, coja mi caballo y busque algún buen sitio donde pasar la noche.

El soldado, un joven de no más de dieciséis años, sonrió orgulloso e incrédulo ante el hecho de que el capitán Lequerica le dejase su caballo. Montó y salió corriendo ante los aplausos y los vítores de los compañeros que sonreían al ver al joven montado. Denis se puso junto al capitán, aturcido aún.

-¡Buen caballo! —exclamó Denis.

-¡Sí! —contestó con una mirada orgullosa el capitán— Clavileño lo llamé... Como en El Quijote.

Denis sonrió por cortesía, pero el encogimiento de hombros dejó bien claro que no sabía de lo que le hablaba el capitán. Éste cogió por los hombros en modo amistoso al francés e indicándole con el brazo izquierdo comenzaron a caminar. Volvió a llamar la atención del francés la diferencia de trajes que había entre los soldados.

-¿El no ir todos iguales a qué se debe?, ¿Acaso España no tiene dinero para vestir de la misma manera a sus soldados —preguntó de la manera más ofensiva que pudo.

-No —contestó el capitán sin darle la menor importancia— Nos invadisteis y el pueblo se alzó contra vuestra tiranía. Dentro de este grupo hay millones... Aquellos dos de Aragón, ese otro de Álava... Allá soldados de Guipuzcoa. Todos unidos para defender su país. Todos unidos para liberar a España. No vamos de paseo, vamos a combatir.

-¡Oh! —la calma con la que contestó Alfredo no sentó bien al francés que esperaba una reacción más violenta— Perdone entonces este rato que he estado desmayado.

-No se disculpe, no ha sido molestia alguna este rato que ha estado durmiendo. Pero igual sí lo será a partir de ahora —sonrió pícaramente— Creo que antes no me presenté, me llamo Alfredo Lequerica. Capitán Alfredo Lequerica —tendió la mano.

-Mi nombre es Denis d´Alambert— se sacudió la mano en la camisa y la juntó con la del capitán—Teniente.

-¿Y sus insignias, y su ropa... —el capitán se sentó cerca de la orilla del río— y su tropa?

Denis se situó frente al capitán, se agachó y tiró una piedra al río.

-Están todos en El Altar.

-¿El Altar? —un soldado se acercó para ofrecer agua a los oficiales— ¿Qué es eso?

-¡Un pueblo, un maldito pueblo!

El capitán y el soldado le miraron sorprendidos. Denis volvió a desmayarse.

4

Ezequiel Urquiza cabalgaba feliz, que el capitán le hubiese dejado el caballo era un orgullo para él. Iba confiado porque esos caminos se los conocía muy bien, por aquellas tierras había pastoreado mucho y sabía perfectamente donde llevaría a sus compañeros. El caballo comenzó a trotar más lentamente, Ezequiel le acarició el cuello y rápidamente se echó la mano al pantalón para secársela ya que el animal sudaba en exceso.

Paró al caballo, el lugar que tenía en mente para pasar la noche estaba a la vista, así que se bajó y caminó junto a Clavileño los doscientos metros que quedaban.

El lugar era un recodo del río con un claro rodeado de árboles que en los meses de calor aliviaba el camino a la gente que pasaba por esos lugares. Ezequiel quitó la montura al caballo y se metió en el río con él. El caballo recelaba mirando en todas direcciones con las orejas en alto, el frescor del agua acabó venciendo a la preocupación y se metió hasta donde se encontraba el chaval que sonrió.

-Clavileño, ahí hay una poza. Ven aquí.

El caballo no hizo caso, nadó unos metros y sumergió la cabeza, el chico se quedó sorprendido ya que no había visto

nunca bucear a un caballo. Ezequiel decidió meterse en la poza también, ya que el agua le llegaba hasta poco más arriba de las rodillas.

Una suave brisa meció las ramas de la arboleda, el caballo salió de la poza y estiró el cuello mirando hacia ese lugar. Luego miró al chico como se sumergía en el agua.

El viento seguía soplando dulcemente, Clavileño volvió a mirar hacia el lugar donde el chaval nadaba, algo le inquietó y se dirigió a la orilla velozmente.

El galope del caballo salpicaba tan alto que salió del río dificultosamente. El corcel alcanzó la orilla sin haber relinchado ni una sola vez, al llegar, Clavileño fue recostándose lentamente sobre las tripas que se le habían salido nada más pisar la orilla. El caballo respiraba lentamente mientras poco a poco se le cerraban los ojos llenos de lágrimas.

5

Denis volvió rápidamente en sí, gritando y moviéndose alterado. El capitán y Quintero le sujetaban con fuerza, pero por el impulso cayeron los tres al agua. Cinco soldados se pusieron junto a la orilla apuntando con los rifles. Denis recobró la cordura. Quintero se enfadó al ser objeto de mofa por parte de sus compañeros. Salió veloz del agua y se sacudió con fuerza como un animal. El capitán sentado en el agua se mostraba inquieto y enojado.

-¿Se puede saber qué demonios le pasa? —gritó— ¿A qué está jugando?

Denis miró al capitán y a todos los soldados que observaban a los oficiales sonrientes algunos, preocupados otros. El capitán movió el brazo mientras se levantaba para que los soldados bajasen las armas, cosa que hicieron con reticencia.

-¿Dónde está El Altar y que ocurrió allí?

-Poco después de comenzar la misión vimos a lo lejos a un número bastante grande de soldados suyos, quien sabe si ustedes mismos. Tuvimos que correr porque no queríamos que nadie nos viese. Dos soldados españoles decían que conocían muy bien esa zona... y resultó ser mentira.

-¿Soldados españoles?, ¿prisioneros?

-¡No, no, no, no! —dijo muy deprisa Denis, moviendo mucho los brazos— Colaboradores.

-¡Ah!, traidores —el capitán se giró hacia un soldado sin prestar atención a lo que Denis contaba— Nos movemos, ya encontraremos a Ezequiel por el camino.

El soldado se subió a una carreta y dio unos toques con la corneta. El resto del grupo comenzó la marcha sin reproches. Alfredo se subió en la parte trasera de otro carro.

-Siéntese aquí y siga contando.

Denis se subió de un salto y cayó sentado.

-Esos soldados...

-¡Esos traidores! —interrumpió Lequerica. Denis asintió con la cabeza.

-Traidores en efecto. Esos dos nos engañaron. Y nos llevaron a ese lugar, a ese pueblo...

-¡El Altar!

-Oui —Denis miró al capitán avergonzado— Perdone, desde que estoy aquí he procurado hablar siempre en español.

-No se disculpe por eso.

-¿Cómo se llaman esos traidores? —gruñó Quintero que miraba con cara de pocos amigos al francés.

-José Polanco y José Luis Azaña se llamaban. ¿Los conoce?

-¿Quién no ha oído mentarlos alguna vez? —dijo riendo sarcásticamente el capitán— ¿Quién no?

-Ladrón el primero. Aranero² el segundo. Siempre mintiendo, siempre engañando y creando discordia entre los compañeros —decía Quintero mientras jugaba con el heno del suelo del carro— Dichoso Godoy.

El capitán afirmaba con la cabeza mientras observaba pensativo el camino bajo sus pies.

6

El sol caía lentamente y comenzaba a refrescar a pesar de estar a primeros de Agosto. Denis marchaba al final del grupo mirando con gesto enfadado a los dos soldados que iban al frente guiando y que reían como si no pasase nada.

² Aranero = Embustero

-Polanco, Azaña —todos los soldados menos esos dos miraron al teniente— ¡Polanco, Azaña! Vengan aquí inmediatamente -gritó Denis que se llevó la mano a la pistola.

Los dos soldados corrieron. Al llegar, el resuello se escuchaba a varios kilómetros a la redonda.

-¿Quieren decirme dónde estamos? Llevamos tres días andando a ciegas. Ya tendríamos que haber llegado a Salas de los Infantes —se bajó del caballo de una manera violenta, en la bajada empujó a Polanco de una patada —Ya tendríamos que haber llegado a Burgos. Diablos, ¡a París!

-Ve... verá usted mi teniente —José no dejaba de mirar al teniente moviendo los brazos hacia el comienzo del grupo— Por ahí, un poco más adelante hay un pueblo.

-¿Seguro Polanquín? —gritó un compañero sarcásticamente en plan amenazante. Éste que no quitaba la vista del teniente afirmó con la cabeza.

-De acuerdo —dijo el teniente, mientras asía las correas del caballo— Confiaré en vosotros. Pero sabed que de momento la paga de este mes se ha reducido a la mitad —Polanco se indignó al escuchar esto— Y si no aparece ese pueblo, no cobrareis nada.

-Eso es injusto —gritó alterado el soldado.

Los ojos de ira con los que Denis le miró no aplacaron la indignación pero hicieron que callará.

-No cobrareis nada. Porque os mataré yo mismo.

-Mejor entre todos —se escuchó decir.

-¡Marchad delante! —ordenó el teniente moviendo la cabeza en ese sentido.

Los soldados caminaron de nuevo hacia la cabeza del grupo. Sus compañeros les escupían, o les daban la espalda.

Z

-¡Capitán, capitán! —los gritos alteraron a la gente del carro, que permanecía adormilada— ¡Dios Bendito capitán! ¡Eso es horrible!

El capitán, Quintero, el cura, Denis y otros tres soldados bajaron del carro en marcha. El soldado que gritaba se detuvo y vomitó.

-¿Qué ocurre López?

El soldado señaló con la cabeza aún gacha hacia atrás.

-Detrás de la arboleda... Junto al río... Clavileño —decía llo-
rando.

-¿Y Ezequiel? —preguntó el capitán preocupado.

El soldado aceleró el paso, Quintero cogió su sable y acom-
pañado de otros soldados caminó hacia el lugar.

El viento soplaba suavemente en la arboleda, pero no se oía
ruido alguno. Los hombres caminaban con una terrible sen-
sación en el estómago. Unas ramas se movieron más brus-
camente que las otras y todos miraron hacia ese lugar. No
había nada.

Enrique Quintero fue el primero en salir de la arboleda y ver
al caballo. Se arrodilló frente a él, los soldados en silencio
trataban de contener su furia y tristeza ya que ese caballo
había sido un compañero más.

-¡Qué no pase el capitán! —gritó Quintero.

Un par de soldados entraron en la arboleda y encontraron al
capitán acompañado del francés y otros cuantos soldados.
Se interpusieron, el capitán les empujaba con fuerza.

-No mi capitán. Por Dios, no se acerque.

-Dejadme pasar, os lo ordeno.

-Señor Lequerica, hágame caso y no vaya de momento —
exclamó el abuelo con lágrimas en los ojos.

El momento era tan tenso que acabaron rompiendo a llorar
un par de los soldados más jóvenes. El capitán tiró al suelo
al soldado y corrió al claro.

Nada más salir de la arboleda y ver a su caballo rodeado de
sangre y vísceras cayó de rodillas.

-¡No, no! —exclamó en llanto, mientras caminaba arrodilla-
do— ¿Qué te han hecho? Señor, ¿Qué le han hecho?

Apoyó su cabeza sobre la del animal. Todos miraban com-
pungidos, Denis arrogantemente y se podía vislumbrar una
atenuada sonrisa en su rostro.

-¡El Altar! —dijo en voz alta, el capitán miró hacia él— Esto
pasó en ese pueblo maldito también y capitán... su compor-
tamiento respecto al caballo me parece exagerado y algo
estúpido.

El capitán se levantó con los ojos tan llenos de lágrimas que
no podía ver.

-Ese caballo —dijo mientras caminaba hacia el francés seña-
lando al rocín— era como mi hermano, como mi hijo. Era
más inteligente que muchos, incluido yo. Quería a ese caba-
llo tanto como a mi familia —se paró y miró a Quintero— ¿Y

Ezequiel? —se puso muy nervioso y comenzó a gritar—
¿Dónde está Ezequiel?

Los soldados se movieron en todas direcciones, un par de ellos vieron ropa en una rama en medio del río y se acercaron. Los demás se adentraron en la arboleda o siguieron el curso del río por la orilla hacia arriba y hacia abajo. Uno de los que vadeaba el río cayó en la poza y se alteró mucho porque no sabía nadar. El capitán se metió y consiguió sacarle. Al llegar a la orilla el soldado gritó muy nervioso:

-¡He visto algo capitán, he visto algo!

-¿El qué, qué ha visto Sendino?

El joven tosió con fuerza y vomitó.

-Vi una cabeza desollada. Creo que era la de Ezequiel.

El capitán hizo un gesto con la cabeza, el cura y otro soldado, que eran los únicos que se defendían nadando, fueron a la poza. Alfredo, completamente rojo, se aflojó el cuello de la camisa, sudaba y abría y cerraba muy rápidamente la mano izquierda. La nariz comenzó a sangrarle.

-¡Capitán! —exclamó Ezequiel que venía tranquilamente andando. Al llegar a unos diez metros de él echó hacia atrás los brazos abriendo las manos y realizando una leve genuflexión en señal de reverencia.

-Ezequiel, sobrino. Ven a mis brazos.

Los ojos grises del chaval miraban al capitán intrigados. El capitán se acercaba a su sobrino, cuando la voz del cura hizo que todos mirasen hacia él.

-¡Santo Dios, es cierto! Aquí hay una cabeza desollada.

El cura tenía algo en los brazos que cubrió con la sotana.

-¡Capitán! —el chico conservaba la misma pose reverencial. Alfredo se volvió hacia él. Los demás miraban al Padre Heredia salir del río.

-¡Capitán! —exclamó por tercera vez, ahora en voz alta y con un tono amenazante— Padre deje la cabeza, non es la de Ezequiel Urquiza, ni tampoco soy yo él, aunque ocupe su cuerpo —hablaba con una suave cadencia que antes no tenía y que no pasó desapercibida a nadie.

El cura miraba sorprendido al muchacho, Denis se asustó al escuchar el tono del habla del muchacho.

-Soldados... Apunten —el capitán alzó el brazo, los soldados apuntaron a su antiguo compañero.

-¡Capitán! —la mirada del chaval era de rabia, las ramas de los árboles comenzaron a sacudirse violentamente y el ruido del río dejó de escucharse.

-¿Quién eres? —exclamó el capitán valientemente.

-Eso non es importante agora, capitán.

El cura comenzó a rezar el padrenuestro, sacó un crucifijo de madera que llevaba bajo la sotana, lo besó y lo adelantó hacia Ezequiel.

-Non rece por mí padre. Si estoy maldito non es por mi falta de fe —dijo el muchacho que no había quitado en ningún momento la vista del capitán.

El padre Heredia dejó de hablar brevemente al escuchar estas palabras. Inspeccionó al chico que llevaba un crucifijo parecido al suyo en la mano derecha.

-Entonces con más motivo rezaré.

Ezequiel movió la cabeza indiferente.

-¡Capitán! —gritó Ezequiel de manera soberbia— Es la quinta vez que le llamo y non consigo empezar a decir lo que quizá puede salve su vida y la de los sus hombres.

8

-¡Azaña, Polanco! —gritó Denis que aún seguía al final del grupo.

-¡Agaña, Polanco! —dijo en voz baja José en tono burlesco.

-¡Azaña, Polanco! —se escuchó segundos antes de que una bala pasase por medio de los dos soldados. Al girarse estos vieron al teniente con la pistola en la mano y a los soldados apuntándoles. Los dos se echaron al suelo de rodillas y avanzaban de esta manera pidiendo clemencia con las manos cruzadas.

-No nos matéis. ¡Por Dios! —lloraba Azaña

-¿Por qué habría de tener piedad?, en la Vendée³ maté niños más valientes que vosotros. Además yo sólo creo en la diosa razón —replicó con desdén Denis.

-¡Pues por ella! —respondió rápidamente Azaña de manera casi cómica.

³ Matanza producida en esa localidad en la que los revolucionarios exterminaron a más de 120.000 católicos.

-Mañana habremos llegado, se lo juro —farfullaba Polanco, mientras sorbía los mocos que le caían. Miró hacia atrás y al intentar levantarse cayó al suelo.

Azaña le miraba mientras seguía llorando pidiendo que no le mataran. Polanco se levantó y señalando hacia su izquierda comenzó a gritar.

-Ve, ve allí. Allí hay un cartel —hablaba mientras avanzaba.

Azaña se levantó con celeridad con un esbozo de sonrisa en su cara. Los dos comenzaron a correr hacia el letrero, al llegar se abrazaron sonrientes. Polanco leyó el letrero lentamente, con dificultad.

-El... Al... Tar. Do...dos lee...guas.

-El Altar a dos leguas⁴ —gritó Azaña, que recibió un empujón y un mal gesto de parte de su compañero.

El sol estaba a punto de desaparecer, aún se podía ver.

-Caminaremos hasta llegar al pueblo. Supongo que estaremos allí antes de las diez. Id con cuidado, está oscureciendo y parece ser que nos va a acompañar la niebla —repitió lo mismo en francés y azuzó al caballo hasta llegar junto al letrero— Vosotros dos habéis tenido mucha suerte, pero la suerte vuestra acabará más pronto que tarde — espoleó al caballo y salió a galope.

Polanco comenzó a hacer muecas con la cara.

-A veg cuándo apgendes a hablag bien. Bastagdo —dijo en voz baja, meneando la cabeza burlonamente.

-Qué acento más ridículo. Yo tengo que hacer muchos esfuerzos para no reírme —comentó Azaña haciendo caso omiso al gesto de sus compañeros. Polanco asintió sonriente moviendo la cabeza— Antes de que acabe la guerra, ajustaré cuentas con ese tenientillo... —dejó la mirada perdida mientras observaba como Denis se iba perdiendo de vista a medida que se adentraba en la niebla— ¿Habías estado antes por aquí?

-¿Quién, yo? —Azaña miró sorprendido a su compañero que asintió con la cabeza— Las mismas veces que tú —los dos echaron a reír.

-¿Vamos? —dijo José moviendo la cabeza hacia la niebla.

-Espera.

⁴ Legua = Medida equivalente a 5.572,7 m.

José Luis le puso la mano en el pecho y esperaron que sus compañeros hubiesen desaparecido en la niebla. Se acercó al campo de girasoles que había a su espalda y cogió uno.

9

La niebla parecía cada vez más espesa al ir llegando la noche. Denis caminaba junto al caballo, delante de él iba Jean Belle, un muchacho de diecisiete años al que le faltaba el ojo derecho, portando una lámpara.

-Teniente, ¿Cómo es que ha puesto al tuerto guiando al grupo? —preguntó Manuel Villanueva en un tono sarcástico con un fuerte acento.

-Porque si te llega a poner a ti estaríamos aún junto al cartel —respondió Jean sin quitar la vista del frente. Todos rieron.

-¡Cabrón de muchacho, mira que habla bien el español! — exclamó sonriente Manuel.

Era una niebla meona y los soldados cansados y empapados comenzaban a irritarse. Jean paró y movió la linterna de izquierda a derecha. Los soldados pararon y comenzaron a protestar.

-¿Qué ocurre Jean? —inquirió el teniente.

-Aquí hay una cruz y dos caminos ¿cuál cogemos? — respondió apesadumbrado el muchacho.

-Ya hemos andado las dos leguas mi teniente, paremos y pasemos aquí la noche —gritó un soldado.

Denis se volvió asintiendo con la cabeza.

-¿Dónde están esos dos? —gritó.

-Se pararon en la gruta esa, a beber de la fuente —contestó Villanueva.

Los soldados llamaron a sus compañeros. El grupo se cerró en círculo al escuchar el nombre de sus compañeros pronunciado por decenas de voces procedentes de distintos puntos de la niebla. Las voces parecían formar un coro, el tono de las voces era armonioso, agradable, pero el miedo recorrió el cuerpo de todos los soldados. Las voces continuaron llamando a la pareja hasta bastantes minutos después de que los soldados hubiesen callado. El caballo de Denis salió corriendo, pero el teniente no abandonó la formación por miedo a las voces.

-¿Qué? —escucharon gritar a Azaña de una manera muy hosca, las voces callaron— ¿qué pasa?

José y José Luis venían caminando lentamente comiendo pipas del girasol. No habían escuchado las voces que tenían atemorizado a sus compañeros. Se pararon frente al grupo que trataba de ver algo entre la niebla.

-¿Qué os pasa? —preguntó alegremente sorprendido José.

-¿Dónde está el pueblo? —gritó Denis— Ahí hay dos sendas.

Polanco cogió la lámpara y caminó dos pasos por el camino de la derecha, volvió al crucero, dio dos pasos por el camino de la izquierda, vuelta al cartel.

-¿Por dónde? —dijo en voz baja a Azaña.

-¡Por ahí no, por ahí! —señaló a la izquierda— Que hay luces.

José se volvió y se sorprendió pues donde antes sólo había oscuridad, ahora se podían ver unas luces lejanas.

10

-Siento presentarme de aquesta manera tan brusca, non solemos salir del pueblo —cuando dijo esto todos miraron en derredor intentando descubrir si había alguien más— siento lo de su corcel, los caballos, al igual que el resto de animales son enemigos suyos.

-¿Si has poseído al muchacho serás un demonio? —exclamó Heredia, el muchacho sonrió y negó con la cabeza.

-Non, mio buen cura.

-¡Es un diablo! —gritó Denis rojo de rabia y miedo.

El muchacho le miró desafiante con unos ojos llenos de hostilidad.

-Tú, francés, después de lo que ficiste en aquel pueblo, *La Vendée*, y de cómo te comportaste en *El Altar* lo mejor que podrías facer es callar —replicó enérgico y desafiante el muchacho.

La gente miraba de reojo a Denis y al muchacho con curiosidad. El muchacho se irguió y apretó fuertemente el crucifijo. Denis dio la espalda al grupo. Una brisa meció los árboles y el ambiente se volvió más fresco. La gente se relajó, los soldados bajaron las armas, el padre Heredia dejó la cabeza en el suelo cubierta por una tela.

El capitán miraba con recelo al muchacho y pensaba, daba vueltas en su cabeza sobre lo que tendría que hacer o decir, no prestaba atención a nada de lo que sucedía en esos momentos. El labio inferior comenzó a sangrar de lo fuerte que lo mordía, pero el capitán ni se dio cuenta.

-¡Capitán! —gritó el muchacho y se acercó. Al estar frente a él sacó un pañuelo del bolsillo— Está sangrando —le acercó el pañuelo al labio

El capitán lo miró el muchacho se retrajo apartando el pañuelo, respiró hondo y lo volvió a dejar sobre la herida.

-¿Dónde está Ezequiel? —preguntó Alfredo en un tono extrañamente calmo.

-¡Muerto! —el chaval retrocedió dos pasos, el ambiente se volvió tensó de nuevo.

-¡Lo veis, es un diablo! —gritó Denis girándose completamente fuera de sí— un diablo mandado por el mismísimo satanás.

El Padre Heredia y muchos de los soldados se santiguaron. Lequerica cogió al muchacho de una oreja y lo empujó dos pasos. Tiró fuertemente de la oreja hacia abajo, la cara del muchacho no mostró en ningún momento sentimiento alguno.

-¿Qué eres? —decía con rabia Alfredo pero sin levantar la voz, mientras se arrodillaba llevando al muchacho hacia abajo— ¿Qué demonios eres? —la oreja del muchacho comenzó a sangrar y entonces éste se puso a balbucear.

-¡Padre, auxílieme! —dijo Ezequiel sollozando.

El cura corrió en su auxilio y soltó la mano de la oreja del joven, quitó el pañuelo a Alfredo y lo puso en la oreja del muchacho que se abrazó a él temblando. El joven se tocó la oreja y al ver sangre en su mano rompió a llorar.

-Ezequiel murió, porque al ver lo que le pasó al caballo se asustó, tropezó y debió mancarse en la caída —dijo balbuceando— poco después de que espirara metime en él. Yo non le fice nada.

-¿Qué eres entonces? —gritó tan furioso el capitán que el chico le miró con miedo.

-Usted curilla —dijo con asco Denis— ¿Qué hace socorriendo a esa... cosa?

El padre notó algo en el tono de voz de Denis que hizo que abrazase con más fuerza al muchacho.

-¡Ayudar a un indefenso! —exclamó solemnemente el cura.

-¡Todos los curas católicos sois iguales! —gritó con asco Denis y se marchó a la arboleda.

-Sendino, García vayan con él. Que no se escape —ordenó el capitán de manera muy severa. Los soldados corrieron para dar alcance al francés.

-Non faga caso padre —susurró Ezequiel.

-Cuéntame qué eres y qué quieres de nosotros —Alfredo se acercó al muchacho.

-Quiero salvalles, e lo que soy es difícil esplicallo —dijo balbuceando, mientras se levantaba.

-Capitán —gritó Enrique— ¿Enterramos a Clavileño?

El capitán asintió con la cabeza y sin quitar la vista del muchacho dijo:

-Háganlo, después el padre Heredia dirá unas palabras —se giró para echar una última mirada al caballo.

El cura se levantó y puso la mano sobre la cabeza de Ezequiel revolviéndole el pelo de forma amistosa, el muchacho gritó de tal manera que heló la sangre a todos los que allí se encontraban.

Lequerica se giró y vio que el padre aún tenía la mano sobre la cabeza del muchacho al que miraba con expresión de terror. Al bajar la vista a la cara del chico el capitán sintió un hormigueo en el cuerpo. De los ojos de Ezequiel salían lágrimas de sangre, el joven comenzó a gritar pidiendo auxilio. Algo le elevó casi tres metros, y comenzó a despellejarle. El chico llamaba al cura, que aterrado mantenía la misma postura sin poder bajar el brazo, y al capitán.

La faz del muchacho cayó en la mano del cura, que ni aun así bajó el brazo, y comenzó a rezar de nuevo. El capitán miraba la aterradora imagen y en su cara se veía la impotencia de querer ayudar y no poder hacerlo.

-Dios santo, ¿Qué es lo que le está despellejando? —exclamó asustado Quintero.

La piel de los brazos cayó a los pies de los dos soldados, estos ni se inmutaron. Lequerica le cogió el sable a Quintero y empezó a blandirlo bajo el cuerpo agonizante del chaval al que se le estaba desprendiendo poco a poco la piel del torso.

-Capitán non vayan a *El altar* —exclamó Ezequiel en un susurro segundos antes de expirar.

Enrique agarró al capitán y tiró de él hacia atrás para que no le cayesen encima los intestinos del crío. El cuerpo sin

vida se desplomó a los pies del padre, que desmayó al llenársele la cara de sangre al tocar el cuerpo el suelo.

-¡Cabén rápidamente dos tumbas! —gritó el capitán.

-Hará falta más gente mi capitán —susurró Enrique medio aturdido.

-Pues vayan por ella —se arrodilló, la mano con el crucifijo conservaba aún la piel. Delicadamente quitó el crucifijo de la mano— No... mejor trae al francés —inspiró profundamente— él solo cavará las fosas de los dos.

-Pero... —dijo sorprendido Quintero.

-¡Qué cabe! —gritó enfurecido el capitán.

11

La fosa dónde se enterraron los restos del muchacho fue rápidamente cubierta. El padre Heredia realizó un breve panegírico y pidió por el alma del muchacho. Tras el corto entierro Alfredo se sentó cerca del río. El sonido de este producía un efecto relajante, casi adormilante, en el capitán que bajo un árbol observaba como Denis cavaba. Tenía los ojos cerrados cuando una agradable brisa rozó su cara, y movió las ramas del árbol en que se apoyaba.

-Capitán non abra los ojos —Alfredo hizo caso sin comprenderlo, la voz le resultaba familiar. Quién fuera hablaba expirando, como si formase parte de la brisa— Sólo usted puede oírme. Soy quién hablale desde dentro de su sobrino. Non puedo explicalle el motivo de mi advertencia. Pero hágase a cuenta que quienes eso ficieron venían de allí, al igual que yo.

-¿Qué eres?, ¿De dónde vienes?

-Vengo de un lugar maldito —respondió secamente la voz. El pelo del capitán se movió— Soy algo que non podría entender.

-Mi sobrino... -pronunció la frase tartamudeando.

Una lágrima brotó de cada ojo del capitán.

-Si non quier que le acaezca lo mesmo que a su sobrino. Non vaya.

Esa última frase resonó en la cabeza de Alfredo durante varios minutos y consiguió en él el mismo efecto que una prohibición a un niño pequeño.

-Sargento —gritó mientras se levantaba.

-¿Sí?

-Volvemos a Pineda, nos aprovisionaremos y partiremos de inmediato hacia El Altar.

-¿Cómo?

-Ayuden al francés —ordenó violentamente— Cuanto antes acabemos, antes partiremos.

El capitán se marchó ante la mirada atónita de su amigo.

-Ya habéis escuchado. Coged las palas y a cavar.

-Dichoso Godoy —exclamó Raúl Domínguez mirando a su compañero que asintió con la cabeza.

12

-¿Está muy lejos ese pueblo, mi capitán? —preguntó gritando Gabriel, un bajito y corpulento soldado aragonés.

El capitán estaba sentado en la primera carreta al lado del cura que repuesto iba rezando un rosario moviendo nerviosamente las cuentas.

-No lo sabe —susurró Quintero que caminaba junto a Gabriel.

-¿Quién lo sabe entonces, el gabacho? —señaló con la bayoneta a Denis que caminaba escoltado por dos soldados al comienzo del grupo.

-Capitán —gritó uno de los escoltas— Ya estamos otra vez en Pineda.

El capitán giró la cabeza para ver el pueblo, llamó a Enrique con un gesto de las manos y al estar éste junto al carro le dijo:

-Pararemos sólo un rato, una hora a lo sumo. Ve al ayuntamiento y pregunta al alcalde dónde queda *El Altar* y dile que necesitamos a alguien que conozca el camino bien.

Enrique aceleró el paso para hablar cuanto antes con el alcalde, iba acompañado del padre Heredia que se separó de él al llegar a la iglesia. Alfredo se puso de pie en el carro y dijo mientras seguía la marcha:

-A ver tropa, seguiremos hasta la fuente. Allí pararemos lo justo hasta que llegue un guía para llevarnos a El Altar.

-¡Yo sé cómo llegar a ese pueblo! —exclamó ofendido Denis. El capitán se limitó a ignorarlo y volvió a sentarse.

-Tengo una duda —dijo uno de los escoltas llamado Raúl, un chico de Valladolid al que llamaban el rubio y que había estado junto al río el día anterior.

-¿Cuál? —contestó su tocayo un hombre negro mayor al que llamaban el abuelo y que también había estado junto al río.

-¿No dijo Ezequiel que *NO* —recalcó esta palabra cínicamente- había que ir al altar?

-Sí eso dijo, sí.

-Quiere meteros en la boca del lobo —dijo en voz baja Denis sin dejar de quitar la vista del suelo- En ese pueblo hay gran cantidad de soldados franceses.

-Tú calla y camina —dijo el abuelo, empujando a Denis.

La tropa llegó a la fuente, los soldados aprovecharon para reposar. Algunos se quitaron las botas, con bastante dificultad, para refrescar los pies en un pequeño canal. Otros decidieron comer algo y los más se sentaron a la sombra. El capitán consintió este relajamiento teniendo en cuenta que la misión en la que les embarcaba era algo personal. Se acercó a Denis y se sentó junto a él.

-¿Dónde está el pueblo? —le clavó la mirada.

-En un sitio con mucha niebla —lanzó una piedra.

-¿Cuál era su misión?

Denis se movió un poco a su derecha.

-Comprenderá usted que no puedo decírselo, me tendrían como un traidor cuando vuelva a mi patria —protestó Denis de una manera apática.

-¿Qué le hace suponer que va a volver a Francia? - Denis giró la cabeza, Alfredo miraba al suelo donde dibujaba con un palo el perfil de España.

-Estábamos en Ezcaray. Hará cosa de una semana llegaron órdenes de controlar todos los castillos de su país. Nosotros debíamos ir a Salas de los Infantes.

-Así que controlar los castillos —dijo sonriendo en tono despreocupado sin mirar a la cara a Denis.

-Esas eran mis órdenes —respondió con una vaga sonrisa Denis.

Alfredo se levantó y caminó despacio hasta la fuente, esperó que acabasen de beber un par de soldados y al beber vio como se acercaba bastante alterado Quintero.

-Alfredo... —se paró a diez pasos del capitán, espiró ahogadamente, puso las manos sobre las rodillas y giró la cabeza al pueblo— dice el alcalde que vayas.

13

El alcalde estaba junto a una gran mesa ocupada en buena parte por un mapa de la zona. Una esquina del mapa la sujetaba Antón, joven algo corpulento y de carácter ufano, la otra sujeta por un voluminoso libro y una tercera esquina algo rebelde era sujeta por el alcalde que miraba desconcertado.

-Basilio, ¿hay algo en los libracos de allíriba? —gritó mientras soltaba el mapa.

-Aquí no se ve nada —respondió una voz chillona que procedía de una puerta situada a la derecha.

-Antón, ¿harías un favor a éste pobre anciano? —dijo el alcalde mientras se sentaba en un amplio sillón vestido de telas rojas en las que se apreciaban flores— coge una jarra de ese vino que tiene tu padre y tráemela para pasar mejor estos calores.

-Oye Tasio —dijo el dueño de la casa mientras pasaba por la puerta con cuatro gruesos libros en los brazos— ¿tú sabes leer, no?

-Con dificultad, ya lo sabes —exclamó el alcalde tratando de no involucrarse en la búsqueda más de lo que ya estaba.

-¿Con dificultad? —Basilio sonrió mirándole a través de las gafas— ¡Pero si estudiaste en Salamanca!

-¡Eso mismo decía mi padre! —dijo Tasio en voz queda, mientras miraba hacia atrás esperando la llegada de Antón.

-¿Da su permiso señor alcalde? —Quintero esperaba en la puerta, el alcalde miró a Basilio y éste afirmó con la cabeza, Quintero y Lequerica entraron en la sala y se acomodaron.

El capitán estaba nervioso, impaciente por escuchar de labios del alcalde lo que le había ido contando por el camino su amigo. Antón llegó con la jarra de vino, la dejó sobre una mesa sin quitar la vista del capitán que sentado en una silla con las manos sobre las piernas miraba el techo. El alcalde hizo un gesto con la cabeza a Basilio y éste se adelantó ofreciendo la mano al capitán.

-Buenas tardes capitán. Permita que me presente, mi nombre es Basilio de Mantua y soy... un bicho raro —dijo sonriendo mirando a intervalos al capitán y el libro— Antón sirve primero al capitán.

El hijo quitó el vaso al alcalde que estaba llevándose a la boca y se lo dio al capitán que sonrió al ver la cara que puso

Tasio, acto seguido se sentó a la mesa y comenzó a leer uno de los libros que sacó su padre

-Digo lo de bicho raro porque conservo en mi casa documentos antiquísimos. Papeles y libros que los franceses quisieron quemar y que no sé si por curiosidad o por padecer el cierto síndrome de Diógenes guardé en el altillo tras engañarles.

-Bien, pero no entiendo por qué me habéis mandado llamar, tengo la tropa parada en el pueblo y el tiempo es vital...

-Sólo queríamos decirle —interrumpió el alcalde— que ese pueblo... El Altar... No existe.

El capitán Lequerica se levantó indignado y miró con rabia al alcalde.

-¿Y no podían haberle dicho eso a mi sargento?

-Lo hicimos —dijo Basilio, Enrique asintió con la cabeza— Pero queríamos que leyera usted mismo una cosa— cerró el libro con fuerza, se mordió el labio inferior y exclamó en voz baja mirando al cielo con cierta rabia— ¡Aquí no hay nada tampoco!

Todos le miraron, él dejó el manuscrito sobre la mesa cogió un pliego que se encontraba bajo el mapa y se lo entregó al capitán. Éste se sentó al tiempo que leía.

-Justo al final —dijo señalándole con el dedo índice— se cuenta como un pastor dio cuenta de la desaparición de El Altar allá por el siglo décimo.

El capitán leía, su rostro no mostró ningún cambio en el transcurso de la lectura. Al acabar le pasó el documento a Quintero y éste lo dejó sobre la mesa.

-¿Y bien? —exclamó moviendo la cabeza hacia delante— Pueden explicarme entonces, como puede ser que el francés que llevamos prisionero afirme haber estado allí.

Los aldeanos se miraron sorprendidos.

-Es imposible —dijo el alcalde al tiempo que se levantaba— tengo algo más de cincuenta años y créame que he recorrido esa sierra de arriba abajo en más de una ocasión y nunca...

-¡Nunca! —dijo el señor De Mantua afirmando con la cabeza.

-...escuché —prosiguió el alcalde— mentar ese pueblo hasta el día de hoy.

-Es un sitio con mucha niebla.

-¿Cómo? —preguntó el señor de Mantua.

-Lo único que me ha dicho es que es un sitio con mucha niebla.

El alcalde y Basilio se miraron intrigados.

-¡Padre, padre! —exclamó Antón levantándose alterado y llevando el manuscrito— mire en este mapa aparece El Altar. Basilio de Mantua cogió el enorme libro y le echó una ojeada, se acercó a la mesa y ordenó a su hijo y al alcalde que estirasen el mapa. Posó el libro y con la ayuda del capitán y de Quintero intentó localizar los pueblos de un mapa en el otro.

-Esto más que un mapa es un esbozo —dijo señalando el dibujo que en el libro había, el dibujo ocupaba media página en el se mal veían formas con el color apagado que representaban ríos y montañas. Basilio pegó su cabeza al libro:

-Ez... Ezga... ¡Ezgaray!! —dijo levantando la cabeza sonriente y chocando con la del capitán— Esto de aquí debe ser Ezcaray, que en nuestro mapa se encuentra aquí —buscó el pueblo moviendo la cabeza de una manera ridícula, fue Quintero quien señaló el pueblo en el mapa— Eso. Ahora intentemos ver algún otro punto que nos sirva de referencia —volvió a pegar la cabeza al libro y la levantó casi de inmediato— Encontré Burgos.

-¿Dónde? —replicó el capitán mientras agachaba la cabeza hasta el libro. El delgado dedo del señor De Mantua se posó junto al nombre de la ciudad. Lequerica miró el mapa grande sin levantar la cabeza de donde la tenía— ¿Dónde viste El Altar muchacho?

Antón, sonriente, soltó el mapa y se dirigió velozmente junto al capitán.

-Está cerca del monte de San Millán —el capitán rebuscó en el mapa hasta que su nariz se topó con la del muchacho que sonriendo le indicó el lugar— ¡Aquí!, ¿ve?

El capitán se incorporó y puso las manos sobre el mapa, se le notaba disgustado, se atusó el pelo y dirigiéndose a la mesa donde estaba el vino pegó un grito que asustó a los allí congregados.

-Maldito sea el que hizo ese mapa —los nombres estaban todos juntos, casi solapados— por juntar el nombre de un monte con el de un pueblo.

Basilio que miraba el libro, se quedó pensativo.

-Bueno al menos tenemos una pista.

-¡Una pista, una pista! —dijo el capitán moviendo la copa bruscamente pero sin derramar una gota de vino— ¡Santo

Dios, que pista! Buscar ese pueblo será como buscar una aguja en un pajar —bebió— Más difícil aún.

Quintero se sirvió una copa y ofreció a los demás, el único que no rechazó la invitación fue Alfredo.

-Sabiendo que está por la zona de ese monte, sólo tenemos que buscar —sugirió Quintero antes de beber un trago.

-Sí, no creo que sea muy difícil —sentenció Antón.

El capitán se dirigió al joven en sólo tres pasos y apretando las mejillas con sus manos exclamó con los ojos llenos de lágrimas de ira:

-¡Pero es que no hay tiempo! —permaneció mirando al joven a los ojos unos segundos y después lo soltó dándole unas palmaditas en el hombro izquierdo.

Quintero miraba a su capitán sorprendido, no entendía el comportamiento y le asustaba la expresión que tenía con los ojos fijos en la nada.

-Disculpe mi capitán —Lequerica no le oyó— ¡Alfredo! —dijo el nombre en un grito tal que el capitán volvió asustado de su ensimismamiento— ¿Por qué no hay tiempo?

El alcalde se sirvió una copa de vino, Antón también y Basilio leía el libro. El capitán se acercó a su amigo que permanecía sentado, cogióle las manos, inspiró hondo y contestó en voz baja con un ritmillo de voz que parecía estuviese cantando.

-Los franceses Enrique, esos gabachos, tienen fuerzas en ese pueblo... tienen orden de apresar todos los castillos de la región —las miradas de los hombres del pueblo se centraron en el capitán, que soltó las manos de su sargento— Y *NO* saben que lo sabemos Enrique. *NO* saben que vamos.

Alfredo parecía estar a punto de llorar o de pegar a alguien, el alcalde queriendo quitar tensión a la situación comenzó a hablar.

-Hará bastantes años ya... qué sé yo... dieciocho como poco —se sentó— vi un artilugio que podría habernos ayudado a echar a esos invasores en un plis-plas.

-¿El qué, dónde? —preguntó Alfredo tenso.

-Fui a Coruña del Conde a hablar con Diego Marín⁵ para ver si podría aplicar alguna de esas mejoras de las que había oído hablar para nuestro molino.

⁵ Diego Marín Aguilera (1757/1799)

-Ah, sí. Me lo has contado varias veces ya —interrumpió el señor de Mantua.

-Sí —inspiró hondo— por mayo sería —se quedó pensativo— Sí, en mayo. Mediado el mes. Hable con él, pero me dijo que en esos momentos no podía atenderme, porque tenía planeado un viaje a Soria.

-¿Qué es lo qué...? —Alfredo intentó hablar pero el alcalde no detuvo su historia.

-El caso es que decidí pasar la noche allí, había estado tratando otros asuntos y se me hizo tarde —bebió un sorbo lentamente— No conseguía conciliar el sueño, así que decidí dar una vuelta por el pueblo. Y a lo lejos les vi.

-¿A quiénes? —preguntó enfadado Alfredo.

-A Diego, y a los dos hermanos.

-¿Suyos? —curioseó Enrique.

-No, no. Qué va —rió el alcalde— Ellos eran hermanos, un chico y una chica... Barbero creo que se apellidaban, pero no de él. El caso es que les seguí, iban al castillo. No quise arriesgarme a que me vieran. Al poco rato pude ver cómo le ayudaban a ponerse un armatoste... Parecía un pájaro —sonrió a todos los presentes y se encontró con una sonrisa por respuesta de todos— Soplaba bastante viento, bien que me acuerdo de eso, aunque no hacía mala temperatura.

-¿Qué era ese artefacto? —pregunto interesado Alfredo.

-¡Una máquina de volar!

Los soldados exclamaron con admiración.

-¿Y funcionó? —Enrique movió el mostacho con expresión seria.

-Sí... Bueno sí y no —le miraron sorprendidos— Elevarse se elevó, de cinco a seis varas⁶. Mientras se elevaba les gritaba a los hermanos "*Voy a Burgo de Osma de allí a Soria y volveré pasados unos días*".

Le miraban expectantes, el capitán se había sentado a su lado y el sargento agarraba con fuerza su gorra.

-¿Y voló?, ¿en serio? ¿Cómo los pájaros? —Alfredo sonreía como un niño.

-¡Huy que sí voló!, harto voló, pasó por encima del río y todo. Pero algo debió romperse y cayó estrepitosamente.

-Vaya —dijo desanimado el sargento.

⁶ Vara = Medida equivalente a 0,8539 m en Castilla.

-¿Cuánto avanzó más o menos? —el capitán seguía expectante.

-Yo le calculé más de cuatrocientas varas, al día siguiente ellos dijeron que cuatrocientas treinta y una.

-¿Y qué paso? —preguntó Alfredo— ¿Lo llevarían en hombros no?

El alcalde negó con la cabeza y cruzó los dedos posándolos sobre su barriga.

-En este país las proezas se toman por locuras y a los que las acometen por locos. Al día siguiente la gente del pueblo al enterarse se burló de él, lo llamaron loco y le quemaron el artefacto.

-¡Santo Dios! —exclamó indignado el sargento.

-Habría que ponerse en contacto con él —dijo Alfredo levantándose ilusionado.

-Imposible, después del escarnio no volvió a hacer nada y murió pocos años después. De pena creo yo —una mueca de tristeza alteró la siempre alegre cara del alcalde.

-¿Dejaría algún plano, algún escrito...?

-No lo sé. Ya hace mucho que no voy por ahí.

-Cuando volvamos de El Altar, iremos a ese pueblo. Los españoles seremos los primeros en surcar los cielos.

Se sirvieron nuevamente vino y bebieron en silencio.

14

Denis sentado junto a la fuente miraba las grises nubes que iban cubriendo el cielo.

-¡Atenta la tropa! —gritó Quintero mientras se subía a un carro— Vosotros dos, traed aquí a todos los que faltan.

Los dos Raules corrieron a buscar a los doce compañeros que faltaban, ocho estaban en la cantina y el resto echaban una cabezada bajo los árboles.

Diez minutos después los cuarenta y dos soldados que integraban el grupo formaban frente al carro.

-¿Qué es lo que pasa mi sargento? —gritó un soldado desde el fondo del grupo, el resto de compañeros afirmaba con la cabeza o repetía la pregunta.

-Bien caballeros, debo comunicaros que no volvemos a Burgos —la tropa protestó, algunos se sentaron en el suelo y se quitaron los gorros— Si esto os ha sentado mal debéis pre-

guntaros que es más importante vuestro descanso o el futuro de España.

El capitán se acercó lentamente acompañado de Antón y se sentó detrás del grupo en un banco. Algunos soldados de los que se encontraban le miraban apesadumbrados sin ocultar su decepción. El capitán sintió como se le encogía el pecho y alzó la mirada para ver a Enrique que seguía arengando a la tropa.

-Supongo que todos estamos de acuerdo en una cosa, debemos echar a los invasores de España. Y ahora tenemos una oportunidad sin igual. Este francés que llevamos preso forma parte de una gran tropa que resguardada en un pueblo llamado El Altar tiene orden de ocupar todos los castillos de la región. Y nosotros podemos impedirlo.

Los soldados miraron al sargento con la cara sonriente, incluso alguno de los sentados se levantó.

-¡Pasaremos así a la historia!

-Sí, como cuarenta bobos que quisieron detener a un ejército de más hombres, más cañones y más munición — respondió uno de los soldados sentados que jugaba con un puñado de arena que hacía correr entre las manos

El sargento y el capitán se miraron, los soldados miraban a su compañero que se levantó apoyándose en el arma.

-¿Cuándo en la historia se ha visto que menos ganen a más mi sargento?

El sargento bajó del carro y se dirigió al soldado, el resto de la tropa fue haciendo un círculo alrededor de los dos hombres. Junto a la tropa mucha gente del pueblo entre ellos el alcalde y Basilio.

-Muchas veces, en la historia muchas veces y en la de España algunas más —se quedó pensativo miró al capitán que tenía posada la mano derecha sobre un ojo y rápidamente comprendió que le quería decir— Blas de Lezo⁷ y la gente de Cartagena de Indias⁸ vencieron a casi doscientos barcos de la armada inglesa. Ese hombre había sido herido en combates, perdió una pierna, un brazo lo tenía inutilizado y había quedado tuerto.

⁷ Blas de Lezo y Olavarrieta (1689/1741)

⁸ Marzo 1741 – Mayo 1741.

Los soldados escuchaban asombrados, Antón que también lo hacía tenía un brillo de ilusión en los ojos que alegró a su padre.

-Ese hombre impedido y la poca gente que en esa valiente ciudad habitaba vencieron a los ingleses, que huyeron con el rabo entre las piernas. Tanto que mandaron eliminar unas monedas que tenían hechas de antemano proclamando la victoria y se amenazó con la muerte a quien recordara este hecho —se echó a reír, el resto de la gente rió también— Y nosotros no es que seamos mejor que él, es que somos de su misma raza. Nosotros llevamos dentro el orgullo de ser españoles. Y esos franceses —dijo señalando al lugar donde se encontraba Denis— esos gabachos nos han invadido y nos han herido en el orgullo. Por eso os pido este pequeño esfuerzo, vayamos a ese pueblo y hagamos todo lo posible por expulsarles de España.

Los soldados estaban expectantes, ilusionados. Hasta la gente del pueblo vitoreaba y aplaudía.

-Soldados —gritó el capitán, toda la gente se volvió hacia él— Los franceses nos han invadido y nos encontramos en un periodo de liberación. Como españoles no os pido más que un pequeño esfuerzo, ir a ese pueblo y expulsarlos que corran hasta Paris y le digan a Napoleón que aquí no les queremos y que les combatiremos hasta que no quede ni uno solo en estas tierras.

Enrique tragó saliva pues estaba seco

-Estamos librando a España de esos invasores. Caballeros, ¡VIVA ESPAÑA!

El sargento bajó del carro y se dirigió a beber a la fuente. Todo el mundo allí presente respondió con un VIVA en el mismo momento que el cielo dejaba escuchar un trueno que indicaba que la tormenta estaba cerca. Comenzó a llover y la gente se fue a resguardar en las casas.

Denis miraba a los ojos de Alfredo sonriente. El capitán apartó la mirada y acercó la mano al soldado desconfiado, esté se la aceptó.

-Partiremos cuando escampe, y en caso de que llueva toda la tarde, mañana a primera hora —dijo el capitán a Quintero y al soldado.

-¡Capitán! —Denis le gritó, tenía los brazos en jarra y comenzó a reír— ¡Venga capitán! —dijo entre risas.

El capitán se acercó a Denis, los soldados buscaban cobijo, algunos montaban tiendas otros entraban en los portales de la gente del pueblo que les llamaba.

-Bonito discurso. ¿De verdad cree que podrá hacer algo contra mi tropa con estos hombres?

-¿Cuántos son?

-Usted no quiere ir a El Altar para ver cuántos franceses están ahí asentados.

El capitán le miró como si Denis le hubiese leído el pensamiento, Denis sonrió al ver el gesto de Alfredo.

-Usted quiere averiguar que fue eso que vio, qué mató a su caballo y a su sobrino.

-¿Usted lo sabe?

-Por supuesto que sí. Yo lo sé todo. Soy francés —escupió en el suelo y se echó a reír.

15

El Padre Heredia se encontraba en el primer banco con la cabeza gacha junto al párroco de la iglesia. Los dos rezaban, la puerta de la iglesia se abrió bruscamente empujada por el viento, ambos miraron hacia ella asustados. Fuera el viento rugía y la lluvia caía a calderadas. Rieron. Pascasio, el párroco de la iglesia, se acercó lentamente a la puerta para cerrarla.

Al llegar a ella, un relámpago dibujó la figura de un soldado, que se acercó al cura y le dijo algo al oído. Pascasio atrancó la puerta y dijo en voz alta al padre Heredia:

-He de marchar a dar una extremaunción —el padre Heredia asintió con la cabeza— alguno de tus muchachos.

El Padre Heredia se levantó impulsado, Pascasio le apaciguo moviendo la mano derecha de forma paralela al suelo.

-Voy yo, Domingo. Descansa, reza y pídele a Nuestro Señor Jesucristo que os ayude en vuestra búsqueda.

El padre Heredia asintió con la cabeza mostrando una sonrisa tranquilizadora, aunque por dentro estuviera muerto de miedo. El padre Pascasio metió los dedos índice y corazón en la pila bautismal, se santiguó y marchó.

Fuera sonó un trueno tan grande que hizo retumbar la iglesia. La puerta volvió a abrirse bruscamente, un nudo se formó en el estomago del padre Heredia que presintió que

algo malo había pasado. Con la misma lentitud que su compañero se acercó a la puerta, a un par de pasos de ella el exterior se iluminó con un nuevo relámpago dejando ver en el suelo el cadáver del padre Pascasio. El cura se echó la mano en la que llevaba la Biblia al corazón, tosió hasta casi asfixiarse por lo que tuvo que arrodillarse y con los ojos encharcados pudo ver en la puerta las sombras de dos personas.

-¡Ese! —dijo una de las siluetas reprendiendo bruscamente a la otra y señalando hacia el padre Heredia que comenzó a rezar en voz baja apretando la Biblia tan fuertemente que se cortó en las manos dejando caer un finísimo hilo de sangre al suelo.

Las dos figuras permanecieron apoyadas en las jambas, mirando al interior de la iglesia más exactamente al cura que rezaba para que desapareciesen de su vista. Que rezaba para que llegase el día y poder socorrer a su compañero. Que rezaba para no tener que formar parte de esta pesadilla que no contenta con asustarle en sueños salió de ellos para asustarle en la realidad.

Fuera la tormenta arreciaba.

16

Un aterrador silencio fue lo primero que encontraron Denis y sus hombres al llegar al pueblo. No se distinguía ni una luz. La entrada del pueblo era la plaza mayor, no había ninguna calle antes como en la mayoría de los pueblos. La plaza estaba dominada por una impresionante iglesia de estilo indefinido, una barbacana para llegar a la puerta principal sobre la que había un enorme rosetón con una estrella de cinco puntas hacia abajo, dos grandes torres a los lados, que servían de campanarios, y un cimborrio al fondo tan alto como una torre de homenaje la hacían parecer un castillo inexpugnable. A su derecha un edificio que parecía ser el ayuntamiento junto a un palacete, y a la izquierda varias viviendas. En el centro de la plaza una enorme fuente y junto a ella una catapulta.

-Dale de beber allí —Denis señaló la fuente a Jean Belle.

Los soldados se relajaron, alguno se sentó en el suelo, otros aprovecharon las bancadas que había frente a los edificios

para hacerlo. El capitán anduvo por la plaza con las manos en la espalda, el silencio se le hacía insoportable y la niebla... esa niebla que parecía salir de quien sabe dónde. En uno de los edificios del lado izquierdo, cerca de la iglesia, pudo distinguir luz saliendo por debajo de la puerta. Se acercó lentamente a ella y al ir a llamar la puerta se abrió unos centímetros, la empujó con suavidad.

Los caballos se pusieron muy nerviosos los soldados trataban de calmarlos sin éxito.

-¡Voy a mear! —dijo bostezando Eduardo Zerolo.

Salió de la plaza y se paró junto a un crucero a la entrada del pueblo, le dio la espalda se bajó los pantalones y comenzó a orinar. Sintió como si alguien rozara su cuello y se le cortó el chorro.

-¿Quién anda ahí? Mesié Suchet deje de hacer esas cosas que puede que en Francia sea normal para los franceses, pero a mí no me gusta.

Se escucharon un par de risas femeninas. Eduardo se subió rápidamente los pantalones y salió corriendo. Los nervios hicieron que acabara de mear con los pantalones puestos, pero no le importó por el miedo que tenía encima.

17

Amaneció un día agradable en Pineda. Las nubes habían desaparecido. El capitán mandó tocar al corneta, aunque de poco sirvió ya que la mayoría de los soldados no había pegado ojo durante la noche y los que sí lo lograron ya estaban despiertos.

-¡Capitán disculpe! —Lequerica se giró y encontró a Antón que le miraba de reojo con la cabeza gacha, bastante nervioso— Me gustaría pedirle que me dejaran acompañarles, de joven anduve mucho por esos lugares, y aunque puedo asegurarle que jamás vi ese pueblo quisiera ser su guía.

El capitán se acercó a él y le puso la mano sobre el hombro derecho.

-¡Quintero! —gritó el capitán, sin dejar de mirar a Antón, el sargento estaba detrás de él dando órdenes a un par de soldados— Quintero, el muchacho viene con nosotros, que deje sus cosas en algún carro. ¿Cómo te llamas chaval?

-Antón, señor. Antón de Mantua

-Bien Antón. Ve con mi buen amigo Enrique y piensa por dónde iremos.

Quintero y Antón caminaron hacia las carretas juntos, el capitán caminaba tras ellos.

-¿Cómo te has decidido a venir con nosotros muchacho?

-Por lo que dijo usted ayer y por resolver una duda.

-¿Cual? —el sargento se rascó la cabeza.

-Saber si existe ese pueblo.

-¿Cómo es que no estás en el ejército o en alguna de esas guerrillas que andan por ahí?

El muchacho dio un par de toques a su pierna izquierda, sonó a madera. El sargento le miró asombrado, la decisión con la que hablaba el muchacho y la valentía que demostraba merecieron su aprobación y decidió tenerle desde ese momento bajo su protección.

-Chaval —gritó Lequerica— ¿Qué pasa en el pueblo?

-¡Ah, sí!, se me olvidó. El cura, señor. Ha aparecido muerto frente a la iglesia.

El capitán y el sargento echaron a correr hacia el lugar. Antón se acercó a uno de sus futuros compañeros y se presentó.

18

Denis entró en la cantina y se quitó los guantes el gorro. La habitación estaba ampliamente iluminada, cosa extraña en ese tipo de locales. Sobre cada mesa un candelabro con dos velas, y un par de arañas enormes en el techo con cerca de veinte cada una. Al fondo del local lo que parecía la barra, a la derecha de la barra unas escaleras que llevaban a las habitaciones.

Denis se paró a mitad de camino de la barra y giró sobre sí mismo, no había nadie. Al volver la vista hacia la barra se sobresaltó, tras ella el cantinero le miraba con cara de pocos amigos.

-¿Qué desea? —espetó el hombre.

-¿Es esta la posada del pueblo?

-Psss —dijo el cantinero afirmando con la cabeza a la vez que encogía los hombros— ¿Usted que cree?

Denis miró a su derecha, en una pequeña mesa al fondo dos hombres le miraban. Un hormigueo le recorrió el cuerpo.

-¿Sabe donde podría encontrar a las autoridades del pueblo? —la voz le temblaba

-Sí lo sé, sí.

Salió de detrás de unas cortinas a la izquierda de la barra un muchacho joven, de unos trece años, que parecía ser el hijo del cantinero. Denis miró hacia la salida, en una mesa grande ocho personas le miraban.

-¿Cómo habrán entrado? —pensó, dio un paso hacia atrás y volvió la vista al frente. Cayó al suelo de culo al ver frente a él a escasos centímetros la cara del cantinero.

Denis miró avergonzado a su alrededor esperando las risas de los allí presentes. Pero nadie rió, sus caras permanecían con la misma expresión de seriedad.

-Hijo, ve a buscar al alcalde —ordenó el cantinero dándole una colleja que debió ser cariñosa pero sonó tan fuerte que el cantinero se asustó.

19

Parecía que el pueblo entero estuviese en la puerta de la iglesia. En el suelo, cubierto con una manta, el cadáver del padre Pascasio. La tierra a su alrededor estaba cubierta de sangre. El capitán y el sargento se arrodillaron y descubrieron la cara del cadáver, estaba completamente reventada, restos del cerebro salían se encontraban esparcidos por la cabeza. Rápidamente volvieron a cubrirlo y se adentraron en la iglesia, en ella el cura seguía rezando con la biblia fuertemente agarrada. El suelo bajo él estaba manchado de sangre, al igual que sus manos y la Biblia que sostenía.

El alcalde y el señor de Mantua se encontraban junto al cura intentando calmarle sin mucha fortuna.

-Padre Heredia —gritó el sargento, el capitán se arrodilló frente a él— Padre Heredia, míreme.

-¿Quién ha hecho esto? —preguntó enérgicamente el capitán, acto seguido miró al alcalde que apesadumbrado se encogió de hombros— Padre Heredia —le arrancó brusca- mente la Biblia y se la dio al sargento— ¿Quién ha matado al cura?

El padre Heredia movió la cabeza hacia el capitán, no podía abrir los ojos ya que durante toda la noche los mantuvo cerrados con fuerza y las lágrimas y las legañas se habían uni-

do impidiéndole abrir en ese momento los ojos. El señor de Mantua sacó un pañuelo del bolsillo y se los limpió. Fuera un relámpago ilumino todo el pueblo en el que parecía no haber amanecido por las nubes que le cubrían. El trueno que sonó hizo que algunas gentes del pueblo entraran a la iglesia por miedo a que lloviese.

-Dos... —la voz de Domingo sonaba cansada, no podía hablar bien por los continuos rezos proferidos durante la noche. Se echó a llorar abrazando al capitán, que se asustó al pensar que quien eso hizo debía ser tan malvado que aterrorizó a ese hombre hasta el extremo de hacerle llorar.

El cura completamente nervioso señalaba hacia la puerta con los dedos índice y corazón en alto.

-¿Dos qué, padre? —preguntó el capitán, el cura no paraba de balbucear repitiendo dos.

-¡Demonios! —acertó a decir susurrando el cura. Todos se aterrorizaron al escuchar esa palabra que vino acompañada de otro trueno, el señor de Mantua y el alcalde se santiguaron al unísono, más como acto reflejo que por miedo.

Fuera la gente comenzó a alborotarse y en pocos segundos despejaron la entrada de la iglesia corriendo todos hacia la izquierda.

-¡Allí, allí los han cogido! —gritó una voz femenina.

-¡Los llevan presos, son soldados! —dijo un hombre mayor bastante delgado.

-¡Son franceses, son franceses! —decía la más gente.

Una niña pequeña, pecosilla y con los ojos verdes, completamente vestida de negro y con la cabeza cubierta por un pañuelo rosa, entró duditativa en la iglesia. Miró de reojo a todos y con una dulce y agradable voz de pito preguntó:

-¿Quién es el sargento?

-Yo —respondió serio.

-Me ha dicho Manuel que vaya corriendo, que quiere que vea una cosa.

-¿Quién es Manuel guapa? —preguntó el sargento.

-Mi hermano, señor —respondió ella, señalando hacia el exterior.

-Manuel Cortés —dijo el alcalde— Un buen chaval. Vaya a ver que quiere.

El griterío se escuchaba acercándose a la iglesia.

-No hace falta que vaya a ningún lado —en la puerta un muchacho de unos dieciséis años les miraba con actitud chu-

lesca, cogiendo de manera cariñosa la mano de su hermana pequeña.

-¿Por qué has venido? —le recriminó ella, haciendo florecer una leve sonrisa en todos.

Alfredo se levantó. El cura algo más calmado le pidió con la mirada la Biblia al sargento que se la dio gustoso.

-¿Qué es eso que querías que viera el sargento? —susurró Alfredo al llegar junto al muchacho.

-Vete a casa —dijo Manuel a su hermana, que marchó después de decir un cordial adiós a todo el mundo. Cuando la chica desapareció de la vista él se giró y dijo sonriente— Hace un rato, al ir a sacar las vacas del alcalde del establo para llevarlas a pastar, vi al fondo esto —sonrió más y con un gesto de la mano indicó a un par de amigos que se acercaran— ¡Dos franchutes!

-¡Santo Dios, en mi casa como quien dice! —exclamó Tasio alterado.

La gente seguía muy de cerca a los chicos y a los prisioneros que con cara asqueada y las manos atadas al frente insultaban y maldecían. Ocho soldados se encontraban entre el grupo de mirones, el sargento les llamó y les ordenó que contuvieran a la gente.

-Dos diablos, mi capitán, dos diablos —Enrique se acercó a los prisioneros lentamente con una mirada llena de odio— José y Pepe Luis. Polanco y Azaña —el capitán miraba sin comprender bien que pasaba— Estos son los dos traidores señor, José Luis Azaña —hizo amago de darle un guantazo y esté se echó para atrás cubriéndose las manos y echándose a llorar— y José Polanco.

Polanco miró amenazante al sargento y le arreó un puñetazo en el lado izquierdo, Enrique recuperó rápido la posición de la cara y miró con odio al traidor que acto seguido le dio golpeó en el lado derecho. Enrique propinó un derechazo en la nariz de Polanco de la que brotó rápidamente un chorro de sangre que el traidor escupió a la cara del sargento siendo nuevamente golpeado, reacción que mereció aplausos y vítores de la gente allí congregada.

-¡Sargento! —gritó Alfonso.

-Hijo —dijo el padre Heredia tratando de tranquilizar los ánimos— pon la otra mejilla.

-Padre, mejillas tenemos dos... y en ningún sitio dice que tengamos que volver a poner la primera.

El sargento se retiró sin dejar de mirar a los ojos de Polanco, parecía que salieran rayos de sus miradas. Un par de piedras acertaron de pleno en las cabezas de los detenidos, Azaña se echó a llorar frotándose exageradamente la cabeza, Polanco se agachó para recoger la piedra y la arrojó al gentío sin mucha fortuna, acto seguido escupió sobre el cadáver del cura. El padre Heredia al ver ese gesto y las figuras a contraluz de los dos traidores se puso muy nervioso.

-¡Haz caso al cura Quintero! —Azaña se mostraba arrogante.

El padre Heredia sintió que el corazón se le paraba al escuchar a Azaña.

-Ellos Alfredo, ellos fueron —dijo instantes antes de caer al suelo con un espasmo.

El capitán hizo amago de ir a ayudarle, pero ya estaba siendo atendido por el alcalde y el señor de Mantua, inspiró hondamente y mirando a los ojos de los presos con profunda animadversión exclamó:

-¿Qué clase de gente, repugnante, es capaz de asesinar a un cura anciano e indefenso?

El ambiente se caldeaba por momentos al correr entre las gentes la noticia que aquellos que ellos consideraban franceses habían matado al cura.

-Cobardes... criminales... —comenzó a escucharse entre la gente.

-Y traidores —gritó encolerizado el sargento— porque estos dos no son franceses, sino españoles... afrancesados.

Esas palabras enfurecieron más a la gente que exigía que se les ajusticiara ahí mismo. Cada vez empujaban con más fuerza a los soldados que en vano lo impedían.

Los soldados cejaron en su misión de contenerles y dejaron que la multitud se acercará a los traidores. Comenzó a pin-tear pero a la gente no pareció importarles el aviso de la inminente tormenta.

-Sargento, los quiero vivos —dijo Alfredo desenfundando su pistola.

-¡No sé por qué! —contestó haciendo el mismo gesto que el capitán.

Ambos dispararon al aire. Los soldados al ver disparar a sus superiores dispararon también al aire y en pocos segundos el resto de la tropa se presentó nerviosa junto a la iglesia

apuntando a la muchedumbre. Los dos Raules llegaron corriendo empujaron a Denis al suelo, que cayó de cara, el rubio apoyó el pie izquierdo en la espalda del francés para evitar una posible huida.

La gente, asustada se dispuso a lo peor. Los traidores estaban arrodillados en el suelo cogidos del cuello por dos jóvenes que mostraban en la mirada que no les dejarían con vida, aunque todos los soldados disparasen contra ellos. El capitán gritaba a sus hombres que no disparasen. La tensión se agrandaba por segundos. El alcalde y el cura corrieron hacia la gente del pueblo agitando los brazos y gritando a los soldados que no dispararan.

El capitán tembloroso, comenzó a hablar:

-Gentes de Pineda de la Sierra, si por mi fuera ya mismo haría justicia con esta gentuza que se dedica a matar ancianos indefensos, con estos que han vendido a su país. Pero me hacen falta, los necesito para mi misión.

Los dos jóvenes que tenían cogidos por el cuello a Polanco y Azaña los soltaron

-Bajad las armas —gritó de nuevo Alfredo. Algunos soldados bajaron rápidamente sus fusiles, otros se mantuvieron alertas durante algún tiempo— Prometo que ese crimen no quedará sin castigo. Pero ahora es vital para el futuro de España conservarlos vivos.

La gente no se resignaba y apesadumbrada gritaba quejándose. José y Azaña se levantaron mirando a la gente por encima del hombro, en actitud chulesca.

-¿Habéis oído? —dijo sonriendo maliciosamente Azaña- Somos vitales para el futuro. No nos toquéis.

-¡Es increíble! —Enrique protestó— Esta gente no se merece ninguna consideración. Les he visto hacer... —la indignación y la ira le dejaron sin palabras.

La gente se alteró al ver las modales de los prisioneros. Un disparo rasgó el aire. Todos miraron al lugar de donde provenía, el sargento que completamente rojo de la ira sostenía el arma en su mano. Lentamente Polanco fue cayendo al suelo. El disparo le había destrozado la cabeza entrando por el ojo izquierdo, al llegar al suelo sufrió espasmos tan fuertes que la gente se apartó. Azaña sintió miedo al ver en el suelo a su compañero, se tiró al suelo de rodillas y puso las manos en la nuca gritando que no le mataran. Alfredo se dirigió hacia el sargento pisando fuertemente el suelo, como

si lo golpease con cada paso, la cabeza inclinada hacia la izquierda. La boca medio abierta mostraba el estado de cólera y tensión en que se encontraba el capitán al enseñar la dentadura que iba fuertemente apretada. Al pararse frente al sargento, que continuaba con el revólver en alto y la mirada en la nada, dijo en voz baja pero como si estuviese gritando: -¿Qué ha hecho sargento?, ¿Qué ha hecho?

Manuel Cortés desde la puerta de la iglesia, lanzó un "Viva el sargento" que fue intensamente seguido por el resto de la gente del pueblo.

-Azaña es un cobarde que se chuleaba por la ayuda moral del otro —los ojos miraban al frente, hacia el lugar donde se encontraba Polanco— Ahora no es nada, ahora hará lo que le digamos. Ahora no tendremos que temer que nos engañe — bajó el arma e inspiró hondo para relajarse.

-No haré nada —dijo el capitán con la dentadura apretada aún— pero no me gusta que se me desobedezca.

El sargento apretó los labios y apartando al capitán se fue a la fuente frente la que estaban acampados. Lequerica miró a sus soldados, el rubio y el abuelo levantaban a Denis.

El francés miró con una sonrisa preocupada a Alfredo el tiempo que tardaron en ponerle en postura vertical.

-¡Raúl! —gritó enfurecido el capitán, los dos Raules miraron— ¡Abuelo, venga acá!

El abuelo se acercó corriendo lo más rápido que su edad le dejaba, no corría como los demás, lo hacía de una manera que divertía a la gente aunque él no tuviese esa intención. Al llegar frente a Alfredo se cuadró, Alfredo siempre le ponía de ejemplo de cómo se debía cuadrar un soldado y de cómo debía comportarse.

-Sí, mi capitán —dijo en un tono no muy alto.

-Se harán cargo desde ahora del nuevo prisionero también —posó sus manos sobre los hombros del abuelo y clavó su mirada en la de Raúl— Raúl confío mucho en ti, ya lo sabes, y necesito que seas mis ojos y mis oídos. Que me informes de cualquier cosa, de cualquier gesto que hagan. ¿Lo harás?

El viejo soldado afirmó con la cabeza.

-Por supuesto mi capitán.

Lequerica soltó a Raúl, pero éste le cogió del hombro.

-¿Estás bien Alfredo?

-No Raúl, no lo estoy. Necesito mucha ayuda.

-Sabes que siempre estaré a tu lado. Pero prueba a rezar, entra en la iglesia y pídele al señor por nosotros, por qué nos de fuerzas y nos conduzca por el buen camino —sonrió— al del pueblo me refiero —Alfredo sonrió también.

-Cuando todo esto acabe te propondré para un ascenso.

-Si ya lo ha hecho un par de veces —sonrió el abuelo.

Ambos rieron, el abuelo se acercó a Azaña y le dijo que se levantará. Éste se negó a hacerlo.

-Soy francés a mí no me da órdenes un negro.

El capitán se dio la vuelta y golpeó al traidor.

-A ti no te da órdenes un negro, te da órdenes un soldado del ejército español.

Raúl le conminó a moverse de nuevo, ésta vez Azaña obedió.

20

Denis se encontraba apoyado en la barra esperando que el dueño del local le sirviera un vino cuando la puerta se abrió de sopetón y entraron dos soldados riendo. Denis se irguió y los soldados cesaron las risas. Caminaron lentamente mirando con temor a la gente de las mesas, que estaban todas ocupadas. La gente seguía su camino con la mirada en espantoso silencio, ellos miraban a los pueblerinos con el rabillo del ojo, se detuvieron frente al teniente que les esperaba con un vaso de vino en las manos.

-Teniente... verá usted —dijo uno de los soldados— le vimos entrar aquí y al ver que tardaba nos preocupamos y vinimos a buscarle.

-Exactamente.

-A ver, ¿cuáles son sus nombres? —preguntó Denis desgano.

-Manuel Villanueva.

-Gaspar Arana.

-Bien, Arana y Villanueva. Ya han visto que estoy bien. Vuelvan con el resto.

-Bueno, si me lo permite mi teniente —dijo Gaspar— podríamos aprovechar y tomar un vinillo para pasar el frío de fuera... ¿no le parece?

El teniente asintió mientras se llevaba el vaso a la boca.

-Pero rápido —sentenció al acabar de beber un trago.

Los soldados se dirigieron sonrientes a la barra y pidieron. Denis se giró para mirarles.

-Dixeronme que preguntaron por mí —una voz grave sonó a las espaldas de Denis que se giró al mismo tiempo que sus soldados y asustado como ellos— Permita que me presente, me llamo Esteban Rey e soy alcalde de aqueste pueblo —le tendió la mano y Denis la cogió.

El tono de la voz del alcalde era cadencioso, con un extraño acento. La gente, que se había mantenido inmóvil desde el momento que el alcalde comenzó a hablar recuperó el movimiento.

-Buenas noches. Me llamo Denis d'Alambert, soldado del glorioso ejército francés. Y en nombre de la República a la que represento, me dirijo a usted para solicitarle, exigirle más bien, su cooperación. Y que preste aposentos para el resguardo de mi tropa aquí esta noche, todo lo más un par de días.

El alcalde cogió a Denis de los hombros, ningún gesto salía de su rostro y durante un breve instante el teniente pensó que podría ser un demonio. El pelo rojo del alcalde parecía más intenso cuando se movía y la luz de las velas daba sobre el por lo que Denis pensó, olvidándose de todo lo que le habían enseñado de la diosa razón, que aquel hombre podría ser el mismísimo diablo.

-Por supuesto que sí, Denis. Por supuesto que sí. ¡Juan Carpintero! —se giró gritando al tabernero— sirve otro vaso de vino a nuestro huésped.

-Muchas gracias es usted muy amable.

La entrada de Polanco y Arana, tornó la sonrisa de Denis a una expresión más dura.

-Por cierto —señaló un reloj de cuco que se encontraba sobre la puerta de las escaleras en el que faltaba un minuto para las diez— pasadas las diez, non salgan de este llogar⁹.

La aguja grande alcanzó el doce en el reloj y fuera comenzaron a escucharse gritos, como aullidos en un tono agudo. Azaña y Polanco apartaron al teniente y se acercaron a la barra sin quitar la vista de la puerta por la que acababan de entrar. La puerta se movía ferozmente empujada por el viento. Denis miró a su alrededor, la gente había desaparecido.

⁹ Llogar =Lugar

Junto a él el alcalde permanecía con la mirada fija en la puerta.

-¿Qué demonios? —se escuchó decir a Villanueva.

Diabólicos alaridos femeninos, y aullidos masculinos se mezclaban con gritos de terror de los soldados y relinchos enloquecidos de los caballos. El reloj de cuco marcaba las diez y tres cuando todo volvió al silencio. A Denis se le cayó el vaso al suelo, sus soldados se apretaron contra la pared como tratando de meterse en ella.

-¿Ha escuchado usted?, por eso non debe salir de aquí desde las diez de la noche hasta las siete de la mañana.

Denis y los soldados miraron el reloj, marcaba las diez y cinco. Al volver la vista del reloj se encontraron con el local lleno nuevamente, pero esta vez con una sorpresa... mujeres.

21

Manuel Cortés se encontraba cubriendo el cadáver de Polanco cuando su hermana se le acercó.

-¡Manuel!

-¿Qué?

-Qué dice la madre que dónde has dejado la guadaña.

El relieve que Polanco producía en la manta fue menguando y apareciendo bajo ella un líquido viscoso de un color verde muy oscuro.

-¡Manuel! —exclamó Ludovico, el chico que mantuvo cogido del cuello a Polanco— ¡Mira al francés!

Manuel dirigió la mirada en el momento que el líquido verde pasaba por debajo del pie derecho de su hermana. La niña comenzó a gritar, sin saber lo que pasaba bajo ella, al sentir como le quemaba su piecicito. Las nubes se abrieron y dejaron caer el agua que dentro llevaban con una inusitada furia.

-Manuel —gritó— me duele mucho —comenzó a llorar.

El chico intentó levantarla pero el líquido parecía tirar de la pequeña con más fuerza que él. Sus amigos se acercaron con cuidado, tratando de no pisar lo que tenía atrapada a la cría que lloraba y gritaba con más fuerza. El sargento se levantó de la fuente y fue corriendo a ayudar. Al acercarse los chicos le advirtieron que no pisara el líquido verde.

-Manuel, por Dios ayúdame —la niña respiraba con dificultad y movía violentamente el pecho. No quitaba la vista de su hermano, aún no había mirado al suelo.

El líquido dejó de expandirse. El cuarteto que trataba de salvar a la niña tiraba con más fuerzas. El sargento gritó llamando al cura que se acercó.

-Voy por agua bendita —salió disparado a la iglesia.

-Manuel, me quema por dentro. No puedo respirar hermano —los ojos de la niña llenos de lágrimas miraban con amor e implorando ayuda.

Los cuatro tiraron a la vez de la niña en el mismo momento que el cura llegaba con una botellita llena del agua bendita, el pie de la niña se quedó en el suelo hasta medio tobillo. La niña dio un grito que heló el corazón de todos cuantos por allí estaban.

Manuel la besó en la mejilla y al notar que no respiraba la abrazó más fuerte y comenzó a llorar.

-No, Dios... no, no, no. Dicoos.

Los ojos de sus amigos y del sargento se pusieron rojos, el sargento se sentó en el suelo y rompió a llorar también aunque en silencio. *Trueno*.

El cura se arrodilló junto a la pequeña y comenzó a rezar, los ojos se le cerraron nuevamente. El capitán se acercó al grupo en el mismo momento que la madre de la pareja se acercaba con la mano en el corazón rompiendo a llorar al ver la escena. *Relámpago*.

El líquido volvió a moverse, lentamente iba formando una figura. El sargento se levantó en un rápido movimiento y echó mano a la pistola en el mismo momento que el capitán. *Trueno*. La figura adquiriría forma humana, aunque sin rasgos definidos, sólo era líquido. *Relámpago*.

-Mencía, De la Gándara, Cordoncillo, López —gritó el capitán— sitúense delante.

Los soldados obedecieron al instante, situándose rodilla en tierra frente al grupo y apuntando, con bastantes nervios, al ser. El torso del ser ya estaba formado, el cuello iba surgiendo, el líquido subía por la parte trasera del ser y se colocaba. La gente tiró piedras que quedaron dentro del viscoso ser. El capitán les conminó con la mano a que parasen. La barbilla del ser cobró forma en un abrir y cerrar de ojos pasando a formarse la boca, que se abría y cerraba continuamente, de

una manera exagerada, sin emitir sonido alguno causando pánico a todos los que miraban.

-Soldados, a mi señal disparen —levantó la mano el capitán— Ustedes, quítense de ahí detrás —gritó a un grupo de personas que echaron a correr para estar a salvo de las balas, Alfredo bajó la mano al tiempo que decía— ¡FUEGO!

Las balas se insertaron en el ser de la misma manera que las piedras, éste se mantuvo inmóvil abriendo y cerrando la boca como un pez fuera del agua. El sargento miró a Alfredo y negando con la cabeza bajó su arma.

El ser se formó completamente, continuaba abriendo y cerrando la boca y permanecía impassible, mirando fijamente al capitán. La gente del pueblo, se alejaba lo más posible mirando la escena desde las esquinas. Manuel llevó a su hermana y a su madre a la iglesia ayudado por sus amigos.

El cura se puso a un par de pasos del ser, cuyos pies iban adquiriendo la tonalidad de la piel humana. Seguía abriendo y cerrando la boca, como un pez fuera del agua, los globos oculares pasaron del verde oscuro a negro en un parpadeo y eso asustó al cura que derramó el agua bendita por el ser.

Éste rompió a gritar, la masa volvió a convertirse lentamente en líquido y al contacto con el suelo se transformaba en humo.

-¡No saldréis vivos de El Altar! —previno el ser con la voz de Polanco pocos segundos antes de que comenzara a pudrirse la boca.

22

Poca gente pudo dormir la noche del sábado. La mayoría se encontraba en la iglesia velando el cadáver de la joven Encarna. Sinceros llantos de todos los vecinos que apreciaban a una pequeña que siempre estaba dispuesta a ayudar, a la que nunca le faltaba una sonrisa o un refrán, todos se preguntaban como a esa corta edad sabía tanto. Alfredo y Enrique estaban en la iglesia consolando a los familiares de la joven. La madre con rostro serio permanecía junto a su hija, que ocupaba sitio de honor frente al altar. La gente más anciana rezaba un rosario, y el padre Heredia repartía el tiempo entre los rezos y el consuelo a la familia. Lequerica salió de la iglesia, miró al cielo, sólo se veía un poco de la

luna en un claro del cielo y un par de estrellas el resto estaba cubierto de nubes. Se palpó el bolsillo derecho de la chaqueta y se sorprendió al encontrar la pipa y el tabaco. Enrique se sentó junto a él.

-Alfredo, ¿Cuándo dejaremos el pueblo?

El capitán esperó a tener prendida la pipa para contestar, aspiró hondo y le ofreció al sargento que con un gesto de la mano la rehusó.

-Saldremos el lunes, mañana asistiremos al funeral de la pequeña y el cura —aspiró hondo, tosió y volvió a aspirar— intentaremos descansar y el lunes iremos a El Altar.

-Alfredo, los hombres tienen miedo.

El capitán observó como las nubes cubrían la luna, y susurrando contestó:

-Y yo Enrique, y yo...

-Parece cosa del demonio —dijo de una manera pausada.

El capitán asintió con la cabeza, pensaba en mil cosas porque trataba de olvidar lo que estaba ocurriendo, pero todas ellas le conducían a lo que estaba pasando y a lo que se avecinaba. Tuvo ganas de dar media vuelta, dejar a los prisioneros en algún puesto de mando y marchar a Cádiz a defenderla, ante la mirada sorpresiva de Enrique comenzó a cantar en voz baja:

*-Al arma españoles, al arma corred,
Salvad a la patria que os ha dado el ser.
Viva nuestra España, perezca el francés,
Mueran Bonaparte y el Duque de Berg.*

23

Al comenzar el trayecto hacia el cementerio ni una nube cubría el cielo. El ataúd en que iba la niña reposaba sobre los hombros de su hermano, el abuelo, Carlos Mencía, y el sargento, todos de más o menos la misma estatura. El ataúd del padre Pascasio lo llevaban Pedro Sendino, Gabriel Peña, Manuel de la Gándara y Gumersindo Cordoncillo. El cura encabeza la comitiva, acompañado de un monaguillo que llevaba un incensario y seguido por la madre, que con rostro serio caminaba apoyada en un par de vecinas. Llegados al cementerio el padre Heredia comenzó el Salmo.

-El Señor es mi pastor, nada me falta; en verdes praderas me hace reposar y hacia fuentes tranquilas me conduce para reparar mis fuerzas.

Al entrar el ataúd en el hoyo, algunas compañeras de la pequeña tiraron flores sobre el. La seriedad de la madre acabó en el momento que vio caer el puñado de tierra que el Padre Heredia echó sobre el ataúd.

-El señor es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? El señor es la fortaleza de mi vida ¿de quién he de atemorizarme?

La primera palada, Manuel agarró con fuerza la mano de su madre.

-DIOS es nuestro amparo y fortaleza: nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.

Finalizado el entierro Manuel y otros ocho hombres se acercaron al capitán rodeándolo. El joven se puso frente a Alfredo.

-Señor, hemos decidido ir con usted.

Los demás realizaron sentencias en sentido afirmativo.

-Hay que echar a estos franceses —dijo con la mirada embrutecida— y aunque somos pocos y no tenemos armas, somos fuertes y no tenemos miedo a nada.

El capitán esquivó al muchacho y echó a andar con las manos a la espalda, a su derecha el muchacho tratando de convencerle, tras ellos el grupo y los soldados que asistieron al entierro. Al llegar al lugar donde esperaban los soldados.

El capitán se subió a una carreta, levantó una manta y dejó a la vista gran cantidad de rifles que habían ido recogiendo de encuentros con los franceses.

-Sargento, ármeles, enséñeles a disparar e intente tenerles formados para mañana.

El sargento asintió con la cabeza. Los muchachos demostraron su alegría de una manera ostentosa.

-Recordad una cosa, esas armas os convertirán en soldados. A partir de este momento ni risas ni juegos. Obedeceréis lo que os digamos el sargento o yo... o cualquiera de vuestros compañeros —el capitán hablaba mirándoles a los ojos, el sargento llamó a Antón que se presentó en seguida— Mi deseo es poder encontrar ese pueblo, a nuestros enemigos y volver sanos y salvos y para eso debemos estar todos preparados. Pero es poco el tiempo que tenemos para instruiros así que aprovechadlo bien.

Bajó el capitán del carro y se dirigió a la iglesia. Los jóvenes le miraban sonrientes.

-A ver, esas sonrisas fuera —los jóvenes se pusieron serios— ¡Vizcaíno! —gritó y se presentó al instante un chico bajito con anteojos- voy a repartir las armas. Apunte los nombres.

-Sí señor —el joven valenciano se sentó en la carreta sacó un cuaderno, una pluma y un tintero.

-Según os de el arma, le diréis el nombre y apellido a este señor, ¿entendido? —gritó Enrique

Todos respondieron gritando que sí. Diez minutos después estaban todos jugando con las armas.

-Bien, ¿Cuántos de vosotros habéis usado alguna vez un arma? —un par levantaron el brazo— ¡Vale! —dijo en voz baja mordándose el labio inferior.

-¿Les doy munición mi sargento? —preguntó Vizcaíno sospechando la respuesta.

-No, aún no.

-Pues si no ordena nada más, me gustaría acercarme a la iglesia.

-Ve.

El grupo seguía jugueteando con las armas. El sargento sacó su revólver y disparó al aire.

-Bueno. Antes de nada, por lo que veo, deberéis aprender lo que hacer a la voz de firmes.

-¿Eso qué es? —preguntó en tono burlesco Ludovico.

-Cuando yo grite firmes, ustedes deberán hacer lo que haga este señor —llamó con la mano a un joven soldado que se acercaba y que puso cara de susto.

-Villafañe voy a enseñarles lo que han de hacer cuando oigan firmes —el soldado afirmó con la cabeza— bien... Firmes —El soldado realizó el movimiento instintivamente— eso es lo que tendrán que hacer cuando yo diga firmes y permanecerán así hasta que yo les diga —se acercó a la oreja del soldado Villafañe y gritó— Descansen —el soldado se asustó, Enrique sonrió y dándole una palmada en la espalda le dijo que se fuera.

24

El sol comenzaba a ocultarse. Alfredo salió de la iglesia, miró al cielo que completamente despejado enseñaba el vuelo de algunas aves y sacó del bolsillo la bolsa con el tabaco, no le quedaba mucho así que volvió a guardarla. Al pasar por el lugar donde murió el traidor miró al suelo y se sorprendió al ver una mancha verduzca rodeada de restos negros.

El señor de Mantua le hizo señas desde la puerta de su casa, Alfredo caminó hacia él lentamente. Basilio de Mantua se sentó en un banco colocado en su fachada a esperarle.

-Buenas tardes señor de Mantua —el capitán se sentó junto al hombre.

-Buenas tardes capitán —dijo sonriente Basilio.

El capitán vio reflejada preocupación en los ojos del hombre que miraban a la nada.

-No se preocupe por su hijo...

-No me preocupo por él —interrumpió— es un joven que vale mucho. Creo que les será de gran ayuda... no me malinterprete, como cualquier padre si siento algo de temor. Pero si estoy así, si quiero hablar con usted no es por ese motivo.

-¿Cuál es entonces? —inquirió sorprendido Alfredo.

-Ya vi algo así hace tiempo. Vi desvanecerse a alguien de una manera muy similar.

El capitán no daba crédito a lo que estaba escuchando y nervioso tanteó el bolsillo para encontrar el tabaco.

-Se presentó pidiendo comida y trabajo.

-¿Quién?

-Mi padre... bueno, algo parecido a él. Mi padre falleció teniendo yo cuatro años. Yo soy hijo único ¿sabe? Pero en casa no había día que no se pensara en él. Mi madre no se lo quitaba de la cabeza, si algo se rompía había sido mi padre. Si encontraba alguna cosa perdida la había puesto allí mi padre. Hasta le dejaba un plato puesto en la mesa siempre —suspiró y miró a los ojos del capitán— es curioso cómo me ha venido todo a la cabeza entre ayer y hoy. Lo tenía olvidado.

-Continúe, si no le importa.

-No, claro que no —tragó saliva, miró a su izquierda y pudo distinguir a lo lejos a su hijo y al resto del grupo que estaban aprendiendo a atacar con la bayoneta.

-El caso es que aunque mi padre estaba bien muerto y enterrado seguía entre nosotros al menos en pensamientos. Pero un buen día apareció en la puerta de casa.

-¿Quién? —dijo el capitán al tiempo que daba una calada a la pipa.

-Él... mi padre. Bueno, algo con la forma de mi padre. Pero eso yo no lo sabía. Me acuerdo que mi madre me agarró con fuerza y le preguntó que quería y él respondió que comida y trabajo. Mi madre me soltó y colocó un plato en la mesa sonriente. Recuerdo que me sentí feliz al verla a ella tan dichosa. Un momento.

El señor de Mantua entró en la casa y salió al poco con una bota de vino, bebió un trago y ofreció al capitán que dejando la pipa a un lado bebió gustoso.

-Tres días después de cumplir yo catorce años mi madre murió... un catorce de febrero. Mi padre no habló nada durante la siguiente semana, seguía trabajando, hacía la comida... pero no hablaba, siempre estaba cabizbajo, triste. Yo procuraba alegrarle, le contaba chismes del pueblo, le hice incluso un letrero con su nombre. Pero él no decía nada. Un domingo después de salir de misa, según íbamos a casa... Yo antes no vivía aquí, ¿sabe? Nací y me crié hasta los quince años en Molina de Segura, en Murcia —volvió a beber de la bota, esta vez un trago largo— durante el camino a casa yo vi que iba palideciendo, tuvo que agarrarse a mí para poder llegar. Una vez dentro se sentó en la silla, me miró fijo a los ojos y me dijo que estaba muy orgulloso de mí, que me quería y Adiós... Esa fue su última palabra: *Adiós*. Después perdió el color violeta de los ojos y fue cambiando la piel a esa masa verde. Y antes que yo pudiera soltar una lágrima se desvaneció.

El capitán sintió un nudo en la garganta, y bebió ávido de la bota, la vació. De lejos se escuchaba a los soldados cantando coplas:

-*Pepe botella, baja al despacho* —gritó uno.

-*No puedo ahora, que estoy muy borracho* —contestó otro riendo ambos.

-*¡Viva la alegría!, ¡Viva el buen humor!, ¡Viva el heroísmo del pueblo español!* —cantaba algún soldado.

25

Denis estaba frente a Azaña, que atadas las manos a la espalda y sentado en la postura de Buda le miraba con una sonrisa maléfica. El Abuelo partía un cacho de queso haciéndose el despistado pero con el rabillo del ojo pudo observar como el francés parecía tener miedo al pequeño traidor. Se acercó su tocayo con una bota de vino y le ofreció de beber.

-¡Me la ha dado Antón!

-¿Quién?

-Ya sabes. Este chico del pueblo —según decía esto se movía imitando los andares del chico.

-Ah, el cojo —afirmó masticando, el rubio asintió con la cabeza— Trae a ver —hizo un movimiento con los dedos de la mano en que llevaba la navaja.

-Yo también tengo sed —Azaña hablaba sin apartar la mirada del francés.

-Ahí tienes la fuente. Bebe agua —contestó el rubio mientras sacaba un poco de queso y chorizo.

Azaña se levantó de manera teatral y se acercó a la fuente. Bebió agua mirando fijamente a los dos soldados españoles.

-Deliciosa —exclamó mientras se erguía— creo que beberé un poco más.

-Tú mismo —dijo el rubio, dando un codazo a su tocayo y riendo.

Denis trataba de no mirar atrás, pero el gesto del cuello delataba que se moría de ganas, que quería saber en todo momento lo que hacía Azaña, que tras dar un segundo trago caminó lentamente hasta situarse en la espalda de Denis.

-En serio cree vuestro capitán que con un par de horas de formación estos chicos serán capaces de hacer cosas como esta.

En un rápido movimiento Azaña se dejó caer al suelo rodeando el cuello de Denis con la cuerda que ataba sus manos. Cayó de culo y al tocar el suelo con el trasero volvió a dejarse caer, los dos Raules se levantaron de un bote apuntándole. Denis se movía espasmódicamente, giraba la cadera intentando zafarse y movía como un loco las piernas. El abuelo se arrodilló y con mucho cuidado intentó cortar la cuerda que aprisionaba el cuello de Denis.

Raúl el rubio golpeó la cara de Azaña con la culata dos veces. La cuerda se cortó al final, aunque debido a los agitados

movimientos rasguñó también la cara del francés y la mano izquierda del traidor Azaña.

Al sentir las manos libres y ver el revuelo que se formó a su alrededor José Luis rodó a un lado y se echó a llorar diciendo que no le pegaran más y que dejaran de maltratarle. Raúl le miraba atónito ya que estaba a un par de pasos con el fusil pegado a su costado. El sargento llegó corriendo y empujó al rubio creyendo que aún continuaba golpeándole, Azaña lloraba con las manos tapándole la cara. Denis se encontraba de pies tratando de respirar bien ayudado por el abuelo.

-¿Qué ha pasado? —preguntó enfadado el sargento agarrando al rubio por la solapa.

-¡Ese, que ha intentado ahogar al francés!

Enrique miró al traidor que respiraba entrecortadamente tras haber dejado los lloros.

-¿Abuelo?

-Ya está mejor. Aunque creo que deberíamos separarlos — se acercó al sargento y le dijo al oído— No sé porque pero creo que si les deja juntos —señaló a Denis con la mirada— el teniente mañana amanece muerto.

El sargento afirmó con la cabeza y se acercó a Azaña, que seguía de rodillas gimoteando, le pisó el tobillo y buscó con la mirada a dos soldados que le pareciesen de confianza.

-Rodrigo, Santiago —gritó— coged a éste y llevadle a la iglesia.

Azaña se convulsionó con tal fuerza que tiró al suelo al sargento.

-No, no. A la iglesia no. No.

Los dos soldados se dirigieron corriendo hacia él apuntándolo. José Luis al ver los cañones y al sargento en el suelo, se tendió con las manos en la nuca.

-Abuelo, Rubio —gritó tumbado desde el suelo— llevaos al teniente a la iglesia. En cuanto a este hijo de perra... —le miró con cara de pocos amigos y sonrió en el momento que su mente dio con una idea sobre qué hacer con el traidor.

26

La ventana de la habitación en que el alcalde puso al capitán Lequerica estaba abierta y por ella entraba una suave brisa y la luz de la luna. El capitán dormía desapaciblemente, moviendo los ojos muy rápido y sudando en demasía. El capitán abrió un ojo, bajo el marco de la puerta del balcón una gran figura negra parecía estar mirándole. Alfredo se cubrió la cabeza con la sabana dejando una pequeña abertura por la que sólo se veían los ojos. La figura permanecía bajo el marco, las cortinas se movían a su lado elevándose en sentido horizontal. Alfredo sintió miedo, el movimiento de las cortinas era demasiado lento para poder moverlas la brisa.

-¡Esto es cosa del duermevela! —pensó y haciendo un enorme acto de valentía se destapó y se sentó en la cama mirando a la figura— ¿Quién eres? —preguntó amenazante Alfredo.

En ese mismo momento la figura se desvaneció y las cortinas se movieron al compás de la brisa.

-Soy yo capitán —la voz que le habló en el bosque se presentó— Non sé si su cabezonería será buena para otros menesteres. Pero como ha podido comprobar para éste sería mejor que la dejara a un lado.

-He de ir a El Altar, hay franceses. Están los asesinos de mi sobrino. Tú me lo dijiste —hablaba en voz baja, casi susurrando.

-Dije que los asesinos venían de allí. Pero los apresó y se hizo justicia con uno.

El capitán hizo puños con las manos y los apretó bien fuerte.

-Aún así. La tropa francesa se encuentra allí.

-¡Non es cierto!

-Sí, lo es —gritó.

Las cortinas cesaron su movimiento. El capitán se levantó, cogió el paquete con la pipa y salió al balcón. Al encender el cigarrillo escuchó la lastimera voz de Azaña, miró hacia el lugar de donde provenía y sonrió al verlo atado a un árbol quejándose.

27

Pedro Sendino y Gabriel Peña, que se encontraban vigilando, se sorprendieron al no escuchar al traidor.

-Voy a ver —dijo Pedro, levantándose lentamente. Miró hacia el lugar donde se encontraba atado Jose Luis y lo vio con los ojos cerrados— Se ha dormido por fin.

-Pues venga, acaba esa sopa e imitémosle un rato —sonrió Gabriel— Por cierto ¿Qué tal sabe?

-Tan mal como la sopa negra espartana. Peroo...

-¿Qué? —preguntó Gabriel cerrando los ojos.

-Nada —respondió Pedro tirando lo que le quedaba.

La hierba bajo los pies del traidor Azaña comenzó a moverse como empujada por una brisa fuerte. Se formó un remolino de viento a unos cinco metros de él que fue avanzando hacia las carretas donde dormitaban algunos soldados. El remolino desapareció. Todo quedó en silencio, ni siquiera el molesto sonido de los grillos se escuchó. La manta con la que se cubría el rubio se deslizó lentamente dejándolo al descubierto. Unas marcas de manos movían la carne de su brazo izquierdo, se notaban las formas de unos dedos. Raúl cambió de postura pero las marcas continuaban moviéndose formando un moratón en la piel del soldado.

-¿Has oído algo? —preguntó Gabriel a su medio adormilado compañero, éste negó con la cabeza— Yo tampoco y es raro. Voy a darme una vuelta. Vamos levanta.

Se levantaron de mala gana los dos y caminaron primero hacia las carretas y luego por el pueblo. Al volver de la ronda el brazo de Raúl estaba completamente amoratado, aunque ellos ni lo sospechaban. La mano fantasma acarició la cara de Raúl. Decenas de luciérnagas comenzaron a volar sobre la fuente, pasaron junto a los dos soldados de guardia y a unos metros de ellos se pararon y se separaron formando una silueta humana durante cerca de un minuto. La figura que parecía mirar hacia Raúl. Pasado el minuto las luciérnagas volvieron a volar, esta vez en dirección al río.

28

La cantina de El Altar se encontraba en tinieblas iluminada por la escasa luz que entraba por la puerta y las ventanas que estaban abiertas. Una pequeña vela situada en medio de la mesa daba un aspecto tenebroso a las dos personas sentadas a ella.

-Y ese es a grosso modo nuestro plan —dijo ansioso Azaña.

-*SÚ* —recalcó el alcalde— plan.

-Sí bueno. *MI* plan. Exacto. Pero de el, no sólo me aprovecharé yo, todos saldremos ganando.

-¿Qué todos? Nosotros sólo somos sirvientes —Esteban, el alcalde de El Altar, miraba con sus saltones ojos azules a Azaña que mostraba una sonrisa de oreja a oreja— Díjolo al menos un centenar de veces. Lo que usted quiere es tener poder.

-Eso es lo que me merezco —afirmó en voz baja.

En la cantina sólo estaban ellos dos y el hijo de Juan que se acercaba con una jarra y dos vasos.

-Bien Juanín. Agora ve e ayuda a to padre —dijo el alcalde revolviendo el pelo al chaval.

El chico afirmó con la cabeza, se giró para volver a la barra y cayó al suelo. Azaña se echó a reír. El alcalde miró al chaval y se enfadó al ver sobresalir la pierna de Azaña que le había puesto una zancadilla.

-Esa empresa que propone non parez pensada por mente cabal. Además pareseme usted el home menos adecuado para ella —sentenció el alcalde.

-Lo soy, sí —contestó temeroso Jose Luis— Soy la persona más adecuada para tener poder.

El alcalde torció el gesto, pensó que ese personaje que tenía en frente les daría muchos problemas. Le miró de arriba a abajo y se dio cuenta de que el regordete tipo que le miraba con una sonrisa temerosa era un ser mezquino, ruin y algo cobarde.

-Faga lo que quiera. Trate de convencellos pero sepa que más pronta está su muerte si non lo face que otra cosa. Por su culpa están aínda¹⁰ más malditos y non pueden vello por aquí.

¹⁰ Aínda = Aún

Azaña sintió que se ahogaba, iba a perder la posibilidad de mandar y eso le hizo sentir mal, agarró al alcalde por la manga y tiró con un fuerza hacia él.

-Yo soy el único capaz. Yo sé más que ninguno de mis compañeros y ellos deben obedecerme. Créame conmigo las cosas irán mejor. Dentro de poco podréis moveros por más sitios que estas míseras leguas de niebla en las que malvivís.

-Ninguno de nosotros queríamos salir de aquí. Hasta que llegó usted —dijo secamente— Este es nuestro sitio e aquí deberíamos haber permanecido sin problemas.

El alcalde se sentó, se echó las manos a la cabeza y aunque sopesándolo vio que había más contras que pros al plan de Azaña, decidió acceder. Llegó Polanco y se sentó sirviéndose un vaso de vino.

-¿Sabe que es un elemental? —Polanco negó con la boca medio abierta como un bobalicón— ¿un egregor?, ¿un tulpa?

Todas las preguntas recibieron el mismo movimiento de cabeza. El alcalde llenó dos vasos de vino, bebió uno de un trago y al ir a coger el otro se encontró con la mano de Azaña que apartó con violencia. Esteban alzó el vaso y al tenerlo junto a los labios dijo:

-Este pueblo está maldito. Face muchos años... siglos ya. Muchos de los que aquí estamos non somos humanos. Fuimos creados.

-¿Qué? —la cara de pánfilo que puso Polanco al preguntar mostró una especie de sonrisa en el alcalde.

-El poder de la mente humana es tan grande que puede llegar a crear seres de la nada.

José seguía con la boca abierta.

-Face muchos años este era un pueblo medianamente grande, el monasterio-castillo así lo atestigua —señaló a la puerta— Pero se fue quedando sin hombres al estar en continua liza con los moros. Poco antes de comenzar el tiempo de siega llegó una tropa mora —se sirvió y bebió. Azaña escudriñó con la mirada buscando el otro vaso que tenía frente la boca un medio dormido Polanco— Comunicaban que habían fecho prisioneros a casi todos los hombres del pueblo e exigían el pago de un rescate. Bien en niñas o mogeres, bien en alimento o dinero.

-¡Dichosos moros! —dijo bostezando Polanco con el vino aún por beber.

-La presión era muy grande, la gente tenía mucho miedo e toda esa fuerza, toda esa energía... obró el milagro.

-¿Qué milagro? —preguntó Polanco arrimando la cabeza, Azaña permanecía con la boca abierta.

-¡Los hombres del pueblo tornaron! —Polanco abrió los ojos del todo sorprendido, Jose Luis rió incrédulo.

-¡Los habrían soltado!

-¡Non, non, non! —exclamó indignado el alcalde.

En ese mismo momento bajaron por las escaleras los tres soldados que quedaban.

-Buenos días —saludó Denis. Los otros dos saludaron con la cabeza.

-Buenos días teniente. ¿Les apetece algún manjar?

-No me apetece comer nada —bostezó.

-Veo que han dormido bien.

Todos afirmaron con la cabeza, el alcalde se levantó para dejar paso a Denis.

-¡Es extraño! —dijo Arana.

-¿El qué? —preguntó Denis.

-No recuerdo ni cómo ni cuándo me fui a la cama.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de todos. Polanco bebió de un trago, Denis se sirvió un vaso e hizo lo mismo. El alcalde los miró, ellos sintieron escalofríos por esa mirada inhumana.

-Normal, ayer bebieron demasiado. Juan —gritó, el cantinero se asomó a la barra— Trae un buen almuerzo a estos señores. Queso, chorizo, unos huevos fritos. Que coman como es debido.

-Pues es raro —Villanueva se rascó la cabeza mientras hablaba— No me he despertado con mal cuerpo.

-Ni yo.

-Ni yo.

-Yo tampoco.

El capitán se estremeció y se levantó de un bote.

-Un momento ¿y el resto de mis hombres?

Esteban tiró de su mano e hizo que se sentara.

-Primero, escuchad mi historia. Seré breve —el alcalde sirvió el último vaso de vino y se lo ofreció al teniente.

El teniente se sentó y volvió a olvidar al resto de los soldados. El joven Juan llegó con dos jarras de vino en una mano y tres vasos en la otra. Tras él su padre con dos platos llenos de viandas. El crio cogió un cacho de queso cuando su padre

dejó el plato en el suelo, guiñó un ojo pícaramente y al levantar su padre la mano haciendo como que le iba a pegar salió corriendo hacia la barra. El padre sonrió pero al mirar al alcalde tornó serio. Todos se sirvieron un vaso de vino, menos Azaña que no tenía.

-Trae pan —dijo hoscamente el alcalde. Juan se dirigió a la barra.

-Y... y un vaso más —pidió Jose Luis sin mirar atrás.

De una carrera dejó el pequeño Juan el vaso y una cesta con pan. Los soldados comían con gula, el capitán y Azaña sólo bebían vino. Levantó la jarra para servir al alcalde pero éste tapó el vaso con la mano.

-Bebí suficiente. Gracias.

-Pues cuente su historia —espetó Denis.

-Sí. Comenzaré para que sepan lo que se han perdido...

-No hace falta. Siga, siga por donde fuese —interrumpió Arana llevándose un cacho de queso a la boca.

-Cómo contaba a vuestros compañeros todo el mundo, desde los moros acampados hasta el cura, que daba misa al aire libre para que los sarracenos vieran la fe que tenía el pueblo e también por ver si alguno se convertía, quedáronse sorprendidos al ver llegar a los hombres del pueblo. Incluidos algunos que se sabía habían muerto. El emisario moro mandó tornar a un par de los suyos para comprobar si se habían escapado del lugar do los tenían retenidos. A los dos días volvieron no sólo aquellos moros que fueron a mirar, sino diez más que no creían lo que los suyos les contaban.

-¿Eran demonios acaso?, si entre ellos había muertos —preguntó absorto Polanco.

-Non, non, non, non. Que va. Éramos elementales.

Todos le miraron intrigados.

-¿Erais qué? —preguntó Denis.

-Es una historia muy larga, el caso es que algo grave ocurrió. Aunque logramos recoger la cosecha a tiempo e satisfacer sus peticiones ellos non se contentaron e exigieron que renunciáramos a nuestra fe. Intentaron matar al cura que protegido por algunos fieles se encerró en la iglesia. Al resto nos convirtieron, aunque non pusimos mucho empeño en evitarlo la verdad, el miedo a perder la vida nos pudo.

-¿Y qué pasó?

-Pasó que en esa iglesia de ahí fora... —exclamó violentamente volviendo a señalar la puerta— ...en esa iglesia de ahí

fora, hay dos de las más sagradas piezas que imaginar pueden.

-¿Cuáles? —Azaña sonreía pensando en robarlas.

-¡Non sé! —decepción entre los oyentes— Yo nunca llegué a entrar, durante el tiempo de siega el cura, el padre Pastor, siempre daba misa fuera. Pero esas dos piezas nos castigaron e pasaron ya novecientos años deso.

-¿Y qué pasó con la gente que se encerró en la iglesia? —preguntó Villanueva.

-Los moros quisieron sacarlos como fuera, intentaron quemarla primero, pero non resultó. Las flechas llameantes que lanzaban non lograron entrar en la iglesia. Ni una sola.

-Un milagro —exclamó sonriente Villanueva.

-No seas bobo, los milagros no existen —le riñó Denis.

-Puede ser —continuó el alcalde— pero nuestros amos non se contentaron e mandaron construir una catapulta así farían salir a la fuerza a esos dieciocho infieles.

-¿La catapulta esa que está a la entrada del pueblo? —preguntó Polanco.

-Sí —asintió con la cabeza— pero non podimos probarla.

-¿Por qué? —preguntó picajoso Denis.

-Porque a algunos de los soldados moros se les ocurrió la idea de entrar a la iglesia por los torreones, como así ficieron. Pero...

-¿Pero?

-¿Pero?

-¿Pero?

-Cuando por fin entraron, ficieron algo muy grave con una de las reliquias. Y el cielo se cubrió de nubes negras e los moros salieron como alma que lleva el diablo de la iglesia e al llegar a media plaza fueron alcanzados por rayos e muertos en pocos segundos.

-Imposible —dijo incrédulo el francés.

El alcalde respiró hondo, bebió un sorbo y continuó.

-Entonces fue cuando pasó lo de las voces del cielo, lo de la niebla e lo de la maldición sobre todos los que ayudaron a los sarracenos e sobre los sarracenos mismos.

-¿Cuántos erais? —preguntó Denis.

-¿Cuántos quedamos malditos?, entre gente del pueblo, gente como yo e gente de la secta, que así era como se llamaba a los moros en esa época... Doscientos cuarenta y siete —apuró el vaso y se dirigió a la puerta, al llegar a ella se

paró y dijo sin mirar atrás— pero en nueve siglos ha sido mucha la gente que se ha perdido e llegado aquí. Ya somos más de mil —volvió a andar desapareciendo en la niebla y dejando sorprendidos a todos.

29

En Pineda de la Sierra la gente comenzó a despertarse con el ruido que provocaban los animales en el gallinero, cacareos, picotazos, batir de alas. La mañana amaneció fresca, el rocío hacía pensar que ese día no iba a pasar nada hasta que los gritos de Raúl “el rubio” resonaron por el pueblo.

-¿Pero no te ha dolido hasta que te lo has visto? — preguntaba el abuelo sorprendido.

El rubio tenía el brazo en alto, no dejaba de mirarlo.

-¡No!

Los compañeros le rodeaban, algunos cuchicheaban sonriendo, otros le miraban con cierto repelús y otros aunque en pie aún no se habían despertado. Llegó el sargento, apartando a los soldados para ver que sucedía, miró hacia el árbol en el que un sonriente Azaña le guiñó un ojo.

-¿Qué ha pasado aquí? —puso cara de asco al ver a Raúl, pero antes de que el soldado pudiera ver su expresión la cambió— ¡Santo Dios!

Raúl le enseñó el brazo, el capitán se inclinó para tocarlo. Raúl gritó.

-¿Y la cara te duele?

-No, ¿Por qué? —Raúl se fijó en las miradas cómplices que el sargento y los demás soldados se echaban. Sin dejar de mirar al sargento y al abuelo que estaban juntos se giró, tropezó y cayó al suelo. Volvió a levantarse y se sentó en la fuente.

Al ver su imagen reflejada un inmenso dolor se fue apoderando de él, empezó a notar como si le estuvieran golpeando, como si le quemaran por dentro de la piel. Empezó a notar picores. Era tanto el dolor que tenía que se desmayó. La cara de Raúl parecía la del Ecce Homo. Tuvo un par de convulsiones antes de que el sargento ordenara que lo cogieran y lo subiesen a un carro.

-¡JA! —ese grito seco provocó que el sargento se volviese hacia Azaña.

El traidor le miraba sonriente. Enrique sacó una navaja y caminó hacia él firmemente. Al encontrarse a un paso suyo alzó la navaja, el prisionero gritó con su habitual cobardía. Enrique cortó las cuerdas y llamó a dos soldados.

-¡A la mínima, lo matáis! —no dejó de mirarle a los ojos mientras decía esto.

Los soldados pusieron las manos de Azaña a la espalda y las ataron. Apareció el capitán acompañado del cura y el señor de Mantua.

-¿Qué ha pasado Enrique? —preguntó con una sonrisa despreocupada el capitán.

Enrique se acercó a su amigo y le susurró al oído, la sonrisa fue desapareciéndole del rostro. Lequerica movió la cabeza hacia el prisionero que sonreía con la mirada perdida.

-Padre, dejamos a Raúl con usted —Heredia asintió con la cabeza a Lequerica.

-Déjenle en mi casa —dijo el señor de Mantua.

-Gracias —el sargento le dio la mano— Enrique que le lleven a casa de este hombre y vuelvan rápido. Nos vamos.

Manolo, el segundo soldado con más edad del grupo, guiaba la primera carreta. Alzó una bandera rojigualda y la ató a un borde del carro.

-Bueno padre. Lamento perderle —dijo el sargento dándole la mano.

-Yo lamento más no poder ir con vosotros —dijo el padre Heredia sonriente pero algo cabizbajo— pero he de quedarme aquí hasta que venga el sustituto del padre Pascasio. Alguien ha de dar misa. ¡Vale más una misa que todo el dinero del mundo!

-Pues rece por nosotros padre —gritó Peña.

-Ya lo hago ya —sonreían el padre Heredia y el sargento.

Los jóvenes del pueblo que se habían unido al grupo aparecieron. Manolo y Ludovico venían montados a caballo.

-¿Y esos caballos? —preguntó Alfredo.

-Los hemos traído para hacer más llevadero el camino —sonrió y puso a su caballo a dos patas.

-El sargento y yo os lo agradecemos.

-¿Qué?

-De momento a caballo sólo iremos el sargento y yo. Así que muchas gracias por hacernos más llevadero el camino.

Los soldados rieron al ver la cara que se les quedó a los dos jinetes que de mala gana bajaron al escuchar al sargento decir *desmonten*.

30

Los cinco miembros del ejército francés se encontraban en la plaza mayor de El Altar. Las caras de los españoles era de horror, Denis caminaba tranquilamente de un lado a otro de la plaza. A pesar de la niebla se podían ver los cuerpos despedazados de quienes habían estado con ellos hasta la noche anterior. Villanueva vomitó, al abrir los ojos se dio cuenta que había echado todo sobre la cabeza de Jean. Arana lloraba gritando que no quería que le hicieran eso. Los otros soldados procuraban no mirar al suelo, pero hasta en las paredes había trozos. Denis se apresuró a meterse en la cantina. Al poco de entrar él, entraron los soldados y tras ellos el alcalde al que Denis cogió de la solapa.

-¿Qué le ocurre Denis? —preguntó Esteban.

-¿Qué han hecho a mis soldados? —gritó Denis dando un fuerte golpe en la mesa y levantándose.

-¿Le gustaría volver a verlos? —se levantó también y acercó su cara a la del teniente.

-Sí.

El alcalde miró a los soldados que inexpresivos asintieron.

-¿A quién le gustaría ver primero?

El teniente dudó, trató de empujar a Esteban pero no pudo.

-A Jean Belle —dijo firmemente.

-¿Vosotros también?

Los soldados gesticularon con la cabeza afirmativamente.

-Llámele.

-¿Cómo?

-Llámele y el aparecerá por esa puerta. Está fuera. *Llá...me...le.*

El teniente gritó el nombre del muchacho. La puerta se abrió y cerró un par de veces.

-Non tien ganas de verle parez.

-No está ahí fuera —resopló y volvió a intentar mover al alcalde.

-Imagínelo. Cómo era... cómo vestía. Si en algún modo lo apreciaba e quiere volver a verlo diga su nombre

-Jean Belle —gritó Polanco, el teniente le miró enojado. El resto de soldados también gritaron el nombre de su compañero. La puerta volvió a abrirse.

-Jean —gritó el teniente, la puerta se cerró— Belle —la puerta volvió a abrirse y apareció el muchacho.

-¡Dios santo! —gritó Villanueva.

El alcalde abrió paso a Denis que se acercó al muchacho y le abrazó sonriente. El muchacho no reaccionaba.

-Garçon, t´est bien?

El muchacho no respondió, Denis le zarandeó violentamente.

-Reponds.

-Muchacho... contesta —dijo fraternalmente el alcalde.

-Os pido si posible fuera —contestó el muchacho— que me dieras trabajo o comida.

-Ven aquí, come —dijo el alcalde en el mismo tono fraternal de antes.

-¿Cómo es posible? —preguntó el teniente.

-La fuerza de la mente, amigo mío. La fuerza de la mente.

-No haga caso a eso teniente —Villanueva se balanceaba en la silla al tiempo que hablaba— lo de fuera serán restos de animales o qué sé yo y tenían al muchacho escondido.

El alcalde se puso detrás del soldado, sacó una navaja y se la hundió en el pecho varias veces. Los demás, excepto Jean que seguía comiendo sin prestar atención, se apartaron asustados ante lo que estaban viendo. Esteban movió con la habilidad de un carnicero la navaja por el estómago del soldado que respiraba con dificultad y en un rápido movimiento le rajó el cuello que durante unos segundos escupió sangre al ritmo de la respiración de Villanueva.

-¿Murió, non? —se limpió la cara de sangre.

Todos asintieron con la cabeza asustados.

-Os gustaría qué non hobiese acaescido verdad, qué non estoviese muerto.

De nuevo asintieron sin pronunciar palabra.

-Imaginallo. Cread un ser vivo. Nosotros non podemos farlo, non podemos crear, desgraciadamente.

Arana se desmayó, todos miraron al suelo junto a la cara del desmayado unos pies descalzos. Levantaron la mirada y ahí estaba, con la misma cara inexpresiva que los habitantes del pueblo, Manuel.

31

Abrían la marcha el capitán y el sargento a caballo. Tras ellos, caminando, iban Manuel Cortés y otro hombre del pueblo acompañando a un par de soldados. En la primera carreta iba sentado Denis y cerrando la marcha atado con una cuerda Azaña, vigilado por el Abuelo.

El capitán tiró del caballo y esperó que pasara a su lado la carreta primera. El sargento galopó hasta la última.

-¿Por qué le encontraron de esa guisa? —preguntó el capitán.

-¿Cómo? —respondió el francés sin mirarle.

-Desaliñado, con la ropa rota y con miedo, con mucho miedo.

-Llevaba días perdido, estaba desorientado.

-Parecía que temiera que le atrapase alguien... lo que mató a mi sobrino quizá.

-¡Puede ser!

-¡Es ilógico!

-¿El qué?

-¿Qué teniendo tantos hombres como afirma apareciera solo y tan asustado?

Una ligera brisa se movía por los campos, por entre los árboles. El camino estaba muy mal debido a las lluvias de los días anteriores y era cuesta arriba. El sargento dejó a Azaña subir a la carreta y se mantuvo junto a ella hablando con los soldados.

-Capitán —Antón le llamó desde la segunda carreta.

-Dime Antón —Detuvo el caballo de nuevo para esperar a la carreta.

-Es extraño.

-¿Qué es extraño? —arreó al caballo.

-Dice Azaña, el traidor, que poco antes de llegar al pueblo hay girasoles plantados.

-¿Cuándo ha dicho eso?

-Poco antes de parter, aún en el pueblo.

-¿Y qué es lo extraño?

-Qué poco he visto plantado por allí... Me lo conozco bien, aunque hace casi dos años que no piso por ahí. Pero... ¿Girasoles?

-Alguien lo haría, eso no es importante.

-Claro —respondió dando un bufido el muchacho.

-¿Cómo cuanto queda para llegar al sitio ese? —preguntó el capitán.

-¿Qué sitio? —interrumpió Manuel.

-San Millán —contestó Antón mirando a Manuel.

-Pero para ir a San Millán tendríamos que haber ido por otro lado.

-No se refiere a San Millán de Lara, quiere ir al monte.

-¿Por qué?

-Porque ahí están los franceses. Venía en el libro.

-¿El qué venía en el libro? —Manuel y el hombre se subieron al carro ante la atenta mirada del capitán.

-El pueblo. Un pueblo en el que hay mucha niebla ¿Verdad capitán?

El capitán asintió, Manuel se levantó tenía una mirada que reflejaba preocupación y se mordía el labio que intentaba formar una sonrisa.

-Pues entonces vamos mal —señaló al pueblo— Por allí está Tinieblas de la Sierra y un poco más allá San Millán de Lara.

El capitán, pensativo, detuvo el caballo para esperar la última carreta.

-¿Vamos bien? —preguntó a Azaña que pareció no escucharle— Azaña... ¿Vamos bien?

Respondió con la cabeza que sí.

-¿Seguro que no es por el otro lado?

El traidor negó con la cabeza.

-¿Ya sabe que hará cuando llegué al pueblo y se encuentre con un ejército más numeroso y más poderoso que el suyo? —preguntó con maldad Azaña.

-¿Tantos son? —Enrique se veía preocupado.

-¡Responde! —dijo amenazante Alfredo.

-Son más de cien.

-Entonces tampoco es tanta la diferencia —exclamó Enrique.

-Pero cada uno de ellos vale por treinta de vosotros.

-Eso habría que verlo —dijo sonriente un hombre del pueblo.

-Eso ya está visto. Los franceses son mucho mejores y más aún los que están en ese pueblo. Que me obedecen sólo a mí y están prestos a luchar por llevarme a la gloria.

-¿Qué dices, loco? —dijo un soldado al tiempo que le empujaba con un pie.

32

El alcalde de El Altar iba delante de los soldados, que caminaban muy juntos.

-Non podemos salir del pueblo a non ser que alguien se preste a cambiar por nosotros —expuso el alcalde mientras subía la cuesta con los soldados— Por exiemplo Juan e su hijo... e su moger que en paz descanse, estovieron trabajando para nosotros. Sembraron ese campo con girasoles, que inutilidad.

La niebla era menos densa que cuando llegaron y podían distinguir a duras penas el bosque que les rodeaba.

-Está bastante mal ubicado el pueblo, hay que bajar una cuesta para subir otra —hablaba al grupo que le seguía a un par de metros.

-¿Qué les pasó? —preguntó Denis.

-¿A quiénes? —se giró para responder.

-¡A Juan y a su hijo!

-¡Ah! —continuó andando— Ofrecióseles trabajo e posada.

-¿Y aceptaron? —preguntó Arana.

-Claro. Por eso están ahí —respondió con condescendencia— díjoseles que si venían al pueblo tendrían una casa e un buen trabajo. Que si querrían regentar la cantina, ellos dijeron que sí. Ajustamos e poco rato después se encontraban trabajando. E ya non podrán salir de aquí.

-¿Para qué nos está dando este paseo? —elevó la voz Denis.

-Quiero que sepan una cosa —le miró desafiante— para que no intenten escapar.

-¿Dónde vamos? —preguntó Azaña algo irascible.

-Al borde, donde acaba o empieza la niebla.

-Tardaremos una hora como poco en llegar.

-¿Acaso va facer algo mejor? —el alcalde se paró a escasos metros de la gruta de Mateo, se dio la vuelta e inspiró hondamente— Quiero mostrarles que aunque vean la luz del día en el cruce, non podrán salir de la niebla. Por mor que corran o que recen.

-¿Cómo que no podremos salir? —gritó Denis enojado.

-Nosotros non hemos ajustado nada, ni hemos llegado a pacto alguno -repuso Polanco.

-Pero bebisteis de lo que os ofrecimos e comisteis de lo que vos servimos. Eso ya os... —pensó la palabra adecuada que

decir pero al no encontrar ninguna dijo una que sabría les atemorizaría— ¡Maldijo!

Arana se puso muy nervioso y apretó tan fuertemente el antebrazo de Polanco que le hizo sangrar.

-¡Quita coño! —exclamó José y le empujó.

-Tomaré por cierta su palabra. No podemos escapar —el teniente hablaba con bastante prepotencia— Creo que tampoco nos dejarían. ¡Volvamos al pueblo!

El alcalde arqueó las cejas, se frotó vigorosamente la nariz y los ojos y caminó hacia los soldados. Estos temieron que les pudiera hacer algo y se hicieron a un lado, pero el alcalde pasó sin siquiera prestarles atención.

-¿Qué pasó con la mujer de Juan? —Denis le agarró de un hombro.

-Murió. Aún estamos esperando.

-¿El qué? —preguntó Arana.

-Que cree a su mojer. Poco debíala querer para non facerlo.

-O demasiado como para hacer que se maldiga —contestó Denis.

El alcalde le miró con desdén, algo cansado. Emprendieron el camino al pueblo. Nuevamente bajar la cuesta, para volver a subirla.

33

Polanco se tumbó en la cama, cerró los ojos y los abrió de nuevo algo incomodo. Se levantó y poniéndose de rodillas sobre la cama miró por la ventana. La niebla le puso nervioso así que cerró las contraventanas con fuerza, asegurándose de dejar bien prieto el pestillo.

La luz del candil ocultaba más de lo que enseñaba y decidió apagarla. Fuera los sonidos que producían esos seres malditos le hicieron pensar que no podría pegar ojo en toda la noche, pero el cansancio hizo mella rápidamente en él y poco a poco fue cerrando los ojos.

Pasada la media noche José se despertó sobresaltado por un brutal golpe a su ventana. Echó mano instintivamente del candil, al alzarlo cayó en cuenta que estaba apagada y se sintió un poco más tonto. El sonido de un fósforo rasgando asustó al soldado, la leve luz que produjo el fósforo se dirigió al candil. En un principio no pudo distinguir si era portado

por mano humana y si el fosforó lo llevaba un fantasma. La respuesta se produjo en el mismo momento que se encendió la vela.

-Hola compañero —la voz de Azaña sonaba humorística.

-¿Qué... qué haces aquí? —Polanco se echó para atrás, Azaña aprovecho para sentarse en la cama en la postura del buda.

-He venido a hacer de ti un ser inmortal —sonrió y sacó una navaja que dejó encima de la cama.

-Tú estás loco. Te ha comido la cabeza ese alcalde.

-No —sonrió y durante unos segundos José creyó tener enfrente al diablo— A ese alcalde de pacotilla y a los suyos les he comido el coco yo.

Fuera los golpes, las risas y los gritos sonaban con más intensidad. Polanco dirigió su mirada a la ventana.

-No te preocupes, pararán. No tienen mucho aguante — cogió la navaja y jugueteó con ella— para dar gritos. Para perseguir y matar sí.

-¿Vas a matarme?

-Sí. Y dentro de poco estarás sirviéndome.

-Antes muerto.

Azaña se echo a reír estruendosamente.

-Ese es el plan, imbécil de pacotilla.

Polanco dejó apoyado el candil sobre la cama y en un rápido movimiento sacó su navaja de debajo de la almohada.

-Igual el que se convierte en inmortal antes eres tú — Polanco hablaba con los dientes apretados, mostrando una temible sonrisa— O igual no, si te mato seguro que nadie se acuerda de ti.

Eso le sentó como una puñalada a Azaña, que acertó un tajo en la cara de Polanco sin que éste le viera siquiera moverse.

-Cómo demonios...

-Exacto —sonrió José Luis, moviendo la navaja ensangrentada— demonios. ¿Elementales? Le dije ese nombre al alcalde la primera vez que le escuché su historia y no ha dejado de repetirlo —bufó y lanzó la navaja que pasó rozando la cara de Polanco cortándole— ¡Qué tontería! Mi primer encuentro con gente como ellos fue allá en la China, tulpas lo llamaban, pero yo enseguida me di cuenta de lo que eran, demonios, porque cómo si no iban a aparecer de la nada. Cuando se lo conté al alcalde no se lo creía, pensaba que estaba loco.

-¿Entonces tú eres uno de ellos?

Una ligera brisa rodeó el cuerpo de José, que miró hacia atrás y vio que la navaja había desaparecido de la cabecera de la cama.

-¿Yo? —rió— No, que va. ¿Quieres que te cuente como llegué a este pueblo? —Polanco afirmó con la cabeza— ¿Te acuerdas cuando me mandaron a prisión? —limpió el filo de la navaja en la manta.

-Cuando asesinaste a esa cría y a la monja después de...

-Exacto —contestó resentido— salimos de Nájera. Tenían que llevarme a Burgos, por lo de aquella otra denuncia — otro rasguño en el brazo de Polanco y sangre de nuevo en la navaja de Azaña— de los que iban en el grupo dos eran de un pueblo llamado Posadas, así que decidieron desviarse un poco para ver a la familia.

La vela iluminaba poco a Azaña, lo único que se le veía eran la sonrisa en la que enseñaba todos los dientes y los ojos. José se tocaba las dos heridas que le había producido su compañero, dejó la navaja junto al candil.

-Al ir de Posadas a Burgos nos perdimos, en aquella época había niebla en toda esta zona, y vinimos a parar a El Altar. Yo estaba enfermo por lo que no pude comer nada en al menos cinco días, sólo bebí vino caliente.

-¿Pero como saliste? Ha dicho el alcalde que no se podía.

-El alcalde es un mentiroso... pero yo sé la verdad —dijo al tiempo que se abalanzaba tapándole la boca y clavando la navaja con saña— Y la verdad es que cuando consiga mi objetivo y gobierne, este mundo será mucho mejor. Para mí.

Azaña volvió a sentarse en postura budista, Polanco tocaba la navaja que no se atrevía a sacar, le salía sangre por la comisura de los labios y respiraba lentamente con convulsiones.

-Pierdes el alma al salir de aquí, eso es lo que os quería contar Esteban. Yo ya no tengo, pero he ganado muchas otras cosas. Puedo leer la mente, puedo salir de mi cuerpo... uuuuh —exclamó moviendo la mano como se supone que las mueven los fantasmas— y es por eso que hasta el alcalde me teme. Yo soy el futuro.

Polanco expiró, Azaña abrió la ventana y con bastante esfuerzo tiró el cadáver de su compañero y cerró rápidamente la ventana. Se sentó en la cama, entornó los ojos y sintió como una suave brisa entraba a través de algún resquicio de

la ventana. Los ruidos de la calle cesaron, la brisa movió un pequeño cacho de papel que se elevó unos centímetros y fue a parar encima de un pie, el pie de José Polanco que observaba la ventana con la mirada perdida.

-¡Bienvenido amigo! —Azaña tenía una sonrisa de oreja a oreja.

34

Alfredo y sus hombres llevaban media hora de viaje cuando vieron a lo lejos la figura de un chico que parecía esperarles sentado. Alfredo dio orden de que estuvieran prevenidos, azuzó al caballo y se paró frente al muchacho.

-¿Dónde están los demás? —preguntó desmontando.

-¿Quiénes? —el muchacho se encogió de hombros.

-No te hagas el inocente. ¿Una persona sola?... ¿Por aquí?... —dijo Alfredo tratando de calmar al caballo que se encabritó— seguro que formas parte de alguna de esas guerrillas. Diles que no se preocupen que se unan a nosotros.

El muchacho sonrió.

-Non soy guerrillero. Torno a casa —se levantó— e ustedes podrían llevarme si bien lo quisieran. Tengo hartito andado y bueno sería recorrer distancia sin gastar los pies.

-No sabemos dónde está el sitio al que vamos —Alfredo reconoció en la mirada del chaval algo familiar— ¿Cómo te llamas?

-Zebedeo, como el padre de nuestro Santo Patrón Santiago. O al menos eso tengo oído.

-¿Y de dónde eres Zebedeo? —miró a su alrededor por si le estuviera mintiendo y hubiese gente preparando una emboscada.

Las carretas pararon, el muchacho subió a la primera. El capitán observaba perplejo, algo en el muchacho le resultaba conocido. El muchacho se sentó junto a Denis, que le miró sorprendido. El capitán subió al caballo y continuó la marcha.

-¿Quién es? —le preguntó Enrique poniéndose a su altura.

-Va en nuestra dirección y me ha pedido ir con nosotros —contestó parcamente.

-¡Ah!

El sargento marchó al final de la caravana, desmontó y fue caminando mientras hablaba con los soldados. Alfredo galopaba a la altura de Denis y el muchacho.

-Y bien Zebedeo, ¿de dónde vienes?

El muchacho señaló algún lugar indefinido. Denis se levantó frotándose las lumbares.

-Si me permite, quisiera ir andando un rato —dijo mirando a los dos soldados que le vigilaban que pusieron mala cara.

El capitán hizo con la mano un gesto de afirmación y movió la cabeza para indicar a los soldados que le siguiesen, acto seguido se sentó junto al muchacho atando las riendas del caballo a un lateral del carro.

-¿Cómo se llama tu pueblo?

-El Altar.

Al escuchar estas palabras un cosquilleo le recorrió el cuerpo al capitán. Reconoció la voz al instante, era la misma que le hablaba en sueños. El capitán se separó del muchacho lo más que pudo en el carro sin dejar de mirarle.

-Non quiso escucharme capitán e diré con ustedes —le sonrió- de vuelta a casa.

-¿Te has adueñado del cuerpo de este chaval también?

-Sí —se quedó pensativo— ¿sabe qué es un elemental?

El capitán negó con la cabeza.

-Entonces será mejor que se arrime e escuche lo que tengo que contalle sobre el pueblo e sobre sus gentes.

Los soldados cantaban alegres.

-*Virgen de Atocha, dame un trabuco, para matar franceses y mamelucos* —cantaba Nicolás Patajo.

-*El que oyendo el grito de Viva España no responde. Si es hombre no es español, y si es español no es hombre* —cantó Abel O'Riordan.

Cada vez que uno acababa, otro comenzaba a cantar. Pasaban así el rato divertidos, olvidándose de los problemas.

-Oye ¿tú de dónde eres? —preguntó maliciosamente Azaña a Abel.

-¡De Málaga! —contestó el muchacho.

-Dudo mucho que seas español, tienes el pelo naranja —replicó Azaña.

-Sí señor —contestó sonriente Abel, haciendo más caso a los cánticos que al prisionero— español de España y mi padre irlandés de Irlanda. Y ahora calle y no amargue.

Llegaron a San Millán cerca de las tres de la tarde. Alfredo mandó parar para comer algo y descansar. Él continuó sentado en el carromato. Ofreció un cacho de queso a Zebedeo pero éste lo rechazó con la mano.

-Esas son las dos reliquias que en la iglesia hay —el muchacho miraba impassible el gesto de admiración que había en el rostro de Alfredo.

-¿Cómo pudiste salir?

-Salir se puede, pero pierdes la alma —dijo con pena. La voz le temblaba— eso dice el alcalde.

-Capitán, capitán -interrumpió Azaña.

-Esa es la mayor de las maldiciones del pueblo —continuó Zebedeo— Podemos salir pero perdemos nuestra alma si volvemos e la vida si estamos más de un año fora. Al menos eso decía el alcalde.

-Capitán, capitán —volvió a gritar al tiempo que le tiraba una piedra.

-¿Qué demonios quieres? —gritó encolerizado Alfredo.

-Sólo hablar con usted —sonrió como si fuera un diablo.

-Pues espera...

-Es muy importante —dijo en tono meloso— es sobre el pueblo y sobre Denis.

-Ese hombre es muy peligroso —susurró Zebedeo al oído del capitán.

-¡Puedo oirooos! —dijo nervioso Azaña.

El capitán le miró preocupado y se levantó, el chico tiró de él.

-Non, a mi non puede oírme. Traté de hablalle en un par de ocasiones y ni él ni el otro parecieron escuchame.

El capitán se tranquilizó al escuchar esas palabras y volvió a sentarse.

-Sargento —gritó Alfredo— Cuando hayan comido todos, haga un par de grupos y divídalos para encontrar el pueblo.

-¡Yo sé dónde está! —dijeron los tres que conocían el pueblo a la vez.

Azaña riendo en plan sarcástico. Denis dándose la vuelta, estaba recostado echando la siesta, y el chaval agachando la cabeza como si lo que acababa de decir el capitán le hubiese sentado mal. El capitán pareció notar el disgusto del joven. Denis se levantó y se estiró como los gatos.

-¿Está muy lejos de aquí?

-¡Non, que va!

El muchacho se levantó y señaló al azar.

-Está por ahí. Pero non es importante el dónde está el pueblo —el capitán mostró sorpresa— si non el cuando está.

-Capitán, capitán, capitaaaaaaan —Azaña se comportaba como un pequeño revoltoso.

-Calla la boca maldito —gritó Denis, dándole una patada en el estómago, y arrepintiéndose al instante.

Un par de soldados acudieron rápido a separarles.

-Atad al traidor a un árbol otra vez, a ver si así estamos tranquilos durante un tiempo —decía Enrique mientras separaba tranquilamente a Denis.

Los soldados se llevaron a Azaña que iba llorando e implorando. El muchacho bajó de la carreta y caminó a su derecha.

-Ese hombre es muy malo —dijo— tiene mucho odio dentro e consiguió mudar a la gran mayoría de la gente del pueblo con falsas promesas. E lo malo es que ni aínda deshaciéndonos de él podrían sacarse ya el veneno de dentro dellos.

-¿Conociste a Denis?

-Sí, de vista —respondió el muchacho mirando al horizonte.

-¿Es de fiar?

El muchacho negó con la cabeza, cogió una espiga y la mordió con firmeza.

-¿Cuántos franceses hay en el pueblo?

-Vivo ninguno. Mejor sería que siguierais el camino hacia otro sitio o que os echaseis al monte... en otro sitio. Porque por aquí poco podréis luchar contra los franceses.

-Algo ha de haber si hasta el traidor dice que dentro de poco el ejército que hay en el pueblo atacará.

-¿Ha dicho eso? —preguntó preocupado el chaval.

El capitán asintió, el muchacho se puso a andar.

-¿Tiene hora capitán?

Alfredo sacó su reloj de bolsillo y abrió la tapa, estaba parado. Miró al chico e hizo un gesto de negación con la cara.

-Bueno, cuando retorne estén todos preparados. Los llevaré a El altar.

El capitán se echó a reír. El chico se dio cuenta que había hecho una gracia e intentó sonreír.

-Les llevaré al pueblo.

El muchacho subió por el monte y al poco desapareció de la vista.

-Sargento, venga aquí. Por favor —Enrique se acercó bebiendo— Sigue enseñando a los del pueblo. Que el resto de la tropa descanse. Pero cuando yo les diga estén preparados para marchar.

-De acuerdo. ¿Dónde ha ido el muchacho?

-A buscar el pueblo.

-¿Se fía de él?

El capitán afirmó con la cabeza.

-Teniente —gritó Azaña— Teniente le ha contado al capitán dónde consiguió esas botas.

Denis se hizo el distraído, canturreando la Marsellesa, moviendo al aire los guantes.

-Alonsanfáns, alosanfáns —cantaba burlándose Azaña.

Algún soldado se rió, Denis les miró mal a todos.

-Cuenta teniente dónde consiguió esos guantes —soltó entonándolo con la melodía de la Marsellesa.

-En la Vendée, ya se lo dije. El mismo día que me los dieron me hicieron teniente —dijo intentando no alzar mucho la voz.

-¿Y qué pasó en la Vendée, teniente?, ¿Qué pasó?

El capitán se acercó a Denis, miró a los ojos del traidor atado y trató de encontrar los del francés que miraba al suelo tratando de no mirar a Alfredo.

-¿Por qué estás tan interesado en que sepamos eso? —gritó el capitán.

-Qué le cuenta el teniente, igual que nos lo contó a nosotros en el pueblo y así juzgará si es o no interesante la historia.

-¡Quieres callarte maldito demonio! —gritó Denis lanzándole una piedra que acertó en la frente de Azaña.

-¿Maldito demonio yo? —contestó con ira para acto seguido echarse a reír.

El capitán levantó al francés y lo alejó de Azaña.

-Ahora mismo no tengo tiempo para riñas infantiles, pero después me contarás que paso en ese pueblo.

El capitán dijo a Denis que se subiera en un carro y que no se moviese de ahí y ordenó que le vigilaran. Azaña dio un par de gritos y se tranquilizó.

36

El tercer día de estancia en El Altar Denis entró en la taberna poco antes de las tres de la tarde. Había estado intentando encontrar sin éxito alguna salida del pueblo. La sorpresa fue mayúscula frente a la puerta sentados en dos sillas sonreían Azaña y Arana y sentados en la mesa, casi todos sus hombres.

-Mire teniente —dijo Azaña golpeándose las piernas— están todos. Pruebe usted —dio un par de toquécitos a una silla que había a su izquierda.

-Cuesta un poco, la verdad —aseveró Arana— La cabeza comienza a cosquillear y parece que te va a reventar. Es más, ha habido un momento que creí verme desde lo alto, como si hubiese salido de mi cuerpo, pero fíjese. Ahí están. Inténtelo —dijo sonriente.

La cabeza de Denis parecía tener migraña, se sentó en la silla que tan gentilmente le ofrecía Azaña y se frotó la frente. Sudaba mucho, su cuerpo le pesaba más de lo habitual y sentía como si miles de hormigas caminasen por sus venas. Se desplomó.

Despertó a la hora, seguía tirado en el suelo. Azaña y Arana bebían en una mesa junto a él y el resto de los soldados permanecían en la misma postura en que les vio al llegar.

-¿Va a intentarlo ahora? —preguntó Azaña en el mismo momento que Esteban Rey, el alcalde, entraba por la puerta.

Esteban ayudó a incorporarse a Denis, le sentó en una silla, cerró la puerta y se puso a su lado.

-Fablo mucho del poder de la mente, pero ni siquiera sé cómo funciona —dijo el alcalde frotando la espalda de Denis— nosotros, los elementales, non podemos formar nada. Podemos amar, enfadarnos, incluso penar —ladeó la cabeza pensativo— non todos la verdad.

-Venga teniente, inténtelo —Arana le incitaba con una sonrisa sincera en la cara.

Denis sintió frío en las manos, sacó los guantes del gabán y se los puso. Sonrió cuando sintió el tacto del cuero en su piel. Esa sensación pareció dar energía a su pensamiento, repetía mentalmente a palabra *créer*, los ojos se le cerraron, durante una hora estuvo in albis.

No notaba nada a su alrededor ni en su interior, imperturbable, relajado, parecía estar flotando en un río. Decidió

abrir los ojos, se vio en el techo flotaba cabeza abajo por encima de el mismo. Se asustó, volvió a cerrar los ojos y al abrirlos gritando se encontró de nuevo en la silla sentado y frente a él en la puerta una desagradable sorpresa. Una chica de unos catorce años, rubia con alguna que otra peca y bastante desarrollada.

-¡Es imposible, no puede ser! —gritó alterando a los dos soldados, al cantinero y su hijo e incluso al alcalde— Cómo... ¿Cómo puedo hacerla desaparecer?

-Simplemente deséelo, desee que se vaya. Pero ¿por qué? —preguntó el alcalde haciendo señas a la niña para que se acercase- ven, ven a mí preciosa.

La niña caminó torpemente hasta el alcalde, que la abrazó de un modo paternal. Denis estiró los brazos y miró sus manos enguantadas, tras ellas la cría.

-En Vendée, la elegí a ella para...

-¿Para qué? —pregunto intrigado el alcalde.

Denis se quitó los guantes y se los arrojó al alcalde.

-Para esto. Esos guantes los hicieron con la piel de ella. Son perfectos.

Todos se sorprendieron.

-La piel de la mujer era más suave, se usaba para los guantes. La de los hombres la usamos para hacernos botas, como éstas —alzó las botas enseñándolas orgulloso— pero incluso estas botas salieron de ella.

Las miradas horrorizadas de los compañeros, sacaron una sonrisa cínica de Denis.

-¡Qué salvajes! —exclamó horrorizado el alcalde, tirando los guantes al suelo.

-Qué hipócrita por su parte, ¿no? Teniendo en cuenta lo que han hecho a mis hombres —respondió altanero Denis.

-Créame que hasta hace bien poco eso no pasaba -lanzó una mirada de odio hacia Azaña.

-Esos católicos de la Vendée no quisieron unirse a la revolución y tuvimos que escarmentarlos —recogió los guantes— y esto es una recompensa bien merecida.

-Santo Dios —exclamó el cantinero.

-Dios no existe, sólo la revolución —contestó divertido Denis.

-Pues non podrás desfacerte de ella agora —amenazó el alcalde abrazando bien a la inerte cría.

-Si lo haré y con más facilidad que cuando la vi en el pueblo —cerró los ojos y comenzó a repetir mentalmente *eliminar*.

La niña comenzó a convulsionar, sufría espasmos que parecían provocarla dolor. El pánico en los ojos violetas de la niña era tan grande que cuando miró a Esteban pidiendo ayuda, éste se levantó directo a golpear al francés. La cría gritó cayendo al suelo, los espasmos eran cada vez más violentos. Esteban golpeaba a Denis que permanecía inalterable con una sonrisa en la boca. La piel de la cría fue desapareciendo dejando a la vista los músculos, la chica no paraba de llorar y de gritar. El señor carpintero que abrazaba fuertemente a su hijo impidiéndole que mirara metió al niño, que acompañaba el llanto de la joven, tras la barra y echó a correr hacia el francés golpeándole la cabeza.

-Para ya, maldito. Para ya —gritaba fuera de sí.

Los ojos de la niña perdieron el color, la cría siguió gritando unos segundos antes de transformarse en la masa verde. En el mismo momento que desapareció Denis abrió los ojos, se tocó la cabeza y al comprobar que tenía sangre soltó un quejido.

-Te lo dije —gritó agarrando los mofletes del alcalde y manchándoselos con sangre— acabé con ella ahora de una manera más simple que la otra vez. Lástima que hoy no haya podido hacerme otros guantes...

Al decir esto el cantinero le soltó un rechazazo a la mandíbula que le dejó inconsciente.

37

Zebedeo llegó a lo alto del monte desde donde podía ver a los soldados. Se sentó en el suelo y cerró los ojos. Una suave brisa parecía masajear su cuerpo.

-Ahora me lo vas a contar todo porque a mí ya se me está olvidando.

Y recordó.

Recordó cuando era niño, recordó cuando los dieciocho se encerraron en la iglesia y cuando la niebla se apoderó del pueblo, recordó el miedo que pasaban por los gritos y los golpes que parecían iban a derruirla. Recordó cuando todos menos el padre Pastor salieron del templo haciendo caso omiso a las palabras que oyeron salir de su interior unos días

antes. Tuvo miedo al pensar que tendría que volver al pueblo.

-*Memento Mori* —dijo el padre Pastor en el momento que Zebedeo se dispuso a pasar por la puerta.

-¿Qué significa? —preguntó asustado el chico.

-Recuerda que eres mortal —contestó el alto cura en el mismo momento que la madre del chaval tiraba de él hacia la niebla.

Recordó la extraña normalidad que hubo en el pueblo durante años, siglos. Años que cada vez se alargaban más. De vez en cuando algún viajero se perdía y aparecía por el pueblo. No era lo más habitual pero sucedía. Todos los que llegaban se quedaban en el pueblo por miedo a la maldición. Nadie se atrevía a salir por la maldición. Hasta que llegó él.

El mismo hombre que ahora gritaba atado a un árbol, el muchacho podía escucharle aún estando bastante lejos, consiguió que cayese una maldición aún mayor en el pueblo.

Durante días se comportó de un modo muy altivo, despreciando a todo el mundo, contó que había estado en la China varios años. Se granjeó la simpatía de muchos de ellos mediante la adulación y, sorprendentemente, diciéndoles que no eran nada, que eran tontos y que sólo él sabía lo que les convenía. Recordó cuando tras la segunda visita del hombre le siguió para ver cómo había conseguido salir y volver a entrar. Azaña caminó despreocupado, pasó por la gruta de Mateo, bebió agua de la fuente y poco después ese hombre lo único que hizo fue pasar de la niebla al sol, un simple pasó y salió, nada mágico pensó en aquel momento.

Aquello que vio echaba atrás cuanto le habían contado y por lo que había estado temiendo tantos años, se sintió confuso, gratamente sorprendido y tremendamente preocupado a la vez.

Al seguirle fuera de la niebla sintió Zebedeo como si los ojos se le salieran de las cuencas, notó frío y sintió ese extraño hormigueo que años atrás sentía cuando se le dormía alguna extremidad. Después se vio en el camino varios metros delante de él el hombre caminaba silbando torpemente. Zebedeo le llamó, gritó con todas sus fuerza, pero aquel hombre, Azaña, parecía no escucharle. El muchacho volvió a la niebla, quería contar a todos lo que había visto más al ver que tirado en el suelo había alguien y que ese alguien era él se asustó cerró los ojos y rompió a llorar. Al abrir los ojos se

encontró tirado en el suelo, el miedo era tan grande que decidió no hablarlo con nadie. Tiempo después volvió el hombre con los franceses, y antes de una semana marchó con otro y en ese momento decidió seguirles pasase lo que pasase.

-El que aumenta sus conocimientos, aumenta a la vez sus pesares —creyó reconocer la voz del padre Pastor llegando de alguna parte imprecisa.

Ese consejo se lo dio cuando era pequeño, cuando su padre marchó por primera vez a batallar y el crío comenzó a hacer preguntas al sonriente cura que ya cansado de responder le dijo eso. Ahora con la mirada perdida pensaba que cierto era aquello.

Recordó Zebedeo también como cuando días después algunos de los diecisiete ya quisieron volver a la iglesia no pudieron, algo se lo impedía. Una fuerza mágica quizá provocada por las dos reliquias que causaron el castigo y que, con la intermediación de un ángel, avisaron de lo que había que hacer para salvarse, algo que sólo el padre Pastor cumplió.

Las horas pasaban lentamente y cuando el sol estaba a punto de tocar el horizonte, se levantó y comenzó el descenso. A un paso normal, sin prisas, porque no quería llegar a ese maldito pueblo, y porque en las próximas horas, el pueblo, no se movería de ahí.

38

-...Puñetazo que me daban, yo puñado de tierra a sus pies — dijo el abuelo sonriente. Pedro le dio dos palmadas en la espalda riendo y Gumersindo aplaudió con una carcajada.

-Oye abuelo, ¿de dónde dices que eres? —preguntó Pedro.

-Del lugar más bonito de España, Puerto Rico —afirmó orgulloso.

Alfredo que no había dejado de mirar hacia el lugar por donde ahora bajaba Zebedeo fue quien dijo las últimas palabras que se escucharían en las siguientes dos horas.

-A formar, en cuanto veáis que comienzo a andar, todos detrás de mí.

El muchacho pasó junto a los soldados que le miraban con una amplia gama de sentimientos: Miedo, sorpresa, alegría, repulsa, etc. Nadie abrió la boca, ni para arrear a los caba-

llos y mulos que llevaban las carretas. Al llegar junto al capitán un simple gesto con la cabeza y se pusieron a caminar. Nadie se dio cuenta de que atado al árbol seguía José Luis que los miraba sorprendido ya que se preguntaba si le habían dejado ahí a posta o si le habían olvidado, y algo de las dos cosas había.

Caminaron las dos horas, que se hicieron interminables al no haberse pronunciado ni una sola palabra. El silencio lo rompió Antón de Mantua al divisar los girasoles y precisamente eso fue lo que dijo:

-Gi... gi...girasoles —se levantó dando una toba a Manuel.

El terreno no era muy grande pero les dejó a todos absortos, alguno hasta con la boca abierta. Una suave brisa las mecía, y la luz del sol a esa hora de la tarde les daba de tal forma que parecía que cada una de ellas era un pequeño sol, un sol que irradiaba una luz tranquilizadora. Hasta Zebedeo se sorprendió.

Al llegar al cruce Zebedeo se paró junto al cartel con el nombre del pueblo. El capitán no podía creer lo que veía, tras el cartel una niebla que se iba espesando de tal manera que no dejaba ver lo que había unos metros más allá y tras él el sol poniéndose en la tarde más bonita que recordaba en años.

Una extraña sensación de miedo y angustia hizo mella en todos, algunos comentaban entre ellos el no ir.

Otros comentaban que aquello era cosa de brujería o algún invento de los franceses. Alfredo llamó a Denis.

-Diga capitán —se le notaba algo cansado, sonreía.

-¿Es ahí donde están sus hombres?

Denis afirmó con la cabeza.

-Capitán, tal como está el sol le aconsejo esperar aquí hasta mañana.

-¿Zebedeo?

-Es buena idea. Pero que nadie pase a la niebla durante la noche.

-De acuerdo —se dio la vuelta y gritó— Pasaremos aquí la noche.

Un ligero alivio para los soldados que dejaron su carga en el suelo.

-No os acerquéis a la niebla. Es peligroso —gritaba el capitán.

-No tenía la más mínima intención de hacerlo —dijo De la Gándara.

-Ni por asomo —exclamó Santiago.

Los soldados comenzaron a relajarse, encendieron un fuego, cantaban, jugaban a las cartas o simplemente descansaban. El sol era ya una pequeña mancha en el horizonte cuando Zebedeo se sentó junto al capitán.

-Capitán, recomiéndole que deje aquí las bestias. No gustan mucho ahí dentro.

-¿Por qué? —palpó el interior del bolsillo y sonrió al notar la pipa y el tabaco. Lo sacó miró el paquete y calculó cuantas veces más podría volver a fumar con lo que le quedaba. Dedujo que una sola si lo llenaba hasta arriba así que cogió un poco, guardó el tabaco y encendió la pipa. El muchacho se apartó al ver el humo.

-Porque las bestias non tien el don de la palabra. Y *ellos* les ven, les veían, como sus competidores a la hora de servir, de manjar e de resebir atenciones.

El capitán dio una honda calada y a la vista del humo el muchacho volvió a apartarse.

-Cuando llegaron empezaron a aparecer muertos canes e incluso algún gato. Al principio pensamos que lo habían fecho los moros.

-¿Los moros? —exclamó sorprendido atragantándose con la calada que estaba dando.

-Sí —le miró— Tengo novecientos años.

Nuevamente Alfredo se atragantó, le dio un par de toques en la espalda al chaval para que continuara.

-Increíble —exclamó con una amplia sonrisa— ¿Y por qué pensasteis que podrían haber sido los moros?

-Porque en los pueblos de alrededor se habían dedicado a matar canes, que no les gustaban. E cerdos que los consideran impuros.

-¿Y cómo supisteis que no fueron ellos?

-Porque empezaron a morir sus caballos e sus mulas... e después los nuestros.

-Caray, ¿Y cómo supisteis que eran los otros?

-Non supelo hasta bastante tiempo después. Casi cuatro siglos después unos peregrinos alemanes, qué aínda viven nel pueblo e que iban camino a Santiago se perdieron e aparecieron en el pueblo —inspiró fuertemente— Unos doce,

llegaron con un carronato tirado por dos caballos e con un par de mulas sueltas.

Enrique se sentó a su lado, sin prestar mucha atención.

-Esa misma noche, digo noche porque los alemanes portaban dos relojes que iban de ofrenda al santo, uno que quedó en la cantina e otro que pusieron en la plaza e que iba a ser el primero de España.

Enrique se tumbó mirando las estrellas, Alfredo y el chaval hicieron lo mismo.

-Esa noche mientras dormían, todos menos los disiete se dedicaron a destrozaron a los animales de una manera brutal. Clavaron ganivetes¹¹ en ellos, les cortaron tendones, les sacaron los ojos.

Enrique movió la cabeza sorprendido y miró al muchacho prestando atención.

-Los montaron e hicieron que caminasen hasta que se doblaron, a algunos les abrieron las tripas antes. Era horroroso. De los dos canes que trajeron dieron cuenta los moros, que desolláronlos vivos.

-¿Eso dónde? —preguntó Enrique.

-En *El Altar*.

-Ya no sé si dormiré esta noche —dijo dándoles la espalda y cerrando los ojos— ¿Quién me mandaría salir de Hiendelaencina?

39

José Luis Azaña permanecía atado al árbol gritando y maldiciendo. Cuando el sol dejó de iluminar, comenzó a respirar violentamente, a ritmo acompasado, poco a poco fue cerrando los ojos y normalizando la respiración. Tres estrellas fugaces pasaron por el cielo, la estridulación de los grillos acabó con el silencio que hasta ese momento reinaba, parecía que cantasen con rabia. Los latidos del corazón de Azaña fueron disminuyendo y espaciándose. Los brazos le cayeron como si hubiese muerto, los grillos cantaron con más ímpetu. Los árboles, aunque no había más que una ligera brisa,

¹¹ Ganivete = Cuchillo

movían sus ramas como si estuviese a punto de producirse una gran tormenta.

El nudo con el que tenía atadas las manos comenzó a deshacerse al acabar el cuerpo se echó hacia adelante. Las ramas se movían más violentamente. El nudo que unía la cuerda que tenía atado el cuerpo al árbol se deshizo de la misma manera que el de las manos, el cuerpo cayó bruscamente haciendo callar a los grillos durante breves segundos. El cuerpo aún seguía atado por los pies al árbol tenía doble nudo que fue desatado rápidamente. El cuerpo pareció ser arrastrado unos metros hacia abajo. Instantes después Azaña despertaba.

Hizo crujir el cuello un par de veces y se frotó los ojos con fuerza, estaban rojos de la rabia y los llantos que había tenido toda la tarde. Sonrió. Volvió a hacer crujir el cuello y acto seguido apretó los puños haciendo crujir los nudillos.

-Con estas cuerdas ahorcaré a seis de ellos. Con estas manos arrancaré el corazón a uno solo. Y seis más serán los que de rodillas pedirán que les perdone la vida y no lo haré porque muertos servirán mejor a mis planes —dijo al tiempo que su cuerpo comenzaba a tornar en un color rojo sangre.

Se puso en pie y comenzó a andar hacia el pueblo. Su figura irradiaba luz del color de su cuerpo. Cualquier persona que lo hubiese visto a esas horas y en ese lugar habría pensado sin temor a dudas que era un diablo.

40

Pasada la medianoche Raúl sintió un pisotón y medió abrió los ojos para ver que Manuel Buzón, el segundo hombre de más edad del grupo andaba medio dormido pensó que se dirigiría probablemente a orinar. Volvió a cerrar los ojos y se quedó inmediatamente dormido.

Manuel bostezó, abrió mucho los ojos y miró a los caballos. Se rascó la cabeza con fuerza y comenzó a mear en el límite de la niebla. Al acabar se fijó en un par de conejos que desde el límite del camino con el campo de girasoles miraban hacia la niebla con intención de adentrarse en ella.

-Que hermosos —se dijo mordiéndose el labio— si consiguiera coger uno.

Sintió la humedad de la tierra en los pies cuando se metió en la niebla, corrió lo más que pudo hacia el lugar donde previsiblemente irían los conejos y esperó.

Los animales amagaron dos veces la salida, las dos veces se echaron para atrás al ver movimiento desde la zona donde se encontraban los soldados.

Manuel gruñía en silencio para no asustar a los conejos, pero la humedad que sentía en los pies lo estaba matando. Escuchó una risa detrás suyo, se giró, el corazón le comenzó a latir apresuradamente. Otras dos risas más le pusieron en alerta y saltó hacia el camino con tan buena fortuna que cayó sobre uno de los conejos que ya habían decidido emprender camino. Sonrió mientras miraba al otro animal entrar en la niebla. Cogió al que tenía bajo el cuerpo de las orejas, pataleaba e intentaba zafarse. Con una habilidad pasmosa debida a la experiencia rompió el cuello del conejo que aun así dio una patada más antes de morir.

Caminó lentamente el hombre hasta llegar a su carro donde ató al conejo por las orejas en un costado. Se frotó la cara, en el mismo momento que los dos soldados que estaban de guardia se ponían frente a él.

-¿Qué hacías Manuel? —preguntó Fabián el Gaditano.

-Estaba meando y vi a esté conejo y a otro —dijo señalando al animal— que por ahí andará.

-Vaya suerte, ¿dónde lo cogiste? —Fabián miraba hacia la izquierda.

-Allá los vi, gracias a la luna.

-¿Cómo? —preguntó Paco, un salmantino muy delgado y bastante serio.

-Que cómo hay luna llena —señaló el cielo— pude verles bien.

-Mira, mira, mira, mira —exclamó Fabián muy nervioso señalando con la cabeza.

La cabeza del otro conejo asomaba por la niebla.

-Estará buscando a su compañero —sentenció Paco.

-Si... y es más grande que este —preparó el rifle.

-¿Dónde vas burro? —dijo Manuel bajándole el arma—¿Qué quieres? ¿Despertar a todos, avisar a los franceses?

-No, claro que no —contestó avergonzado el muchacho.

-Hay que ser más hábil, hacer como yo. Sorprenderle —dijo asintiendo con la cabeza.

-Pasamos por la niebla y...

Los pelos de los brazos se le erizaron a Manuel al escuchar eso. Se frotó fuertemente los brazos.

-No, no. A la niebla no entréis. Ya escuchasteis al capitán antes.

Los dos soldados no hicieron caso y se acercaron silenciosamente al límite de esa nube que no había subido al cielo. Paco oteó el horizonte antes de entrar por si había algo raro, presumía de ser un profesional y en efecto lo era, y algo preocupado por lo que pudiera pasar siguió a su compañero.

-¡Ay Dios! —Manuel se santiguó y fue detrás de ellos.

Se arrepintió al entrar en la neblina no sólo por el miedo a las voces sino porque continuaba descalzo. Fabián sacó la cabeza de la niebla y miró a ver si el conejo seguía quieto, sonrió al ver que así era. La cabeza del animal sobresalía a escasos pasos de él. Se agachó lentamente tratando de no hacer ruido, levantó la mano para que sus compañeros no se moviesen y dejó el rifle apoyado en un árbol. Una vez estuvo arrodillado alzó los brazos completamente y se dejó caer. Su mano derecha alcanzó al animal.

-¡Lo tengo! —gritó feliz.

Se levantó ágilmente y sujetando fuertemente las orejas del animal y con una sonrisa tan estúpida en el rostro que hubiese hecho reír a sus compañeros si la niebla les dejara ver a más de un par de pasos. Movié la cabeza del animal arriba y abajo como pesándola sorprendido.

-Aquí pasa algo —dijo mustio.

-¿El qué? —preguntó Manuel.

-Aquí pasa algo —dijo una voz a sus espaldas.

-El qué, el qué, el qué... —repitieron varias voces más.

-¿Quién anda ahí? —preguntó Paco cargando su arma.

-¿Qué dices? —Fabián no había escuchado las voces-Bueno, que aquí pasa algo este conejo pesa muy poco-seguía moviéndolo de arriba a abajo.

La niebla cada vez era más espesa, no se podía ver más allá de la punta de la nariz. Paco mantenía el arma apuntando a todos los lados donde escuchaba voces. Manuel rozó con el pie la culata del arma de Fabián y sin pensarlo la cogió y apuntó en todas direcciones.

-La leche —exclamó asustado el gaditano— Si sólo es la cabeza —la tiró al suelo asustado.

-La cabeza, la cabeza, la cabeza —repitieron las voces que está vez si escuchó Fabián.

Fabián se ladeó tratando de alcanzar el rifle.
-Rediós, no lo encuentro —dijo atemorizado.
-Si buscas el rifle lo tengo yo —gritó Manuel.
-Yo, yo, yo, yo —repetieron las voces y rompieron a reír.
Manuel tropezó al sentir una mano helada en su cuello, en el suelo fue gateando hacia atrás.
-Manuel, por Dios. ¿Dónde estás?
-Aquí. Ven hacia mí.
Fabián se acercó hacia el lugar de donde provenía la voz. Palpó con las manos y al tocar unas piernas comenzó a alzarse.
-Fabián ¿Dónde estás? —preguntó Manuel.
-Aquí a tu lado —dijo sorprendido ya que la voz del carretero salía de más a su derecha.
-Ay Dios —gritó Fabián al sentir como la niebla parecía oprimirle, como si hubiera mucha gente rodeándolo.
-¿Paco? —preguntó Fabián que abría los ojos todo lo que buenamente podía.
-Aquí estoy —contestó el soldado.
Fabián miró hacia atrás, echó los brazos en esa dirección y al no notar nada se giró. Y comenzó a andar, el miedo le había invadido. Ya no sabía hacia donde moverse y dudaba que la voz que escuchó fuera la de su compañero. Así que decidió ir en sentido contrario.
-Fabián —gritó Manuel.
-Fabián, Fabián, Fabián, Fabián —repetían las voces.
-*Con las bombas que tiran los fanfarrones, se hacen las gaditanas tirabuzones* —trataba de cantar en voz baja y completamente aterrorizado— *Pues las hembras cabales en esta tierra cuando nacen ya vienen pidiendo guerra.*
-Guerra, guerra, guerra —repetieron voces femeninas.
Fabián sonrió al pensar lo bien que había quedado eso pero en seguida le volvió el miedo al cuerpo y la sonrisa le desapareció, notaba como le seguían. Sentía gente en todas direcciones.
-*Son de tierra y se notan, las murallitas de Cádiz* —continuaba mal cantando el soldado— *son de tierra y se nota. Pa que en ellas los franceses se rompan la cabezota.*
Sintió como le empujaban dio un par de pisadas hacia atrás y quedó de puntillas balanceándose. Fue bajando el talón del pie derecho, pero en seguida lo subió al notar que no había nada tras sus punteras. Echó el cuerpo hacia adelante y

cuando consiguió estabilizarse dio cinco pasos pero enseguida notó como manos que no alcanzaba a ver lo empujaban y golpeaban a la vez, por lo que fue retrocediendo hasta que se encontró de nuevo en el borde de algo que no sabía que era.

-¡Fabián! —gritó Paco.

-¿Qué pasa, no escuchan estos el ruido que estamos armando? —dijo Manuel.

Los dos se encontraban espalda con espalda. Apuntando hacia la niebla. De vez en cuando se alteraban al sentir como les tocaban el pelo. O como las voces repetían lo que ellos decían.

-Guerra, guerra, guerra —dijeron las voces femeninas.

Paco y Manuel comenzaron a recibir empujones y golpes desde todas direcciones, sin pensarlo echaron a correr cada uno por un lado. Manuel se golpeó con un tronco al dar cuatro pasos y cayó al suelo profiriendo una maldición hacia las voces. Paco se paro al escuchar la maldición.

-¿Quiénes sois? —preguntó Fabián tratando de mostrar entereza al cesar los golpes. No se atrevía a intentar enderezarse de nuevo porque sentía que delante de él había alguien.

-Quiénes sois, quiénes sois —repetían las voces al tiempo que Fabián recibía golpes provenientes de todas direcciones otra vez.

-Señor Manuel, ¿está usted bien? —preguntó en voz baja Paco que se encontraba completamente desorientado, al igual que sus compañeros.

-Sí —respondió Manuel frotándose la nariz que le sangraba por el golpe— ¿Y Fabián?

-¡FABIÁN! —chilló Paco.

El muchacho de Cádiz lo escuchó y respondió gritando un "Aquí estoy" en el que había tanto terror, que preocupó a sus compañeros. Al acabar de decirlo, un fuerte empujón hizo que Fabián cayera gritando durante el segundo que tardó en tocar el suelo y una vez en el dio varios gritos más antes de romper en una carcajada.

-¡No era un precipicio, era un simple hoyo! —gritó con una aterrada sonrisa en la boca.

Un silencio igual de espeso que la niebla envolvió a los soldados. El corazón, que les palpitaba como si estuviesen corriendo, era lo único que podían escuchar. Manuel respiraba

al mismo ritmo que su corazón, y agarrado al rifle rezaba. Paco rezaba también, la presión en que se encontraba hizo que comenzase a sangrar de la nariz.

El silencio era cada vez más angustioso, Paco lloraba y quería moverse en alguna dirección pero no se atrevía.

-No puedo más, no puedo más, no puedo más —repetía golpeándose la cabeza— ¿Es que nadie nos oye? —gritó— ¿Capitán... Sargento... Abuelo? —cerró los ojos sollozando.

Una suave brisa le daba en la cara, abrió los ojos al notar que alguien se acercaba hacia él. Parecía venir veloz, preparó el fusil que tenía pegado al costado derecho. Un grito femenino le heló la sangre pero no fue una mujer lo que vio si no a su compañero que con el vientre rajado de arriba a abajo y los ojos completamente abiertos flotaba frente a él. Paco salió corriendo al tiempo que el cadáver continuaba su camino hacia Manolo que en pie ya presentaba la bayoneta hacia el lugar por donde sentía que alguien se acercaba. El grito que dio al ver a Fabián y salir corriendo fue todo uno.

En el camino aparecieron los dos soldados al tiempo gritando, un par de compañeros que desaguaban en ese momento miraron hacia ellos pero se quedaron inmóviles.

Tras Paco la luz roja de Azaña, Manuel miró al de Salamanca y dejó de gritar al ver como esa luz tiraba de Paco, y cómo el muchacho trataba de zafarse de una cuerda que le rodeaba el cuello emitiendo lo que cada vez eran unos gritos más apagados.

Manuel arrojó piedras al ser, pero fue en vano ya que el muchacho murió segundos antes que varios compañeros que al despertarse sobresaltados por los gritos corrieran disparando hacia el iluminado. Manuel Cortés, el muchacho del pueblo, corrió más veloz que ninguno, saltó por encima de su tocayo y al ir a tocar suelo Azaña empujó el cadáver de Paco asustando al chaval que se rompió un tobillo al pisar mal.

El capitán y el sargento corrieron disparando pistola en mano. Pero antes siquiera de haber dado dos pasos la luz se había metido en la niebla arrastrando con ella al pobre soldado.

-¿Qué demonios era eso? —grito encolerizado Alfredo.

Zebedeo se mostraba igual de sorprendido, no sabía que era esa luz roja ni porque se había metido en la niebla.

-Nunca vi cosa igual en el pueblo. Puedo jurarlo.

Denis se encontraba a su lado y para él fue una mirada interrogante del capitán.

-Yo tampoco lo sé.

-Dios santo —gritó enfurecido el capitán enfundando el arma— Preparaos, vamos al pueblo.

-No —gritaron las dos personas que conocían El Altar a la vez.

-Mire capitán. Créame, mejor entren cuando sea de día.

El capitán tosió y respiró hondo para tranquilizarse.

-Está bien. Estad todos bien alerta —gritó— ¿Dónde está Fabián?

-Muerto señor —exclamó Manuel y rompió a llorar.

El capitán se frotó los ojos y se sentó al borde del camino mirando la luna. Denis se marchó al carro donde había estado durmiendo, y Enrique daba órdenes a un par de muchachos del pueblo y a un par de soldados.

-¿Y el traidor, dónde está Azaña? —preguntó el capitán encolerizado.

Todo el mundo se puso a buscar alterado.

-¡Ay señor! —dijo Martín Redondo, un muchacho de Pineda que creo que quedó en el árbol.

Pedro, Gumersindo y el abuelo sonrieron todo lo que la situación dejaba sonreír. Pero el capitán rompió a reír debido a los nervios que tenía.

-Sargento —dijo en voz baja Alfredo— que un par vayan a buscarle. El chico que se percató, que es del pueblo y conocerá estos caminos y Pedro que tenía que haberse dado cuenta antes.

-La verdad es que yo no le castigaría por ese descuido Alfredo —dijo sonriendo pícaramente.

-¡Cierto! —contestó Alfredo dándole una palmada en la espalda.

Enrique gritó el nombre de los dos voluntarios y les dio la orden, con bastantes quejas por parte de ambos dos. Zebeo se sentó al lado del capitán.

-Capitán, déjelo. Vaya a Burgos o a Cádiz —el capitán le miró sorprendido— pero no vaya al Altar.

-Ahora son más fuertes las ganas de ir a ese pueblo. Siéntate a mi lado y cuéntame —tocó el suelo un par de veces.

-Mañana nos hará falta mucha cuerda, al menos sesenta varas, para no perdernos en la niebla. Yo abriré camino y si todos estamos unidos por la cuerda nada pasará.

-¿Tardaremos mucho en llegar? —preguntó Alfredo.

-Depende de la fosca —contestó Zebedeo encogiéndose de hombros.

-¿Qué es eso? —el capitán miraba sorprendido al muchacho.

-Le decimos eso si está muy oscuro el día, porque hay días que parece que entra algo de luz por entre la niebla. Pero los días de fosca está tan oscuro que es mejor no salir de la casa.

La luz de un candil alejándose en dirección al árbol donde pensaban se encontraba Azaña fue la distracción de todos que para calmar el ambiente hacían chanzas al respecto. La enorme luna llena fue otro de los temas de conversación con el que trataron de evitar malos pensamientos y temores.

41

Amaneció y los soldados dormían en el improvisado campamento. Habían estado en tensión un par de horas, pero después el agotamiento tanto físico como mental les hizo caer de nuevo en los brazos de Morfeo. Sólo permanecían de pie los dos soldados de guardia, que aunque cansados preferían vigilar no fuese que pasara algo. Fue Gumersindo quien dio la voz de alarma y echó a correr primero, Santiago tardó unos segundos en reaccionar.

-Alto, ¿Quién va? —gritaba Gumersindo.

-Deténgase, deténgase —gritaba Santiago.

Los compañeros despertaron alterados y echaron rápidamente mano del arma. Se acercaba un hombre subido en una mula, que al oír los gritos se alteró y echó a correr metiéndose en la niebla tirando al hombre y alguna de las alforjas que llevaba.

El hombre arrodillado alzó los brazos al ver que por lo menos veinte soldados se acercaban a él apuntándolo.

-No hagan nada por el amor de Dios —dijo el enjuto hombre.

El capitán se abrió paso entre sus soldados y al ver al hombre se acercó a él sonriente tendiéndole la mano.

-Disculpe los modales, hemos tenido algún problema esta noche. Han muerto dos de nuestros compañeros.

-Válgame Dios —dijo el hombre ya puesto en pie— Si puedo serles de alguna ayuda.

-Gracias padre, pero ni entierro podemos darles porque han desaparecido.

El cura se sobresaltó intrigado. Recogió las alforjas y se las echó a los hombros.

-Ahora me contará eso con detalle —tendió la mano— me llamo Juan Roma.

Los soldados se relajaron y volvieron a los carros.

-He de buscar mi medio de transporte —miró a su izquierda— que se ha metido entre la neblina.

El cura se dirigió a la niebla pero Enrique tiró de él hacia atrás cayendo de nuevo el hombre al suelo.

-Mejor no haga eso Padre Juan —le dijo ayudándolo a levantarse.

-Sí, no entre ahí. Hay franceses escondidos —Alfredo le cogió las alforjas.

-Y un diablo —dijo en voz baja Manuel, aunque el cura llegó a oírle.

El capitán miró enojado al hombre y con la cabeza le indicó que se alejara. El cura, hombre cincuentón, les miraba pensativo a través de sus divertidos anteojos.

-Buscaba a unos compañeros, los franceses han hecho atrocidades con todo lo que huelva a católico, destrozan iglesias, asesinan curas y monjas, fue de criminales lo que le hicieron al obispo de Coria¹² hace un par de años —exclamó santiaguándose— y dijeron que se esconderían.

-Lo sabemos. ¿Entonces sus compañeros igual están en El Altar? —preguntó Enrique.

-¿Dónde? —alzó las cejas sorprendido.

El sargento apuntó la señal, el cura sorprendido se acercó a ella, la miró de lejos, se subió los anteojos y la miró de cerca. Puso las manos en la espalda y dio tres pasos, se giró, volvió al cartel y acto seguido anduvo otros tres pasos en dirección contraria.

-Venga preparaos —gritó el sargento— que en breve marchamos al pueblo.

Zebedeo hablaba con el capitán, Denis nervioso se acercó a ellos.

¹² Juan Álvarez de Castro, Obispo de Coria (1790-1809)

-¡Capitán!, la hazaña de las tropas del mariscal Soutl con ese obispo... —Denis hablaba altivamente.

-¿Hazaña? —interrumpió Alfredo— A sacar a un anciano de noventa años enfermo de la cama y fusilarle en su misma habitación ¿le llamáis hazaña? Pero qué clase de personas sois.

El cura observaba desde la distancia. Zebedeo tiró de la manga al capitán tratando de tranquilizarle.

-¿Por qué sólo se dirige a usted este mudo?

-Porque soy el único que le comprende. Me dice que le da muy mala sensación ir a ese pueblo.

-Pues hágale caso y de media vuelta. Al fin y al cabo no creo que puedan hacer nada con mis hombres.

-Ya se verá —contestó el capitán de un modo casi inaudible, alzando la voz para preguntar— ¿Me tiene que contar eso que tantas ganas tenía Azaña que yo supiera?

Enrique cogió a Denis y lo puso bajo la custodia de dos soldados.

-Padre, nosotros hemos de ir a ese pueblo...

-Misterioso pueblo —interrumpió el cura, Alfredo asintió.

-Hemos de ir, pero no podemos llevar los animales, así que coja uno de nuestros caballos y siga camino a Burgos.

El cura se quitó los anteojos, negando con la cabeza.

-No. Creo que iré con ustedes —dijo solemnemente.

42

Quedaban en los carros dos Manueles, el carretero y el del pueblo. La cara de Manuel Cortés expresaba la rabia y la vergüenza que sentía por no poder ir. Alfredo y Enrique lo habían notado y se acercaron a él. El padre Juan trataba de consolarlo.

-Fue un gesto muy valiente el tuyo de anoche —dijo sonriente el capitán.

-De poco sirvió —contestó el muchacho que no se atrevía a mirarles a los ojos— si me rompí el pie y el demonio huyó.

-Pues piensa en eso. Fue tan noble el acto que tratabas de hacer que el demonio escapó asustado —dijo el padre Juan.

-Eso —exclamó el sargento.

No parecían servirle de mucho apoyo esas palabras, por lo que el capitán mandó que le dejaran solo con él.

-Te voy a encomendar una misión —el muchacho le miró con un pequeño brillo en los ojos— Vuelve al pueblo — Manuel volvió a agachar la cabeza— Mírame. Vuelve al pueblo y cuenta donde está más o menos situado esto. ¿Te acordarás? —el muchacho asintió con la cabeza— Bien, dentro de tres días volved a buscarnos. Creo que esta semana iban a pasar por tu pueblo Sarasate y algunos hombres. Cuéntale y venid con ellos.

El muchacho parecía algo más calmado.

-De acuerdo señor, pero lamento mucho el no poder ayudarles —dijo bastante apesadumbrado.

-No te preocupes, ya llegará tu momento.

El muchacho volvió a asentir con la cabeza. Su tocayo ya tenía preparada la caravana y se presentó ante el capitán.

-Va a ser mucho lío —se rascó la cabeza— pero creo que hasta el pueblo llegaremos bien.

El capitán le dio una palmada en la espalda.

-Y tampoco te preocupes por no poder ayudar —dijo el capitán maliciosamente— Si veis a estos dos, que vayan con vosotros al pueblo ya. Porque como entren en la niebla se perderán.

Manuel asintió. El capitán se puso delante del grupo y dio la orden de comenzar a andar en el mismo momento que Manuel Buzón arreaba a los animales. Ambos "grupos" comenzaron la marcha al tiempo.

-¡Dichoso Godoy! —dijo Manolo arreando las bestias.

43

Pocos minutos después de haber entrado en la niebla Zebe-deo se paró.

-Capitán he de hacer una cosa. —el muchacho se detuvo— Espérenme aquí.

-Iré contigo. No por desconfianza, no sería bueno que te perudieses —trató de sonreír al decir esto.

-De acuerdo venga si quiere.

-Soldados —gritó el capitán— esperen aquí. Voy con el guía, vamos a cerciorarnos de una cosa.

Los soldados protestaron al pensar que se les iba a dejar tirados.

-No tardaremos más de diez minutos en volver —gritó Zebedeo, su voz en la niebla adquirió un extraño efecto relajante.

Los soldados callaron, Zebedeo y el capitán fueron desapareciendo ante la sorprendida mirada de todos. Caminaron cinco minutos, al llegar a una pequeña gruta el muchacho se detuvo.

-Espere aquí —dijo poniéndole la mano en el pecho.

Alfredo se asustó al escuchar cómo se desplomaba el muchacho a los pocos segundos de haber entrado. Al entrar en la oscuridad vio en el suelo el cuerpo del muchacho, intentó agacharse para comprobar cómo se encontraba pero una mano le empujó hacia atrás. La mano no empujaba al capitán de una manera brusca. Alfredo no quitaba la vista del cuerpo que yacía en el suelo.

-No sé que le habrá hecho al muchacho, pero esté bien seguro que lo pagará caro —dijo echándose la mano a la cintura para sacar el arma.

-Tranquilo capitán, soy yo. Zebedeo. Escondí mi cuerpo aquí al salir. —miraba fijamente a los ojos desconfiados del militar— Cuando salí de la niebla salí también de mi cuerpo, no me pregunte cómo.

-Cada vez es más increíble todo —dijo el capitán pasándose la mano por la cabeza— ¿Y ese chaval?

Zebedeo miró el cuerpo y se encogió de hombros.

-Estaba muerto cuando lo encontré. Volvamos.

El capitán asintió con la cabeza. Tardó poco en acostumbrarse al nuevo aspecto del muchacho, aunque sintió temor al pensar que dirían los soldados al verle.

Al llegar al lugar donde les esperaban los soldados el muchacho se ató la cuerda a la cintura, nadie se percató del cambio del muchacho gracias a la niebla. Comenzaron la marcha en silencio. Una hora después el capitán caminaba junto al cura que miraba a su alrededor con verdadera curiosidad aunque fuera poco lo que veía. Sólo tres personas estaban atadas a la cuerda, Zebedeo que abría la marcha tenía atado el extremo de la cuerda a la cintura, el otro extremo estaba atado a la cintura del sargento que cerraba el grupo. Denis era la tercera persona, se encontraba atado más o menos por la mitad. Los soldados estaban dispuestos en dos filas, una a cada lado de la cuerda que sujetaban con firmeza.

-Y esas son las dos reliquias que tenemos en el pueblo — acabó de contar Zebedeo, que caminaba sin mirar atrás.

El cura le miraba sorprendido, emocionado. Tenía ganas de llegar al pueblo.

-Oye —dijo Juan tocando el hombro de Zebedeo— ¿Sabes bien el camino?

-Eso creo padre, Ahora tendríamos que estar llegando al Paso de Mateo —dijo con aire bonancible.

La neblina les permitía hacerse una idea de lo que tenían alrededor, de vez en cuando se escuchaba toser a un soldado. Nadie se atrevía a soltar la cuerda y permanecían en tensión con el dedo en el gatillo por lo que pudiera pasar. A lo lejos se podía ver una silueta amenazante, el paso de Mateo. El paso de Mateo se extendía a lo largo de unos quinientos metros de gruta, dentro de la gruta está la fuente sobre la que se encontró una estatua de San Mateo y que decían estaba vendida. Fue en esa gruta donde se encontró una de las reliquias, la que causó la maldición del pueblo hacía mil años.

De lejos la gruta parecía una mano que estuviera a punto de cerrarse. Dentro de ella no había niebla, ese hecho hacía que diese la impresión de estar iluminada. El lado izquierdo daba a un precipicio que no era muy profundo pero cuando pasaron nadie se atrevió a mirar por el viento y el miedo que producía el no ver el fondo, que al circular por el daba la impresión de no tener fin.

-Cuando ellos se transforman sólo hay cuatro sitios seguros en esta zona: la iglesia, la capilla del palacio, la bodega de la cantina y este lugar —Zebedeo hablaba sin mirar atrás.

-¿Cuándo quién qué? —preguntó el padre Juan.

Zebedeo se dio la vuelta avergonzado por haber metido la pata.

-Nada padre.

-¿Hay otra manera de acceder o de salir del pueblo? —preguntó el capitán.

-Sí, decenas de maneras. Por encima de la gruta hay un camino también —gesticuló con la cabeza.

-Ah. ¿Y por qué hemos venido por aquí? —preguntó Alfredo.

-Porque es más seguro.

-¿Falta mucho para llegar al pueblo?

El muchacho negó con la cabeza.

-No, subimos esa cuestecita y ya arribamos.

-Silencio entonces.

La frase del capitán fue pasando de oído en oído hasta llegar al sargento. Todo el mundo calló. El tiempo que tardaron en subir los apenas cien metros de la cuesta fue angustioso para todos los soldados. Al llegar a lo alto de la cuesta Zebedeo se paró sorprendido.

-¡Capitán! —gritó.

-¿Qué? —contestó sorprendido Alfredo.

-¡No está el pueblo!

Alfredo soltó de la cuerda y se colocó junto al muchacho, ante sus ojos una explanada yerma. Ni las siluetas de árboles se distinguían.

-Es imposible, no puede ser —movía nerviosamente los pulgares pasándolos por encima de los demás dedos.

-¿Cuánto hace que saliste del pueblo? —preguntó el capitán tratando de calmar al muchacho.

-Una semana a lo sumo.

-Igual andas despistado por la niebla, caminemos un poco más.

El muchacho se resistió, pero el capitán le empujó algo bruscamente y Zebedeo comenzó a andar.

-¿Cómo se llama el párroco de tu pueblo? —preguntó el padre Juan.

-Llamábase... llamábase Padre Pastor.

-Curiosa casualidad —dijo enseñando una sonrisa.

-¿Cómo? —preguntó Zebedeo que no prestaba atención al cura ya que miraba hacia todos lados tratando de averiguar dónde estaba.

-Pues eso... que él era un pastor de almas y se apellidaba Pastor —sonrió esperando una sonrisa del muchacho que ni recibió ni pudo ver por la niebla.

-Zebedeo, ¿reconoces este lugar? —preguntó Alfredo

-Sí señor, es la campa si mal no creo. Un poco más allá está el crucero del norte —dijo deteniéndose— ya la pasamos antes. Por aquí se llega a la gruta.

Enrique se sentía incomodo estando el último por lo que ordenó a Ludovico que se atara la cuerda a la cintura y fuese él el final de la cuerda. Fue adelantándose tocando el brazo de cada soldado, al llegar a Denis le dio una colleja que hizo reír a los soldados. Alfredo se sorprendió al ver al sargento a su lado pero no dijo nada.

Zebedeo se detuvo junto al crucero y lo tocó como hacía siempre que pasaba por alguno de los cuatro cruceros que había alrededor del pueblo. Alzó la barbilla y entornó los ojos algo presentía. Todos lo oyeron a la vez, algo se acercaba velozmente a ellos, soltaron la cuerda y cargaron las armas. Denis se puso en cuclillas con las manos cubriéndose las orejas. El sonido de cadenas chocando alocadamente se acercaba a ellos. El capitán obvió hacer señal alguna y gritó:

-¡Preparen!

El padre Juan observaba nervioso hacia todas partes mientras se santiguaba. Lo que se acercaba jadeaba con fuerza, igual que latía el corazón de todos los allí presentes. Zebedeo cerró los ojos, lo que temían ya estaba a pocos metros. Al abrir los ojos se encontró con el rostro de la mula del padre Juan que se detuvo aliviada al verlos. El muchacho le acarició el hocico y pudo comprobar cómo el animal estaba inquieto. El cura se acercó y le acarició, el rucio pareció tranquilizarse al reconocer a su dueño.

-No me creeréis —dijo Juan tras mirar a los ojos a su burro— pero parece aterrada. Ya sé que es estúpido pero al mirarla a los ojos me lo pareció.

-No, no me parece tan estúpido padre —contestó Alfredo.

-Padre, yo me iría despidiendo de su animal —dijo Zebedeo con una frialdad que asustó al cura— A ellos no les gustan los animales.

-Lo meteré en la iglesia pues —repuso con una sonrisa aterrada.

-Todos a la cuerda —gritó el sargento.

-Espere mi sargento que algunos estamos meando.

El sargento sonrió brevemente ya que entre la neblina pudo distinguir una luz rojiza que se acercaba a ellos.

-¡A las armas! —gritó

-¿Qué pasa? —preguntó alterado Alfredo que se encontraba haciendo lo mismo que muchos de sus soldados.

Todo el mundo había visto ya la luz que se acercaba, y todo el mundo sabía ya que era la misma luz que asesinó a su compañero hacía pocas horas por lo que todo el mundo estaba dispuesto a hacer justicia.

-Si disparamos nos oirán los franceses —dijo el sargento.

-Creo que si matamos a ese demonio nos lo agradecerán. Rodilla en tierra los de mi derecha, de pie el resto —gritó Alfredo.

Cómo muchos de los soldados desconocían cual era la derecha, casi ninguno veía al capitán y otros no querían cambiar la posición en la que se encontraban, no se hizo mucho caso a la orden. Aunque quedaron más o menos compensados.

-Apunten.

La luz rojiza parecía acercarse cada vez más aprisa, el mulo rebuznaba sin cesar. Los ojos de muchos de los soldados se llenaron de gotas de sudor y la mayoría de ellos temblaba.

-Fuego —gritó apretando el gatillo.

Todos dispararon al tiempo, pero la luz rojiza desapareció. Parecía que se la había tragado la tierra. *Silencio*. Ludovico se quitó una gota de sudor que le goteaba en la nariz, el burro dejó de rebuznar. Alfredo fue retrocediendo hasta colocarse frente al grupo.

-Ay, ay, ay señor no puedo más. Mi corazón —dijo a media voz Jeremías Hidalgo mientras se echaba la mano al corazón.

Fue cayendo poco a poco apoyándose en el arma. Algún compañero se acercó para ayudarlo, el sargento le desabrochó los botones de la chaqueta, el resto se debatía entre ayudar a su compañero y defenderse alternando miradas al frente y a Jeremías.

El joven Jeremías respiraba lentamente cuando la roja mano de Azaña salió de la tierra agarrando el pie de Ludovico que hizo un disparo y comenzó a gritar. Azaña fue saliendo de la tierra agarrándose al cuerpo del muchacho de Pineda que dejó de armar ruido al sentir el brazo del traidor rodeando su cuello. Jeremías murió en los brazos del padre Juan. Enrique desenvainó su sable y corrió hacia Azaña, se detuvo frente a la luz roja y sintió un escalofrío al darse cuenta de quién era.

-Ahora me temerás sargento de pacotilla —vociferó Azaña que hizo gesto de abalanzarse hacia Enrique.

Por un acto reflejo el sargento cortó el brazo del traidor, Ludovico cayó al suelo se quitó el brazo y fue reculando hasta topar con su arma. Azaña no dejaba de gritar y maldecir.

-Disparen —gritó el sargento tirándose al suelo.

Los soldados dispararon una sola vez, ya que alrededor del grupo la niebla comenzó a espesarse. Se escuchaba a Azaña reír, gritar, maldecirles. Ludovico aún en el suelo miraba al mulo, que había comenzado a dar coces, cuando de la niebla salió un lazo que le atrapó la garganta. El chico trataba de librarse de él, pero antes de poder hacer nada y de que sus

compañeros se diesen cuenta de lo que le ocurría desapareció. El segundo en desaparecer, Gabriel, lo hizo de la manera más estúpida, escuchó *"ven aquí corre"* y al girarse hacia el lugar de donde provenía la voz se encontró con la sogá que aprisionó su cuello, no pudo salvarse aunque disparó el arma y previno a sus compañeros que asustados vieron como su cuerpo desaparecía en la niebla.

-Haced un círculo aquí. Rápido —gritó el sargento.

Todos se reunieron alrededor del burro que pareció apaciguarse. El brillante brazo de Azaña continuaba en el suelo, durante unos segundos Rodrigo pudo ver como el traidor palpaba el suelo tratando de encontrarlo.

Dio un codazo a su izquierda y al mirar su compañero le indicó con la cabeza, pronto todo el mundo observó los infructuosos intentos del traidor por recuperar su brazo.

Rodrigo salió del grupo, el sargento frunció el ceño y movió su mostacho desaprobando lo que trataba de hacer, pero Rodrigo puso el dedo índice sobre la nariz haciendo el inequívoco gesto de mandar callar y continuó avanzando en cuclillas. Al llegar al brazo tanteó un par de veces pensando que estaría abrasando, pero al comprobar que no, lo cogió. La mano de Azaña probó suerte otra vez y se encontró con el brazo de Rodrigo que exclamó un casi silencioso *"mierda"*.

Rodrigo cogió el luminiscente brazo rojo y lo lanzó al grupo en el mismo momento que Azaña tiraba de él.

-¡Aquí, aquí! —gritó a los pocos segundos poniendo en alerta a sus compañeros.

La cuerda se tensó con tanta fuerza sobre el cuello de Rodrigo que le cortó haciendo que brotase sangre y que la nuez desapareciera. El soldado intentaba respirar, pero no podía, los compañeros dispararon una ráfaga, dos proyectiles acertaron a su compañero.

-Rodrigo ¿Dónde estás?

-Rodrigo contesta.

Fueron las últimas voces que escuchó antes de poner los ojos en blanco y expirar. Los soldados volvieron a disparar, Azaña miró con desprecio hacia el lugar dónde se encontraban los soldados y salió corriendo con Rodrigo cogido de los pelos.

Los soldados dispararon otro par de veces antes de que la niebla recobrase su consistencia anterior. Ahora podían ver

algo más. Sin alejarse mucho gritaron los nombres de quienes creían desaparecidos.

-Enterraremos a Jeremías y continuaremos el camino —dijo Alfredo con el brazo rojo en la mano— lo más probable es que se hayan llevado a nuestros compañeros al pueblo.

El entierro fue breve, pesaba más el miedo que el aprecio al compañero muerto. Al acabar, el cura se ofreció para ir el último y así poder controlar mejor al animal. Zebedeo siguió guiando al grupo.

44

La caminata se estaba haciendo interminable. Fueron cinco las veces que el muchacho dijo que el pueblo ya estaba cerca y fueron cinco las veces que se llevaron la desilusión de encontrarse con uno de los cruceros.

-Capitán, ¿seguro que ese pueblo existe? —se escuchó gruñir a Gumersindo.

-¡Claro que existe! —contestó irritado Zebedeo.

El capitán notó el enfado del muchacho, pero no dijo nada ya que él también estaba algo cansado de la situación.

-¡Otra vez!

-¡Vaya hombre!

-¡Esto es cosa del demonio!

-¡Démonos la vuelta!

Esas exclamaciones se escucharon al ver aparecer la silueta de la gruta de Mateo, por la que ya habían pasado tres veces ese día. El padre Juan se santiguó y tiró del burro que parecía estar igual de aburrido y de cansado que los soldados.

-Capitán vayamos a la gruta que al menos estaremos a cubierto y así podré rellenar mi cantimplora —se escuchó decir al abuelo.

Fueron muchas las voces que dieron el visto bueno a esa propuesta por lo que el capitán accedió. Lentamente llegaron al lugar y rápidamente creció su sorpresa ya que en la fuente se encontraban, bebiendo, Martín y Pedro. Los dos soldados sonrieron al ver a sus compañeros que exhaustos los saludaban. El capitán, receloso, los llamó a parte.

-¿No os dijeron que no vinieseis? —preguntó.

-¿Quiénes? —Pedro replicó asombrado.

-Ordené a Manuel que si os veía, os dijese que fuerais con él al pueblo. Que no os metierais en la niebla.

-¡A buenas horas mangas verdes! —exclamó algo irritado Martín.

El sargento se incorporó a la conversación. Bebía con ansía agua y llevaba el brazo de Azaña atado a una cuerda en la cintura.

-Se puede saber dónde os metisteis —preguntó al tiempo que se secaba la boca.

-Verán. —comenzó a contestar Pedro— Cuando llegamos al lugar nos llevamos una gran sorpresa. El traidor de Azaña no estaba.

El capitán miró a Enrique que miró hacia otro lado pensativo.

-Ni él, ni las cuerdas con que estaba atado —continuó Martín— ¡Nada!

-¿Cómo puede ser? Lo soltaría alguien, algún bandolero.

-¡No señor! —dijo Pedro. Ambos soldados negaban con la cabeza— Estuvimos revisando bien todo el lugar —continuó hablando algo alterado— porque había como restos de una hoguera en el suelo.

-Veis, alguien lo soltó.

-¡No señor! —contestó Martín cabezonamente— Es que no había restos ni de madera, ni de nada, simplemente el suelo quemado.

El capitán se echó las manos a la cabeza, los dos soldados estaban nerviosos y querían acabar cuanto antes esa conversación y marchar con los compañeros.

-Así que después de buscarle durante bastante tiempo, calculo yo que hasta mediodía, no podían más nuestros cuerpos. Y éste —señaló a Martín— conocía un sitio bueno para dormir y allí nos quedamos hasta hace un ratico que volvimos a la señal.

-Y al no verles, decidimos acercarnos al pueblo. Que por cierto tiene muy mala pinta.

-¿Cómo? —preguntó asombrado el capitán.

-Que nos acercamos y al verle tan oscuro.

-¿Qué? —preguntó el sargento.

-Que al no ver señales de vida en el pueblo pensamos que igual habían entrado en razón y no habían querido entrar y por eso volvíamos a Pineda.

El capitán se mostraba inquieto, no sabía qué hacer ni qué decir. Miró a los soldados se dio la vuelta y quedó pensativo mirando hacia el lugar donde supuestamente estaba el barranco.

-Está bien, vayan con los demás —infló los mofletes y fue soltando el aire poco a poco— Padre Juan —gritó— venga un momento.

El cura soltó al burro y se acercó al capitán. Enrique, inquieto, intentaba buscar un momento oportuno para poder hablar.

-Dígame, capitán.

El capitán se dio la vuelta y miró severamente al cura.

-Ayer nos dejamos atado a un árbol, sin darnos cuenta, a un traidor. Un hombre muy peligroso —le puso la mano en el hombro— ¿lo soltó usted?

-¿Qué? —el cura estaba sorprendido— No vi a nadie en toda la noche, ni ganas tenía.

-Alfredo —dijo temeroso el sargento— Yo le vi.

-¿A quién?

-Al cobarde de Azaña —Enrique sudaba y no sabía bien dónde mirar.

-¿Cuándo? —el capitán le miraba con los ojos muy abiertos.

-Antes —se desató el brazo rojo y se lo dio al capitán— a él le corte esto.

-¡Santo Dios! —exclamó el cura.

-¿Cómo no dijiste nada? —preguntó enfadado Alfredo.

-No creí que fuera... entre la niebla y los nervios... —se movía nervioso— Pensé que era cosa de mi imaginación.

El capitán bufó, el sargento le miraba avergonzado y el cura estaba pensativo, observando cómo se acercaba a ellos el soldado Vizcaíno.

-¡Capitán! —gritó.

-¿Qué? —preguntó cabizbajo Alfredo.

-¡Qué ha desaparecido Ludovico!

-¿Quién?

-El muchacho que agarró el iluminado de Azaña —dijo señalando a Martín y los demás hombres del pueblo que miraban hacia ellos.

-¿Tiene ahí el libro?

-¡Sí señor!

-Pues tráigalo y pasemos lista.

El capitán y el sargento se acercaron a la fuente.

-Vamos a pasar lista, para saber quien falta. El soldado Vizcaíno gritará vuestros nombres —decía en voz alta Alfredo— Vosotros responderéis presente y pasaréis a este otro lado de la gruta —dijo señalando a sus espaldas— ¿Lo habéis entendido?

-Sí, capitán —gritaron todos al unísono.

-De acuerdo, comience Vizcaíno.

-Agüera, Manuel... Arribas, Vicente...

Todos respondían *presente* y se colocaban donde se les había ordenado. Los nervios eran grandes pues aunque más o menos sabían quien faltaba querían estar seguros.

45

Al acabar el recuento el capitán, el sargento y el joven Vizcaíno se fueron aparte.

-¿Cinco? —preguntó el capitán.

-¡Seis! —negó el soldado moviendo la cabeza, el capitán movió la cabeza como preguntando— ¡Jeremías!

-Cierto —dijo Enrique.

-Pero él no está desaparecido, está muerto y enterrado.

Antón estaba sentado junto a la entrada de la gruta, solo, le dolía mucho la pierna debido a la caminata. Miraba a todos con miedo, no quería que se diesen cuenta de cómo se encontraba. Se estaba frotando la pierna cercenada cuando vio que el capitán marchó con Zebedeo y el sargento se acercaba hacia él.

-¿Qué haces aquí tan solo? —preguntó con media sonrisa el sargento.

El chico no respondió, Enrique se sentó a su lado.

-No te preocupes, a partir de ahora irás en el burro —el chaval miró al cura que permanecía mirando al exterior de la gruta— No creo que diga que no. ¿Cuánto hace que te duele?

-Bastante. ¡Me quema!

El muchacho se remangó la pierna mala, y dejó ver la toska prótesis, se la quitó y el sargento puso mala cara al ver el aspecto de la carne, estaba como quemada por el roce. Tocó un breve momento pero al ver que el muchacho ponía cara de dolor apartó la mano. La pierna estaba cercenada más arriba de la mitad del muslo.

-Espera un segundo —dijo levantándose.
El sargento se acercó a la fuente y llenó la cantimplora. Pocos segundos después vació la cantimplora lentamente sobre la pierna, el muchacho se mordía el labio el tacto del agua con la piel le hacía daño.
-Eres fuerte Antón —dijo sonriendo el sargento.
-Muchas gracias sargento —dijo Antón al acabarse el agua de la cantimplora.
-De nada, ahora descansa y cuando marchemos móntate en el burro.
Antón trató de negarse, pero el sargento puso su falsa cara de enfado y se marchó.

46

El capitán no mostró asombro al llegar al cruce y ver que dónde antes había una planicie ahora había una cuesta abajo y un pueblo en el que se apreciaban unas cuantas luces. Juan Roma sin embargo sí se sorprendió y dio un grito de júbilo al verlo, le parecía increíble.
-Ve —dijo Zebedeo señalando al pueblo— No entiendo porque antes no estaba.
-Pues volvamos a por todos y acerquémonos al maldito pueblo —dijo el capitán empujando al cura que no podía dejar de asombrarse de lo sucedido.
-¡Esto es increíble! —exclamó el cura.
-¿No le pareció increíble el dar vueltas y vueltas y acabar siempre en los mismos sitios? —preguntó Alfredo.
-Sí, también —respondió con una amplia sonrisa.
Al llegar a la cueva todos les miraban expectantes. Denis algo aburrido jugaba a tirar piedras hacia el barranco. Alfredo buscaba en su cabeza miles de palabras para contar lo que había visto, trataba de pensar como decirles lo extraño de la situación, intentaba decir algo para calmarles a todos y asegurarles que nada malo les iba a pasar, pero no sabía cómo.
-¡Nos marchamos! —dijo severamente y se quedó junto a la salida de la gruta con las manos en la espalda.
Los soldados no quisieron preguntar nada y obedecieron rápidamente, querían llegar al pueblo si es que de verdad estaba y pasar la noche lo más tranquilamente posible.

-Capitán, he de decir un par de cosas —Zebedeo se veía impaciente.

-Dilas.

-A ver, escúchenme —gritó el muchacho— el pueblo al que van non es normal —comentarios de los soldados— faced caso a estas dos cosas... —miró a todos moviendo la cabeza— non bebáis vino ni comáis nada del pueblo. Llenad bien las cantimploras con agua de esta fuente.

Antón consiguió sentarse en el burro gracias a la ayuda del sargento y del cura. Una vez arriba el sargento le devolvió la prótesis.

-Y sobre todo non salgáis de la posada... si en algo apreciáis vuestras vidas. Durante la noche non salgáis.

-Bueno, preparaos —gritó el sargento.

Antón hizo amago de bajarse del burro pero el cura le dijo que no con la mirada. Zebedeo miró a Antón, que tenía su pierna ortopédica en el regazo, y se acercó a él.

-Ya lo guio yo, tú tranquilo.

-¿Escuchasteis bien?, no comáis ni bebáis nada del pueblo y no salgáis durante la noche, ¿entendido?

Todos contestaron a la vez que sí. El cura se acercó al capitán. Los soldados fueron saliendo, la cuerda con la que se habían estado guiando quedó enrollada bajo la fuente.

-Alfredo, me gustaría dar una pequeña misa... —sonreía afalemente— un padrenuestro y poco más.

-Gracias padre —contestó el capitán.

-Pues esperen en el crucero que ahí la daré. Yo me quedaré aquí rezando un par de minutos.

-De acuerdo —le puso la mano en el hombro y salió con los soldados.

El padre Juan se arrodilló, se santiguó y cerró los ojos. Todo lo que estaba pasando le fascinaba, pero sentía que le venía grande y tenía miedo.

Los soldados miraban fascinados hacia el pueblo. Esperaban junto a la cruz, pero deseaban llegar al pueblo, querían combatir con los franceses que creían que allí había.

Denis se giró al notar una presencia, pudo notar a lo lejos la luz roja del traidor. Comenzó a respirar hondo y puso los ojos en blanco, desmayándose instantáneamente. Nadie se dio cuenta.

Una suave brisa comenzó a mover la niebla y todos sintieron un hormigueo en su interior notaban que alguien les estaba observando.

-Capitán —dijo Raúl a media voz— creo que por aquí hay alguien.

-Capitán... capitán... capitán —las voces asustaron a todos- aquí hay alguien... aquí hay alguien... aquí hay alguien.

Todos los soldados echaron mano a las armas y formaron en círculo alrededor de la cruz. Las voces provenían de todas partes, algunas se escuchaban tan cerca de los soldados que algunos se giraron para golpear.

-¡Estén alertas! —gritó el capitán.

-Están por todos lados —gritó Martín.

-Están por todos lados... están por todos lados —repetían burlesco las voces.

Uno de los soldados disparó al sentir un golpe en la nariz que le hizo sangrar. Los demás cargaron las armas, prestos a disparar en cualquier instante.

-Es un cura... es un cura... es un cura —comenzaron a alertar las voces, que en cada repetición parecían alejarse más.

En la gruta la figura del padre Juan y el tono en que las voces hablaban tranquilizó a los soldados. El cura se detuvo al dar dos pasos fuera de la cueva, sintió más miedo al escuchar esas voces que alejándose decían "es un cura", se santiguó y comenzó a declamar el padre nuestro.

-Pater Noster, qui es in caelis, sanctificétur nomen Tuum, adveniat Regnum Tuum, fiat volúntas tua, sicut in caelo et in terra.

Los soldados repetían las frases como tantas veces habían hecho antes pero ahora con verdadera fe. Tenían miedo de lo que estaba pasando y pedían con ganas a Dios que les ayudase. Al acabar el padrenuestro, dos de los soldados se dieron cuenta de que Denis estaba caído en el suelo. Se agacharon para tratar de reanimarle, pero no respondía ni al par de cachetes que le dieron. Uno de ellos, el robusto Mariano, vació la cantimplora en la cara del francés pero ni así reaccionó. El hombre se acordó de lo que había comentado Zebedeo y decidió acercarse a la cueva a rellenar su cantimplora.

-Ahora vengo —el otro soldado asintió con la cabeza.

Mariano caminó lentamente hasta la gruta, la visión era escasa y no quería tropezar y quedar a merced de quien les hubiese estado amenazando antes y mucho menos ser la gracia de sus compañeros en caso de que cayese de una forma estúpida. Mientras caminaba contestaba a todo lo que decía el cura. Al llegar a la gruta notó una colleja, se giró y pudo ver como la mano de Azaña en un rápido movimiento le rodeaba el cuello

con la cuerda y tiraba de él. Mariano alertó a los compañeros al gritar un angustioso *Socorro*, pero estos poco pudieron hacer porque en un abrir y cerrar los ojos, desapareció la luz y con ella el cuerpo del pobre soldado.

47

Tras desvanecerse Denis abrió los ojos y se vio en el suelo tirado. A la altura a la que estaba pudo ver algo increíble, las siluetas que acosaban a los soldados. Parecían estar fundidas con la niebla, ser parte de ella. Sintió un escalofrío al pensar el miedo que debían estar pasando los españoles, el escuchar las voces y no ver de quien procedían. Se alegró de no estar en su cuerpo y recordó lo que quería hacer. Flotó por el bosque, en la situación en la que estaba la niebla no era un impedimento veía perfectamente.

Azaña subía por el terraplén sobre la gruta, corría a una velocidad increíble para un ser humano, pero Denis pudo darle alcance. Sonrió pensando que no podía verle, pensó hacerle la zancadilla o burlarse de él de alguna otra manera. Azaña se detuvo un segundo y miró directamente hacia Denis, algo presentía no sabía el qué pero el mirar directo a los ojos de Denis asustó al francés por unos segundos.

De un salto se colocó el traidor tras el pobre Mariano, y de un salto volvió a subir con el cadáver al terraplén. Una vez arriba el iluminado Azaña respiró hondo y se serenó, el cadáver de Mariano estaba en el suelo sangrando por la nariz. Denis se colocó a su lado y movió la inerte cabeza.

-¿Quién anda ahí? —susurró asustado Azaña.

Denis rió y Azaña pareció escucharle, asustándose aún más.

-No me hagáis nada, soy de los vuestros —dijo cubriéndose el rostro con la mano.

Silencio, Denis flotaba por encima de él. Azaña cogió el cadáver del muchacho y lo arrastró, caminaba inseguro mirando hacia todos lados.

-Dentro de poco —cuchicheaba— dentro de poco todos vosotros me estaréis agradecidos. Dentro de poco, me mirareis con otros ojos, me respetareis como merezco.

Bajó el terraplén y siguió caminando. Se detuvo junto a una cueva, miró a derecha y a izquierda para asegurarse que no le seguían y se metió. Denis iba con él, la cueva se iluminó gracias

a la incandescencia de Azaña y el francés pudo ver los cadáveres de cinco personas. Azaña los contó sonriente. Denis notó un dolor en la cabeza y sintió que tiraban de él.

48

Cogido de un pie Denis estaba siendo arrastrado hasta la gruta. Los soldados volvían a ella y nadie quería cargar con el francés así que Pepe Losantos decidió llevarle de esa manera tan peculiar, sin importarle los golpes que con las piedras y ramas se daba en la cabeza Denis. Al entrar en la cueva, encendieron cuatro lámparas que colocaron a lo largo de la gruta, una de ellas sobre la fuente en el lugar donde debía estar el santo.

-Iremos al pueblo un pequeño grupo, ocho a lo sumo — susurró el capitán al sargento— el resto se quedará aquí por si es una trampa.

-¿Nos llevamos al francés? —preguntó Enrique mirando fijamente a Denis. Alfredo asintió con la cabeza.

-Capitán, quiero ir con ustedes —dijo el cura.

-De acuerdo... A ver iremos al pueblo Zebedeo, el señor cura, Enrique, el prisionero y yo... necesito tres voluntarios —gritó Alfredo— *NO* salgáis de la gruta —recalcó cada una de las palabras.

Nadie respondió a la llamada, casi todos estaban pensando, preocupados, en lo que sucedía. El capitán se dio cuenta y no se molestó por ello.

-Abuelo, Pedro, Pepe —gritó sorprendiendo a los tres— os venís. Quedan al mando Vizcaíno y De la Gándara.

Los dos soldados permanecían sentados atendiendo al capitán pero pensando en otra cosa.

-Vizcaíno, de la Gándara —gritó el capitán.

De un brinco se levantaron y se cuadraron ante él.

-Quedáis al mando, vigilad que nadie salga hasta que volvamos por la mañana. ¿Habéis entendido? —preguntó el capitán muy serio.

-Sí mi capitán —contestaron ambos al tiempo.

-Bien. Marchamos —se santiguó y salió al exterior donde le esperaba el resto del grupo.

Al salir al exterior algo le llamo la atención, hacía frío. Zebedeo se frotaba los brazos.

-Qué raro, desde que llegó la niebla no hacía este frío. Zebedeo miraba sorprendido a la gruta de la que salían unos soldados. El capitán se dio la vuelta y avanzó hacia ellos muy alterado.

-Vamos a ver, ¿Qué he dicho? —gritó levantando la mano.

Villafañe se cubrió la cabeza con el brazo pero el capitán se contuvo y bajó la mano.

-Verá mi capitán, hace frío y hemos salido a coger algo de leña para hacer un par de hogueras.

-Aún no pasa nada capitán —gritó Zebedeo— el peligro es a partir de las diez de la noche.

-¿Tienes reloj Villafañe? —preguntó de una manera dejada Alfredo.

-No señor —respondió encogiéndose de hombros— Aquí sólo tienen reloj usted y Vizcaíno.

-Ah, sí. Cierto. Ve por él.

El hombre salió corriendo y volvió a los pocos segundos con Vizcaíno.

-¿Tienes reloj?

-Sí —asintió el muchacho de Valencia sacando un reloj del bolsillo— me lo regaló mi...

-Eso es igual —interrumpió Alfredo— Vigila, pero vigila bien, que nadie salga por nada del mundo a partir de las diez ¿sabrás hacerlo esta vez?

-Sí —contestó el muchacho avergonzado con la cabeza gacha.

-Bien —el capitán se volvió al grupo.

Los ocho comenzaron a andar, primero bajar para después subir. Sólo Denis y Zebedeo iban sin miedo, los demás miraban hacia cualquier sitio apuntando instintivamente hacia el lugar de donde proviniese el más mínimo ruido. Durante unos segundos les pareció ver la luz rojiza de Azaña salir del pueblo.

Zebedeo y Denis se sorprendieron al ver la plaza iluminada y cómo todas las personas del pueblo esperaban haciendo un pasillo a los recién llegados que llegaba a la puerta de la iglesia.

-Es un cura... es un cura —se escuchaba en susurros y en gritos.

A los pies de los siete escalones que llevaban a la puerta de la iglesia esperaba el alcalde con los brazos abiertos. El grupo se detuvo al llegar frente a la escalinata.

-Ya ha vuelto el hijo pródigo —dijo Esteban luciendo una amplia y extraña sonrisa— Te hemos echado mucho de menos —se acercó al muchacho y lo abrazó con una mano, mientras con la otra saludaba a los desconocidos— ¿Y a quién traes mi buen Zebedeo?

El muchacho se zafó del alcalde y se colocó entre el cura y el sargento, acto que pareció desagradar al señor Rey que, aún así continuó hablando.

-Denis, el teniente francés que se dejó aquí olvidados a sus hombres —hizo un gesto con el brazo señalando a su izquierda y el grupo pudo ver a los soldados franceses— y eso no se hace.

-¿Qué raro está? ¿Y esa sonrisa? —preguntó de una manera chulesca el francés.

Esteban se hizo el sorprendido.

-Non faga caso mosén —dijo pasando rápidamente la mirada de los ojos del francés a los del cura.

Juan observaba fascinado la iglesia. Intentó pasar al lado del alcalde pero éste se lo impidió sonriente.

-¿Qué quiere hacer mosén? —preguntó Esteban.

-¡Entrar a la iglesia! —respondió sorprendido.

-Non, es imposible e además agora non es momento. Permítanme que les agasaje un poco —hizo un gesto con la mano y la gente que había frente la cantina se separó para dejar otro pasillo— les preparamos una pequeña recepción. Perdonen que sea en la cantina del pueblo, pero pareciome más... -se quedó pensando que podía decir.

-¿Humilde? —preguntó el cura.

-Non, humilde non era la palabra que estaba pensando. Dejémoslo en adecuado —puso la mano en la espalda de Juan y lo condujo a la puerta de la cantina, se detuvo y esperó a que los demás estuvieran junto a él para entrar.

-Tenéis una extraña forma de hablar —comentó Alfredo.

-Casi un milenio aquí encerrados, non permitió que avanzásemos al mismo ritmo que en el resto de España y aunque cada poco entra alguien y dellos aprendemos las nuevas costumbres en el habla y en las formas, éste encierro nos atrasa con respecto a los demás. Supongo se dará cuenta que procuro hablar de una manera más acorde con los tiempos actuales. Espero sepa disculpar esos pequeños dejes y esas palabras que han quedado por fruto del atraso y la ig-

norancia —Esteban mantenía la puerta abierta y miraba a Alfredo sonriente.

-No hay nada que perdonar, aún hay pueblos y zonas apartadas en que hablan con lenguas vernáculas.

Al pasar el grupo al interior la gente que llenaba la plaza desapareció con un soplo de viento. La plaza se encontró de nuevo vacía, a oscuras.

49

En el lado derecho de la cantina las mesas estaban unidas formando una sola. Sobre ellas varias jarras de vino y platos suficientes para todos los soldados. Alfredo miró el reloj, marcaba las nueve y treinta y siete.

-Pensamos que eran más, mosén —dijo el alcalde sentándose a la mesa— espero sepa disculpar este equívoco.

-No pasa nada hijo.

El padre Juan se sentó a su lado, los demás excepto Zebe-deo y Denis se sentaron también.

-Veo... Denis —Esteban miró de arriba abajo al francés— qué aún lleva puestas esas botas hechas con piel humana.

La reacción de todos fue previsible, caras de sorpresa y repugnancia.

-Así que eso era lo que quería que supiera —musitó Alfredo con la mirada perdida.

-¿Quién? -preguntó el alcalde.

-Azaña... el traidor —respondió Alfredo.

-¿Lo matasteis? —el alcalde reflejaba satisfacción en el rostro.

-No —contestó el sargento— está suelto por el bosque.

-¿Cómo? —el alcalde se mostraba sorprendido.

-Es como un demonio, irradia una luz roja —contestó el padre Juan.

-Pero le falta un brazo —dijo antes de soltar una carcajada Enrique.

El alcalde miraba absorto a todos, no comprendía que es lo que estaba pensando. El abuelo sacó de su mochila el brazo que iba envuelto en un cacho de tela. La sorpresa del alcalde fue mayúscula, tocó varias veces el brazo sorprendido por la luz que irradiaba.

-¿Cómo puede ser...? —se quedó con la boca abierta.

Alfredo no había dejado de mirar a Denis desde que escuchó que sus botas estaban hechas con piel humana. Alternando miradas a las botas con miradas a la cara de Denis que lejos de avergonzarse parecía enorgullecerse.

-Y estos guantes también —dijo lanzándoselos por sorpresa al capitán— todo sacado de la misma muchacha, una preciosidad de niña, católica... muy suave.

Alfredo esquivó los guantes que cayeron a su espalda. Pepe los cogió con la punta de la bayoneta y los lanzó a la chimenea provocando la ira del francés.

El cura corrió hacia la chimenea y sacó los guantes como pudo, sorprendentemente aún no habían comenzado a arder.

-¿Qué hace padre? —preguntó Alfredo.

-Salvar del infierno a la pobre muchacha con la que se hicieron estos guantes —dijo cogiendo con dos dedos los guantes- he de enterrar esta abominación.

Alfredo se lanzó con Enrique sobre el francés que intentaba resistirse. Tras un par de patadas que lanzó al aire, pero que consiguieron dañar al sargento, lograron dejarle las piernas quietas.

-Venid aquí —gritó Alfredo.

Los soldados no tardaron en obedecer y sujetaron las piernas de Denis. El resarcimiento del honor ganó a la repugnancia que sentía mientras le quitaba las botas a Denis. Al quitárselas las mantuvo en alto, como un trofeo, ante la sonrisa cómplice y orgullosa del resto de soldados. Le dio las botas al cura, éste se arrodilló e hizo un hatillo con un mantel.

-¿Dónde pretende enterrarla padre? —preguntó el alcalde.

-En el cementerio, ¿o acaso no tenéis?

-En aqueste pueblo es donde menos gente se entierra de toda España, cero personas en casi mil años —contestó jocoso Esteban.

Denis estaba en el suelo maldiciendo, los soldados españoles de pie miraban espantados hacia las mesas que segundos antes vacías ahora estaban ocupadas.

-¿Cómo han entrado? —preguntó asustado Pepe, de fondo se escuchó una carcajada de Denis.

El padre Juan se incorporó mirando a su alrededor, el corazón le latía muy deprisa pero no quería mostrar su miedo pues había llegado a la idea de que ese pueblo era el mismo infierno.

-Entonces los enterraré en la iglesia —dijo valientemente.

El alcalde se estremeció al escuchar eso, se giró y agarró al cura por la barbilla.

-No sé si se habrá dado cuenta... cura, que este pueblo está maldito.

Enrique agarró el brazo del alcalde y lo retorció hasta dejárselo en la espalda. El alcalde no apartó ni un segundo la mirada del cura.

-¿La iglesia está maldita también? —el padre Juan miró a Zebedeo que negó con la cabeza.

-Non —el muchacho hablaba deprisa— pero desde que se cerró nadie pudo abrirla. E ninguno de nosotros se ha atrevido a pisar siquiera uno de los escalones.

El cura miró el reloj, las nueve cincuenta y cinco. Salió decidido por la puerta con el hatillo en una mano y en la otra el miembro amputado de Azaña.

Los soldados tardaron en seguirle ya que tuvieron que cargar todo lo que habían dejado en el suelo. Al salir se encontraron al cura en medio de la plaza caminando firmemente hacia la iglesia.

-El cura... el cura... el cura... —se escuchaba proveniente de todas partes.

-Padre, tiene dos minutos para venir aquí e salvarse —amenazó Esteban— o para intentar entrar en la iglesia e morir.

El padre Juan no paró hasta situarse frente la iglesia. Tropezó al llegar a la barbacana.

-¡Tropezar y no caer es avanzar camino! —se dijo. Se santiaguó y empujó la puerta que ante la sorpresa de todos se abrió.

-La ha abierto... está abierta... va a entrar —las voces fascinadas se propagaron rápido por la plaza.

Los soldados corrieron hacia la iglesia, Esteban miró ansioso el reloj de la cantina, en doce segundos llegaría la manilla a las diez.

-Cerrad la puerta nada más entrar —gritó Zebedeo—e non salgáis en toda la noche.

La manecilla llegó a las diez en el mismo instante que el abuelo cerraba la puerta de la iglesia. Entonces comenzaron los gritos, los golpes, los ruidos aterradores.

50

Todos los soldados permanecían juntos desde que empezaron a escuchar las voces. Al principio repetían palabras que los propios soldados habían dicho, por lo que prudentemente y bastante asustados dejaron de hablar. Sintieron algo de alivio al escuchar mentar al cura a las voces ya que pensaron que estaría acercándose el padre Juan. Gumersindo decidió acercarse a la entrada de la gruta pero Vizcaíno se lo impidió de una manera bastante brusca. Las voces empezaron a decir que alguien había abierto algo y que iba a entrar, lo decían sorprendidas, incluso asustadas, y por unos instantes pareció que se alejaban en dirección al pueblo. Pero no fue así, porque pasados unos segundos de las diez de la noche, comenzaron los gritos que provocaron el segundo infarto de la noche, el de Andrés Girauta.

Un par de soldados gritaban causando malestar entre sus compañeros que aterrados les mandaban callar.

-Vamos a mantener la calma —ordenó en un tono bajo de la Gándara— Silencio, silencio.

Los soldados fueron callando poco a poco, las lágrimas impedían la visión de muchos. Casi todos tenían las manos en posición de rezo, pero no rezaban, permanecían atentos a las voces de fuera, a los ruidos que se escuchaban.

Un cuerpo entró de la niebla y volvió a salir. Un segundo cuerpo hizo lo mismo entrar y salir al tiempo que el primero volvía a entrar parecía estar balanceándose. El tercero chocó con Antón que cayó al suelo, debido al golpe se detuvo y todos pudieron ver que era Ludovico. El cuarto y el quinto cadáver llegaron balanceándose casi al tiempo.

-¿Qué hacemos?... ¿Qué está pasando?

Preguntaban los soldados, siendo repetidas las preguntas por las voces.

-Permaneced quietos —ordenaba cautelosamente Vizcaíno.

-Tengo que descolgarlo —vociferó Genaro Diaza, amigo de Ludovico, y se acercó al ahorcado abriendo la navaja.

-Quieto, estate quieto —de la Gándara se acercaba a él.

El hombre se apoyó al borde de la gruta, se puso de puntillas y al intentar cortar la sogas que sujetaba al muchacho, otra sogas cayó sobre su cabeza aprisionándolo y tirando de él hacia arriba tan bruscamente que se rompió la cabeza con el techo de la gruta.

51

Una a una los soldados encendían todas las velas de la iglesia. Alfredo estaba sorprendido de que aún quemasen al haber pasado nueve siglos. El padre Juan estaba arrodillado frente al altar rezando. Del exterior llegaban las voces amenazantes, los golpes. Parecía que se avecinase una tormenta por el ruido del viento que soplaba.

-Capitán —dijo el abuelo— estoy bastante asustado.

-Creo que como todos Raúl —el capitán se sentó a su lado.

El cura se santiguó y se levantó.

-Hemos de buscar un sitio para enterrar los restos de la desventurada chiquilla —dijo mirando el suelo a su alrededor.

Pedro subió al altar e iluminó el retablo, todos se quedaron fascinados ante la belleza del mismo. Decidieron iluminarlo lo máximo posible, quedando fascinados ante los nuevos detalles que la luz iba exhibiendo. El Cristo no tenía la cabeza caída y los ojos cerrados como en la mayoría de las iglesias, sus ojos abiertos inspiraban una mezcla de temor y de perdón, parecía que miraba directo a los ojos de quien le miraba. Los clavos no los tenía en mitad de las manos como era costumbre sino en las muñecas. Sobre él una imagen de una paloma. Y a los lados representaciones de la Virgen María y de San Mateo.

Enrique subido al púlpito miraba como los soldados entraban en la sacristía, como Alfredo rebuscaba en todos los rincones y como el cura se acercaba al ambón. Por lo que decidió sentarse en el púlpito para poder cerrar los ojos y descansar un rato.

-¡Alfredo! —gritó.

Alfredo arrodillado tras el altar miró a todas partes sorprendido, Enrique alzó la mano y la movió. Al pasar la vista por el púlpito y verla Alfredo se levantó.

-Estaré aquí echando una cabezada si no te molesta.

-No, claro. Descansa —respondió Alfredo— Supongo que en breve nosotros haremos lo mismo.

Al recibir un ronquido por respuesta sonrió y se acercó al retablo.

-¿Qué buscas? —preguntó Juan que leía con interés la parte señalada en la Biblia.

-Creo que ya sabe lo que busco —respondió desde detrás del retablo.

-Escucha: *La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo* —el cura lo leyó pensativo.

-¿Qué? —preguntó Alfredo acercándose a él.

-No, nada. Es que estaba remarcada esta frase —se giró— ¿tendrá algún significado o habrá quedado así al azar?

-Vengan, vengan a ver. Creo que hemos encontrado un sitio para poder enterrar eso —dijo el abuelo.

El padre Juan cogió el hatillo y el brazo y siguió a los soldados. Alfredo levantó el candil del suelo, echó un vistazo al lugar en que dormía el sargento y entró en la sacristía.

La sacristía era una habitación mediana, humilde. Dos armarios, en uno estaban las ropas del cura y en el otro algún libro y documentos. Una mesa y tres sillas, sobre la mesa, una biblia abierta y cubierta de tanto polvo que no se podía leer en ella. A la derecha del armario donde se encontraban los libros había una puerta a través de la que se accedía a un pasillo ahora iluminado. El pasillo llevaba al cimborrio. Un par de grandes ventanales sin cristales dejaban pasar los gritos del exterior de tal manera que parecían estar en el mismo pasillo. Al salir del pasillo y entrar en la nueva sala Juan se fijó que junto la pared había un esqueleto. Raúl y Pedro se dirigieron a su derecha, a las escaleras, el capitán y el cura les siguieron, Pepe se quedó en la puerta.

-¿Dónde decís que se puede enterrar, hay alguna salida arriba? —preguntó Alfredo.

-No, qué va. Ni siquiera subimos —respondió Raúl— hacia abajo.

-Aunque asusta bastante —Pedro miraba hacia los ventanales preocupado.

Abrió la puerta que daba a las escaleras, y se apoyó en la pared izquierda. Frente a él la entrada de una cueva con unas escaleras labradas en la tierra. En ese mismo instante se escucharon dos gritos, uno masculino y uno femenino que dejó a todos paralizados. Juan Roma creyó que el corazón se le iba a salir de la velocidad a la que le latía y a todos se les quedaron partes del pelo blancas.

-Abajo hay tumbas —dijo una vez recuperado el aliento Raúl— Hay esqueletos en las paredes.

Una corriente de aire pareció salir de las escaleras, nadie quería dar el primer paso. Más gritos provenientes del tejado resonaban en las paredes haciendo eco y los mismos soldados que despreocupadamente descubrieron la catacumba ahora esperaban a que el capitán o el cura bajasen primero.

-Sujeta esto —el padre Juan le dio el hatillo al capitán— tú, dame la luz, yo iré el primero.

52

El burro dormitaba junto a la fuente, al llegar a la gruta fue directo a ese lugar y se tumbó en el suelo, desde ese momento no volvió a ponerse nervioso. Los seis cadáveres colgados se balanceaban mecidos por una mano misteriosa. Nadie se atrevía a hacer nada ya. Llegada la media noche extrañamente parecía que se habían hecho a los gritos y a esa broma tan macabra de ver a sus compañeros balancearse. Algunos soldados dormían, tal era el caso de Antón, otros soldados vigilaban atentamente. Y algunos jugaban al mus en silencio. Solamente rompía la calma de los soldados algún que otro grito que sonaba tan cerca que por segundos creían que iban a entrar a atacarles.

-Si nosotros no podemos salir, supongo que ellos tampoco podrán entrar —dijo Mateo Moro, cuarentón turolense al que le faltaban tres dedos en la mano izquierda.

-Tú supón, supón —contestó socarronamente Federico Landa, amigo y quinto suyo, al tiempo que echaba tres cartas al suelo.

Recogió las cartas Mateo y habiéndose fijado que no le miraba más que su compañero le guiñó un ojo.

-No sé ése, pero voy a envidar a grande —dijo mirando fijamente a quien tenía a su derecha, que negó con la cabeza.

-Coño, que la mano soy yo —protestó Federico.

-¡Quiá! —dijo levantando el brazo Mateo en el momento que el último en hablar decía que quería y recibía una mala mirada de su compañero.

Antón abrió un ojo y salivó al notarse la garganta seca, se rascó la pierna cercenada y abrió los ojos alarmado. Se sentó y comenzó a remangarse la pernera. Pegó un grito que alarmó a sus compañeros.

-¿Qué pasa chaval? —preguntó Mateo.

-La pierna, me ha crecido la pierna —dijo excitado el muchacho.

Todos los compañeros se acercaron a mirar, alguno hizo gestos de descontento al llegar y ver que aún le faltaba media pierna, ya que quitando los paisanos del pueblo nadie sabía que el corte antes lo tenía más arriba de mediado el muslo y ahora lo tenía a media rodilla.

-A ver si te va a pasar a ti como a Miguel Pellicer, el de Cailanda... que le creció la pierna de un día pa otro —dijo burlo-namente Mateo, aunque sorprendido porque creía al muchacho.

Los que sí conocían el aspecto anterior de la pierna se santiguaban y abrazaban al muchacho que sonreía incrédulo y se rascaba el cacho de pierna con verdadero ansia.

-¿Pero cómo ha pasado? —preguntó Román, otro chico de Pineda.

Antón, absorto, trataba de recordar todo lo que había pasado durante el día para encontrar algo que pudiera servir de explicación, movió la cabeza hacia su derecha y vio como Oscar López rellenaba la cantimplora de agua. Señaló la fuente y se levantó apoyándose en la pared de la gruta.

-El agua, ha sido ese agua —exclamó.

El soldado que acababa de rellenar la cantimplora estaba bebiendo y se quedó sorprendido manteniendo el buche en la boca, para acto seguido tragarlo despacito. Antón cojeó hasta la fuente apoyándose en la pared o en los soldados que permanecían junto a él.

-El sargento me echó agua antes de marcharse y ahora...

Antón le quitó la cantimplora a un soldado llamado Oscar y al ir a echarse agua en la pierna se dio cuenta que la pernera se había bajado por lo que se volvió a sentar para remangársela. Los soldados por si acaso, echaban el agua de la cantimplora en los más diversos lugares, un par de ellos en la calva, otros tantos en los pies y el señor Moro en los dedos que le faltaban. Pío Otero se apartó de todos para echarse agua en el ojo derecho que le faltaba desde joven.

Los señores Moro y Otero sonreían ilusionados, mostraban más fe y más alegría incluso que Antón. Una vez vaciada la cantimplora Mateo cubrió la mano con un trapo y se sentó.

Antón acababa de vaciar la cantimplora del pelirrojo Oscar y se la devolvió con un gesto de agradecimiento. Intentó decir

gracias pero no pudo, tenía la garganta entumecida de la emoción. Vizcaíno miró su reloj, se había parado a la una y tres minutos lo depositó junto a la fuente. Las voces dejaron de sonar. En la entrada a la gruta que daba al pueblo se podía ver una figura.

53

El padre Juan dejó el candil sobre un saliente de la pared. La catacumba tenían una forma cuadrangular, los esqueletos que vieron los soldados se encontraban en la pared del fondo, había unos diez. En la pared de la derecha un gran armario y a su lado una mesa y una silla.

Abrió Alfredo el armario, la oscuridad impedía ver lo que había dentro, se giró para coger el candil y algo cayó sobre su espalda en el mismo momento que una aterradora voz femenina procedente del exterior decía *Cuidado* y rompía a reír. Todos se asustaron con el grito de Alfredo, que con la mano derecha sobre el hombro izquierdo agarraba lo que había salido del armario que resultó ser un abrigo raído que se sostenía en un rastrillo.

-¿Qué hacemos padre? —preguntó Pedro— ¿Cavamos o lo dejamos junto a uno de esos?

El padre Juan se sentó en la mesa, las voces callaron y en vez de alivio todos sintieron más angustia. El cura cerró los ojos, inspiró hondo y torció el gesto.

-Yo cavaré. No vamos a perturbar a los que ya reposan —dijo levantándose— Necesitamos una pala —sonrió.

Alfredo acercó la luz al armario y pudo ver que había varios instrumentos de labranza, un par de azadas, una guadaña. Cogió las azadas, le dio una al padre Juan y la otra se la quedó él.

-¡Cuánto antes acabemos, antes podremos descansar! —exclamó.

-Con todo ese jaleo de fuera, ¿quiere descansar? —preguntó Pedro.

-Claro, ¿tú no? —tocó la frente del soldado con la azada en un claro gesto amistoso.

Pedro miró al abuelo que dormitaba sentado en las escaleras y asintió. Poco tardaron en enterrar los restos. Dos hoyos hicieron, uno para los restos de la muchacha y otro para el

brazo. Lejos de allí, sobre la gruta de Mateo, el iluminado Azaña perdió el brillo en el mismo momento que el primer montón de arena cubrió su amputado miembro. Juan se dio cuenta que el suelo estaba removido, como si alguien hubiera realizado allí otro enterramiento, pero no le dio importancia, aunque instintivamente dirigió la mirada a uno de los esqueletos que portaba vestiduras litúrgicas.

Tras unas breves palabras pidiendo por el alma de la muchacha y por el del traidor Juan se acercó al esqueleto que le llamó la atención y vio que tenía en las manos un par de pergaminos. Los cogió y se acercó corriendo a los soldados que le esperaban en las escaleras.

Fuera de la iglesia comenzó a rugir el viento con fiereza. Los portones se abrieron de par en par golpeando las paredes violentamente. El ruido despertó a Enrique, que sobresaltado miró por encima del púlpito y al no ver nada bajó tranquilamente a cerrarlas. Una corriente de aire atravesó la nave, pasó por la sacristía y recorrió el pasillo donde Pepe apoyado en una jamba alternaba la asustada mirada entre las escaleras que daban a la catacumba y el ruido que venía de la nave.

En su camino la corriente de aire movió con fuerza la puerta en la que se apoyaba Pepe, pillándole los dedos y haciendo caer la figura de un santo de piedra en la cabeza del muchacho, y apagó el fuego de la lámpara que portaba el capitán. Los cuatro se quedaron quietos, asustados por el ruido del aire que recorría la iglesia y la oscuridad. Pepe estaba en el suelo sentado, mirando su mano ensangrentada. El golpe le había hecho creer que había perdido parte del dedo anular y el corazón le colgaba. Sentía como pequeños regueros de sangre le recorrían la mano y la cabeza. Era tanto el dolor que tenía que ni podía gritar. Con los ojos llenos de lágrimas respiraba ahogadamente y le salía líquido de la nariz.

-Capitán —decía en tono quedo— capitán —comenzó a sollozar— capitán —el dolor se junto con los nervios y se desmayó.

Alfredo pareció escuchar los sollozos y la voz del soldado. Tentó con el pie derecho el siguiente escalón y al localizarlo se lanzó a la carrera hacia arriba. Al llegar al descansillo respiró aliviado. Los tres que quedaban llegaron casi al tiempo produciéndose un empujón y cayendo todos al suelo. El primero en levantarse fue el padre Juan que inmediatamente

se dirigió a la puerta donde se encontraba desmayado el soldado. Entre los cuatro lo levantaron y lo llevaron a la sacristía, donde les esperaba con ojos de dormido pero gesto preocupado el sargento.

-¿Qué ha pasado? —preguntó.

El capitán se encogió de hombros, mientras dejaban al soldado sobre la mesa.

-Se le ha debido cerrar la puerta —coligió.

-Los portones de la entrada se abrieron con el viento —miró tranquilizadamente al grupo que creían había entrado alguien— venía a buscaros para que me ayudaseis a cerrar cuando escuché los sollozos.

-Id a cerrarla, rápido —dijo en tono firme pero sin levantar la voz el capitán.

El muchacho sufría espasmos. El padre Juan examinaba los dedos algo amoratados y con sangre que salía de pequeñas heridas, el dedo corazón tenía rotas un par de falanges. Acto seguido examinó la cabeza, encontró el lugar de donde brotaba la sangre al tener el pelo casi al cero, la brecha era grande.

-Traiga agua para limpiar la herida capitán —pidió Juan.

Los militares salieron de la sacristía rápidamente. El capitán cogió las cantimploras y volvió a la sacristía no sin antes fijarse con el rabillo del ojo de una figura que esperaba en la entrada. Los otros dos se acercaron a los portones con cautela, esa figura no podía ser nada bueno.

-¿Quién vive? —gritó Enrique.

-Un amigo —respondió Denis, se echó a reír y cayó desplomado.

Los soldados movieron al francés que se encontraba cubierto de sangre y cerraron los portones.

En la sacristía el soldado había recobrado el sentido y gritaba asustado al no recordar donde se encontraba, al oír al capitán diciéndole que se calmara cesó los gritos

-Esto te escocerá bastante —dijo el cura dándole la mano al muchacho al tiempo que le echaba el agua en la cabeza.

Ni un solo grito salió del muchacho, el cura puso mala cara.

-No es bueno esto —exclamó.

-¿El qué?

-Qué no se queje.

Juan vació la cantimplora y examinó de nuevo la cabeza del muchacho, ya no manaba sangre. El cura respiró aliviado.

-¿Qué pasa padre?

-Se ha cerrado la herida, y es raro teniendo en cuenta dónde estaba —pidió la otra cantimplora y limpió los dedos del muchacho.

-Llévemolo a la nave, allí podremos vigilarlo —dijo el capitán.

54

La figura permanecía en el exterior de la cueva, los soldados al mando se habían cansado de preguntar quién era y qué quería. Los cadáveres de los compañeros habían dejado de balancearse violentamente después de escucharse a alguien gritar “*maldición*”, aunque nadie les prestaba atención. Todos estaban atentos a la figura que permanecía estática en la niebla, esa figura de alguien que les observaba, de alguien que les incomodaba y que ni siquiera hizo gesto de moverse al hacer los disparos de advertencia. Los ahorcados se mecían entrando y saliendo de la niebla cada poco.

El cadáver de Paco desapareció en la niebla, uno de los soldados disparó en esa dirección, las voces volvieron a escucharse. De los cuerpos de todos los soldados brotaba vapor. El tic de Vizcaíno en el ojo se acentuaba a medida que pasaba el tiempo. Caminó hacia la figura ante los gestos y alguna voz de desaprobación de los compañeros. Las voces parecían estar excitadas. El cadáver de Genaro, que se encontraba a pocos pasos de la salida, desapareció al pasar Vizcaíno junto a él. Todos se llevaron un buen susto, el valenciano el que más.

El soldado se detuvo a medio centímetro de la niebla, sentía el viento en su cara y el corazón parecía que iba a reventarle cada vez que escuchaba alguna voz del exterior.

-¡Fernando! —gritó en voz baja De la Gándara.

El muchacho se giró y vio a su compañero haciéndole señas para que volviese con el grupo, negó con la cabeza y al volver la vista hacia la niebla recibió un golpe en la nariz. Fernando soltó el sable, se puso las manos en la sangrante nariz y recibió un segundo golpe que le hizo perder el equilibrio. Según caía al suelo podía ver la expresión de horror de sus compañeros que miraban al suelo donde se encontraban los dos objetos que le habían golpeado, las cabezas de los

colgados. Las voces se alteraron. Mientras caía, un pie del soldado pasó a la niebla desapareciendo antes de que alguno de sus compañeros parpadease. El grito de horror de Vizcaíno se prolongó medio minuto durante el que sus compañeros dispararon en todas direcciones. Los cadáveres de los otros cuatro asesinados por Azaña desaparecieron también y las cabezas de todos, incluida la de Vizcaíno, fueron lanzadas al interior de la gruta desde distintos puntos.

El burro se levantó inquieto, dando un bufido de alerta. Antón se acercó al animal que se giraba siguiendo con la mirada algo. Antón dio la voz de alerta cuando, una vez girados hacia la entrada, pudo ver otras dos figuras en la niebla. El grupo de soldados se dividió en tres ya que en el borde que daba al barranco comenzaron a verse siluetas de cabezas que parecían mirar al interior de la gruta. El burro se mostró tenso unos segundos, pero al beber agua de la fuente se tranquilizó y volvió a tumbarse.

-¿Tú crees que esto servirá para algo? —preguntó Sendino a Pío Otero abriendo su mochila.

El hombre miró sorprendido un paquete con unas letras en francés.

-Lo cogí en la última escaramuza —sonrió— media arroba pesará.

-Ah, ¿qué es?

-Pólvora.

Pío se puso muy nervioso, miró a todos lados tratando de ver si alguien se había fijado en el paquete.

-Guárdalo, guárdalo —se tranquilizó al ver cerrada la mochila— para algo servirá. Que no se humedezca.

55

Zebedeo se encontraba en el refugio que el cantinero tenía en la bodega. Allí se metieron los tres al dar la medianoche. El refugio era una cueva pequeña que había encontrado Juan y que servía para protegerles a él y a su hijo. Se accedía a ella pasando por un bidón vacío que tapaba el acceso. El niño se había quedado dormido hacía rato. Juan miraba al techo con las manos apoyadas en la nuca y Zebedeo sentado frente a la entrada vigilaba.

-Deberíamos haber entrado en la iglesia —exclamó Juan.

-Non hobieseis podido arribar.

-¿Sabías que se podía abrir? —se apoyó en un codo mirando hacia el chaval.

-Non —respondió moviendo la cabeza— al menos nosotros lo intentamos varias veces.

-¿Los diecisiete? —preguntó Juan Carpintero.

-Sí, los disiete. Antes de que llegara ese hombre —se recostó.

-Dios maldiga a Azaña —se tumbó de nuevo— Nunca se me olvidará cómo miraba a mi mujer. Y cómo... —sintió un nudo en la garganta.

-Aquel día fue trágico para todos.

Como un relámpago llegó la imagen de lo que ocurrió en la plaza aquel primero de mayo. El silencio se rompió con un ruido de pisadas en la bodega, como cada noche desde hacía un año Esteban trataba de encontrarles a él o a su hijo con la intención de matarles. Una noche hacía un año trató de llevarse al pequeño y Juan lo impidió. Y sufrió por ello. Más que por los dolores a que le sometieron por la pena de dejar huérfano a su hijo debido a alguna venganza del alcalde.

El ruido que produjo un taburete al chocar en la pared donde se encontraban causó un sobresalto en todos. Juanín despertó alterado, pero no produjo el más mínimo ruido, se tapó la boca y esperó a que pasase el peligro. Se escuchó el ruido de la puerta de la bodega cerrándose y todos respiraron aliviados.

-¿Por qué aceptaría trabajar aquí? —dijo en voz baja Juan a punto de romper en llanto.

56

La familia de Juan se había instalado un par de semanas antes de la segunda venida de Azaña. Se dejó salir a los diecisiete del palacio de la maruquesa donde vivían recluidos desde que salieran de la iglesia para que les conocieran. Durante ese tiempo todo pareció transcurrir normalmente, hasta que llegó Azaña. El traidor se sentó en una mesa, en un reservado, para hablar con el alcalde. Noemí Solla, la esposa de Juan, se acercó a llevar una jarra de vino y dos vasos. Al recién llegado se le fueron los ojos sobre ella.

-¿Quién es? —preguntó ávido.

-Noemí, la posadera —Esteban se sirvió un vaso de vino y miró hacia atrás donde la guapa mujer despeinaba a su hijo para hacerle rabiar.

-La quiero para mí —José bebió el vaso de un trago y se secó con la manga los labios.

-Non puede ser, es la moger de Juan —contestó el alcalde que intentó dar una toba amistosa al crío según pasaba a su lado en dirección a la calle.

-Lo será, o mía o de la parca —se sirvió otro vaso y golpeó la mesa con violencia— A ver, pongan aquí algo de comer.

-Recuerda que pasará si comes —dijo asustado Esteban.

-No me pasará nada, porque eres un mentiroso. Me mentiste al decirme que no se podía salir. He salido y mírame —rió golpeando con las dos manos la mesa— ¡He vuelto!

Apareció Juan sonriente, con un trapo en el antebrazo.

-¿Qué quiere que le pongamos?

-Tú nada, ella —intentó apartarle, pero Juan era un hombre fuerte.

-Está bien —se apoyó en la mesa, en tono amenazante— ¿Qué quiere que le traiga ella?

Azaña se acobardó y movió el taburete para separarse del cantinero.

-De momento más vino —dijo Esteban mirando fijamente a los acobardados ojos de Azaña— ya traerás luego comida.

-De acuerdo —miró fijo al traidor y gritó— ¡BU!

Azaña asustado dejó caer el vaso, el cantinero se dirigió a la barra riendo a mandíbula batiente. Juanín entró y se sentó detrás, en la mesa contigua a la que se sentaban el alcalde y Azaña para, aprovechando que no le veían, tratar de enredar. Pero se quedó parado cuando escuchó hablar al alcalde.

-Esta noche acabaremos con los disiete —dijo Esteban con parquedad.

-Y con alguno de esos tres... ¡A él! —dijo en voz baja furioso y señalando hacia Juan con la cabeza— a ese estúpido cantinero será al primero que mate.

-¿Y eso por qué?

-Yo sé que puedo crear gente como vosotros, lo aprendí en la China ya te lo dije, pero quiero probar... —se quedó pensativo, acababa de ver a la feliz pareja darse un beso y deseó ser él el que recibiera besos de esos labios y al que miraran esos ojos azules— ...ya lo verás. Esta noche matareis a los diecisiete y a ese hombre.

Los diecisiete fueron entrando en el bar, se sentaron acobardados a las mesas. Zebedeo se fijó en Juanín que estaba paralizado con los ojos muy abiertos. Se sentó con él.

-¿Qué te pasa chaval? —dijo amistosamente.

El chico señaló con los ojos, pero Zebedeo no comprendió que quería decir.

-¡Aquí tienen el vino! —Noemí dejó dos jarras en la mesa.

Juanín aprovecho el momento para echar a correr hacia la barra, Zebedeo creyó que era un juego y cómo conocía bien la cantina salió, con una reprobatoria mirada de su madre, para ir al patio. Al llegar al patio se encontró con el muchacho y el padre, que le abrazaba. Se acercó a ellos. Y en ese momento fue cuando se escucharon los gritos. Juan empujó a su hijo hacia Zebedeo y le dijo:

-Baja con él a la bodega, escondeos.

Los tres entraron de nuevo, los dos muchachos bajaron a la bodega y Juan se dirigió a la cantina. Cuando llegó la situación le estremeció, la sala estaba llena de gente del pueblo que rodeaba a los diecisiete. En la puerta Azaña tenía cogida a su mujer por el pelo, ella en el suelo forcejeaba.

-Tenía pensado matarte a ti —gritó Azaña señalando con la cabeza a Juan— y quedarme con ella. Pero he pensado que para mis planes me conviene más que sea ella la finada.

Salió del local. Tras él el resto llevando en medio a los diecisiete que asustados no sabían hacia dónde mirar.

Cuando la sala se hubo vaciado Juan atravesó el local lo más deprisa que pudo. Fuera Azaña sostenía del pelo a su mujer con una mano y en la otra alzaba un puñal. Señaló con la punta a Juan y acto seguido lo clavó en el corazón de Noemí, Juan corrió hacia ellos pero el alcalde lo agarró con fuerza. Azaña sacó el puñal del pecho de la bella mujer y se arrodilló.

-¡Qué ojos más bonitos tienes! —sonrió y acto seguido la degolló lentamente, deleitándose al sentir como se abría cada milímetro de carne— Y vosotros... ¿A qué esperáis?

El alcalde se metió con Juan en la cantina y atrancó la puerta con una mesa. Dieron las diez en el reloj. Los dos miraron a la plaza por una ventana. Con ansias animales comenzaron a desgarrar las ropas de los diecisiete, que no paraban de gritar. Los arañaron, los pisotearon y los golpearon. Los ojos fue lo primero que sacaron a los aterrados paisanos. Con cada ataque parecían mostrar una fuerza sobrehumana.

Arrancaron los brazos a la madre de Zebedeo, que preocupada sólo sabía gritar el nombre de su hijo. Azaña se asustó cuando miró a los ojos de alguno de ellos, el asesinato les estaba convirtiendo en monstruos, por lo que echó a correr al sitio que creyó más seguro, la cantina. La puerta cerrada y el que alguno de los seres le estuviesen mirando activo su glándula de cobardía y salió corriendo hacia la parte trasera de la casa.

Dos mujeres tenían cogida a Eylo Humanes, conocida en plan de chufia como la maruquesa, cada una de una pierna y un brazo, la balancearon y la lanzaron contra la iglesia el golpe la fracturó la frente y rompió su nariz, acto seguido volvieron a cogerla y a lanzarla.

-A la iglesia, a la iglesia —gritaron las mujeres.

Los cadáveres de sus dieciséis compañeros yacían descuartizados por la plaza. Eylo respiraba con dificultad, tenía el cuerpo cubierto de sangre. Los seres la llevaron a la catapulta, ella ni se resistía, la colocaron en el instrumento y acto seguido la lanzaron a la iglesia, la mujer entró por el cimborrio rompiéndose la cabeza al tocar el suelo.

Dos luces iluminaron los torreones y los habitantes que habían participado en la masacre comenzaron a gritar y a retorcerse en el suelo. Juan, el alcalde y Azaña miraban asombrados desde la ventana. Juan cogió a Azaña del pescuezo y trató de sacarlo al exterior pero un golpe en la nuca propinada por el alcalde lo dejó inconsciente.

57

Todos menos Juan Roma dormían. Enrique en el púlpito, el capitán en un banco frente al altar, los soldados en bancos cerca del púlpito y Denis al fondo de la iglesia. Juan sostenía los pergaminos sin atreverse a leerlos. Se frotó los ojos que le picaban, y pensó que tal vez debería hacer como el resto y dormir un poco. Se giró hacia el Cristo.

-¡Señor, ayúdanos!

Se puso en pie y al mirar a la sacristía no dio crédito a sus ojos. Una figura espectral caminaba hacia la puerta, se paró, miró al portón de la entrada y entró en la pequeña habitación. El cura agotado se santiguó y caminó curioso a la sacristía, al entrar no vio nada. El viento recorría la iglesia

moviendo contraventanas y puertas por distintos lugares que resonaban por todo el edificio. Juan se acercó a la puerta del pasillo, sudaba, creyó que el corazón se le iba a salir del pecho cuando al fondo del pasillo vio a la figura. Corrió tratando de no hacer ruido, temía encontrarse con el fantasma al llegar a la puerta. Sólo pensaba en dar la vuelta, pero sus pies le llevaban en dirección contraria. Golpe de contraventana, nervios a flor de piel. Se asomó por la puerta, pudo ver a la figura bajando por las escaleras de la parte de arriba del cimborrio, mirar temeroso al ventanal y bajar a la catacumba. Juan se mordió los labios, era mucho el miedo que tenía, pero no pudo resistirse a la curiosidad. Avanzó despacio, a cada paso que daba le parecía sentir una presencia o escuchaba un golpe o el viento producía un extraño ruido. Se detuvo en el recodo, subió un peldaño de las escaleras que daban arriba y escuchó el crujir de las maderas, se frotó los ojos. Empezaba a pensar que todo era debido al cansancio. Decidió darse la vuelta pero un ruido procedente de la catacumba le alteró y decidió bajar a ver que era. Bajó los escalones tanteando con el pie, mirando cada poco hacia arriba por si alguien o algo le seguía. En la oscuridad parecía ver figuras en todas partes. Al llegar al último escalón miró con cautela, la figura estaba sentada a la mesa escribiendo algo. Juan pudo ver más nítidamente que se trataba de un cura como él. El cura movía la mano de manera que parecía estar escribiendo algo, se echó las manos a la cabeza y rompió a llorar.

El llanto provocó en Juan en lugar de miedo una cierta empatía. El fantasma se levantó y se dirigió a las tumbas cavadas en la roca. Se tumbó sobre el esqueleto del que cogió el padre Juan los pergaminos y desapareció.

Juan bajó con cuidado el último escalón, aunque no se veía sabía hacia dónde quería dirigirse. Con las manos hacia adelante trataba de encontrar imposibles objetos. Tropezó con los azadones y quiso gritar. Siguió caminando, a su alrededor imaginaba figuras, creía que le miraban los fantasmas de los allí enterrados y eso le alteraba más. Al llegar a la pared respiró tranquilo por un segundo. Enseguida pensó: "¿para qué había bajado, qué esperaba encontrar?". En ese momento se sintió la persona más estúpida del mundo. Había estado siguiendo a un fantasma hasta una catacumba para nada. Se giró para volver a la escalera y recibió un golpe. El

padre se cubrió la cara pero recibía los golpes con más virulencia. Notó como si alguien le mordiera en el brazo. Trataba de avanzar pero no podía. Gritó pidiendo auxilio, gritó con todas sus fuerzas. Seguía recibiendo golpes, le comenzó a sangrar la nariz.

-Dios bendito ayúdame —gritó llorando.

Las agresiones cesaron. El cura se santiguó, cogió el crucifijo y estirando el brazo lo puso enfrente de él. Avanzaba con miedo, las figuras que le parecía ver en la oscuridad y que antes creía fruto de su cansancio e imaginación ahora le parecían más reales. Llegó a las escaleras, las subió todo lo deprisa que podía tropezando varias veces. Por fin llegó al recodo, dio gracias por la clara oscuridad que había allí. En la parte de arriba las maderas volvieron a crujir, él se giró. Decidió que no era más que el viento moviéndolas. Se volvió y vio frente a él el espectro de una mujer que comenzó a arañarle. El padre Juan cayó al suelo, la aparición había desaparecido, respiró alterado durante varios segundos, sollozó y salió corriendo hacia la nave donde se encontraban los demás.

Corrió con los ojos cerrados el pasillo, no quería encontrarse con más visiones, al llegar a la sacristía tropezó con una silla y abrió los ojos. La puerta del armario ropero se balanceaba, el padre Juan la cerró con brusquedad y entró en la nave principal. Miró a sus compañeros y se santiguó aliviado. Acto seguido fue derecho al altar y bajo el Cristo se sentó, con los ojos rojos por las lagrimas, la nariz sangrando y varios arañazos y moratones. Normalizó la respiración y se quedó dormido.

Enrique asomó la cabeza por el púlpito, vio la figura de un cura caminar por el pasillo, arrodillarse frente al altar y dirigirse a la sacristía. El sargento bostezó y volvió a dormirse.

58

Azaña estaba escondido bajo la cama en una de las habitaciones de la posada. Temblaba de miedo, sangraba por todas partes y le faltaba la oreja izquierda y un cacho de la mejilla del mismo lugar. Miraba hacia la ventana, que aunque bien cerrada no le ofrecía mucha seguridad. Aquella noche tras asesinar a Mariano López se acercó al pueblo, la luz que

desprendía le hacía sentir invencible. No quería ni pensar que le faltaba un brazo. La plaza estaba desierta cómo siempre, nunca supo dónde se metían, así que se dirigió a la cantina. Entró por el patio y fue directo al pequeño almacencillo que tenía Juan en la bodega. Cogió un buen trozo de cuerda y salió tan sigiloso como había entrado. Abandonó el pueblo por la cuesta la maruquesa. Al pasar por el tétrico y abandonado palacio sintió un repelús.

Abandonada la colina sobre la que se aposentaba el pueblo corrió hacia la caverna en la que tenía los cadáveres. Volvió a contarlos... cinco. No sabía el por qué de los números que dijo, pensó que lo más probable era la cegazón en que le había sumido la rabia, porque en ese momento lo que quería era matarlos a todos, incluida los seres del pueblo, de la manera que fuese.

-No —se dijo mientras ponía la soga en el cuello de Ludovico— al teniente será a quien le arranque el corazón con mis manos.

Se detuvo y al darse cuenta que le faltaba una soga comenzó a golpear el cadáver. Echó a reír, dio dos palmaditas en la cara del muchacho y le colocó la cabeza que se había ladeado.

-Perdón, perdón, perdón —la cabeza se ladeó de nuevo— Ups.

Le volvió a colocar, le puso una sonrisa exangüe y acto seguido golpeó con fuerza sobre el pecho y sacó el corazón del muchacho tirándolo hacia atrás, al exterior de la cueva.

Pocos minutos después ya tenía puesta la soga a todos los cadáveres, juntó todos los extremos y los arrastró en dirección a la gruta. Notaba como la brisa que recorría el bosque era más fría que antes, y presintió que los seres ya estarían haciendo de las suyas. Sonrió por eso.

Sobre la gruta había hayas bordeando el límite del prado y pegadas a la orilla del barranco. Ató las cuerdas a los troncos de los árboles y esperó.

Se sentó cruzando las piernas y entornó los ojos. Enseguida se vio fuera del cuerpo. Pocos minutos después pudo ver la señal que esperaba, por el comportamiento de los seres ya debían ser las diez, los gritos eran más aterradores. Abrió los ojos y levantándose de un brinco se acercó al primero de los cadáveres, lo empujó con las piernas y éste cayó. Hizo lo mismo con los otros cuatro. Se desató la sexta soga de la

cintura y asomándose calculó como poder enlazar a algún soldado desprevenido. Genaro se lo puso fácil. Con una increíble facilidad Azaña agarró su cuello y con algo de esfuerzo tiró de él. Atar el cabo al árbol fue más complicado porque el hombre no dejaba de moverse. Cuando por fin lo consiguió lanzó un grito. Las siguientes horas se las pasaría balanceando los cuerpos. Él pensaba que eso aterraría a los soldados durante toda la noche, incluso cuando los del pueblo se hubiesen ido, pero no fue así. Extrañamente los soldados parecían haber dejado de preocuparse por lo que sucedía, dormían o jugaban a las cartas. Pero el continuó moviendo los cadáveres, tenía ganas de hacer mal.

El peor momento de su vida sobrevino unas horas después cuando esa fuerza que le ayudaba, esa luz bermeja que le daba valor desapareció.

-Maldición —gritó y salió corriendo.

Notó como decenas de manos le golpeaban mientras huía, al llegar al crucero del norte algo le empujó y se apoyó en la cruz antes de caer. Pero un mordisco le arrancó la oreja. Tardó bastante en llegar al patio de la posada debido a los golpes, arañazos y empujones que recibía, pero una vez allí subió ágilmente por el manzano y se metió en la habitación bajando el pestillo una vez cerrada la ventana.

-Tengo que matarlos. Tengo que matarlos igual que maté al sobrino del capitán, igual que maté su caballo. Los tenía que haber desollado vivos como a ese estúpido vaquero que me vio junto al caballo, en el río...

Respiró hondo y recordó la conversación que tuvo con Esteban, el alcalde, momentos antes de irse. Ambos habían estado discutiendo acaloradamente por la huida del teniente francés, y en el mismo momento que salía por la puerta con Polanco el alcalde deseó su muerte. Eso se le quedó grabado, golpeó con fuerza el suelo un par de veces. Maldijo el momento en que decidió asesinar a aquel muchacho y su caballo, pensando que podría engañar a los soldados que con él servían y traerlos a El Altar, como así ocurrió, para agrandar su ejército. Pero nada salió como tenía pensado. La maldición del alcalde parecía iba a surtir efecto, bufó y colocado en postura fetal fue quedándose dormido.

Ningún soldado se relajó hasta que a eso de las seis las figuras fueron desapareciendo de una en una, en silencio. Nicolás Patajo se llevó un buen susto cuando el reloj del finado Vizcaíno se puso en marcha. De la Gándara palpó detrás suyo hasta encontrar el reloj, no dejó ni un segundo de mirar al exterior, una vez encontrado lo puso frente a él, tuvo que girarlo porque estaba al revés.

Eran las seis y cinco. Diez minutos después, al comprobar que no había figuras y creerse a salvo, se tumbaron y fueron cayendo dormidos uno a uno.

-Nos está costando echar a los gabachos —dijo Mencía mientras se sentaba al lado de Antón, que medió dormido dio un respingo— pero creo que lo lograremos.

-Sí —cabezada— yotambién —cabezada— locreo.

El cansancio y el sueño se notaban en la forma en que los dos hablaban, entrecortada, muy pausada y casi cómica.

-Soy de Casas del puerto, ¿sabes? en Cáceres —cabezada— y... y... y estaba allí cuando llegó el postillón Pedro Serrano¹³. Antón miraba hacia su compañero pero sin verle.

-Cayó redondo, murió... y entonces me dije... después... después de saber lo que portaba me dije... Dichoso Godoy...

-¿Qué llevaba? —preguntó Antón tratando de abrir los ojos.

-Un bando, un bando en el que se pedían milicias populares para socorrer a los madrileños, así que me apunté voluntario para echar a los franceses de España —abrió mucho los ojos y se inclinó— ¡Hay que echarlos! —cerró los ojos.

-¡Hay que echarlos! —Antón también los cerró y quedó inmediatamente dormido.

-Pero no sé si saldremos vivos de aquí —acabó de decir Mencía con un leve ronquido.

De la Gándara permanecía apostado frente la entrada que daba al pueblo. Román se ofreció voluntario para vigilar la otra entrada. Ambos cerraban los ojos más a menudo de lo que hubiesen deseado y ambos quedaron dormidos gracias al efecto sedante del viento al mecer los arboles que había por todo el entorno.

¹³ Voluntario que recorrió doscientos kilómetros en solo veinticuatro horas para entregar el famoso bando de los alcaldes de Móstoles.

60

El padre Juan, el abuelo y Denis se despertaron a la vez con el golpe seco de la portezuela de la iglesia cerrándose.

-Señor —el padre Juan tenía la voz ronca— ¿Podría usted hacer fuego para ir encendiendo las antorchas de la iglesia?

Raúl sonrió, se levantó quejándose de la cadera y cogió un quinqué.

-¿Quién se cree que encendió las de ese pasillo? —guiñó un ojo.

Juan y Raúl caminaron hacia la sacristía y se encontraron en la puerta.

-¿Qué le ha pasado en la cara padre? —preguntó el abuelo tocándole el rostro.

-Algo terrorífico me ocurrió anoche —pasó a la sacristía.

-¿El qué?

-¡Vi un fantasma!

-¡Santo Dios! —exclamó santiguándose el anciano soldado.

-Creo que era el padre Pastor del que me habló el muchacho.

-¿Y dónde lo vio? —preguntó sentándose en una silla y depositando el quinqué sobre la mesa.

-Ahí, en la puerta. Y yo, estúpido de mí, decidí seguirle.

Un escalofrío les recorrió a ambos el cuerpo.

-En mi vida he pasado tanto miedo.

El padre Juan abrió la puerta del pasillo, las antorchas estaban apagadas. Una brisa de aire frío les estremeció.

-Así oscuro estaba todo anoche.

Raúl se levantó de un brinco, miró el pasillo. La oscuridad y los ruidos provenientes de más allá le aterraron.

-¿Cómo se apagaron las antorchas? —posó la mirada en la más cercana.

-¿Qué miran? —gritó Denis asustando a los dos españoles.

El francés se echó a reír al ver sus caras. Raúl le dio una bofetada y se sentó de nuevo en la silla para reponerse. El cura desvió la mirada del francés y se dirigió a Raúl.

-Hay un esqueleto ahí, me fijé anoche. Deberíamos enterrarlo también. Creo que ella fue la que me hizo esto — señaló su cara poniendo una sonrisa apaciguadora.

-¿Una fantasma? —preguntaron al tiempo el abuelo y Denis.

-¡Sí!

-¿No dijo que *un* fantasma? —recalcó el abuelo el *un*.

-Sí, a *un* fantasma seguí hasta la catacumba. Pero *una* fantasma me hizo estos arañazos al salir de ella.

-¿Entonces hay dos fantasmas aquí? —el abuelo estaba algo consternado.

Denis les miraba sorprendido, aunque creyendo todo lo que escuchaba.

-O más, abajo sentí como si me observaran y agredieran al menos a seis.

-¿Seis? —el abuelo sacó su chisquero y comenzó a jugar con el nerviosamente— entonces será mejor que encendamos todas las antorchas de la iglesia.

Denis salió de la sacristía y entró a los pocos segundos con dos antorchas en la mano y el sargento Quintero detrás de él.

-¿Se puede saber que pasa aquí? —preguntó algo malhumorado.

-¡Fantasmas! —dijo Raúl.

-¿Fantasmas? —preguntó incrédulo el sargento.

Raúl cogió un cacho de pergamino en blanco que había sobre la mesa, lo quemó con el quinqué y acto seguido prendió fuego a las dos antorchas que portaba el francés.

-Sí anoche vi uno... bueno dos. Un cura y una mujer —el cura arrebató una de las antorchas a Denis y entró en el pasillo.

El sargento se quedó pensativo y al venirle a la mente lo que vio al despertarse sintió un hormigueo en el estómago.

-¿Y qué hace ahora? —preguntó al padre Juan que acababa de prender la primera antorcha del pasillo.

-Dar luz a toda la iglesia, y con su ayuda dar cristiana sepultura a un esqueleto.

El sargento miró a Raúl que meció la cabeza en señal de desaprobación. Denis salió de la sacristía para encender las antorchas de la iglesia. Enrique cogió la que acababa de encender el cura y le acompañó por el pasillo iluminándolo.

-Iba a decir que es increíble el que aún prendan. Pero desde que les encontré todo lo que ha sucedido es increíble —el cura parecía gratamente sorprendido.

-Sargento, padre. Si no les parece mal. Iré a vigilar al francés no sea que prenda la iglesia y a nosotros con ella —dijo Raúl más con preocupación que con miedo.

-De acuerdo Raúl. Y prende tú alguna también —gritó el sargento.

-Eso iba a hacer —protestó el abuelo y se marchó— ¡dichoso Godoy!

-¿Y dónde dice que hay un esqueleto? —preguntó abriendo la puerta.

Enrique miró primero las paredes en busca de las antorchas y al prender la primera fue cuando se dio cuenta del esqueleto.

-¿Y dónde dice que quiere enterrarlo?

Juan señaló la catacumba con la cabeza mientras encendía la segunda antorcha. El aire soplaba con fuerzas, parecía querer apagar la luz que ahora iluminaba la estancia. Enrique se puso en cuclillas junto al esqueleto, la calavera estaba completamente destrozada y muchos de los huesos rotos.

-¿Quién sería? —preguntó con un hueso en la mano. Al darse cuenta lo dejó avergonzado en el suelo.

-No sé. Pero una mujer seguro —Juan se arrodilló también.

-¿Y eso cómo lo sabe?

-El fantasma de una mujer me hizo estos arañazos.

Enrique hizo gesto de no creérselo. Volvió a mirar el esqueleto.

-¡Válgame el cielo! —exclamó el sargento.

-¿Qué ocurre?

-Mire aquí —señaló la pared.

El padre Juan se acercó un poco más a la pared. En ella había dibujados de manera somera unos rostros. Uno de ellos lo reconoció enseguida, era el del cura que vio. Otro creyó que era el de la mujer.

-Es increíble —Juan tocaba las caras de la pared, habría unas cuarenta— es como si fueran los rostros de la gente que hay aquí muerta.

Enrique asentía estupefacto palpando los dibujos. Los dos permanecían absortos cuando un golpe de viento cerró la puerta. Se asustaron. Enrique miró hacia las escaleras cayendo sobre el esqueleto rompiéndole varios huesos. Sus ojos, completamente abiertos, mostraban un terror que no pasó desapercibido al cura que levantándose lentamente se giró en dirección a las escaleras. En ellas vio la aparición del padre Pastor mirándoles. Juan dio un paso hacia él, Enrique notó como alguien jugaba con su pelo, el fantasma del cura dejó de mirarlos y bajó las escaleras. Juan se volvió al sargento que callado por el miedo sufría arañazos en la cara y era despojado de jirones de pelo.

61

Raúl caminaba en paralelo al francés, prendiendo fuego a las antorchas del lado derecho de la nave, sin dejar de mirarle. Al llegar a la entrada se detuvieron, en el lado en el que se encontraba el abuelo había una puerta que llevaba al torreón. Denis se acercó al soldado español, éste le miró torciendo el rostro.

-¿Cómo tiene tanta sangre por el cuerpo? —preguntó poniendo la mano en el pomo de la puerta.

-Anoche para llegar aquí, fui atacado por todas esas bestias —dijo aflicto Denis.

-¿Bestias?

El abuelo estaba incómodo, temeroso y eso lo notó enseguida Denis que comenzó a jugar con él.

-¡Demonios!

-¿Demonios? —el abuelo se santiguó, sacó un crucifijo de madera que llevaba colgado al cuello y lo besó.

-Sí —Denis puso énfasis en lo que comenzaba a contar. Mientras se colocó en silencio detrás suyo el capitán— No podía estar más tiempo en esa posada. El posadero y su hijo habían desaparecido. Y al ver que los portones se abrieron decidí arriesgarme, salí corriendo hacia aquí. Pero en el escaso recorrido me hicieron de todo. Da pavor el verlos. Si asustan sólo cuando los sientes cuando los ves dan ganas de cerrar los ojos y dejarles hacer.

-¿Hacer qué? —el abuelo se percató en ese momento de la presencia de su capitán tras el francés y se sintió más cómodo.

-¡Matarte! —subió el tono Denis.

Tres palmadas detrás de él le asustaron y tiró al suelo la antorcha, Alfredo la recogió y se la devolvió dándole un par de palmaditas en el hombro.

-Espero que esa sangre sea suya —le miró de arriba abajo y al ver las heridas sonrió— por lo que veo sí —se colocó frente al abuelo— ¿Qué hacáis?

-Iluminar la iglesia. Dice el cura que aquí hay fantasmas —el abuelo tocaba inquieto la puerta del torreón.

-No me extrañaría nada —contestó Alfredo apartando a Raúl y abriendo la puerta— ¿Qué habrá ahí arriba?

-No sé. Pero nada bueno me temo —Raúl se mordió el labio pensando que de un momento a otro averiguarían lo que había.

-Pues comprobémoslo —cogió la antorcha del abuelo y caminó por los pequeños escalones.

Los tres subieron cautelosamente, el abuelo iba en el medio mirando cada poco hacia abajo pensando como escabullirse.

-Me pareció que esta torre no estaba cerrada, quiero decir que no tenía ventanas ni nada —dijo Raúl.

-Probablemente —repuso el capitán parándose.

-Entonces sería mejor no salir, no sea que nos ataque lo mismo que atacó a éste —señaló al francés sin mirarle.

-Cierto —dijo Denis.

El capitán pensativo se hallaba a un par de escaleras de la puerta que daba a la torre.

-Esperad aquí, saldré yo primero.

El capitán abrió la puerta, el viento entró con fuerza en las escaleras moviendo con furia las llamas de las antorchas y cerrando la puerta que daba a la nave. Una enorme campana ocupaba buena parte del espacio, en el centro de la misma dos enormes cristales, de algo más de metro y medio de diámetro, que tenían grabadas dos representaciones en uno la imagen de la cruz y en el otro la de Cristo crucificado. Alfredo caminó lentamente encendiendo las cuatro antorchas que había en el campanario, una en cada esquina. Se escucharon rumores provenientes de la plaza. Por la derecha de la torre se salía al adarve a través del cual se llegaba a la otra torre, a mitad de camino un maticán de no mucha altura.

-Podéis salir no pasa nada —se sentó en un alfeizar a esperar.

Raúl salió el primero, respiró hondo y tosió como un loco por que el aire venía muy frío y húmedo. Denis miró sorprendido la campana.

-Muy bonita —dijo— no había visto nunca nada así. Y mira que ayude a quemar alguna iglesia. Supongo que tendrían que cambiar los cristales cada poco.

-Raúl, ¿nos atrevemos a ir hasta la otra nave? —preguntó sonriente Alfredo.

-Claro, cómo no.

-No le entiendo —dijo Denis sentándose en el alfeizar también.

-¿El qué? —preguntó Alfredo.

-Hace unos segundos este negro estaba completamente asustado. Ahora parece el más valiente de los hombres.

Alfredo fue a hablar pero Raúl se lo impidió.

-Soy un hombre temeroso, sí señor. Le temo a Dios, tengo miedo a algunos hombres, a todos no. Y tengo miedo a las cosas que van más allá de nuestra comprensión. Pero en el momento que veo, en el momento que comprendo que no hay que temer, no temo.

-No lo entiendo.

-Ni yo quiero que lo entienda —Raúl se giró y se asomó a la almena. Caminó un par de pasos por el adarve y miró hacia la plaza— Ahí abajo parece que están revueltos.

El murmullo de la plaza se hacía cada vez más intenso, gruñidos, gritos, parecía que estuvieran preparando para asaltar la iglesia.

-Esta es una iglesia muy extraña —comentó Denis— parece un castillo.

-Es de cuando la otra gran invasión que tuvimos —respondió Alfredo.

-¿Qué invasión? —Denis escupió hacia la plaza.

-La de los moros, en aquella época sí que eran importantes los castillos —soltó irónicamente mirando fijo a los ojos del francés.

Raúl desde la otra torre les hacía señales con la antorcha, acababa de encender las cuatro del campanario y llamaba a voces a los dos oficiales. Al entrar Alfredo se tropezó con una de las cuatro campanas que había en su interior, ésta por la fuerza golpeó a la siguiente. Los tañidos silenciaron por unos minutos a la gente que había en la plaza. Pasando un jamba-je al lado derecho unas pocas escaleras conducían al adarve de la muralla derecha. Esa muralla conducía al cimborrio.

-Recorramos la muralla —dijo Alfredo.

Caminaron cada uno portando una antorcha, los murmullos y gritos fueron alcanzando mayor volumen. Pero extrañamente los tres se sentían seguros.

62

Pedro y Pepe habían acudido a los gritos del teniente. Al llegar se lo encontraron dando patadas y moviendo los brazos como tratando de defenderse. Junto a él el padre Juan rezaba un Padrenuestro.

-¿Qué le pasa sargento? —Pedro se arrodilló junto a Enrique.

Pepe se detuvo en la puerta, apoyó la mano en el marco e inmediatamente se la metió en el bolso al acordarse de lo que le había pasado. El sargento tenía la cara cubierta de sangre, balbuceaba y sufría ahogos. Lentamente fue recobrando la tranquilidad. El padre Juan le cogió las manos.

-¿Está bien?, ¿está bien? —preguntó impaciente.

El sargento tardó en reaccionar y contestar con un *Sí* rotundo.

-¿Tienes ahí agua? —preguntó Juan al soldado.

Éste se quitó la cantimplora del cuello y se la entregó al padre, que acto seguido echó el líquido elemento sobre la cabeza del sargento. Juan se sacó un pañuelo y comenzó a limpiar la cabeza al sargento, que lo apartó bruscamente.

-Vayámonos de aquí —dijo levantándose— subamos a ver que hay arriba. Luego ya enterrará usted este maldito cadáver.

Cogió la antorcha que había caído sobre el esqueleto y se acercó a la escalera.

-¡Vamos! —gritó.

Todos obedecieron sin decir ni mu. Enrique subió la escalera respirando calmadamente, trataba de no pensar en lo que le acababa de suceder. El viento provocaba ruidos extraños por todas partes y los cuatro sentían un miedo lógico. Al llegar a la sala la sorpresa de Juan fue mayúscula, estaba completamente vacía. Un gran ventanal con cinco columnas acabadas en arcos por tranquil daba al sur y junto al ventanal, a la derecha de la puerta por la que acababan de entrar, otra puerta. En medio de la habitación una cuerda atada a una trampilla en el techo. En la pared que daba al norte otra puerta. Pepe se acercó a ella, la abrió y la cerró de golpe asustado.

-Mi sargento, alguien viene —dijo haciendo fuerza en la puerta.

El sargento se acercó a la puerta sacando su arma.

-Aparta —gritó y abrió la puerta con fuerza.

Tres luces se acercaban hacia el lugar donde él se encontraba, el sargento cargó y disparó con los ojos cerrados, lleno de ira. Las luces se agacharon.

-¿Quién dispara? —se escuchó gritar a Alfredo.

El sargento volvió a disparar, pero Pepe y Pedro le arrebataron el arma y lo tranquilizaron.

-¡Capitán! ¿es usted? —gritó Pedro.

-¿Quién si no? —las luces se levantaron y continuaron el camino— ¿Quién ha disparado?

-He sido yo —gritó el sargento enfundando el arma— No se puede ir por ahí asustando a la gente Alfredo.

Los murmullos de la calle eran cada vez más intensos, las luces se movieron velozmente.

-¿Pero cómo? Estoy entendiendo con esa acción que tienes miedo —ya estaban a un par de pasos, el capitán entró sonriente aunque cambió la expresión al ver a Enrique— Santo cielo, ¿Qué te ha pasado?

-Mejor no hablemos de eso. Pasad y cerremos la puerta. ¿Quién me mandaría salir de Hiendelaencina? —la cara del sargento reflejaba ira e impotencia.

Los siete se dirigieron al centro de la sala. Por encima del ruido de las puertas golpeando a causa del viento se podía escuchar como un silbido.

-¿No hay antorchas en esta sala? —preguntó Alfredo mirando en derredor.

Siete había, una en cada columna y dos junto a las puertas. Las encendieron, la sala iluminada daba una extraña sensación de tranquilidad. Juan Roma miraba absorto los capiteles. En cada uno una representación, en la columna más alejada cuatro caras que se miraban y tenían el gesto de estar soplando. A la derecha de esta una representación de un cáliz con una paloma encima, a su derecha una figura que el cura pensó era la de San Bartolomé, ya que representaba toscamente a un hombre con la piel en la mano. Lo representado en el capitel central parecía el dibujo de un árbol, dos ramas salían de la mitad del tronco y la copa parecía tener una tonalidad distinta, algo más oscura. Juan pensó que sería efecto de las sombras. Y en el capitel junto a la puerta una simple inscripción *IC* y bajo ella un cristal que parecía espejo.

-¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Denis.

-De momento —el padre Juan peleaba de una contraventana- tratar de abrir esto.

Se abrieron las contraventanas y la cara de todos reflejaba la misma emoción, todos parecían sorprendidos al ver lo que apareció tras las ventanas al abrirlas...

Niebla.

-Je, vaya —Juan tenía una sonrisa pícaro en la boca- esto no nos lo esperábamos ¿eh?

-Iba a proponer salir al pueblo, pero me parece que no seríamos muy bien acogidos a juzgar por el tumulto que se ha formado —dijo Alfredo.

Denis miró hacia atrás y movió la cabeza.

-Pronto acabará, dentro de nada se hará de día —dijo.

-¿Sale el sol aquí? —preguntó Pepe sorprendido.

-No exactamente —contestó con desdén Denis.

Algo cayó al suelo y les asustó a todos, al girarse vieron la cantimplora de Enrique en medio de la habitación.

-¿Qué demonios...? —exclamó Alfredo.

Se arrodilló junto a la cantimplora y al cogerla una biblia cayó sobre su cabeza. Las antorchas de las puertas se apagaron. Alfredo tiró la cantimplora y volvió junto al grupo. Las contraventanas comenzaron a cerrarse. Un tercer objeto apareció de la nada cayendo sobre los otros dos, el cáliz de consagrar. Las antorchas de las columnas crepitaron y el fuego se alzó durante unos segundos. Un cuarto objeto, un azadón se depositó sobre los otros. Las contraventanas ya estaban completamente cerradas. Todas las antorchas se apagaron.

-¡Padre haga algo! —gritó desesperado Denis.

Las hondas respiraciones aterradas de todos se mezclaban con los demás sonidos, aunque durante varios minutos el miedo consiguió que nadie oyese nada. Un pequeño destello en medio de la habitación les sobresaltó, acto seguido un golpe brusco, algo había caído. Un nuevo destello, un nuevo golpe. En la oscuridad creyeron ver figuras, las mismas que creyó ver el padre Juan horas antes. Esas figuras que se confundían con la oscuridad parecían dirigirse hacia ellos. Enrique desenfundó, cargó torpemente y realizó un disparo. El destello afectó a la visión de todos medio segundo, al recobrar la vista las figuras que sentían parecían estar junto a ellos.

-No dispare más sargento —dijo tranquilizadamente Juan.

Alfredo estiró los brazos tratando de tocar alguna de las figuras, pero nada sintió. La puerta que había junto a ellos se abrió a causa del viento y se cerró dando un golpe tremendo, Pedro gritó llamando a Dios. La antorcha que había junto a esa puerta se encendió. El abuelo alargó la suya y al tenerla encendida resopló aliviado.

-¡Encended las vuestras!

Arrimó la tea al centro del grupo y el resto encendió las suyas con algo de reparo. Juan al encender la suya se dirigió a prender de nuevo las que se encontraban en las columnas.

Todos miraron instintivamente al centro de la habitación, los dos objetos que cayeron haciendo ruido eran las mochilas de Raúl y Pepe. Pero había más cosas. Una escoba, un cojín y sobre este siete obleas.

-¿Qué ha sido eso padre? —preguntó Denis.

-Cómo dijo ese paisano suyo "*daría todo lo que sé por la mitad de lo que ignoro*" —dijo Juan cogiendo las obleas.

-No sé quién diría tamaña tontería —repuso Denis con asco.

Juan cogió el cáliz y metió las ostias en el. Pidió la cantimplora a Pepe y comenzó a rezar el padrenuestro.

-¿Qué hace padre? —preguntó Alfredo.

-Darnos la comunión —al decir esto una estola cayó sobre sus hombros. Juan cerró los ojos asustado al sentirlo, los abrió lentamente y al ver que lo que era se la colocó y continuó rezando.

Una bola cayó junto a la puerta del norte y fue rodando hacia el centro de la habitación Denis se acercó a recogerla, los soldados españoles rezaban acompañando al cura. Al acabar el padrenuestro Juan comió su ostia, rezó en voz baja y sonriendo miró al grupo para ver quién sería el primero en comulgar. Todos se arrodillaron y el cura fue dándoles la comunión.

-¿Usted no comulga? —preguntó Juan girándose hacia Denis.

-No maté católicos para ahora comulgar —echó a rodar la bola hacia la puerta.

El padre Juan se quedó de piedra cuando vio aparecer frente a él los dos pliegos que quitó al esqueleto del padre Pastor. Tímidamente levantó las manos y los cogió.

-¿Qué pone ahí padre? —preguntó Alfredo levantándose.

-No lo sé. Ahora lo veré.

El cura se acercó a la pared y se sentó bajo la columna que tenía el capitel del cáliz.

-¿Qué dice? —Enrique estaba muy nervioso.

Todos se sentaron formando un círculo con el cura.

-No lo sé muy bien. Parece latín pero no lo es. Debe ser lengua romance, castellano parece. Aunque es parecido lo leeré acorde al español actual.

-Lea lo que pueda —Raúl miraba los pliegos con interés.

-Está bien —se frotó los ojos— *En el día de la natividad de nuestro señor Jesucristo del año novecientos y uno.*

-Sí que hace tiempo —susurró Pepe.

-Medio año ha que me quedé sólo cuidando del monasterio, del pueblo y de sus gentes, ya que todos mis hermanos partieron a dar apoyo de espíritu a nuestros soldados, y tres meses han pasado desde que los ángeles contaran lo que debíamos hacer para salvarnos.

El padre Juan leía con dificultad al estar el texto en mal estado y en lengua poco conocida por él.

-Y bien sabe Dios que he cumplido a la perfección todo lo que ordenaron. Ni he salido del templo aún cuando los demás sucumbieron a la tentación, que también hizo mella en mí, ni he dejado de rezar tampoco, aunque eso es algo que habría hecho sin ordenármelo nadie. He podido sobrevivir gracias a los animales y alimentos que quedaron en la cilla —miró a los soldados, Raúl gesticulaba—El almacén —aclaró Juan— un par de vacas, gallinas, conejos. Pero debido a ésta dichosa niebla han ido muriendo. No hay día en que no piense cuando seré salvado y cada vez tengo más miedo. Al mediodía suelo subir a la torre nona para tañer la campana de cristal. Es milagroso que el badajo nunca toque el cristal y es el sonido que produce de tal gracia que callan todos los que desde fuera intentan atacar la iglesia. Hoy estaban reunidos en una behetría¹⁴ de las que llaman de mar a mar, iban a elegir de entre todos a un señor ya que quien suplantaba a Don Pero de Muñoyerro, que era quien aquí mandaba, se negó a cumplir con su cometido. Eligieron pues al llamado Esteban, que se intituló rey y así pasaron a llamarle desde ese momento Esteban Rey, gritando su nombre estuvieron

¹⁴ Behetría = Acción mediante la cual los vecinos tenían derecho a elegir a su señor. Solo se dio en Castilla, no se conoce nada parecido en ninguna parte de Europa.

durante más de una hora. Después bajé y estuve orando hasta que me entró el hambre. Al ir hacia las cocinas, a ver si el currusco de pan que me pareció ver el día anterior podía servirme de alimento, sentí un ruido extraño que venía del cielo alegreme al pensar que sería mi salvación pero cuán equivocado estaba un moro cayó en el claustro a un par de pasos de mí. El moro golpeó la tierra con la cabeza fracturándose el cuello. Sentí otra vez el mismo extraño sonido, un segundo moro llegó al claustro pero de manera más violenta si cabe ya que su quijada inferior se encontró con una arcada de la panda donde se encuentra la cilla. Tardó en morir con muchas convulsiones, al ser moro no me atreví a darle la extremaunción y lo único que pude hacer fue estar junto a él hasta que murió.

El Padre Juan leía a trompicones, aunque con cada frase iba soltándose un poco más.

-Un tercer moro se estampó contra el monte que hay detrás del monasterio. Pude escucharle gritar ya que al parecer había quedado ensartado a un árbol. Dime prisa y subí de nuevo a la torre por ver si lo que las piedras no consiguieron, que fue dañar a la iglesia, esa insensata acción de lanzar personas lo lograría. Acababan de lanzar a otro cuando llegué yo, toqué la campana y todos se calmaron. Imponiéndome gracias a la fuerza que me dio nuestro señor grité a quien ahora les mandaba que dejasen de arrojar personas ya que todas ellas morían al caer. La respuesta de Esteban fue desagradable, desde que se convirtió a la secta su forma de ser había cambiado mucho, pero dejaron de lanzar. Más creo yo debido a las protestas de los sarracenos que al que el nuevo alcalde hubiese entrado en razón. Los siguientes días los empleé en rezar, en enterrar a los moros lanzados y en bajar a la gruta por vigilar los objetos que en ella se encuentran.

El Padre Juan tragó saliva, leyó primero mentalmente y continuó siguiendo la línea con el dedo.

-Llevo dos días con visiones no sólo la de la fantasma de Fray Alfonso de Trasmiera, cada vez tengo menos fuerza ya no sólo física sino espiritual. No sé por qué no vienen a salvarme. Cada día pídele al señor que cumpla con lo prometido como yo he cumplido. Cada día pienso si cuando prometieron que nos salvarían no se estarían refiriendo más a nuestras almas eternas que a nuestros efímeros cuerpos. No será

esta llamada de la muerte que de unas horas acá escucho la liberación prometida, no serán estos padecimientos que tengo algo parecido a señales que me indican que dentro de poco estaré junto a Dios en ese cielo infinito, junto a todas las personas buenas que han servido a nuestro señor. Con pocas fuerzas escribo estas letras, las pocas que seguro me dan los que prometieron salvarme de esta vida de miserias, aunque también de alegrías. No quiero decir que no le temo a la muerte, sí lo hago, pero es la alegría del saber que dentro de poco veré recompensado mi servicio a la palabra del señor la que me da valor. Presiento cada vez más cerca mi final y creo que estas palabras no llegaran a ser leídas jamás por nadie, pero es mi única forma de desahogarme. Siento en la oscuridad figuras que desde hace unos días parecen seguirme a todas partes.

Pedro miró por encima el lugar por dónde señalaba el dedo del cura, ya quedaba poco para acabar.

-Huelo las más agradables fragancias y en los momentos que mi cuerpo y espíritu flojean escucho las voces de los querubines cantándome loas, imaginaciones de mi extenuada mente. Ahora en mi sepulcro esperaré la salvación rezándole al señor. Que Él se apiade de mi alma.

-Bonito cuento —dijo Denis levantándose— Ahora si me disculpan saldré de este lugar y me acercaré a la cantina a comer algo.

-Fuera están esperando —dijo Raúl.

-Fuera ya no hay nadie —exclamó Denis que se encontraba junto a la puerta que daba a los torreones.

-Vayamos a ver si es cierto, recoged esas cosas —ordenó Alfredo.

-¿No vamos a ver que hay tras esta puerta? —el padre Juan tenía cogido el pomo.

-No, hemos de ir por nuestros hombres. Y marchar de aquí cuanto antes.

-¿No quiere saber cuáles son las dos reliquias? —preguntó el cura sorprendido.

-No, quiero salir de aquí y ponernos a salvo. No debí hacer caso al francés ni al traidor. Todo esto ha sido un sinsentido. Pudiendo luchar para librar a España, hemos venido a perder la vida a un lugar maldito.

Todos respiraron aliviados al escuchar que iban a marchar de El Altar.

-Pues si no le parece mal, antes de marchar quiero enterrar el cuerpo de la mujer.

-Hágalo. Pedro, Raúl ayúdadle —Alfredo hizo un gesto con la cabeza y los soldados a regañadientes acompañaron al cura.

-¡Alfredo, el francés! —gritó Enrique corriendo hacia el exterior.

63

Antón fue el primero en despertar, durante unos minutos se limitó a mirar a su alrededor viendo como sus compañeros descansaban de la terrorífica noche. Cerró los ojos de nuevo para tratar de coger el sueño y sintió frío en el pie izquierdo. Abrió el ojo derecho y vio que lo tenía destapado, se incorporó y bostezando buscó el zapato para ponérselo se rascó la cabeza mientras trataba de acordarse dónde podría estar. Se levantó de un brinco sin dejar de mirarse el pie, sonreía embelesado moviendo uno a uno los dedos del pie.

-Gracias Dios mío —gritó alterando el sueño de sus compañeros.

-¿Qué pasa? —protestó Gil Cardona, joven coruñés que tenía muy buen humor durante el día pero muy mal despertar.

-Mirad, mirad —gritaba Antón levantando el pie— me ha salido... Tengo los dos pies.

Todos los soldados fueron despertando debido a los gritos de alegría de Antón y los de protesta del de La Coruña.

-Dios Santo —gritó Mateo Moro quitándose la venda de la mano y dando un grito de alegría al verla completa— Mira, mira —gritó casi al oído de su compañero de cartas que ni se inmutó dormido aún— Mira leches —le dio una colleja y al abrir Federico los ojos Mateo movió los dedos mostrando una amplia sonrisa.

Pío Otero permaneció quieto observando al joven que enseñaba orgulloso su nuevo pie y luego a Mateo y a los demás soldados que sonreían mostrando los milagros obrados en ellos. Se levantó tratando de no llamar la atención y se alejó del grupo, se quitó el parche del ojo. Tenía los nervios a flor de piel, tenía ganas de llorar porque no sentía que se hubiese producido en él favor alguno. Cerró el ojo bueno y trató de abrir el otro. No pudo y sintió ganas de llorar, se quitó las

legañas que en el ojo que había estado cubierto eran más abundantes y al abrirle algo notó que hizo que llorara. Cerraba y abría los ojos alternativamente, su sonrisa desentonaba con los llantos que emitía. Se acercaron a él un par de soldados.

-Pío, que tienes los dos ojos —gritó Nicolás Patajo dándole una palmada en la espalda.

-Ya, ya lo sé. Gracias Dios —se abrazó a los soldados que se habían acercado a él.

Gumersindo visiblemente emocionado, con una amplia sonrisa en la cara tuvo que parar las muestras de júbilo.

-Por favor, no alborotéis —dijo en voz alta— no sea que anden por aquí los demonios.

Los soldados obedecieron, aunque los beneficiados no podían dejar de sonreír. Antón lanzó un par de patadas al aire para comprobar el funcionamiento de su nueva pierna, pero la mala suerte quiso que al no controlar aún las distancias golpeará con el dedo gordo contra la pared rompiéndoselo. El muchacho cayó al suelo del dolor. Un vecino suyo se echó a reír a carcajadas, y el resto de soldados sonrió.

-¡Hay que ser torpón! —reía José Ibeas, su vecino.

-Anda que bien estrenas el pie —dijo Mateo.

Gumersindo y Eutimio Vidal se acercaron al muchacho que dolorido se tocaba el pie. Le entablillaron el dedo y le dejaron.

-¿Por qué tengo tanta mala suerte? —repetía Antón llorando.

-Sí que tienes mala pata, sí —dijo socarronamente su vecino y volvió a reír.

-¿Qué vamos a hacer? —gritó el bilbilitano Juan Olvido.

-¿Qué vamos a hacer de qué? —contestó De la Gándara.

-Pues si nos quedamos aquí o si marchamos.

-Ah, claro. Esperaremos aquí hasta que venga el capitán.

-¿Y si no viene? —preguntó Nicolás Patajo.

De la Gándara bufó, miró hacia atrás y se frotó el cogote.

-Pues si no vienen en una hora, alguien tendrá que ir al pueblo a ver —miró a todos los soldados— ¿Voluntarios?

Alfredo repasó con la mirada a los suyos, todos estaban bien arreglados parecía que no hubiese pasado nada durante la noche y que fueran a comenzar un desfile.

-Bueno, venga. Vamos fuera —tosió— recojamos al resto y marchémonos de aquí. Usted primero —abrió la puertecilla y dejó salir a Denis.

-Merci beaucoup —se detuvo y miró a Alfredo— quiero decir muchas gracias.

-Ya —Alfredo le empujó.

Denis al salir marchó directo a la cantina. Enrique trató de ir por él pero Alfredo le detuvo.

-Déjale, sería un gran incordio.

-Buenos días capitán. —la voz del alcalde procedía de algún sitio frente a ellos— Parecióme escuchar que salían del templo e quise dalles los buenos días.

-Se agradece el detalle. Ahora si nos disculpa, nos marchamos.

-Disculpados quedan —hizo un gesto de reverencia apartándose.

Tras del alcalde estaban los soldados franceses bloqueando el camino a los españoles. Alfredo trató de apartar a dos de ellos para pasar, pero los soldados parecían rocas.

-La plaza es ancha, no hace falta pelear —dijo sonriente Alfredo.

Los soldados españoles rodearon a los franceses, al llegar a la catapulta un ruido proveniente de la cantina les hizo parar. El cobarde Azaña dio un alarido en el mismo momento que salía por el ventanal Denis.

-Pero, ¿pero qué? —balbuceó Denis aturdido.

Azaña se subió al marco de la ventana destrozándose los pies con los restos de los cristales que comenzaron a sangrar abundantemente y saltó sobre el estómago de Denis, éste escupió sangre. El francés miraba aturdido a su atacante no sabía cómo reaccionar. Azaña cogió un cacho de cristal del suelo y lo clavó con fuerza sobre el pecho del teniente francés que respiraba con estertores. El traidor metió su mano en la incisión y sacó el corazón aún palpitante, lo pasó por la cara de Denis que dio su último aliento con el corazón sobre su boca.

-¿Qué es lo que pasa? —preguntó Pepe.

-Denis que está peleando —contestó el sargento— con el traidor —alzó la voz.

Azaña caminaba enloquecido con el corazón de Denis en alto por la plaza. Lanzó el corazón y dio a Enrique en la cara. Azaña parecía ido, los ojos completamente abiertos una sonrisa demencial en el rostro y el cacho de cristal en su mano. Se acercó amenazante al alcalde. Los soldados franceses rodearon a Esteban, éste los apartó y se puso al frente.

-Hazlo si a bien lo tienes, hazlo si puedes sacar algo de hombría de tu interior. Cobarde hazaña la del cobarde Azaña —decía caminando hacia el traidor que iba retrayéndose— viniste aquí pensando que con lo aprendido en la China podrías conquistar el mundo. E non diste cuenta de algo muy importante. Este pueblo está maldito.

-¡Aaaaagh! —Azaña gritó con furia, esquivó al alcalde y se arrojó sobre Pedro arañando con fuerza la cara del soldado. Un disparo resonó silenciando al traidor de Azaña, ese tiro le rasgó la yugular haciéndole sangrar a borbotones. Azaña se echó para atrás cubriéndose el cuello con la mano. Un segundo disparo le destrozó la nariz y le hizo caer al suelo muerto.

-Non creo que pueda acostumbrarme a las armas de fuego, me parecen innobles —dijo el alcalde girándose hacia los soldados— fueron dos buenos disparos sargento. Gracias.

Durante un par de minutos imperó un incomodo silencio que rompió el sargento.

-Vayámonos de aquí —gritó.

-Capitán, sargento —Zebedeo salía de la cantina acompañado de Juan Carpintero y su hijo— vamos con ustedes.

-Non vais a ninguna parte —el alcalde agarró del brazo a Juan, un disparo retumbo en la plaza y le voló parte de la oreja izquierda.

-¡Ellos vienen con nosotros! —amenazó Alfredo.

El alcalde soltó al cantinero mirándole directamente a los ojos con odio. Zebedeo y el niño corrieron hasta situarse entre el sargento y el cura.

-Deberías estar me agradecido, ya fizose justicia con el asesino de to moger —se escuchó gritar al alcalde.

65

En el crucero se encontraron los voluntarios que salieron hacia el pueblo con los que volvían de él. La niebla impedía ver con claridad y el miedo hizo mella en ambos grupos.

-Alto, ¿Quién vive? —gritó David Laínz, treintañero de San Sebastián.

-¡España! —gritó el capitán.

Una sonrisa se formó en el rostro de todos los soldados. Al encontrarse se dieron efusivos abrazos y caminaron hacia la gruta riendo.

-Ahora reímos capitán —dijo Pío— pero hemos pasado una noche terrorífica.

-Nosotros también, ya nos pondremos al día cuando salgamos de este maldito lugar —en la entrada de la gruta se detuvo— te veo cambiado.

-Sí señor —sonrió de oreja a oreja— Ya no llevo el parche. Me salió el ojo.

-¡Caray! —exclamó Pepe mirándose de cerca.

-Es sorprendente sí. Pero ya hablaremos de todo esto cuando estemos fuera —echó un vistazo a los soldados— ¡Vizcaíno! —gritó— ¡Vizcaíno!

De la Gándara se cuadró ante el capitán.

-Ha muerto capitán. Ha sido una noche horrible.

El capitán miró al sargento que parado junto a las calaveras preguntaba a Antón que había sucedido. Se mordió el labio y caminó hacia ellos con la mirada fija.

-¡Vámonos! —dijo en tono quedo al sargento.

-Tú ve en la mula —dirigió la mirada al suelo y al ver que le había crecido el pie no dio crédito— ¿Pero cómo? Es un milagro —sonreía mirando a todos los soldados.

-Sí señor. Gracias a ese agua —señaló a la fuente— Pero no he podido disfrutar mucho de ella. Porque me rompí el dedo.

-Bueno, ve en el animal. Ya tendrás tiempo de recuperarte.

El sargento dejó a Antón y se acercó a la fuente para beber de ella y llenar su cantimplora. Antes de marchar todos los allí presentes hicieron cola para llenar las cantimploras y poder ayudar con esa agua a algún familiar.

-¿Quién tiene la cuerda? —preguntó el capitán a De la Gándara.

-Quedó allí —señaló al suelo.

-Bien, haremos como ayer para no perdernos. Todos bien cogidos a la cuerda —gritó Alfredo.

Antes de salir el padre hizo una pequeña misa. Al acabar Zebedeo se ató la cuerda a la cintura y se colocó el primero del grupo.

-Yo guiarebos hasta el cruce. Pero habré de volver, ya que aqueste es mi sitio —dijo mirando con tristeza al capitán.

Alfredo asintió con la cabeza y le dio un abrazo. El grupo comenzó la marcha. Al final de la cuerda se encontraba el sargento que llevaba cogida la correa de la mula sobre la que iban Antón y el pequeño Juan.

Los soldados caminaban rápidamente, tenían prisa por salir de esa niebla, nadie hablaba para no gastar fuerzas. Transcurridos veinte minutos escucharon pisadas de gente corriendo que se detuvieron frente a ellos.

-Deteneos —ordenó Alfredo a media voz.

El grupo se detuvo, frente a ellos en un claro pudieron distinguir figuras de los soldados franceses. Las figuras tomaron posiciones, algunos se arrodillaron. Los soldados españoles prepararon las armas se protegieron con los árboles y esperaron. Los franceses realizaron dos tandas de disparos que no alcanzaron a ningún español. El sargento tocó en el hombro de cuatro soldados y reptando subieron parte de la loma desde donde tenían otro ángulo para poder acertar al enemigo.

-Villafañe, ¿crees que podrás acertar desde aquí? —preguntó en voz muy baja.

-Señor no se les ve, la niebla...

-Habrà que acercarse un poco más pues —dijo Mateo Moro.

-Está bien pero ha de ser en silencio total.

Escucharon una nueva tanda de disparos del lado francés y la réplica española.

-¿Hay algún herido? —se escuchó preguntar al capitán.

Los soldados fueron respondiendo que estaban bien. El sargento y los cuatro soldados caminaron en silencio hasta colocarse en la linde del bosque. Cada uno se parapetó en un árbol, las figuras de los franceses se distinguían algo más nítidas. Villafañe asomó la cabeza por el tronco sintió el gélido cañón de un arma francesa en la nariz.

-¡Piedad... no! —gritó.

Nueva descarga de los franceses, esta vez sí aciertan en alguien, Emilio que cae al suelo con la cara abrasada y sangrando a borbotones.

Una cadena de sucesos se desarrolla en menos de cinco minutos. Villafañe permanece en el suelo cubriéndose el rostro y gritando. Dos franceses se pone junto a él y disparan. Con el segundo, que le acierta en el corazón, Emilio muere. El sargento salta desde su ubicación con la navaja abierta y acierta a clavársela en la garganta al soldado francés atravesándola, la mano del sargento entra hasta medio cuello. Para sacar la mano tiene que destrozar la laringe del soldado que permanece impasible. Al escuchar tiros junto a él Abel O´Riordan, el segundo soldado, sale de su escondite tropezando, siete de los soldados franceses le rodean y clavan sus bayonetas en el corazón. El tercer soldado, un bilbaíno de nombre Marcial Pérez, dispara hiriendo a uno de los soldados y clava la bayoneta a otro. El grupo francés se gira y dispara hacia donde se encuentra Marcial matándole junto a cuatro soldados de los suyos. El sargento vuelve corriendo con los suyos bajo fuego francés siendo herido en la rodilla derecha y en el costado del mismo lado. La mula se asusta y sale corriendo, Juanillo despistado y con el impulso cae al suelo rebotando dos veces, dando con la cabeza contra un árbol y rompiéndose el cuello. La mula al llegar al grupo de franceses tuerce en redondo y vuelve a pasar junto al grupo de españoles en dirección al pueblo. Alfredo recoge el cadáver del pequeño que está junto a él, el padre aún no sabe lo que ha sucedido la niebla es demasiado densa. Algunos soldados asustados retroceden tratando de llegar a la cueva para ponerse a salvo, Juan Carpintero va con ellos. Cuando el capitán se da cuenta ya es demasiado tarde, así que decide hacer lo mismo. Los soldados franceses avanzan disparando, el resto de tropa española corre en la misma dirección que sus compañeros. Tres de ellos caen muertos por los disparos franceses, dos soldados y un hombre de Pineda.

-¡Dirigíos a la cueva! —ordenó Alfredo.

-¡Dirigíos a la cueva! —gritó Enrique.

Los soldados repitieron la consigna, en el bosque durante un minuto sólo se escuchaba esa frase y el ruido de las veloces pisadas de los soldados.

66

Muy pocos llegaron a la gruta sin perderse. Los primeros en hacerlo fueron los dos habitantes del pueblo. Tras ellos entró a toda velocidad la mula, Antón tiró de las riendas fuertemente pero el animal no quería parar. Un pequeño charco hizo que resbalara cayendo al suelo y dañándose la pata delantera derecha el animal y el brazo izquierdo el de Pine-da.

-¿Dónde está mi hijo? —preguntó nervioso Juan.

-No lo sé —respondió llorando Antón.

Juan trató de salir pero tres soldados que entraban lo empujaron y cayeron al suelo. Según se levantaba el cantinero para salir de nuevo apareció el capitán con su hijo en los brazos. Juan apartó la mirada y se alejó unos pasos, el capitán con los ojos llorosos permaneció firme en la entrada. Llegó el padre Roma que al ver al capitán con el niño muerto en brazos y al padre apartado rompió a llorar. Juan Carpintero se volvió, caminó lentamente hacia el capitán, le cogió a su hijo y se fue al otro extremo de la cueva.

-Socorro —la voz del madrileño Darío Choya llegaba desde el exterior— jeñores ayúdenme que me he lisiado.

El padre Roma salió de la cueva, otros dos soldados pasaron a su lado asustándolo. El fortachón Darío levantaba la voz cada vez que escuchaba a alguien cerca, pero callaba rápido no fueran los franceses.

-¿Dónde estás hijo? —preguntó el padre.

-Aquí, dichoso Godoy. Aquí estoy —Darío que se encontraba apoyado en un árbol estiró el brazo y lo movió de arriba abajo, el padre Juan tropezó con el.

-¿Qué te ha pasado?

-Dispararon, tropecé, y mucho me temo que me rompí el pie padre.

-Vamos —el padre ayudó a levantarse al soldado— que estamos cerca.

Un soldado pasó distraído a su lado, el cura le llamó, el soldado se detuvo y cogió al herido por el otro brazo. Al entrar en la cueva el cura miró al pie de Darío, lo tenía colgando. El madrileño al verlo hizo una mueca con la cara y mirando sonriente al cura dijo:

-Harán falta mucho hilo y agujas para coser eso.

Lo acercaron a la fuente y echaron agua sobre el pie. Los soldados fueron llegando poco a poco, de vez en cuando se escuchaba algún disparo o alguien preguntaba donde se encontraban y todos los soldados, que se sabían perdidos, gritaban para orientarles. Media hora después el sargento acababa de pasar lista.

-Treinta y tres somos —dijo a media voz mientras se alejaba del grupo con el capitán— ¿qué hacemos? —bufó.

-No sé cuantos serán, en la mentira de esos dos algo de verdad debía haber —Alfredo hablaba serio, mirando al cantinero y a su hijo muerto. Zebedeo estaba con ellos.

-¿Qué? —preguntó.

-Qué sí, hay franceses. Pero no sé si son ocho u ochenta. Ni tan siquiera sé si son hombres como tú o yo o son de esos seres encantados —se pasó la mano por la cabeza, se dio cuenta que no tenía el gorro, miró hacia el suelo al no verlo pensó que habría caído en la carrera y se disgustó— ¡Zebedeo! —gritó.

El muchacho soltó la mano de Juanín y corrió hacia el capitán.

-¿Cuántos soldados son? —preguntó Alfredo.

-Si refiérese a ellos, cuarenta a lo sumo.

-Entonces salgamos de la cueva y enfrentémonos —Alfredo sacó el sable— ¡Dos conmigo! —gritó— los demás esperad a que os diga y salid.

Se prestaron voluntarios Isaac Nebreda y Julio Romero dos insulares treintañeros, tinerfeño el primero, mallorquín el segundo. Todos los compañeros les daban ánimos durante el escaso trayecto que por la emoción y los nervios les pareció eterno.

El primero en salir fue Alfredo los dos soldados salieron a la vez. Dieron cuatro pasos cuando se pararon al distinguir ocho figuras de los franceses en el camino, frente a ellos. Alfredo no tuvo tiempo de decir nada porque dispararon sobre ellos en dos tiempos. Al dar el segundo disparo los franceses arrojaron las armas. Los tres soldados españoles caídos en el suelo reptaban tratando de volver a la cercana gruta. De la arboleda a la derecha del camino surgieron más soldados franceses que ágilmente cayeron sobre los españoles y comenzaron a descargar sus navajas y sables sobre ellos. Salieron varios soldados españoles de la cueva y comenzaron a disparar, los franceses huyeron. Alfredo y los

dos soldados fueron llevados a la gruta. Isaac y Julio sangraban por todos lados, les habían hundido las navajas en el cuello, en los ojos, en el estómago. Las dos balas habían alcanzado al capitán en el costado, pero esas heridas no se notaban debido a las decenas de cuchilladas que tenía en el cuerpo.

Julio murió con los ojos abiertos. Isaac deseó suerte y cerrando los ojos espiró. Alfredo al ver morir a sus soldados comenzó a llorar, los llantos le dificultaban la respiración y el pecho se le movía rápidamente.

-Perdonadme —miraba a sus soldados, agarró la mano de Enrique— perdón por, por —respiró tres veces— ¡Madre!

Alfredo murió con el rostro compungido. Los soldados desesperados se atragantaban tratando de no llorar. Alguno golpeaba la pared, otros pisoteaban el suelo con rabia. Un par salieron al exterior y dispararon a la nada. Zebedeo rompió a llorar, el cantinero dejó a su hijo y se acercó para abrazar al muchacho. El padre Roma echaba agua sobre los cadáveres, se le notaba desesperado.

-¿Qué vamos a hacer sargento? —preguntó Raúl.

-No sé, Raúl. No sé —Enrique estaba atribulado, las lágrimas le recorrían la cara- Enterraremos a los muertos.

-¡Vayamos a la iglesia! —gritó Pepe.

Cambió la expresión de los tres que habían pasado la noche en la iglesia.

-¿No sería mejor sacar los muertos y enterrarlos fuera de éste maldito lugar? —vociferó Cinto de Andrade.

-Eso haremos, eso haremos —el sargento se levantó— ante todo calma.

-Capitán, capitán —alguien gritaba desde el exterior, Gil Cardona salió corriendo— capi... —miró el cadáver de Alfredo y durante unos segundos no reaccionó, después miró a Enrique y se acercó a él— Sargento, no sé como la explanada que pasamos al venir aquí ha desaparecido. Ahora es todo bosque —hablaba rápido, atropelladamente— y lo peor es que cerca de aquí están apostados los franceses.

-¿Y tú de dónde sales, cómo has llegado aquí sin que vieran? —preguntó Enrique.

-Creo que la niebla nos hace tanto mal a nosotros como a ellos sargento. Cuando todos salieron corriendo Javier Moa, Rodrigo Esparza y yo subimos a los árboles.

-¿Y dónde están? —interrumpió el sargento.

-Allí quedaron.

-¿Muertos? —preguntó el padre Juan.

-No, encaramados a un par de árboles. Si me deja acabar de contarle —el chico se relamió tenía la garganta seca.

-Hazlo —el sargento le dio su cantimplora y el muchacho bebió con avidez.

-El caso es que mal vi pasar a los franceses debajo de mí en persecución del grupo —miró hacia Alfredo— ¡Santo Dios capitán! —volvió a beber— Alguno de esos malnacidos se quedó retrasado, supongo yo que para ver si alguien quedó quieto y matarlo. Así que desde dónde me encontraba disparé. Lo maté seguro, por un ruido raro que escuché así lo creo. Sus compañeros dispararon, pero sin saber hacia dónde. Por eso aprovechamos y creo que abatiríamos a unos cuatro o cinco de ellos.

-¿Y por qué se han quedado allí estos —el sargento se estaba impacientando— y tú has venido?

-A eso iba, el caso es que bajé para ver si estaban muertos, llegué a tiempo para ver como uno se convertía en una masa asquerosa igual que en Pineda. Pero en ese momento, cuando comentaba con los dos compañeros lo bien que habíamos hecho nuestro trabajo comenzó a desaparecer la explanada. Comenzaron a salir árboles y más arboles.

-¿Y lo de los franceses? —preguntó Raúl.

-Ah, cierto. Según venía para acá siguiendo el camino les vi, ocupaban todo el ancho del camino me fijé que no llevaban armas, se notaría si las llevasen colgando o si estuvieran apuntando. Así que subí por la ladera y entre la niebla y los arboles avancé hasta llegar aquí, pensé en llegar al otro lado de la gruta, por encima, pero al ver ésta entrada tan cercana no me atreví a hacerlo.

-¿Son muchos los franceses? —preguntó Enrique.

-Tantos como ancho es el camino, y de largo como cuatro filas de arboles me ha parecido. Pero la niebla engaña mucho.

-Mala cuenta es esa, no me sirve de ayuda Cardona —se quedó pensativo— Padre, ¿si llevamos a estos compañeros a la iglesia y los enterramos hará una misa y pedirá por sus almas?

-¿Qué pregunta es esa? —respondió cabizbajo Juan Roma— ¡Claro que sí! Llevo rezando por ellos, y por nosotros, desde el momento que murieron.

-Hay que salir por el lado del pueblo. No pediré voluntarios, lo haré yo —dijo Enrique.

-¿El qué sargento? —preguntó Pedro.

-Salir a ver si hay alguien en el camino al pueblo, si algo me sucediera quedas tú al mando De la Gándara.

-Sargento diré con usted —dijo Zebedeo.

-¡Y yo! —gritaron a la vez Gil Cardona, Mateo Moro y Víctor Furones.

-Bueno, venga —el sargento sintió gran emoción al escuchar los ofrecimientos— ¡Que Dios reparta suerte!

Los cinco se santiguaron antes de salir, la niebla había espesado y estaba muy oscuro. Llegaron al crucero, no se distinguía la cuesta que llevaba al pueblo pero siguieron caminando.

-Estamos como ayer sargento —dijo Mateo.

El sargento afirmó con la cabeza, pero al darse cuenta que no le veían dijo "Sí" en voz alta. Cinco minutos llevaban caminando cuando Enrique se detuvo.

-¿Estamos todos? —preguntó preocupado, todos contestaron que sí— desatada la correa del arma y atadla al cinto de otro para no perdernos.

Así lo hicieron, Zebedeo iba delante guiando al grupo. Encontraron el crucero del este, que tenía una fuente.

-Sargento, ¿no sería mejor regresar a la cueva? —preguntó Mateo.

-Eso intento Mateo. Sigamos.

El grupo caminaba por el sendero, prestando atención al más mínimo ruido, parando cada vez que les parecía escuchar algo. Un disparo retumbó por la oscuridad, la bala acertó en el hombro derecho de Gil.

-¡A cubierto! —gritó Enrique.

-¿A cubierto? —se escuchó decir— ¿sois españoles?

-¿A ti que te parece? —contestó Enrique.

-¿Quiénes sois? —preguntó la voz.

-¡Va! Javier, Rodrigo bajad que soy yo —dijo Gil respirando por la boca con dolor.

Se escuchó caer bruscamente a dos personas.

-Decid algo para saber dónde estáis —sugirió Rodrigo.

-Estamos aquí, y si llegamos a ser franceses ya estaríais muertos —dijo Enrique.

Al llegar junto al grupo los dos soldados que habían permanecido en los árboles se sintieron más tranquilos.

-¿Quién ha disparado? —preguntó Gil.

-Yo, lo siento —respondió Rodrigo.

-Más lo sentirás cuando te vea.

-Acertado tino para la niebla que hay —dijo el sargento.

-Suerte más bien diría yo —contestó Esparza— hemos disparado varias veces al escuchar ruido, pero yo al menos lo he hecho de oído.

-Yo igual.

-Lo malo de esta niebla es que no se ve si disparas bien, lo bueno que tampoco se ve desde donde disparas... los franceses no dispararon ni una sola vez a lo alto.

-¿Y cómo sabes que habéis matado a alguien? —Enrique se mostraba serio.

-Por el ruido. Cuando les acertaba, creo yo, se escuchaba un ruido. Como cuando hierve algo.

-Un ruido muy raro —replicó Javier.

-Bueno va, vosotros dos quitad la correa al arma y ataros para no perdernos volvemos a la cueva —ordenó el sargento.

-Sargento si este es el camino, mejor ir por la arboleda... por los franceses —Gil se dolía de la herida— y cuanto antes.

-Muchacho, ¿puedes llevarnos a la gruta desde aquí?

-Claro, sólo hay que ir recto —Zebedeo se sentía aliviado de estar en el buen camino.

Salieron del camino, anduvieron en el más estricto sigilo y al cabo de unos minutos pudieron ver la claridad de la cueva. Y también las figuras de los franceses, a todos les pareció que les seguían con la mirada, tuvieron la sensación que no habían hecho nada a propósito.

Al entrar a la cueva se sintieron más tranquilos. Los dos soldados que estaban vigilando no se inmutaron, sabían que los franceses o los seres de la noche anterior no podían entrar. De la Gándara se acercó con paso firme.

-Hemos llevado allí a los muertos —señaló el otro extremo de la gruta— La mula está mal, habría que hacer algo con ella. Y los heridos creo que puedan llegar al pueblo.

-Está bien, pero de momento no nos moveremos.

-¿Cómo? —preguntó sorprendido Manuel.

-Ocurre como ayer. El pueblo no está.

-¡Maldición!

Las horas pasaron lentamente. Nadie hizo nada, ni jugar a las cartas siquiera, sólo esperar que el tiempo pasara. Cada

hora salía un voluntario hacia el crucero para ver si aparecía el pueblo pero cada hora volvía con la misma nueva... ¡No se veía nada!. Llegadas las ocho y media comenzaron a escucharse las voces y las risas, nadie sintió temor y todos se levantaron y fueron saliendo de la gruta instintivamente sabían que ya podían ir al pueblo. Llegaron al crucero, desde ahí se podía ver un par de luces a lo lejos. La oscuridad era mayor que el día anterior. Tres soldados caminaban junto a la mula que avanzaba cojeando, despojada de toda la carga.

67

Al llegar a la entrada del pueblo los soldados se sorprendieron al ver la catapulta y la plaza abarrotada de gente. El sargento continuó avanzando, los altareños miraban fijamente y aunque tenían la boca cerrada se podía escuchar murmullos, risas ahogadas y una frase que con ese tono apagado y tétrico de voz parecía terrorífica:

-Aquí está el cura, aquí está el cura, aquí está el cura...

En medio de la plaza Esteban Rey les esperaba. Se sorprendió al ver a Alfredo en los brazos de dos soldados.

-¿Murió el capitán? —dijo mustio.

-Sí, él y otros cuantos compañeros más —el sargento miraba rabioso.

Al ver pasar a Juan Carpintero con su hijo muerto en brazos Esteban cambió la actitud de pesar a una más violenta, al chico le había cogido bastante cariño.

-¿Quiénes son e cuáles son sus intenciones? —gritó el alcalde.

-Quienes somos, soldados de España. Nuestras intenciones, cobijarnos en la iglesia esta noche y partir por la mañana —contestó el sargento poniéndose frente a él.

-Mucho lo siento, más non puedo dejarles. Eso crearía un conflicto, non puedo ofrecervos la protección necesaria de los ataques de mis vecinos.

Intentó apartar bruscamente al sargento pero éste le cogió el brazo y se lo retorció.

-Pasaremos aquí la noche, por la mañana nos iremos y pobre de aquel que ose hacernos mal, porque se las verá con el mejor destacamento del ejército español —apretaba el brazo fuertemente haciendo agachar al alcalde que tenía una

expresión de odio en el rostro— Entrad en la iglesia —gritó Enrique.

Los soldados avanzaron siguiendo al cura, a Pepe y a Pedro.

-¿Metemos la mula padre? —preguntó Juan Olvido.

-Sí, claro.

Juan Carpintero se detuvo junto a Zebedeo.

-Si no puedes entrar no esperes, ve a esconderte ya mismo.

Resiste hasta mañana —le dijo al oído.

Avanzaron juntos pero al llegar al borde de la iglesia Zebedeo notó una fuerza que le impedía avanzar, dio una patada al suelo y con los ojos llenos de lágrimas corrió hacia la cantina. Los soldados empujaban a la mula que se resistía a entrar no por miedo sino más bien por desgana. Enrique soltó al alcalde y caminó mirando a la cara de todos los altares que se encontraba por el camino.

-He de tirar esa maldita iglesia, ¿óyesme? —gritaba el alcalde sacando baba por la boca— acabaré con ella e con vosotros. Si he de convertirme en un destos para poder arrancarvos la piel a tiras, tened a buen seguro que lo haré.

Enrique se volvió, sacó el sable y lanzó un ataque acertando en la cara del alcalde. El filo del sable le rajó la mejilla izquierda. Esteban se lanzó contra el sargento, que en ese mismo momento echaba a andar hacia la iglesia, y al no encontrar nada a lo que golpear dio un traspies y cayó al suelo a pocos centímetros de la iglesia.

68

Enrique se sorprendió cuando al entrar a la iglesia la vio completamente a oscuras.

-Id encendiendo las teas. A ver cuatro que suban por estas escaleras —abrió la puerta que llevaba al campanario— y estén atentos a cualquier ruido. Cualquier cosa que escuchéis me la contáis.

Una vez encendidas varias teas, y habiendo cogido una, cuatro soldados desaparecieron velozmente por las escaleras.

-Buscaré un sitio para enterrar a los difuntos —dijo Juan Roma— ¿Me acompaña Raúl?

El anciano soldado puso mala cara pero acompañó al cura. Juan Carpintero se unió a ellos.

-Seguidles —señaló con la cabeza a Juan Olvido y a Carlos Espiel— e id encendiendo todas las antorchas que veáis.

Los soldados obedecieron sin rechistar. Enrique se asomó al exterior, podía sentir la presencia de todas las figuras mirándole pero no podía verlas ya que la oscuridad era casi total. Un tañido de la campana pareció asustarles, salió un par de pasos más y miró hacia arriba, aún resonaba el tañido, y pudo ver como se iluminaba la torre.

-Soldados rezalle a vuestro Dios todo cuanto sepáis porque ésta noche acabaran con todos —se escuchó decir al alcalde.

Las campanas de la segunda torre también sonaron los altares se retiraban al escucharlas.

-Tañed las campanas —el sargento gritó todo lo que pudo con su ronca y varonil voz— Haced sonar las campanas.

No sucedió nada, volvió a repetir la orden. Nada. Entró en la iglesia para mandar a algún soldado a la torre, pero según señaló a Agüera las campanas comenzaron a sonar. Al salir de nuevo al exterior tuvo la agradable sensación de que nadie había.

Caminó por la plaza hasta llegar a la catapulta. Pasó cerca del alcalde y los soldados franceses pero la niebla impidió que se vieran. Sólo cuando el sonido de las campanas fue disminuyendo y el sargento gritó que lo hicieran de nuevo fue cuando el alcalde se giró, sorprendido, hacia el lugar de donde provenía la voz.

-Vaya valor el suyo —exclamó— salir a la plaza solo.

El sargento sorprendido dio un par de patadas a la catapulta para confirmar la dureza y no dijo nada. Las campanas volvieron a sonar.

-Parece que eso os asusta —el sargento se había puesto al lado de Esteban y éste sintió un escalofrío al escucharle, se asustó.

-A mí non —contestó tratando de contener la calma— Será que non convertime en un ser yo.

-¿Un ser? —el sargento caminaba tranquilamente hacia la iglesia, le seguían de cerca Esteban y los soldados franceses.

-Sí, sería una historia larga de contar —hablaba de una manera calma, tratando de dar pena— Resumirella, poco tiempo ha que prodújose una masacre aquí, alentada por ese personaje que tan bien conocía usted...

-Azaña —interrumpió el sargento.

-Exacto. Todos los habitantes del pueblo que participaron en el despreciable acto e todos los que no estaban bajo protección quedaron más malditos aún.

Se pararon a un par de pasos de la entrada de la iglesia. El sonido de las campanas dejó de escucharse de nuevo, la plaza volvió a llenarse

-Lo malo de la gente de este pueblo es que —agarró a dos inexpresivos soldados franceses y los lanzó contra la puerta de la iglesia. De inmediato se transformaron en la masa verde y desaparecieron— Ve. No podemos arrimarnos a la iglesia.

-Poco me importa lo que les pase.

-Ni acercarme puedo —cogió a dos mujeres del pueblo y las empujó con fuerza contra la iglesia.

-Comprendo —el sargento se encontraba bajo el marco de la puertecilla.

Las mujeres no desaparecieron, se golpearon con la cabeza contra la pared y cayeron al suelo, se levantaron de un brinco con el rostro lleno de odio y pasaron junto al alcalde arañándole la cara.

-¿Lo vio? —preguntó obnubilado el alcalde.

-¿El qué?

-Ellas... las mogeres non desaparecieron.

Un par de rumores recorrieron el pueblo rápidamente:

-Non nos afecta, non nos afecta, non nos afecta...

-Podremos entrar, podremos entrar, podremos...

-A ver esas campanas —gritó Enrique impaciente.

Las campanas comenzaron a sonar acallando el rumor pero no la siniestra carcajada que el alcalde profería en esos momentos. El sargento pensó que era un personaje muy raro, pocos segundos antes se mostraba conciliador casi sumiso y ahora sus carcajadas conseguían helarle la sangre.

-Sargento, sargento —Carlos Espiel salió y miró asustado hacia el lugar de donde procedía la risa— le llama el cura, vaya rápido.

Entraron, el sargento cerró la puerta con fuerza y miró a sus hombres.

-Haced fuerte esta puerta. Traed bancos. Rápido —se giró hacia Antón que le miraba deseoso de hacer algo— ¿Puedes andar bien? —el muchacho torció un poco el gesto pero afirmó que sí— Sube arriba y que no paren de sonar las campanas ni un solo segundo. —se acercó a Carlos Espiel

que ayudaba a acercar bancos a la puerta— Venga vamos — dijo tanto para Carlos como para Antón.

69

Esteban caminaba de un lado a otro de la plaza.

-Traed grandes rocas —susurró, no le hacía falta levantar la voz estaba rodeado y rápidamente la orden se propagó- y preparad la catapulta.

Esteban se sentó en la fuente de la plaza y mesándose la barba con la mirada fija en la nada escuchó como la catapulta se movía.

-Tras la matanza, tras ese rayo de luz que convirtió en esos seres que tanto temo, y que tanto me respetan por cierto — pensaba Enrique— debieron desaparecer las diferencias entre lo que el loco Azaña llamaba tulpas o egregores y los seres humanos. Ahora son todos iguales —se levantó sorprendido— menos yo y estos franceses. No soy como ellos.

-Cargad una y probemos —ordenó yendo a la catapulta.

-Para qué probar lo ya probado —dijo Rahim uno de los musulmanes que en el pueblo había y que con el paso de los años todos habían acabado llamando Raulín— ya sabemos que sucederá.

-Antes, antes puede que sí. Pero non sé si sabrás lo que ha pasado.

Raulín sonrió, aunque nadie pudo verle.

-Aquesto es un pueblo, tudo se sabe —contestó arqueando las cejas.

-Cierto —Esteban se frotó la frente con fuerza— Soltadla.

La catapulta chirrió, la roca se elevó pero al llegar a la iglesia cayó al suelo aplastando a varios villanos, la protección aún surtía efecto.

-Parez que no faremos nada —se giró— colocad otra.

-¿Pero para qué? —preguntó Hossein al que todo el mundo conocía como Josín.

-Quiero destrozar la cantina —Esteban se frotó las manos.

-Bueno —dijo Raulín encogiéndose de hombros.

El moro ordenó disparar, la roca realizó su cometido destruyendo el techo de la cantina. No pudieron celebrarlo porque las campanas comenzaron a sonar y el ruido les hizo detenerse.

70

En la habitación del cimborrio se encontraba Juan Olvido mirando las representaciones de las columnas.

-¿Se puede saber que está haciendo? —preguntó el sargento asustando al despistado hombre.

Carlos Espiel miró las imágenes de las columnas, sonrió y señalando la que parecía un árbol dijo:

-Una como está hay cerca de mi pueblo en la ermita de San Bartolomé —sonreía mirándola y señalándola.

-¿De dónde eres? —preguntó interesado Juan.

-De Uceró en Soria.

A nadie le sonaba.

-Por el cañón del río Lobos.

La puerta se abrió asustándose tanto los que estaban dentro como los que entraban.

-Hemos descubierto lo que yo creo son las reliquias —dijo excitado el padre Juan.

-Ah, bien —se atusó el bigote— ¿Dónde están?

-Sígannos, al fondo del claustro, en el refectorio encontramos una puerta que lleva, bajando unas escaleras, a una cueva impresionante —comentaba el cura con los ojos iluminados.

-Con hielo colgando del techo y saliendo del suelo —interrumpió el abuelo.

-Luego lo veremos padre, primero quiero enterrar a los muertos y preparar la defensa de la iglesia —el sargento miraba fijo hacia el exterior, tenía ganas de ver esa cueva y las reliquias pero quería dejar todo bien asegurado antes.

-Monasterio fortificado, algo muy raro —afirmó el cura.

-Lo que sea —sentenció tajante el sargento— ¿Los enterramos abajo?

-No, no, no —dijo negando con la cabeza al tiempo— Hagámoslo fuera, en el claustro.

-Bien. Iremos a la iglesia por fuera. Quiero ver una cosa.

El sargento se dirigió a la puerta que daba a las torres, los demás le siguieron de cerca. Las campanas habían dejado de sonar, el único ruido que se escuchaba era el que las paredes de la cantina emitían al ser golpeadas por las rocas que lanzaba la catapulta.

Enrique aceleró el paso al entrar en la torre miró al cielo y echó una maldición al encontrarla vacía. Enfadado movió a

empujones una a una las campanas que al sonar lograron parar la acción de la catapulta. Desde la otra torre realizaron un disparo.

-Guardad la munición imbéciles, que seguro nos hará falta más tarde —gritó el sargento.

-Perdone sargento —la voz de Eutimio Vidal sonaba entrecortada ya que se acercaba a la torre corriendo.

-Y haced sonar esa bonita campana —gritó Enrique caminando hacia la otra torre.

La campana comenzó a sonar cuando el sargento se encontró con Eutimio. Enrique movió la cabeza señalando la torre de la gran campana y se dirigieron a ella. Al llegar a la torre Enrique juntó sus manos en la espalda y miró uno a uno con expresión muy seria a quienes allí estaban.

-¿Qué ordené?

-Qué no dejen de sonar las campanas —respondió en voz baja Román Meroño.

-¿Y por qué han dejado de sonar?

El viento agitaba el fuego de las antorchas violentamente, la puerta de entrada al campanario permanecía extrañamente quieta.

-Fue al callar la primera vez la campana, sonó un ruido muy fuerte —el maestro Vidal hablaba muy pausado tratando de hacerse entender— Parecía que hubieran usado la catapulta esa y créame esta niebla, este no poder ver qué ocurre es realmente angustiante. Y decidimos permanecer aquí ínterin no supiéramos exactamente qué pasaba.

-Pues *ínterin*¹⁵ —recalcó la palabra de un modo chulesco— yo mande algo aquí, se obedece. ¿Está claro?

Meroño volvió a hacer sonar la campana. El sargento y los que con él iban bajaron a la iglesia, el cura cerraba el grupo al pasar por la puerta esta se cerró bruscamente asustándole y haciendo que perdiera el equilibrio unos escalones.

-Vosotros quedaos aquí —propuso Eutimio— y nosotros iremos a la otra torre.

-De acuerdo —dijo Antón que se encontraba sentado en el suelo.

Eutimio y Anselmo se dirigieron a la otra torre caminando pausadamente.

¹⁵ Ínterin = en tanto

-¡Que no pare de sonar la campana! —gritó Anselmo al llegar a mitad del recorrido.

-No parará, no. —contestó Meroño.

Al entrar en la nave de la iglesia el sargento y los demás escucharon un ruido muy raro que les asustó a todos. Enrique vio que en medio de la iglesia los soldados permanecían parados mirando algo extasiados. Se acercó y apartó de buenas maneras a un par de soldados. Frente a él el mulo del padre Juan sufría convulsiones y tosía expulsando sangre. Respiró hondo un par de veces y cayó al suelo sacudiendo la pata izquierda. Los soldados se apartaron. Enrique se volvió al cura que miraba la escena sobrecogido.

-Lo siento Padre —le puso la mano sobre el hombro.

El cura no habló miraba a su animal y los ojos se teñían de rojo y se le llenaban de lágrimas.

-Enterremos a los hombres, después habrá tiempo de compadecerse de la muerte de este noble animal —se sentó en un banco.

-Coged los cuerpos de los difuntos, los enterraremos ahora y nos prepararemos para la defensa del lugar.

Eutimio y Anselmo llegaron a la otra torre e hicieron sonar las campanas. Anselmo se quitó el gorro y se rascó la calva, rápidamente se la volvió a poner.

-Mecacho que frío —exclamó.

-Cierto, ¿qué te parece si investigamos de donde venían el sargento y los demás?

-Me parece bien, pero espera.

Tiró de las cuerdas de las campanas con fuerza para que el sonido durase un buen rato. Acto seguido bajó los escalones.

-Tengo que moverme, porque como me pare caigo frito —dijo Anselmo a su compañero que asintió con la cabeza.

-A mí me pasa lo mismo.

Antón se levantó de un brinco al escuchar los gritos de los seres, no podía distinguir si eran gritos de lástima o de odio. Notaba una sensación de angustia que le recorría todo el cuerpo, miró a su paisano y creyó reconocer esa misma angustia en él. Román cogió la cuerda de la campana y tiró con fuerza, los gritos no sólo no cesaron sino que aumentaban en ritmo y en intensidad.

-Bajemos —dijo Román compungido.

-Baja tú, yo me quedo —Antón se mostró firme.

-Ay Dios, estamos en el mismo infierno —se santiguó.

21

Enrique fue el primero en entrar en la sala del cimborrio tras él Juan Carpintero, llevando en brazos a su hijo, que no dejaba de mirar hacia atrás.

-¿Por qué no bajan?, alguien llora —preguntó al padre Roma que le indicó con la cabeza que siguiera.

-No estamos en un lugar normal, ese llanto no es de este mundo. Enterremos a tu hijo y no te preocupes por quien llora.

-Darío, ¿cómo vienes teniendo el pie de esa manera? —preguntó el sargento mientras le ayudaba a subir las últimas escaleras.

-Es que como me quede quieto me muero mi sargento.

Darío se apoyó en la pared el esfuerzo hacía que se ahogara al respirar. Al recobrar la respiración, guiñó un ojo a Enrique y caminó a saltos junto el resto.

El sargento abrió la puerta que daba al claustro y se mantuvo en ella hasta que pasó el último de los diez hombres que portaban los cadáveres. Al cerrarse la puerta tras Enrique las llamas de las teas se extinguieron, la puerta que daba a las torres se abrió en el mismo instante y Eutimio entró con miedo al sentir que alguien le miraba.

-Venga, corre. Trae la luz aquí. Rápido.

Lo que fuera que le estuviese observando estaba a un paso de él, tragó saliva muy lentamente, cerró los ojos y cargó el arma. Anselmo apareció con la tea, Eutimio dio un grito mezcla de terror y alegría al ver que no tenía nada frente a él.

22

Román caminaba alterado dando vueltas a la campana, se mordía los labios para acto seguido abrir mucho la boca y coger aire. No soltaba la cuerda y antes que siquiera se pudiera pensar que el sonido iba a cesar tiraba de ella con tanta fuerza que a punto estuvo de empujarlo y lanzarlo fuera. Se fijó que sobre la puerta había otra cuerda, se subió al alfeizar de una venta y puso mala cara al ver que la cuerda estaba fuertemente atada.

-¿Qué haces? —preguntó Antón.

-Coger esta cuerda, así podremos tirar los dos.

-¿Seguro que es para eso?

-¿Para qué si no? Voy a cortarla que tiene un buen nudo.

Antón torció el gesto pero dejó hacer. Román soltó la cuerda de la campana y Antón la cogió, acto seguido sacó una navaja del bolsillo y comenzó a cortar. La cuerda era más gruesa que la que servía para hacer mover la campana. Las hebras de la cuerda tardaban en cortarse lo que sacaba de quicio al hombre de Pineda.

-¿Cuánto te queda?

-Na, ya está.

Sacó la lengua, el último trozo se resistía. La cuerda se rompió y subió hacia arriba haciendo bajar la campana, Román se lanzó a por ella cogiéndola de milagro, tiró con todas sus fuerzas para subir la campana. Antón se había apartado al ver como bajaba. Román buscó algún sitio donde poder atar la cuerda, tiraba para tensarla pero el lumbago hizo mella en él y soltó la campana que cayó bruscamente quebrándose los cristales y tapando la salida hacia la otra torre.

Al mismo tiempo caía Román poniendo las manos y rompiéndose las muñecas.

-¡Coño Meroño la que has liao! —exclamó Antón con la cuerda aún en las manos.

73

El estruendo de la campana al caer reverberó en los oídos de los altareños haciéndolos sangrar. El alcalde, arrodillado y tapándose los oídos con las manos, miraba hacia la iglesia con odio. El sonido se extinguió pronto, Esteban se levantó apoyándose en la catapulta.

-Dirigidla hacia la torre —gritó señalando.

-¿Hacia cual? —preguntó Josín mientras trataba de limpiarse la sangre que le salía de la oreja.

-¡Es lo mismo! —contestó empujándole violentamente.

-Sí, claro, no se ve —repuso hablando para si mismo.

La catapulta fue movida rápidamente, una roca de enormes dimensiones se colocó mientras otras dos esperaban sostenidas por los altareños.

-Apuntad hacia la iglesia —Josín sintió que estaban a punto de dar las diez— Destruid la torre. ¡Yalá, yalá!

La orden de destruir la torre fue repetida por todos con una gran excitación. Se hizo el silencio, las rocas cayeron al suelo. Esteban se acercó a Josín que estaba arrodillado con los ojos cerrados sujetándose el estómago, sintió miedo y salió corriendo hacia la cantina.

-Soltadla —la voz de Josín sonaba ahora gutural.

Tras unos segundos la roca fue lanzada. Con un silbido recorrió la plaza acertando en la cúspide de la torre de la izquierda, la de las cuatro campanas. El ruido que provocó el impacto pareció no escucharse, un silencio aterrador lo amortiguó unos segundos.

Eutimio y Anselmo se encontraban aún en la puerta del cimborrio cuando la piedra destrozó la cúpula de la torre.

-¿Qué ha sido eso? —preguntó Eutimio.

-Vayamos a ver.

Echaron a correr, al llegar a la mitad de la muralla se tropezaron con el cacho de roca, lo sortearon y al llegar a las escalerillas que subían a la torre escucharon un nuevo silbido. La roca acertó en el interior de la torre, las campanas sonaron pero una de ellas cayó al suelo y otra fue impulsada al exterior dando en la cabeza de Anselmo y empujándolo hacia el borde de la muralla. Eutimio se giró para tratar de ayudar, pero su compañero aturdido se precipitó al exterior de la muralla. El soldado Vidal se apoyó contra la pared de la torre al escuchar un tercer silbido, esta vez la roca pasó rozando un lateral de la torre.

74

Pedro Sendino apareció en la torre acompañado de Eulogio Miñambres, un hombre de Pineda.

-¿Qué ha pasado aquí? —gritó sorprendido.

-Cayó la campana —Román apoyado en la pared intentaba levantarse, Eulogio le ayudó.

Antón trataba de alcanzar la cuerda que sujetaba la campana saltando, cada vez que tocaba el suelo el dolor del pie le hacía decir un seco "Ay".

-¿Qué haces? —preguntó Pedro.

-Trato de alcanzar esa cuerda, para levantar la campana.

Pedro apartó a Antón se subió al alfeizar de una ventana y saltó hacia arriba tratando de enganchar la cuerda.

Eutimio cogió aire y salió corriendo. En poco más de un minuto llegó al cimborrio. Abrió la puerta, se sorprendió al ver la sala iluminada pero se sorprendió más al ver a un cura mirando hacia él.

-¡Buenas! —se quitó el gorro y sonrió— ¿Sabe dónde está el sargento?

El cura se dio la vuelta y desapareció bajando las escaleras. El soldado entendió que quería que le siguiese y sonrió colocándose velozmente el gorro.

-¡Qué amable! —cerró la puerta y se dirigió hacia las escaleras para seguir a lo que él no sabía era un fantasma.

Al llegar al hueco se detuvo la escalera estaba demasiado oscura.

-Sargento ¿está usted ahí? —interpeló en voz baja, tembloroso— ¿Abuelo?

Bufó asustado y se giró para coger una tea. La puerta que había a su izquierda se abrió y cerró de golpe. Sintió un escalofrío. Bajó el primer escalón, una brisa helada subió por las escaleras. Escuchó llorar a alguien y se detuvo, los llantos no parecían ser de este mundo.

-¿Sargento? ¿cura?... ¿abuelo?

Bajó el segundo escalón, el que lloraba calló. Se escuchó el golpear de la puerta de nuevo, Eutimio se detuvo y se secó la frente.

-¿Qué haces aquí? —gritó alguien a sus espaldas.

El hombre soltó la tea y se sentó en el escalón llevándose la mano al corazón, miró hacia arriba donde le miraba sorprendido y con una ligera sonrisa Mateo Moro.

-Eres un... Santo Dios que susto... ayúdame anda.

Mateo se apresuró a ayudar a su compañero. Subieron los escalones y en la sala el soldado Vidal se repuso del susto.

-Tengo que hablar con el sargento.

25

En la plaza la niebla se había oscurecido, no se podía ver nada en absoluto, sólo se escuchaban pisadas, risas grotescas y alguna que otra frase ininteligible repetida mil veces. Cinco de los seres ocultos por la niebla golpeaban los muros del lado izquierdo de la iglesia y echaban a correr temerosos de que algo les pasara. En la tercera intentona perdieron el miedo. Se presentían figuras tratando de escalar los muros, al principio de manera costosa cayendo a los pocos segundos, después una vez afianzados trepando como arañas.

-¿Pero qué estruendo es ese? —gritó Enrique al escuchar a los alterados seres de El Altar.

-Sargento, algo ha pasado. Han utilizado la catapulta y están destrozando la iglesia —le respondió Eutimio que andaba con los brazos estirados tanteando entre la niebla.

-¿Cómo es posible? —sopló hacia el bigote que dejó escapar algunas gotas de sudor.

-No lo sé... Enrique, ¿qué hacemos?

-¡Vamos rápido! Padre usted quédese aquí y acaben de darles cristiana sepultura. Raúl, Mateo venid conmigo. Eutimio ¿dónde está Ibáñez?

-Supongo que muerto señor.

-Esto es...

Enrique se interrumpió, el silencio se había vuelto incómodo sentía que algo raro estaba pasando. Se atusó el bigote y cargó su arma. La misma sensación tuvieron todos los soldados ya que en el mismo instante se escuchó el mismo sonido proveniente de cada una de las armas. El padre Juan acabó de dar las oraciones por Juanín y estiró la cabeza tratando de escuchar.

-Entrad al corredor —susurró Enrique.

Juan Carpintero se acercó al corredor caminando de espaldas mirando hacia arriba. Topó con la abertura de una ventana, creyó que se le paraba el corazón, respiró entrecortadamente para relajarse aunque la calma le duró poco ya que una enorme mano le agarraba la cabeza. Las afiladas uñas se le clavaban y la sangre comenzó a pasarle por los ojos.

-Poneos a resguardo ya —acertó a gritar segundos antes de ser alzado.

Los soldados dispararon a lo loco, hacia arriba, hacia el lugar de donde procedían los gritos del cantinero para intentar

ayudarle. El padre Juan y Raúl saltaron hacia el corredor, al levantarse pudieron observar una figura en la niebla de desproporcionadas medidas que parada en el patio parecía observarles.

-Está aquí —gritó el abuelo. Cargó su arma pero la humedad la había inutilizado.

Se escucharon los gritos de dos compañeros y unos cuantos golpes secos de alguien cayendo en el interior. Los últimos disparos que se oyeron hicieron saber al abuelo que esas armas se encontraban en la misma situación que la suya.

-Padre, Raúl ¿estáis por ahí? —se escuchó preguntar entrecortadamente al sargento.

26

Apareció Meroño en la nave de la iglesia con los brazos caídos, las manos colgando y la cara llena de lágrimas ayudado por Miñambres, se acercaron a él su paisano José Ibeas y Pepe.

-¿Qué ha ocurrido? —preguntó el de Pineda.

-Hay que avisar al sargento, rápido estamos en peligro —rompió a llorar— y todo por mi culpa.

Se tumbó en un banco, Cinto de Andrade y otros dos soldados subieron a la torre y Pepe corrió en dirección al lugar por donde habían ido el sargento y los demás. Javier Moa se acercó a Meroño, comprobó el estado de sus muñecas, rompió el respaldo de un banco y comenzó a entablillárselas.

Los portones de la iglesia se movieron bruscamente debido al viento y causando sobresalto en los soldados que aún se encontraban dentro.

-Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra —comenzó a rezar Román Meroño.

ZZ

Cinto tuvo que retroceder un par de pasos de manera felina al llegar a la torre, la campana se movía de una manera alocada y casi le golpea. Pedro y Antón trataban de detenerla con nulos resultados así que Pedro decidió soltarla tapando la entrada.

-¿Qué hacéis? —preguntó Cinto metiendo tripa para pasar por un hueco.

-Hay que levantar la campana —Pedro trataba de recobrar el aliento al igual que Antón— pero pesa lo suyo.

Cinto se encontraba junto a Pedro trataba de no hacer caso al silencio que le producía una mala sensación.

-Juan ¿puedes pasar? —preguntó Pedro.

Juan era un hombre fuerte, miró bien la estancia frente a él, si se apoyaba en la campana podía subir hasta el alfeizar y desde allí de un salto llegar al hueco donde se encontraban sus compañeros.

-Sí claro, esperad.

Apoyó la mano izquierda en la campana y la derecha en la pared y se impulsó hacia arriba, con verdadera maestría posó un pie en la campana y el otro en la pared agarrándose en el dintel. Miró sonriente a sus compañeros por la proeza que acababa de hacer aunque estos no pudieron verlo con claridad.

-Ya casi estoy.

-Bien.

-Bien.

-Bien.

-¡Qué difícil lo haces! —gruñó David Laínz que le miraba expectante.

Juan Olvido apoyó las manos en las jambas, subió un pie al alfeizar y sacó la cabeza y los hombros para poder hacer equilibrio y pasar el otro pie al hueco. Pedro y Cinto se acercaron para ayudarle en la bajada. Los dos brazos de Juan cayeron al suelo salpicando sangre, el enorme cuerpo cayó hacia atrás golpeando la campana y deslizándose hacia sus aterrados compañeros.

-Por el amor de... —Pedro se santiguó.

-¿Qué vamos a hacer, qué vamos a hacer? —Antón se sentó en el suelo temblando.

-De momento —Cinto cogió el cadáver de su compañero y lo apartó con cuidado— subir esta campana. David cuando tiremos de ella haz lo que puedas para que no se balancee.

-Bien —contestó David asintiendo con la cabeza— ¿el qué?

-No sé.

-Tenemos que intentar llevarla a esa escarpia y atarla como podamos.

Cinto miró hacia el lugar dónde señalaba Pedro, medio cerró un ojo pensativo y alargando los brazos dio varias palmadas.

-Venga va.

Cogieron los tres el trozo de cuerda, Pedro se situó junto a un banco de piedra que había en la pared.

-A la de una, a la de dos —contaba Cinto— y a la de tres —tiraron con todas sus fuerzas— ¡Santiago y cierra...!

Seguían tirando, la campana subió y parecía querer lanzarse hacia quienes la aupaban pero David fue rápido y sacando fuerzas de no sabía donde la agarró.

-Venga vamos, un poco más —gritó Pedro.

Antón y Cinto comenzaban a ponerse de rodillas, Pedro se subió al banco pasó la cuerda por la escarpia e hizo un nudo como buenamente pudo. La campana se sostuvo, aunque se encontraba a distinta altura que antes.

-¿Sonará? —preguntó resoplando Antón— Está más baja.

-Ocho palmos¹⁶ habrá del suelo a la campana —afirmó David.

-Eso no importa ahora, tenemos que afianzarla. Tenemos que encontrar algo para afianzarla —Pedro palpaba la pared. David bajó a buscar escarpas.

-Mentem sanctam spontaneam voluntatem honorem deo et patria liberacionem —leyó Antón.

-¿Qué? —Cinto se volvió hacia él.

-Es lo que pone en la campana, su inscripción —contestó tranquilamente.

Antón empujó la campana con todas sus fuerzas asustando a Pedro y a Cinto que temieron que cayese.

-¡Qué raro, no suena!

Pedro se tiró al suelo para ver que ocurría, el badajo permanecía inmóvil, apoyó la cara en el suelo y se cortó con un resto de los cristales.

¹⁶ Palmo = Medida equivalente a 21 cm.

78

Reunidos en la galería junto al primer escalón que llevaba al cimborrio el sargento contaba mentalmente una y otra vez. Habían asesinado a cinco de ellos y nadie, ni él mismo, se atrevía a subir el trecho que había al aire libre en esas escaleras. Vicente Arribas se encontraba apoyado en la pared, miraba hacia arriba angustiado por la niebla y los peligros que en ella había cuando algo le golpeó en la nariz haciéndole sangrar. El sargento se agachó para ver que era, palpando en el suelo dio con la desagradable sorpresa, haciendo de tripas corazón levantó el objeto que había golpeado a Vicente, era la cabeza de Darío Choya. Todos la vieron, él la sostuvo paralizado durante unos segundos pero cerrando los ojos la arrojó al patio.

-No puedo más, no puedo más, no puedo más —repetía sin cesar el señor Arribas.

-Calma —le dijo el padre Juan sosteniéndole una mano.

La cabeza de Darío entro de nuevo golpeando en el muro a escasos centímetros de Vicente que aterrado echó a correr escaleras arriba.

-¡Vicente, NO! —gritaron al unísono sus compañeros.

El desalentador silencio que precedió a la escapada del soldado provocó más miedo en todos.

-¡Vicente! ¿Estás bien? —el sargento subió un par de escalones, aún a resguardo— ¿Vicente?

Alguien bajaba por las escaleras, lo hacía despacio de un modo despreocupado marcando bien el paso. Los soldados apuntaron con sus armas aunque sabían que de poco serviría. Frente al sargento la escuálida cabeza del soldado Arribas se mantenía flotando, agarrada por alguien o algo el sargento alargó el brazo tratando de agarrarla.

-¡Sargento, baje! —gritó el padre Juan.

Enrique tenía la mano extendida a punto de tocar la cabeza la cerró y retrocedió lentamente sin mirar atrás.

-¿Hay alguien ahí? —la voz de Pepe les provocó un pequeño susto a todos.

-Pepe, si eres tú ni se te ocurra salir ¿me oyes? Mantente alejado de la niebla —ordenó Enrique.

Pepe se encontraba sujetando la puerta, que abría para dentro, la voz del sargento sonaba lejana como si se encontrara a mucha distancia.

-Sargento —gritó el soldado Losantos— espere ahí voy por algo para sujetar la puerta —salió corriendo sin esperar contestación.

-Está bien esperaré —dijo con chufra el sargento.

Un par de tejas cayeron en las escaleras, todos miraron hacia arriba. Si alguien había allí no se escuchaba nada.

-Furones, Cardona dad una vuelta al claustro a ver si encontráis alguna otra entrada a la iglesia —Enrique no dejaba de mirar las escaleras, los soldados obedecieron sin poner objeción— que extraña disposición tiene este lugar.

Pepe llegó a la puerta completamente colorado por la carrera que había dado, le costó coger el ritmo de la respiración, llevaba una silla en las manos y en la espalda su mochila. Abrió la puerta y la atrancó con la silla. En la mochila llevaba enrollado el trozo de cuerda que usaron para llegar al pueblo, la estiró y ató a un extremo la escoba que había en el centro de la habitación. El sargento recibió un escobazo en la espalda.

-¡Sargento! —gritó Pepe— aten la cuerda a algo y suban sin peligro. La cuerda les servirá de guía.

-Cree que no subimos porque no podemos ver —susurró el padre Juan.

-Pepe no se te ocurra salir fuera —le repitió el sargento.

-Sargento —el abuelo miraba a su superior y amigo con los ojos rojos y expresión apagada— ¡Enrique! —gritó.

-¡Dime! —el sargento se volvió.

-¡Voy a intentarlo!

-¿El qué? —Enrique preguntó aunque ya sabía la respuesta.

-Subir, igual bien asido a la cuerda puedo ir más rápido —lo dijo sin convicción.

-¡Más rápido! ¿tú? —Enrique no quería dejarle hacer esa locura, pero sabía lo cabezota que podía llegar a ser ese hombre— está bien haz lo que quieras pero ¿qué le diremos a tu hija Natalia si te pasa algo?

Raúl sonrió, le puso una mano en el hombro y le contestó muy serio y digno:

-Qué no se meta en el ejército.

Enrique sonrió, le dio un fuerte abrazo y le acompañó hasta el tercer escalón donde ambos pararon.

-Pepe, va a subir el abuelo —gritó el sargento.

-Tú no salgas, ¿eh? —ordenó el abuelo.

El cura se acercó a Raúl.

-Toma este crucifijo, te servirá de ayuda —dijo alargándole un pequeño crucifijo de madera.

-Deje padre, yo tengo el mío —sacó uno algo más grande en el que había tallada la imagen de Cristo y la besó— Eso sí, rece por mí —se puso la cruz en la boca.

El cura asintió, cerró los ojos y comenzó a rezar en voz baja. Raúl se secó el sudor que le caía por la frente y dio el primer paso en la niebla valientemente. Avanzó hasta la mitad del camino deprisa, rezando el padrenuestro, aunque notaba que le observaban nada raro ocurría. Aceleró el paso al notar una bocanada de aire a su espalda, ya podía ver la luz de la sala.

-Raúl ¿estás bien? —se escuchó preguntar al sargento.

Raúl asintió con la cabeza se percató que nadie le miraba y soltó la cruz de la boca, estaba a solo tres escalones de la salvación.

-Sí, ya estoy casi al lado —se guardó la cruz.

Al instante de un mordisco le arrancaron la oreja izquierda, y comenzó a sentir arañazos por todo el cuerpo, gritó mientras se iba sentando en la escalera para tratar de defenderse de los golpes y mordiscos.

-¡Ayuda, ayuda!

Pepe sin pensárselo salió de la habitación, recibiendo fuertes tirones en su escaso pelo y un puñetazo en la boca que le arrancó varios dientes, tocó con el pie el cuerpo de Raúl que continuaba gritando.

-¡Abuelo deme la mano!

Ambos alargaron las manos hasta encontrarse, Pepe tiró del abuelo levantándolo se echó a un lado y le empujó con una fuerza sobrehumana hacia el interior. El abuelo lloraba dando las gracias. Pepe heló la sangre de todos sus compañeros al gritar cuando un mordisco le hizo desaparecer la nariz. Después silencio, ese silencio que todos querían dejar de escuchar.

-Raúl, Pepe ¿estáis bien? —preguntó alterado Enrique.

El abuelo respondió que sí con los ojos cerrados, sentía que se le iba la fuerza a medida que la sangre le salía del cuerpo.

-Raúl si puedes ve a avisar a los demás, diles que no salgan, que esperen. Ya encontraremos solución a esto —no esperó contestación, pensaba que el abuelo ya estaba muerto.

El abuelo abrió los ojos, respiró varias veces y apoyándose en la pared se levantó.

-¡Ya voy! —gritó.

Caminó lentamente, balanceándose y dando traspiés hasta llegar a la escalera. Allí se sentó y las bajó dejándose caer.

-Sargento —Furones le tocó el hombro— no hemos visto nada.

La escoba pasó ante ellos interrumpiéndolos, alguien tiraba de la cuerda. Carlos Espiel la siguió con la mirada y subió un par de escalones acompañándola.

-¿Quién tira de la ... —la escoba le atravesó el pecho, la sangre que salió cubrió el rostro del padre Juan.

Carlos se giró mirando a sus compañeros con una mezcla de incredulidad y miedo, antes de pestañear tiraron de él desapareciendo en la niebla.

-Vámonos de aquí —el padre Juan caminó con paso firme— vamos al refectorio, bajemos a la cueva y allí Dios dirá.

-Sigamos al cura —dijo desanimado el sargento.

Al llegar a la puerta del refectorio el padre Juan cogió una de las teas que iluminaban la galería.

-Coged vosotros también, harán falta ahí abajo.

Los soldados obedecieron con cierto recelo.

79

Dos soldados cogieron el cuerpo de Juan y lo bajaron, Pedro y otros tres trataban de subir la campana un poco más. Tiraron todos a una, la campana alcanzó la altura de Antón. Pedro golpeó fuertemente para clavar la escarpia a la pared y ató la cuerda con algo más de libertad que antes. Los soldados, tensos, se estaban quedando colorados, salía vaho de todos.

-¡Ya está! —exhaló Pedro— Soltad con cuidado.

La campana cedió un poco asustándoles, Mario de la Iglesia clavó otra escarpia y ataron otro trozo de cuerda. Antón metido en la campana movía el badajo pero este no llegaba a tocar el metal.

-Es muy raro esto.

Empujó el badajo con todas sus fuerzas pero al llegar a la campana salió repelido con fuerza quedando estático en el centro, Antón se apartó por miedo y golpeó la campana con

la cabeza haciendo esta un pequeño ruido que produjo susurros en los seres que fuera había. El muchacho de Pineda salió de la campana doliéndose de la cabeza. Los compañeros sonreían, no tenían ni fuerzas ni ganas de reír, cosa que seguro hubieran hecho de encontrarse en otra situación.

-Vayamos a buscar al sargento —dijo Cinto mientras sujetaba la puerta.

Nadie puso pegas, sólo Antón miró durante unos segundos la campana tratando de comprender que pasaba pero no dijo nada.

80

Al llegar abajo Antón, Pedro y los demás se sentaron en los bancos para descansar. Las corrientes de aire, los gritos que los seres poco a poco volvían a lanzar y el miedo les impidió estar más de un minuto sentados.

-Iré a buscar al sargento —Cinto se levantó de un brinco.

-Voy contigo —Mateo Moro se acercó a él y le dio un par de golpes en la espalda. Al entrar en la sacristía escucharon la voz agonizante del abuelo. Salieron al pasillo y al verlo reptando corrieron hacia él.

-Abuelo ¿qué le ha pasado? —Cinto le alzó. Raúl le miró, tosió sangre y se desmayó.

-Raúl... Raúl —Mateo le zarandeo para despejarle.

Lo auparon y fueron corriendo a la iglesia.

-Agua, rápido agua de la cueva... El abuelo —gritaban alterados.

La confusión alteró a los soldados, que corrieron hacia el primer banco donde habían depositado al anciano.

-Raúl, despierta —Mateo le vació su cantimplora en la cara y le dio un par de tortas para despertarlo.

-Mateo, tú siempre tan bruto —susurró Raúl abriendo mucho los ojos y mirando fijamente a su compañero.

Los soldados sonrieron al ver despierto al abuelo, éste volvió a escupir sangre y miró hacia el altar.

-Dice el sargento que... —se interrumpió en el altar había algo que sólo él podía ver, los ojos le brillaron, sonrió— no salgáis fuera por nada del mundo —se volvió a Antón— para que suene necesitas otros cristales. Búscalos. Y tú, Mateo —

le dio un par de palmadas en la cara— no me seas tan brutico —cerró los ojos, expiró en los brazos del de Teruel.

-¡Esto es una enorme...!

José Ibeas no pudo acabar la frase, Mateo le miraba de un modo amenazante. Los soldados se sentaron en los bancos, todos tenían los ojos rojos pero nadie lloraba.

-Todo está pasando de una manera tan rápida. Han muerto tantos compañeros en tan poco tiempo que ni llorar puedo ya —exclamó en voz alta Gumersindo Cordoncillo.

Los demás asintieron porque sentían lo mismo. Mateo se levantó, cogió su espadín y corrió hacia la puerta de la iglesia. Gumersindo y Federico salieron detrás de él blandiendo sus sables. Empujaron con fiereza los bancos que dificultaban la salida.

-¿Qué hacéis locos? —gritó Pedro.

-No oísteis al abuelo, no salgáis —Cinto corría detrás acompañado del resto de compañeros.

Mateo abrió la puertecilla, amenazó con el arma a los compañeros que trataban de impedir que hiciera una locura.

-No os acerquéis.

Las espadas de sus dos compañeros que llegaron en ese instante sirvieron como momentánea intimidación.

-Mateo piensa un poco, si sales te matarán —Javier Moa trataba de ser conciliador.

-Me matarán de todas maneras —una lágrima salió de cada ojo y recorrieron su cara— pero al menos moriré luchando. Me oís —gritó al exterior— moriré matándoos.

-Federico...

Moa le miró señalando a Mateo, en el gesto se entendió que quería que hiciera entrar en razón a su amigo. Landa echó la vista atrás, volvió a mirar a sus compañeros y negó con la cabeza, el mismo gesto obtuvieron de Gumersindo.

-Cerrad la puerta cuando salgamos —dijo Federico con la barbilla bien alta— y decidle a nuestra familia que morimos como valientes.

-¡Como locos, querrás decir! —gritó Moa tratando de amedrentarle.

-No. Como valientes que trataron de hacer justicia para sus compañeros muertos y por morir.

Salieron los tres dando grandes voces, moviendo las armas a diestra y siniestra. Nada encontraban los filos, así que se detuvieron. Se escuchaban gritos provenientes de todas las

direcciones pero nada podían palpar. Las marcas de cuatro apéndices monstruosos aparecieron en la mejilla derecha de Gumersindo que se giró rápidamente moviendo el brazo desarmado, risas de los altareños. Mateo alargó el brazo izquierdo lateralmente mientras daba estocadas, acertó a herir a alguno pero los dedos que milagrosamente le habían aparecido el día anterior le desaparecieron de un mordisco. Federico cayó al recibir un empujón en las piernas desde atrás, sobre él una figura que lanzaba dentelladas algunas de las cuales pudo esquivar el montañés que cogió el sable y atravesó la cabeza del ser que cayó muerto a su lado, gritos de sorpresa.

-Volvamos a la iglesia, avisémosles de que se les puede matar —gritó Federico, se levantó haciendo caso omiso a la sangre que le corría por la cara.

-De acuerdo —Gumersindo se puso a su lado.

-¡No, no, no, no! —repitió Mateo con la cabeza gacha moviendo el espadín— tenemos que matarles.

-Y lo haremos —Federico se acercó a él, se mantenía en tensión con el sable en alto— pero tenemos que avisar a nuestros compañeros.

-Vamos Mateo, no seas cabezota —Gumersindo estaba arrepentido de haber salido.

La niebla cobró volumen, allí donde antes nada tangible se podía ver aparecieron figuras monstruosas imposibles de distinguir que les rodearon. Los tres soldados formaron un círculo y fueron retrocediendo hacia la iglesia. El círculo parecía estrecharse frente a ellos pero al girarse vieron que las figuras parecían abrirles un pasillo.

-¡No me huele bien esto! —Mateo sentía el frío entrarle por los dedos cercenados. La cabeza le daba vueltas por el dolor.

La iglesia se encontraba a unos pasos. Federico sonrió.

-¿Estáis ahí? —gritó esperanzado.

-¿Dónde si no? —contestó Cinto.

-¡No salgas, atiende! Acabo de matar a uno. Lo he atravesado la cabeza y ha muerto.

Las figuras de delante cada vez estaban más cerca, detrás se abría un hueco que dejaba ver algo de luz del interior de la iglesia. Una de las figuras que Mateo tenía enfrente avanzó hacia él, de una manera chulesca sacó pecho y se precipitó sobre la espada. Mateo vio por primera vez el rostro de los seres y se horrorizó, pero en los ojos del ser vio la

sorpresa, parecía no creer que la espada le estaba matando. Mateo le empujó para sacar su arma. Los seres comenzaron a gritar se fueron arremolinando contra los soldados que valientemente asestaban cortes en todos cuantos se les arribaban. Más de veinte seres murieron antes de su ataque final en el que todos se abalanzaron sobre los soldados arrancándoles carne a bocados y descuartizándolos. Ni un grito se escuchó de Mateo, Alfredo o Gumersindo. En ese mismo instante tres disparos provenientes de la iglesia acallaron el silencio reinante.

-¿Mateo? ¿Alfredo? ¿Sindo? —preguntó gritando Cinto. Cargaron y dispararon un par de veces más comprendiendo al instante lo que les habría ocurrido a sus compañeros.

-Cierra la puerta —ordenó Cinto a Miñambres.

81

Esteban se encontraba escondido en la bodega de la cantina, cada ruido que escuchaba, cada golpe provocado por el viento al mover una puerta o una ventana producía en él algo que hasta entonces jamás había sentido... miedo. Cuando entró en la taberna, horas antes, se dispuso para mirar por la ventana lo que ocurriera fuera. Poco era lo que podría ver pero se contentaba con escuchar los ruidos, los gritos de los soldados cuando sus convecinos los sacaran de la iglesia en la que aquel poder que les mantuvo alejados tanto tiempo parecía haber desaparecido.

Con una amplia sonrisa estuvo mirando la calle durante cinco minutos, pero la sonrisa se tornó en preocupación al escuchar pisadas provenientes de la planta alta de la casa. Nunca habían entrado en la cantina con el aspecto monstruoso, algo parecía impedirselo, pero ahora el edificio ya no era seguro, las piedras que habían lanzado contra el destruyeron buena parte de los muros y lo más probable es que sus convecinos ahora pudiesen entrar. De hecho habían entrado, podía escucharlos caminar lentamente por el crujir de las maderas. Los gritos de los seres parecían repartirse por cada nervio de su cuerpo y comenzó a alterarse y después a sentir miedo.

El miedo fue creciendo de una manera ilógica, al fin y al cabo él era muy parecido a ellos, él era su rey y nada podr-

ían hacerle. Nada podrían hacerle en un estado normal. Ahora eran bestias, bestias de las que se había mantenido alejado desde el primer día, resguardándose en la cantina o en el palacete de la maruquesa. Pero el miedo es poderoso así que decidió bajar a la bodega, cerrar la puerta y resguardarse entre los barriles.

Cerca de él ignorando su presencia se encontraba Zebedeo que había conseguido quedarse dormido. El miedo y el cansancio se unieron para darle un pequeño respiro. Cuando la primera piedra impactó él estaba en la parte de arriba cogiendo un par de mantas para taparse durante la noche. La piedra cayó en la habitación contigua, se acercó para ver que había pasado cuando la segunda piedra atravesó el muro destrozándolo e hiriendo en la pierna derecha a Zebedeo en la caída. Tardó buen rato el muchacho en bajar hasta la bodega y ponerse a salvo.

Después, en el refugio todo fueron sustos, cualquier ruido era amplificado, las risas y los gritos de sus vecinos parecían proceder del mismo refugio y al final, como cada noche que se había escondido ahí, los ruidos de quien le buscaba. Juan decía que eran varios, él había desistido de explicarle que eso era imposible. Que de alguna extraña manera sólo presentía a uno solo. Encogido en postura fetal soñó algo desagradable, se revolvió en las mantas, respiró angustiadamente unos segundos y se tranquilizó enseguida. Poco le duraría el descanso ya que Esteban entró en estado de furia y comenzó a descargarla rompiendo algún barril y gritando, Zebedeo se despertó, se cubrió por completo con la manta y escuchó, instantes después Esteban se calmó pero Zebedeo no pudo conciliar el sueño de nuevo.

82

Juan Roma caminaba menos distraído que los soldados que le acompañaban, ya había estado en esa cueva antes, aunque no dejaba de maravillarse de las estalagmitas y estalactitas. Algo especial debían tener ya que la luz se reflejaba en ellas e iluminaban todo con tal claridad que parecía estuviesen en el exterior en un claro día de primavera.

-A mí me parecen dientes, fíjate, parece que estemos caminando en una enorme boca con dientes deformes —Gil Cardona estaba maravillado.

-Ahora pasaremos a otra cueva, la entrada es pequeñita así que tendremos que caminar o muy encogidos o de rodillas.

A la derecha del camino que seguían se encontraba la entrada, sobre la que había esculpida una enorme cruz. El camino continuaba con una pequeña cuesta muy empinada. Juan se arrodilló estiró los brazos para no quemarse con la llama de la antorcha y entró, le siguió Enrique que adoptó la misma postura y al dar el segundo paso arrodillado sonrió al pensar que estaba haciendo el ridículo. Los soldados copiaron el gesto y entraron también. Cinco minutos después salía con la cara alegre Gil Cardona, lo que acababa de ver le tenía maravillado. Permaneció de rodillas hasta que el resto del grupo hubo salido.

-¡Es increíble! —Enrique se apartó unos pasos para mirar la entrada y la enorme cruz que la señalaba.

-¿Quién iba a decirme que iba a ver esos dos prodigios? —dijo Furones mientras ayudaba a levantarse a Cardona.

-Que el Santo Grial se encuentre en España es un milagro —Cardona parecía extasiado.

-Lo milagroso es cómo habrán podido meter la otra reliquia ahí —el padre Juan se sacudió la ropa.

-Qué pena que no vayamos a salir vivos de aquí para poder contarlo —dijo Cardona sonriente

-¡Eso se verá! —replicó amenazante el sargento— sigamos el camino a ver donde nos lleva.

Los cuatro comenzaron a subir la cuesta, la inclinación era tal que decidieron subirla a gatas.

83

En la iglesia dos hombres se encontraban junto al animal muerto cortando trozos de carne.

-Mario ¿qué haces? —preguntó sorprendido Román.

-Tengo hambre. Como tú, supongo —respondió sin mirar.

El resto del grupo se acercó al animal, la idea no era mala, comer antes que comenzara a pudrirse. Ibeas rompió de una patada el respaldo de un banco.

-¿Pero qué haces José? —Román se incorporó— eso es un sacrilegio.

-Creo yo que —con un pequeño hacha troceó cachos de madera— más preferirá Dios que comamos caliente que que muramos de hambre. Además —arrancó con fuerza la parte del respaldo que colgaba— ¿quién te dice a ti que esta no será tu última comida?

Cinto recogió los trozos de madera del suelo.

-Abramos la puerta y prendámoslo allí, ellos no pueden entrar y así no ahumaremos la iglesia.

José asintió con la cabeza. Los soldados fueron cortando trozos del animal por turnos y llevándolos a la hoguera.

-Córtame un cacho, yo no puedo —Román mostró las manos entablilladas. Mario asintió, lo cortó y se lo dejó en el banco. Antón salió corriendo de la sacristía, se detuvo al ver la fogata a la entrada y a la gente junto al animal. Caminó despacio, mirándolo todo sorprendido.

-¿Qué Antón, comes con nosotros? —preguntó Mario.

-Sí, por supuesto —las tripas le rugieron al oler la carne que se estaba asando— pero luego alguien tiene que venir conmigo.

-¿Dónde? —preguntó Pedro.

-Creo que sé donde pueden estar los cristales pero necesito ayuda —se agachó, sacó la navaja y se dispuso a cortar. Antes señaló con el filo hacia la sacristía— Subiendo unas escaleras hay una sala grande y en el techo una especie de puerta, pero no llego a agarrar la cuerda que sirve para abrirla —bajó la navaja y cortó un buen trozo con bastante esfuerzo.

-Pues iré contigo —Pedro marchó a la fogata.

-Antón ¿puedes calentar mi cacho? —Román enseñó las manos nuevamente.

-Sí, vale —Antón se levantó y cogió el trozo. Al llegar a la fogata agradeció el calor que parecía ser también muy del agrado de sus compañeros.

84

Media hora después Antón, Pedro y Miñambres dejaban a sus compañeros. Ibeas y Cinto despiezaban al animal para ahumar la carne, y Laínz subió con Moa al campanario a tratar de vigilar.

Al salir de la sacristía Pedro vio que sólo una de las antorchas estaba encendida y que la llama se movía violentamente a merced de las corrientes de aire. La cogió y avanzaron deprisa tratando de evitar que se les apagase.

-Ahí arriba es —señalo Antón que se dolió del pie.

Subieron despacio, llevando el ritmo de Antón que sufría lo indecible a cada escalón. Al llegar la sala se encontraba a oscuras.

-¡Qué extraño, antes estaban todas las antorchas prendidas! —Antón caminó hasta el centro de la habitación.

Pedro trataba de encender las antorchas pero no llegaban a prender, no le dio importancia y se dirigió al lugar donde se encontraban sus compañeros. Permanecieron quietos, observando, durante un par de minutos para decidir cuál sería el mejor modo de llegar hasta el pedazo de cuerda.

-Tiene que haber en algún lado una vara o algo que llegue hasta ahí y con la que poder tirar —dijo Pedro.

-Sí ¿pero dónde? —Antón se giró tratando de escudriñar algo.

-No te molestes, aquí no hay nada —aseveró Pedro.

-Entonces uno de vosotros se tendrá que subir en el otro.

Pedro y Eulogio se miraron. El soldado sonrió y señaló hacia abajo con el dedo índice, el de Pineda puso cara de circunstancia y se agachó. Eulogio le sacaba una cabeza a Pedro. Estuvieron buscando el equilibrio durante unos segundos de manera cómica, cuando lo encontraron Pedro trató de llegar a la cuerda pero aún les quedaba un buen trecho.

-Aguanta, ¿eh? Voy a ponerme en pie.

Se apoyó en la cabeza de Miñambres y con mucha cautela fue colocando los pies en los hombros de su compañero. Se impulsó, saltó y cogió la cuerda al vuelo, tiró de ella mientras caía pero tuvo que soltarla.

-¡Cógela! —gritaron al unísono Antón y Pedro.

Eulogio cogió la cuerda en el mismo momento que la puerta tendía a colocarse en su posición original.

-Perfecto, la puerta está abierta y ahora ¿cómo subimos? —
sentenció Antón rascándose la cabeza.

-¿Tú estás seguro que los cristales están ahí arriba? —
pregunto incrédulo Pedro.

-¿Dónde si no?

Eulogio dio un pisotón en el suelo que retumbó toda la sala
e hizo caer violentamente una escalera desde el desván so-
bre el pie que usó para golpear.

-¿Quién sube primero? —preguntó Eulogio apartando el pie
como si no hubiera pasado nada.

-Yo mismo —dijo Antón desde el cuarto escalón.

Metió la antorcha primero y la mantuvo en alto moviéndola
de un lado a otro hasta que se decidió a asomar la cabeza.

-¡Esto es fantástico, increíble!

85

Pocos metros llevaban avanzados tras subir la cuesta cuan-
do el sargento descubrió a su derecha dos nuevas cavernas
la primera alta y ancha y la segunda alta pero algo más an-
cha que un hombre. Iluminó la primera y se adentró con
cautela, salió al poco con una sonrisa amplia en la cara.

-Ya sé por donde entraron esa reliquia padre —cambió la
expresión al no encontrar ahí a sus compañeros— ¿Dónde
estáis?

-Por aquí sargento —escuchó decir a Cardona, la voz pro-
cedía de la segunda caverna.

Unas escaleras mal esculpidas en la piedra le llevaron hasta
sus compañeros que se encontraban empujando lo que en
un primer momento pensó era la pared de la gruta y resultó
ser una enorme pieza de madera.

-Es imposible de mover, está encastrada —dijo desanimado
Furones.

-A ver, déjame.

El sargento dejó su tea a un lado en el escalón cerca de las
otras, apartó al soldado y palpó el enorme trozo de madera.
Empujó con fuerza para hacerla ceder pero lo único que
consiguió fue hacerse daño.

-¿Y el cura? —preguntó frotándose con fuerza el hombro
dolorido.

-Siguió el camino, dijo que iba a mirar.

-A mear le entendí yo —exclamó Furones sorprendido.

Los soldados sonrieron por la ocurrencia. El sargento no dejaba de mirar el madero y pensaba qué habría al otro lado y cómo podrían desbloquear la entrada. Sacó la bayoneta del arma de Cardona y comenzó a rasgar por un borde hasta que consiguió meterla hasta la mitad. Con la culata del arma dio un par de toques a la bayoneta.

-¿Qué hacéis? —la voz calmada del cura y el eco asustó a los soldados.

-Tratamos de averiguar que tapa esto. Furones pásame tu bayoneta.

El muchacho se la dio presto, el sargento repitió la jugada rascó la madera y una vez metida la bayoneta la empujó un par de veces para asegurarla.

-Vosotros dos haced fuerza, vamos a intentar desencajarla. Padre estese atento para echar una mano y rece un poco para que salga bien.

A la de tres los soldados empujaron, la puerta no cedió del todo pero un pequeño ruido les animó a intentarlo una segunda vez en la que tampoco ocurrió nada.

-A la tercera va la vencida —dijo el cura parando los rezos.

Los soldados se escupieron en las manos y volvieron a empujar la madera cedió. El sargento y el cura rápidamente se colocaron para sacarla del hueco empujando de ella hacia afuera. El enorme tablón salió del todo haciendo caer algún pedazo de roca que el sargento temió fuese el inicio de un derrumbe. Las luces se apagaron. Los cuatro respiraron aliviados sujetando la madera en completa oscuridad.

-¿Qué hacemos con ella? —preguntó Cardona.

-De momento soltarla —contestó el sargento.

Los cuatro la soltaron a la vez y la madera bajó a toda velocidad estampándose con un rebaje que había en la subida.

-¡Pero no todos a la vez! —gritó el sargento.

Cardona sacó su chisquero y al séptimo intento saltó la chispa. Las teas volvieron a dar luz y calor pocos minutos después. El sargento se asomó al hueco que acababan de destapar, más escaleras que desaparecían en un recodo.

-¡Otro trecho de escaleras! —dijo comenzando la marcha.

Treinta y siete escalones después el grupo se encontró con otra tabla de madera, el sargento pasó su tea al padre Juan y cogiendo carrerilla se lanzó contra ella. No calculó bien el sargento pues la parte baja de la madera estaba a tres pal-

mos del suelo y aunque consiguió desplazarla se golpeó con tal fuerza que creyó haberse roto las piernas. El padre Juan fue el primero en subir sintiéndose aliviado y dándole gracias a Dios al poner el primer pie. Habían llegado a las catacumbas. Los soldados ayudaron a subir al sargento.

-Descansemos aquí unos minutos hasta que se me pase el dolor —el sargento se sentó en la silla y respiró con fuerza.

La madera que había empujado era la parte trasera del armario que debido al golpe cayó lo largo que era al suelo.

-Menos mal que estamos a salvo —Cardona se santiguó.

-¿Dónde llevará el camino? —se preguntó en voz alta el cura.

-Ni lo sé ni, y créame, me importa. Subamos arriba ya. Iré yo el primero.

Enrique se incorporó ayudado por el padre Juan y cogiendo su antorcha subió las escaleras. A mitad del recorrido unos golpes secos subieron de la catacumba, el sargento y el padre Juan aceleraron el paso. Furones se detuvo y lleno de curiosidad bajó las escaleras, la llama de su antorcha se agitó lentamente merced a una corriente de aire. Furones abrió la boca poco a poco ante lo que veía, el enorme armario se mecía de izquierda a derecha produciendo los golpes que había escuchado, en uno de los vaivenes el armario se detuvo y una mano invisible lo levantó, durante unos segundos se sostuvo con la esquina izquierda, acto seguido continuó su lento periplo, la llama de la antorcha se movió con furia y una increíble desazón recorrió el cuerpo del soldado que subió las escaleras como alma que lleva el diablo. Al llegar arriba un gran golpe por el que el soldado dedujo que el armario ya se había colocado, pero no quiso bajar a comprobarlo. Sus compañeros permanecían quietos mirando por las escaleras que conducían a la sala de arriba, se escuchaban voces.

-...No, mira. ¡O lo hacemos bien o no lo hacemos! —se escuchó gritar a Pedro.

-Ah, es Pedro —dijo Cardona.

-Subid a ver qué pasa, nosotros iremos a la iglesia.

Al llegar arriba Cardona y Furones se detuvieron para mirar la escena, en la escalera mirando nervioso se encontraba miñambres con los brazos abiertos y extendidos poniendo mala cara a lo que le decía desde arriba Pedro.

-¿Qué hacéis? —preguntó chulescamente Furones.

-¿Cómo? —Miñambres perdió el equilibrio al mirar atrás y cayó de la escalera.

Los soldados rieron, le ayudaron a incorporarse.

-Pedro ¿qué haces ahí arriba? —preguntó Cardona.

-Tenemos que bajar estos cristales.

-¿Para qué?

-Se rompieron los de la campana y dijo el abuelo que poniendo estos volvería a sonar.

-No sé de qué me hablas pero te ayudaremos a bajarlo.

-Es imposible —dijo Eulogio.

-¡Quiá! Si pudieron meterlo, podemos sacarlo.

Cinto dejó el arma en el suelo, colocó su tea en el soporte de la columna IC, se arremango y empujó la escalera hacia arriba.

-Quítala, para mejor maniobrar.

-No te lo decía yo —repuso Eulogio.

La escalera desapareció, los tres soldados miraban hacia arriba. Por el hueco apareció la parte de abajo del cristal.

-¿Y ahora qué? Listos.

El fuego de la antorcha que Cinto había depositado comenzó a calentar una pequeña placa de oro que se encontraba oculta por la suciedad, lentamente fue recobrando el color dorado. Furones se acercó a la puerta, miró con rabia el exterior y la cerró poniendo la silla como tope para impedir que se abriese.

86

El sargento miraba entristecido el cadáver cubierto de Raúl mientras escuchaba de labios de De la Gándara todo lo que había ocurrido. Se frotó los ojos con fuerza y se sentó. El padre Juan miraba consternado el cuerpo descarnado de su animal.

-Lo sentimos Padre, pero el hambre pudo mucho. Y no era cuestión de dejar perder la carne —dijo Meroño.

-No, claro que no —miraba ido fijamente al frente— ¿Mis alforjas? —se giró tratando de buscar pero la mirada fija le impedía fijarse en las cosas.

-Ahí están padre —señaló José Ibeas un banco a su derecha- No se ha tocado nada.

-Gracias —el padre Juan se levantó y abrió una de sus alforjas sacando un enorme libro.

-Padre, comamos algo —Enrique trataba de animar al cura.

-No, gracias. Estoy ayunando —sonrió dulcemente— coma usted.

-Siento lo del mulo padre, pero es que...

-No tiene que disculparse sargento —interrumpió el cura— Vaya a comer y no se preocupe por mí. Lo que sí agradecería sería un poco de agua.

-Beba de aquí buen cura —Ibeas le lanzó su cantimplora.

Juan bebió deleitándose con cada gota, el hambre podía llevarlo bien, pero la sed no. Enrique se sentó en una silla junto a las ascuas con su trozo de carne y se alteró al escuchar tan de cerca los gritos que del exterior venían a través de la puerta abierta. El padre Juan pasó las hojas del libro con avidez, cerraba los ojos cada vez que llegaba algún grito del exterior o se escuchaba el ruido del viento recorriendo la nave, miró a los hombres, todos estaban tensos, cualquier ruido los alteraba y eran muchos los que se escuchaban. Pasó una hoja con fuerza y cayó al suelo un manuscrito doblado en cuatro cachos, se inclinó para recogerlo. Lo abrió y respiró aliviado por unos segundos, era lo que andaba buscando, un escrito que con una cuidada caligrafía contenía lo siguiente:

*"Dios Omnipotente,
que a los abandonados los haces habitar
en tu casa,
y concedes la felicidad
a los cautivos,
mira mi aflicción,
y ven en mi auxilio,
vence al enemigo inicuo
de modo que, superada
la presencia del adversario,
mi libertad alcance su descanso
y, restituido a la tranquila devoción,
pueda confesar que eres admirable
y que concediste a tu pueblo
la fuerza.
Por Cristo nuestro Señor. Amén"*

Lo leyó en voz baja, cerró los ojos y lo repitió, al acabarlo rezó un Padrenuestro. Por la sacristía aparecieron Cinto y Furones con uno de los cristales que apoyaron en una pared al llegar a la mitad de la nave, los ojos se les fueron a la puerta donde se encontraba el sargento asando la carne y hacia allá fueron corriendo parándose al pasar junto al animal.

Miraron a su alrededor, el ambiente estaba cargado. Caminaron despacio hasta llegar a la puerta. El sargento les hizo el gesto de que cortaran del animal y se acercasen. Cinto no se atrevió por lo que Víctor cortó dos cachos. Entraron en la nave discutiendo Pedro y Eulogio que al ver el otro cristal apoyado en la pared y a sus dos compañeros cortando la carne decidieron descansar. Antón entró portando un cubo que dejó frente a los cristales.

-¿Qué reza padre? —preguntó Mario sorprendido, al no reconocer lo que escuchaba.

-Unas líneas para pedir a Dios ayuda para combatir al demonio.

-Dígalas en alto que yo las repita.

El resto de soldados se reunieron alrededor del cura, éste fue diciendo las frases lentamente y esperando que ellos la repitieran. Dijeron la oración de esta manera un par de veces. Después el padre Juan dejó de hacer los silencios y los soldados trataban de repetirla.

-No hace falta que la repitáis, si queréis rezar otra cosa hacedlo.

Sólo un par de soldados se atrevieron a repetir lo que les acababa de enseñar el cura. El resto rezó lo que buenamente sabían: el Padre Nuestro, el Credo, el Ave María. Con los ojos cerrados y apretando mucho las manos subieron el tono de la voz en los rezos.

Durante unos segundos en la calle se produjo el silencio, y durante esos segundos el nombre, el rostro y la figura de una persona coincidieron en la mente de todos, el capitán Lequerica. Fuera las voces corearon un "A" *in crescendo* que alteró a los soldados que dejaron de rezar y abrieron los ojos para mirar a la puerta. Cinto cogió su cacho de carne de las brasas con la navaja, mordió y abrió los ojos como un búho al mirar hacia el altar, agarró la carne con los dientes y sacó la navaja para lanzarla con gran violencia.

El arma pasó rozando al sargento que miró al soldado con extrañeza aunque al girarse comprendió el porqué de su acción. A dos pasos del cadáver del mulo se encontraba Alfredo Lequerica que miraba a todos con expresión de sorpresa.

-¿Qué demonios es eso? —gritó Mario.

-Capitán... Alfredo —el sargento caminaba hacia el tendiéndole la mano— ¿eres tú?

-Creo que es uno de ellos —dijo el cura, que se levantó admirado.

-¡Es un demonio! —susurró Pío Otero.

-No, los demonios no se sienten cómodos en la casa del señor.

Alfredo miraba a los dos hombres que se acercaban a él, el cura le rozó la cara y Enrique le cogió de las manos. Fuera continuaban con su atonal "A". Los soldados miraban fascinados y aterrados a su capitán.

-Subid y poner esos cristales —ordenó el sargento.

-Pero Enrique...

-Ni peros ni peras, hacedlo. Ayudadles —gritó alterado— Subid todos los que no estéis lisiados.

-Pues a mí me duele aquí —dijo socarronamente Ibeas poniendo una sonrisilla en el rostro de varios compañeros y una mirada del sargento que hizo que se le curasen todos los males.

Tardaron bastante en decidir quién y cómo se cogían los cristales y bastante más en llegar a la puerta del campanario ya que durante todo el recorrido no dejaron de mirar hacia el capitán. El último en subir fue Antón con el cubo. Quedaron en la iglesia sólo cinco personas.

-Alfredo, Alfredo responde —Enrique hacía sonar los dedos frente a los ojos del capitán.

-¡Quema, quema! —gritó el capitán asustando a los presentes. Se levantó de un saltó y comenzó a quitarse la ropa mientras caminaba hacia el altar.

-¡Está loco! —gritó Meroño.

Al llegar frente al altar se detuvo, miró fijamente y asintió con la cabeza un par de veces. Se tumbó en el suelo bocabajo con la frente apoyada en las manos.

-Padre, dice que me dé la otra sotana que lleva —dijo con una extraña calma Lequerica.

-¿Quién lo dice? —preguntó extrañado el cura.

-El —señaló con la cabeza al mismo lugar en el que Raúl vio a alguien que nadie más vio.

-¿Quién? —Juan dejó la ropa junto la cabeza de Alfredo.

-Miguel dice que se llama —asintió con la cabeza y se incorporó para ponerse la ropa— dice también que vosotros le conocéis como un arcángel.

-Eso no puede ser verdad —refunfuño el sargento.

-Certum est quia imposible est —el cura miraba hacia el altar.

-¿Qué?

-Que es cierto porque es imposible —sentenció Juan Roma.

-¿Ha venido a ayudarnos? —quiso saber Enrique.

-¡No!

El tono directo y seco con que lo dijo les sorprendió a todos.

-¿Entonces... —dijo el cura levantándose.

-¡Moriremos todos! —Enrique se llenó de temor.

-No, pero hicisteis mal llegandoos a este pueblo. Está maldito.

87

En la sala del cimborrio algo extraño ocurría, la única tea encendida era la de la columna *IC*, la placa de oro refulgía con un brillo muy intenso despidiendo un hilo de luz hacia una placa del techo que la rebotaba a su vez a otra placa en el suelo que la refractó hacia un cristal en lo alto de la pared que daba al campanario. El rayo de luz cortó la niebla en su trayecto hacia el campanario donde se encontraban los soldados poniendo los cristales a la campana.

-A ver, el Cristo estaba aquí. Ahí la cruz —dijo Antón.

-¿Seguro? —Mario sujetaba el cristal por dentro de la campana.

-Sí, sí. Seguro —Antón pasó el cubo a Pedro— Ahora recubre bien los bordes con esto, al menos es lo que ponía en ese papel.

-Ya, ya. Me lo has dicho tres veces —Pedro metió la mano en el cubo, el tacto era asqueroso cerró los ojos y sacó un buen puñado que fue extendiendo por los bordes del cristal en el interior de la campana- Aparta un poco.

-Si me aparto el cristal casca de nuevo. Abre los ojos y haz las cosas bien anda —dijo Mario enérgicamente.

Pedro abrió los ojos y empleando las dos manos fue esparciendo la masa. Necesitó de tres intentos para dejar el círculo sellado completamente.

-No entiendo por qué no podemos estar abajo —protestó Cinto.

-Mira, acabemos esto. Cuanto antes hagamos sonar la campana antes bajaremos. Así no pondrá ninguna pega —dijo De la Gándara.

Los seres se encontraban inquietos, gritaban con más fuerza. Antón observó el rayo de luz, puso la mano en su camino y se volvió para ver hacia donde se dirigía.

-¿Os habéis fijado? —dijo Antón moviendo la mano, nadie le miró.

-¿Está bien limpio el borde? —preguntó Esparza.

-¡Sí! —respondió De la Gándara.

Subieron el cristal y lo acoplaron, Pedro metió la mano en el cubo con bastante asco y recubrió los bordes poniendo más cuidado que en el otro cristal.

-Ya está, ahora haz que suene Antón —dijo Pedro limpiándose las palmas de las manos en la espalda del muchacho.

-Mira esta luz —dijo el muchacho absorto.

Pedro puso la mano en la luz igual que Antón, el resto de compañeros se fijaron ahora en ella.

-Creo que servía para iluminar los cristales —hizo un gesto con la cabeza, la campana estaba demasiado baja- Habría que subirla.

Pedro giró la mano poniendo directamente a la luz la parte de la mano que aún conservaba restos del mejunje, la mano comenzó a calentarse. No podía moverla y aterrado observaba como se ponía incandescente, trato de moverla usando la otra mano que al recibir la luz del rayo se paralizó y calentó de igual modo.

-Socorro, ayudadme —gritó Pedro.

Los compañeros miraban fascinados, no sabían qué hacer, el cansancio y el sueño les tenían mermados los reflejos. El pequeño Ibeas se tiró al suelo y rodó haciendo caer a Pedro que en el momento de tocar el suelo estiró las manos y se las sopló tratando de apaciguar el dolor y rebajar el calor.

-¿Quema mucho? —preguntó Cinto.

Pedro le agarró de los mofletes, Cinto se asustó al sentir las manos frías de Pedro.

-¡Si están como las mías! ¡Heladas!

Los soldados miraban sorprendidos las manos incandescentes de Pedro, que parecía no creer lo que su compañero acababa de decir. Moa se arrodilló y cogió las manos por ambos lados asintiendo.

-Sí, están frías.

-No puede ser, a mí me arden —dijo Pedro levantándose. Se puso las manos en las mejillas y las sintió en efecto frías.

-Vamos abajo —dijo Moa— tengo un ungüento que podrá aliviarte.

-¿Bajamos también nosotros? —preguntó Ibeas.

-No esperad, vamos a hacer sonar la campana y a intentar un experimento —Antón habló de una manera tan seria que los demás ni se movieron.

De la Gándara tiró de la campana, la enorme masa de bronce se balanceó con fuerza pero no se escuchó su característico sonido. Todos se tumbaron en el suelo y miraron perplejos y cautelosos al interior, aunque la campana se movía el badajo permanecía quieto siempre a la misma altura.

-Esto es rarísimo —sentenció Cinto.

-Ayudadme, parad la campana —pidió Antón.

Les costó poco esfuerzo pararla entre todos. Antón se metió en el interior e intentó mover el badajo, que al igual que la vez anterior al llegar a tocar el cobre salió disparado hacia otro lugar.

-Yo ya no me sorprendo de nada —dijo José Ibeas y se puso a silbar.

-Ya sé que pasa —Antón sonreía con los ojos cerrados del cansancio.

-¿Qué? —preguntó Esparza que estaba sentado en el suelo medio dormido.

-Tenemos que subir más la campana, que la luz de en el cristal.

Nadie dijo nada durante unos segundos parecían a punto de caer dormidos en cualquier momento.

-¿Tú y quien más? —preguntó Mario bostezando.

-Pues yo y todos.

-¡Hala, vamos! —vociferó Ibeas despertando a todos.

Los soldados adormilados se dirigieron a la campana, De la Gándara se pegó un par de bofetones para despejarse.

-¿Te ayudo yo? —dijo sonriendo Gil Cardona.

-Vaya estropicio vamos a armar, más te vale que funcione —amenazó Furones, abría mucho los ojos tratando de no quedarse dormido.

-Vamos desatando los nudos ya hechos, aguantamos y clamamos las alcayatas en un sitio más adecuado —Antón se sentía feliz dando órdenes.

-Por tu bien vecino, espero que eso valga para algo —dijo Mario frotándose los brazos con vigor.

-¡Valdrá! —se limpió las gafas y apartó el cubo del mejunje que estaba en medio del campanario.

88

Alfredo, ya vestido, se encontraba sentado en el primer banco mirando fijamente hacia el altar. Varios bancos detrás, sentados también, se encontraban los demás, todos en silencio.

-Entonces ¿cómo pudo ser que saliera el cobarde de Azaña?... ¿y el gabacho? —Enrique se revolvía en el banco.

Alfredo asintió a lo que le contestaban desde el altar.

-La maldición primera de este pueblo consistía en que las gentes que lo habitaban no pudieran salir de él... Pero las de fuera tampoco entrar. Existe una especie de "encantamiento" para que de ninguna manera pueda ser encontrado.

-¡Pero lo hicimos!

-Ese "encantamiento" desaparece al llegar la noche, momento en que se convierte en una salvación para las personas que aterradas por los aldeanos buscan refugio.

-¿Pero cómo salieron? —preguntó bruscamente Enrique.

-Cualquier persona que no sea del pueblo puede salir libremente y eso hicieron. Denis y el traidor se habían convertido en gente del pueblo al comer de sus alimentos pero se les dejó salir para llamar vuestra atención.

-¿Quién le dejó...?

Aparecieron Moa y Pedro.

-Pedro —el capitán habló en voz baja pero todos en la iglesia le escucharon— acércate al altar.

El soldado caminó lentamente, se detuvo al llegar donde se encontraba Alfredo y volvió a andar al ver como éste, sin mirarle, gesticulaba con la cabeza indicándole que continuase.

-Extiende las manos —ordenó Alfredo.

Pedro obedeció, continuaban incandescentes el dolor estaba a punto de hacer que se desmayase. El soldado se sorprendió al sentir como alguien le cogía de las manos y como parecía acariciarlas, rápidamente las manos fueron tomando su aspecto habitual. Pedro quería llorar pero no podía, fue arrojándose con las manos aún en alto. Alfredo se levantó y se dirigió al campanario. Todos menos Pedro le siguieron.

89

La campana ya estaba a la altura adecuada. Los soldados tensaron bien la cuerda y acabaron de hacer el trabajo lo más rápidamente posible.

-Pasa algo raro —De la Gándara miraba el interior de la campana— No atraviesa la luz el cristal, debe ser muy grueso.

Antón se fijó en como el haz de luz pasaba el cristal de un lado a otro y señaló con el dedo para que miraran lo que pasaba. El cristal ya estaba iluminado por la mitad. Cada vez que el haz tocaba el borde del cristal emitía un destello de colores diferentes, naranja, azul, verde...

-Es bonito —dijo Laínz.

Volvieron a mover la campana con intención de hacerla sonar, el badajo continuó quieto. La atención de los soldados pasó del efecto lumínico del cristal al tranquilo caminar de su capitán que habiendo entrado al campanario se dirigió sin prestar atención al adarve.

-¡No capitán, no salga! —gritó Cardona.

Todos hicieron gesto de ir a impedirselo pero nadie se atrevió a dar el primer paso. Alfredo recorrió tranquilo la mitad de la muralla. El cristal se cubrió de luz y se produjo un fogonazo que iluminó el interior de la torre e hizo caer a los numerosos seres que había agarrados a las paredes o subidos en el techo. Del primer cristal salió un fino haz de luz que comenzó a rellenar el otro, pero en este el haz comenzó su periplo en la parte baja.

El ruido de los altareños golpeando el suelo sacó de su embelesamiento a los soldados que se encontraban mirando la campana. Los seres volvieron a subir por las paredes en el más absoluto sigilo.

-¡Han caído! —dijo Meroño dirigiéndose al adarve.

-¿Seguro? —Furones no estaba muy seguro, pero le acompañó.

Salieron al exterior, la niebla había espesado tras el fogonazo y la humedad en el ambiente era tal que creyeron que estaba lloviendo. Cuatro pasos dieron cuando sintieron que tras ellos el escaso espacio que había hasta alcanzar el campanario se había llenado. No sabían de qué pues la niebla les impedía su visión.

-Chicos ni se os ocurra salir —gritó Furones poco antes de sentir un tibio bufido que le despeinó.

-Están aquí... están por todos lados —Meroño movía los brazos tratando de golpear alguno de los cuerpos que sentía junto a él, pero nada aparte de la niebla golpeaban sus entablillados brazos.

-¡Corred hacia aquí! —gritó el sargento.

-Disparad, disparad... Se les puede matar... disparadles —mandaba Furones que cada vez notaba los cuerpos de los seres más cercanos.

Cinto cogió el fusil, lo cargó y se santiguó pues pensaba que no iba a disparar. Apretó el gatillo y la suerte hizo que el arma funcionase, el proyectil atravesó la niebla velozmente alcanzando en el hombro de quien pedía ayuda.

-¡Vaya puntería! —dijo Furones poniendo la mano en la herida

-¡Si se les podía matar! —Cinto miraba atónito a sus compañeros.

Gritó aterrado Furones segundos antes de que uno de los seres le agarrase y se lanzase con él por la muralla. El soldado notaba como caía y mordió ferozmente la cara de quien le sujetaba desistiendo al segundo. Cerró los ojos en el mismo instante que su cabeza chocó contra el suelo.

-¡Capitán haga algo!

Imploró Meroño al ver tras él a Alfredo que quedó paralizado cuando una dentellada le arrancaba el cuello al de Pineda. Alfredo cerró los ojos y sintió la respiración de varios seres en su cara.

José Ibeas arrancó el arma de las manos de Cinto y poniéndose frente la salida al adarve descargó con furia la bayoneta en la niebla. Pudo sentir como el metal penetraba en algo y todos pudieron escuchar el grito de dolor del ser. Ibeas sonrió mirando al grupo y volvió a atacar.

-Los tiros no les hacen nada, esto en cambio sí.
Acometía a lo loco y sin suerte, un par de soldados bajaron a por más armas. Antón observaba como el haz rellenaba el segundo cristal que ya estaba iluminado por algo más de la mitad.

-¡Otro!

Ibeas sonrió, el arma había topado con algo y un líquido azul negruzco caía por ella. Tiraron del arma hacia fuera, José la soltó pero el fuerte impulso con que tiraron le hizo perder el equilibrio y en dos pasos salió al exterior donde le esperaba la bayoneta, que le atravesó la cabeza. El cuerpo de José desapareció antes que sus compañeros pudieran reaccionar. Nadie dijo nada, ni siquiera preguntaron si estaba bien ya sabían la respuesta. Se mantuvieron en un silencio tan opresivo como el que les rodeaba, nadie levantó la vista del suelo hasta que un nuevo fognazo les hizo saber que el segundo cristal ya se había iluminado completamente. Alfredo aprovechó para ponerse a salvo en el campanario.

La luz que salió del cristal fue atravesando la niebla horadándola, pocos segundos después todos pudieron ver un pequeño trozo del cielo. Un trozo del tamaño del cristal que mantuvo a los altareños atontados mirando desde el suelo de la plaza algo que ya ni siquiera recordaban que existía.

-¡Ha desaparecido! Lo que sea que hubiera ha desaparecido —Gil Cardona tenía los ojos llenos de lágrimas.

-¿Cómo? —preguntó De la Gándara que acababa de llegar con las armas.

-Este segundo resplandor, seguro que ha acabado con lo que hubiera fuera. Si no se veía el cielo.

Un zumbido procedente del interior de la campana les sobresaltó. Antón se asomó, el badajo giraba a gran velocidad en el centro sobre sí mismo.

-¿Habéis visto? —Esparza señalaba al cielo— se ven las estrellas.

Los soldados se arremolinaron para verlo. La felicidad se imponía al cansancio y al miedo en su rostro, una placida sonrisa en la cara de todos y una esperanza... si veían las estrellas podrían salir de allí.

-Bajemos —gritó Cardona— se verá mejor.

Marcharon con él Miñambres y Esparza.

-Pero qué decís. Se verá mejor desde aquí, en lo alto —gritó el sargento.

-Se verá mejor en otro lado —se escuchó a Cardona— ahora que somos libres para salir.

-Pero ¿cómo sabes que no hay nadie en la plaza? —el sargento no esperó la contestación.

Antón volvió a mirar el interior de la campana al parar el zumbido. El badajo giraba en paralelo a la campana acercándose lentamente al metal alcanzando en cada vuelta más velocidad.

90

En la sala del cimborrio las teas se movían acompasadas por una corriente que salía del desván que con la trampilla aún bajada y la escalera saliendo o entrando en el y la oscuridad que parecía desprender llamó la atención de los tres soldados que acababan de llegar, Miñambres movió la tea que portaba tratando de espantar espíritus.

-Bien, si preguntan diremos que salimos a la plaza —dijo Cardona.

-¿Y si nos han estado llamando? —Miñambres se mostraba perplejo.

-Diremos que no les escuchamos.

Cardona cogió la tea de la columna *IC* y temeroso se acercó a la escalera, subió dos peldaños y no se atrevió a avanzar más. La certeza de que alguien o algo les observaba desde arriba le hizo retroceder. Sus dos compañeros también se inquietaron mientras observaban a Cardona bajar los escalones.

-Mejor no subas —dijo Rodrigo tirando de él sin dejar de mirar el desván.

-Sí, y mejor vayamos a la plaza —Gil desvió su mirada del oscuro hueco hacia la silla, los recuerdos que le llegaron quitaron toda gana de apartarla— no sea... que nos llamen.

Bajaron los tres las escaleras corriendo, no quisieron mirar atrás hasta que se encontraron a salvo en la iglesia. Frente al altar, arrodillado, se encontraba Pedro rezando, se sorprendieron porque minutos antes no se habían percatado de su presencia. Recorrieron el templo caminando deprisa con la mirada puesta en la puerta que llevaba al campanario y echando miradas curiosas a su compañero. Al llegar al portón se detuvieron.

-Aquí estamos, vivos. Veis como no pasa nada —gritó Cardona mirando hacia el campanario.

-Algo ha pasado —escuchó decir al sargento.

-¿El qué?

-La luz ha desaparecido, ya no se ven las estrellas.

Los tres soldados salieron a la plaza, mirando apenados el cielo.

-Pero ¿cómo ha pasado? —preguntó Esparza.

-¿No lo habéis visto? Si cuando pasó ya teníais que estar fuera —contestó de la Gándara.

-Tuvimos un pequeño percance.

91

-Ya, ya ¿y no hay nadie por ahí? —la voz del sargento se escuchaba preocupada.

Antón y Moa miraban la sorprendente evolución del badajo que ya estaba a punto de rozar la campana. El chirrido del roce coincidió con el de los golpes que recibió la campana al impactar en ella las cabezas de Cardona, Miñambres y Esparza. El badajo hizo sonar la campana y se escucharon los gritos de furia de los altareños. Moa que se encontraba junto a la cuerda tiró de ella con fuerza, la campana produjo su característico sonido y los soldados reaccionaron con una cansada aunque sincera sonrisa y unos abrazos desganados. Alfredo y el padre Juan bajaron a la iglesia.

-Haremos guardias para hacer sonar la campana —Enrique miró a los ojos de Antón— Tú primero. Los demás coged las cabezas y bajemos a descansar.

-¿Cuánto tiempo estaré aquí? —preguntó Antón.

-No sé, tócala cien veces y baja —desapareció por las escaleras.

Antón esperó hasta que el sonido casi hubo cesado para volver a tañerla.

-Una —se sentó en el suelo, miró al cielo, torció el gesto al no poder ver las estrellas y entornó los ojos.

-¡Antón!

El muchacho se sobresaltó al escuchar la voz grave de Mario, su paisano, que sonrió al ver la cara de susto.

-Ha dicho el capitán que nos quedemos dos aquí.

-Bien, siéntate —tiró de la campana con fuerza.

92

Sólo quedaban despiertos Enrique y Alfredo los demás dormían. Enrique recordó la pregunta que no había podido terminar antes sobre la liberación de Denis.

-¿Para qué? —tumbado en el primer banco el sargento meneó su bigote.

-Para hacer que temiesen.

-¿Quiénes? —bostezó.

-Los altareños. Después de convertirles en esos seres en vez de compungirse, de mirar dentro de ellos y tratar de averiguar qué hicieron mal creyeron lo que ese loco les dijo, que eran invencibles. Dejaron de temer —inspiró hondamente— y hasta los demonios temen.

-Poco miedo nos tendrán, no llegamos a la decena de soldados. Las armas de fuego no les hacen nada.

-Pero ahora ya sabrán que son mortales. Enrique una vez fuera has de procurar que nadie nunca entre a este pueblo, promételo.

-iLo prometo! —cayó dormido, Alfredo se levantó.

Dos horas transcurrieron rápidamente. Un par de relevos para tañer la campana llevaron al amanecer y con este una nueva y desagradable sorpresa, el ruido de una roca impactando con el frontal de la cantina despertó a todos. Rápidamente se escuchó la campana.

-Debéis marchar ya —Alfredo caminaba por El Altar mirando hacia ese punto— Pasada la noche marchan a descansar, se han acostumbrado de esa manera.

El cansancio se notaba en los soldados que caminaban arrastrando los pies o, sentados en los bancos, miraban hacia su capitán sin saber que decía.

-Destrozarán la iglesia si marchamos —exclamó De la Gándara.

-No pueden entrar aquí —Alfredo giró la cabeza.

-Tienen esa catapulta —Moa se levantó del banco instintivamente al dar una cabezada y presentir que podía quedarse dormido.

-No harán nada mientras suene la campana —Alfredo hablaba conciliadoramente— y para eso estaré yo aquí. Sonó de nuevo la campana.

-Y yo —el padre Juan se puso junto Alfredo.

-Pero esa catapulta —Antón miró hacia la puerta.

Pedro se levantó del suelo y corrió hacia su mochila, extrajo el paquete con pólvora que tenía preparado, se puso en la cintura el sable del capitán que había guardado cuando éste se convirtió en occiso¹⁷ y ante la atónita mirada de todos se dirigió a la salida.

-¡Pedro! —gritó el sargento. El soldado se detuvo— ¡Adiós!

Sendino cogió una tea y salió. La niebla clara le permitió ver algo increíble, la plaza estaba llena. No recordaba si por la noche cuando llegaron la plaza estaba así, porque no se veía, pero el verlo de esa manera le sobrecogió. Tragó saliva y comenzó a andar con la frente bien alta. Los altareños se apartaban a su paso.

-¿Y bien? —Esteban se interpuso en su camino— ¿Quién ha salido? Ah, un simple soldado.

Pedro le apartó de malos modos y continuó el camino. Se detuvo junto a la catapulta, sacó el paquete de pólvora y enlazó la mecha. Subió a la catapulta y dejó la pólvora a sus pies. La mecha se iba consumiendo lentamente.

-Acabad con él y apagad esa velita —gritó Esteban que observaba como se gastaba la mecha sin saber que era.

Fueron más de diez los que atacaron con furia a Pedro, pero éste se defendía con bravas estocadas haciéndoles retroceder. Uno de los altareños se lanzó sobre él, pero Pedro clavó certeramente la espada en su corazón. Cada vez más gente se encontraba junto a la catapulta. Pedro miró la mecha, ya estaba gastada.

-¡Santiago y cierra, España! —gritó segundos antes de que hiciera explosión la pólvora.

La plaza se vació porque los altareños temieron que volviera a repetirse. Esteban, el alcalde, miraba sorprendido los destrozos de la onda explosiva. Los cuerpos de cuatro altareños estaban completamente destrozados pero seguían moviéndose. Otros tantos tenían amputados miembros, a uno le faltaba media cara y la buscaba arrodillado. Esteban topó con el cacho que le faltaba se agachó para cogerlo y sujetándole la barbilla con fuerza le puso el pedazo de carne en su lugar correspondiente.

-¿Por qué no morís malditos? —lanzó el rostro, el altareño quiso ir tras el cacho pero el alcalde le tenía fuertemente

¹⁷ Occiso = Muerto violentamente.

sujeto— ¿Acaso he de temeros ya de por vida? —le soltó, el vecino se giró y desapareció en la niebla.

-¿Quién ha dicho que la campana deje de sonar? —se escuchó decir al sargento.

-¡Es que estamos todos aquí abajo! —protestó Laínz.

-¡Ah!

-¡Buenos días soldados! —gritó Esteban dirigiéndose a la iglesia.

-¿Qué tienen de buenos? —preguntó David Laínz.

-Pues que puede que —se interrumpió al notar chocar contra él a Zebedeo que cayó al suelo. El muchacho miró al alcalde aterrado, pero éste le ofreció la mano y le ayudó a levantarse— como decía son buenos porque hoy puede que vayáis a reunirlos con vuestro Dios.

-Es una pena que tú no tengas que así podrías reunirte con Él también.

La voz del capitán sorprendió a Esteban. Habían hablado poco pero le reconoció enseguida.

-Capitán, sois uno de los nuestros —exclamó alegremente sorprendido— salga fuera e únase a nosotros.

Zebedeo se acercó lo más que pudo a la entrada de la iglesia y al ver al capitán sintió una gran alegría.

-No puedo salir de aquí —Alfredo miraba hacia donde presentía estaban los ojos del alcalde— Vosotros, malditos, fuisteis creados fuera y no podéis ni queréis pisar lugar sagrado —bajó un escalón— yo, no puedo salir de la iglesia y pisar lugar maldito.

Moa salió a la plaza tenía mucha sed, sentía que las fuerzas iban a fallarle en cualquier momento y los labios secos parecían guiarle al sonido del agua que caía de la fuente en medio de la plaza.

-Capitán, ¿puedo beber de esta fuente? —preguntó mientras caminaba arrastrando los pies por la plaza.

-Sí puedes, pero no bebas en exceso.

El soldado Moa asintió con la cabeza, a pocos pasos de la fuente un grupo de lugareños se junto para impedirle llegar.

-Apartaos por favor. Por el amor de Dios —suplicó Javier.

-Tenemos un dicho —dijo Josín— Al enemigo ni agua, que la anda buscando para ahogarte.

Acto seguido empujó al derrotado soldado, que sacando fuerzas del orgullo desenvainó su sable a mitad de recorrido.

Al nuevo empujón del moro respondió el soldado sacando otra cuarta el sable.

-¿Ocurre algo? —preguntó Quintero.

-¡Nada! —gritó el soldado— que no pueda solucionarse con buenos modos.

Otro empujón con más fuerza hizo caer al soldado, que sacó su arma por completo al tocar el suelo con sus posaderas.

-Sargento, ahora sí pasa algo.

Javier se levantó del suelo con la vista fija en el lugar donde suponía estaba su contrincante.

-Coge a los hombres, tratad de ayudarle y marchad ya, recuerda lo prometido —ordenó Alfredo.

-¡Vamos! —el sargento movió la cabeza y sacó su sable.

Los soldados salieron de la iglesia, iban desarreglados mirando asustados a su alrededor. Sólo uno de ellos, Antón, llevaba a la espalda la mochila. Los altareños se juntaron dificultando el paso de los soldados.

-Poco antes de venir a España, regalome mi tío esta hermosa cimitarra. Trájola de moi lejos —puso el filo de la hoja en la oreja derecha de Moa, que se asustó al no haber sentido cómo se acercó Josín— ¿Qué arma hará más daño? —levantó la cimitarra y la bajó.

El silbido que produjo fue lo último que escuchó el soldado antes de caer de rodillas al suelo. Se tapó esa parte de la cara con las dos manos, no gritó. Josín sonrió.

-Non debes preocuparte, que agora tu cabeza dirá facer compañía a la tu orella.

Alzó la cimitarra con una sonrisa en la cara de oreja a oreja, cogió impulso y se dispuso a realizar lo que había dicho. En el mismo instante que la cimitarra acertaba la frente del Moa, el sable de éste entraba en el cuerpo del moro por la parte más sensible de los hombres. Josín se sorprendió al sentirlo, entrando en cólera al escuchar unas risas detrás suyo y un par de comentarios jocosos. Descargó su arma sobre la cabeza del soldado español cinco veces, destrozándola por completo.

-Estúpido —gritó— estúpido —se sacó el arma de Moa con bastante trabajo, apartando a quienes querían ayudarle— ¿acaso non sabias que soy inmortal? —pateó el cadáver.

-O no recuerdas lo que pasó anoche o tú eres realmente el estúpido —el elevado tono de voz de Enrique acalló al moro.

-¿Qué, —se limpió los labios— qué pasó anoche?

-¡Esta noche hemos acabado con varios de vosotros!

Todos se sorprendieron. El grupo que aprisionaba a los soldados fue disgregándose sorprendido por la noticia, por lo que estos aprovecharon para seguir avanzando.

-¿Qué dices? —Esteban sonreía con los ojos abiertos como platos.

-Zebedeo, ve con ellos. Ayúdalos a salir —dijo el padre Juan al oído del muchacho que obedeció al momento.

-¡Qué no sois tan superiores como creáis! —Alfredo elevó la voz— puede que ahora disfrutéis de una aparente superioridad. Perdisteis el miedo y sabed que hasta el demonio teme. Dios no hace más fuerte a quien no se lo merece, no da privilegios a aquellos que no le respetan y veneran. ¿Acaso creáis que os había hecho un favor haciendo de vosotros esas criaturas?

-¿Por ventura non lo fue? Son más fortes, más arines¹⁸, son aterradores en la apariencia.

-Sí, pero su fuerza es también su debilidad —Alfredo puso las manos sobre el pecho— Sabed que cuando más miedo causáis, cuando más fuertes os sentís es cuando más daño puede hacerseos.

-Eso es mentira —Josín tenía los ojos enrojecidos, miró a su alrededor con ira que le aumentó al no ver a los soldados— Nos engañó para dejar escapar a sus compañeros. Vamos, está pronta la añecha.

La plaza se vació, en un instante todos fueron niebla. El padre Juan caminó hacia la fuente temeroso, mirando a su alrededor a cada paso que daba.

-Están aquí mosén —escuchó la voz del alcalde proveniente de algún lugar a su izquierda.

El cura se acercó, tanteó cuidadosamente el suelo con los pies y al topar con el cadáver de Moa exclamó aliviado santiaguándose.

-¿Qué es la añecha? —preguntó mientras cogía los brazos del soldado.

-Es el momento en que todos descansan. Descansamos —el alcalde se alejaba hacia su casa— va a ser muy desgraciado aquí padre.

-Puede —dijo en voz baja.

¹⁸ Arines = ágiles

-¡Morirán! —se escuchó decir al alcalde en la lejanía— Nadie vendrá en su ayuda porque no saldrán vivos de aquí.

Juan movió la cabeza negando.

-¿Qué hará con él, Juan? —preguntó Alfredo.

-Qué pregunta, —el cura soltó el cadáver al llegar a la iglesia y respiró hondo— enterrarlo. Anda ven y échame una mano. Has de aprender, porque yo moriré y tú quedarás como cura de este pueblo.

El padre Juan se sentó en el escalón y rompió a llorar.

93

Enrique se apoyó en el crucero, miró hacia atrás y se sorprendió al no ver el pueblo.

-¡Socorro! —gritó Mario de la Iglesia mientras avanzaba por encima de las cabezas del grupo.

El sargento se agachó en el momento que Mario destrozó la parte superior de la cruz con su cabeza. Los soldados escuchaban el silencio, tenían los nervios a flor de piel debido al cansancio y al sueño.

-¡Sargento, la cueva! —gritó Pío echando a correr.

-La gruta, la gruta, la cueva —se escuchaba repetir a los altareños.

Pío tropezó, la cara recibió el golpe contra una roca y se rompió la nariz. Asustado se sentó y palpó el suelo tratando de localizar lo que le había hecho caer. Al encontrarlo dio la voz de alarma.

-Sargento, Laínez ha muerto.

-Ha muerto, ha muerto, ha muerto —repetían las voces en ese tono sin sentimiento de la voz.

Trató de levantarse el soldado con tan mala fortuna que debido al impulso volvió a caer. Pero esta vez ninguna parte de su cuerpo tocó tierra, permanecía elevado a unas pulgadas.

-¡Oh no, no, no! —gimoteó.

Feroces dentelladas fueron destrozándole la cara.

-Corred, resguardaos —acertó a decir segundos antes de que se le abriera la garganta y algo tirase de la lengua para sacarla fuera.

El resto del grupo corría hacia la cueva, acompañado de invisibles empujones, mordiscos, cortes. Los primeros en

llegar fueron Zebedeo y Antón, tras ellos llegó Enrique que llevaba cogido por el hombro a Cinto de Andrade. Antón se dirigió a la fuente a beber y a coger agua para curar las heridas de sus compañeros.

-De la Gándara, corre. Entra —el sargento se dejó caer en el suelo acompañado de Cinto.

Manuel de la Gándara permanecía en la entrada de la gruta, tenía la cabeza quieta, rígida. Miraba hacia atrás con el rabillo del ojo.

-Mi sargento, no puedo...

Comenzó a elevarse. Tenía una sonrisa en el rostro producida por algún altareño que tiraba de la piel hacia atrás. Al llegar a media altura la piel de la cara cayó al suelo. El sargento encogió las piernas. Un agradable sonido, como el de mil diminutas campanillas recorrió la cueva. El cuerpo de De la Gándara cayó bruscamente al suelo abriéndosele el cráneo.

-¡Llegó la ñeche! —sentenció Zebedeo.

El sargento no quiso preguntar que era eso, el campanilleo seguía sonando y el aire se llenaba de olor a rocío.

-¡Cinto levanta! —el sargento se levantó y al ver el boquete en la espalda de su compañero se mordió los labios de rabia.

-Non se preocupe por ellos, se lo diré al capitán y al cura y los darán cristiana sepultura. Ahora deben salir de aquí.

-¡No puedo dejarles así! —sollozó Enrique.

-¡No puede hacer nada! —Zebedeo le apartaba de los cadáveres— Salga y advierta al mundo, vengan aquí con más gente y acaben con ellos.

El sargento avanzaba mirando hacia atrás movido por los dos muchachos. Al llegar a la fuente se detuvieron.

-Sargento, beba agua y échese la por las heridas, sanarán.

Zebedeo miró sorprendido al muchacho y luego al sargento que obedeció. El agua bajó teñida de sangre durante unos segundos.

-Muchacho, hazme un favor.

-¿Cuál?

-Nosotros saldremos solos, tú ve por el padre Juan y enterradlos.

-Non, yo debo...

-Tú debes obedecerme, hazlo. Corre. ¡Avisa al cura! —ordenó Enrique empujando al chaval, que lo miraba con una mezcla de miedo y preocupación.

-¡Ve! —dijo tranquilizadamente Antón.
Zebedeo retrocedió mirando como los dos soldados salían de la cueva, se detuvo al pasar junto a los cadáveres y salió corriendo en dirección al pueblo.

94

Poco después de salir de la cueva Enrique y Antón quedaron sorprendidos. La niebla se oscurecía, el tono grisáceo cambiaba a negro, era aún más difícil ver por donde se pisaba. Para no perderse el sargento recurrió al truco de atarse, para el que usaron un cacho de cuerda que llevaba Antón en la mochila. La humedad y la falta de visión causaban mareos a los dos haciéndoles detenerse cada poco a devolver o a descansar. De vez en cuando cerraban los ojos para relajarse, al fin y al cabo, pensaban, veían lo mismo con los ojos abiertos que cerrados.

-Descansemos otro poco aquí —el sargento apoyó la frente en el tronco de un árbol.

-Sargento, ¿saldremos de aquí? —Antón se sentó en el suelo.

-Claro, sólo tenemos que caminar recto y encontraremos la salida.

Antón no respondió y eso inquietó al sargento que pensaba que algo le había ocurrido.

-¡Antón! —exclamó sin elevar la voz.

-¿Qué? —dijo el chico cansadamente

-Nada, volvamos a caminar. Y no pares de hablar.

El muchacho se levantó.

-¿Por qué llevas la mochila? —Enrique tocaba cada árbol que tenía a su derecha.

-Llevo en ella tres o cuatro cosas importantes.

-¿Cuáles?

-Llevo el libro donde Vizcaíno apuntó nuestros nombres, llevo un par de libros que encontré en la iglesia y...

-¿Y? —el sargento se detuvo para rascarse la pierna.

-Un mapa, un mapa extraño de la zona. Lo único que me dio tiempo a distinguir es que señala el emplazamiento de dos reliquias.

-¡Sé dónde están. Yo las he visto! —volvió a caminar.

La caminata se hacía a cada momento más inaguantable. Los árboles desaparecieron, Enrique en un primer momento entró en depresión pero sonrió y comenzó a respirar deprisa, entrecortadamente.

-Ya queda menos, ya queda menos —gritaba acelerando el paso.

Pocos metros después de nuevo una arboleda a ambos lados de la senda. El sargento soltó un largo bufido, se rascó la cabeza y continuó caminando. No quería desmoralizar al muchacho, pero comenzaba a pensar que no saldrían vivos de la niebla. Cerraron los ojos ambos al tiempo, el dolor se estaba haciendo insoportable querían echarse y descansar dejar todo y esperar el momento en que el pueblo estuviera de nuevo a la vista para entrar en la iglesia y esperar allí la muerte.

Pasados un par de minutos Enrique notó como debajo del pie con el que iba a avanzar no había nada, pero lento de reflejos avanzó llevando con él en la caída al muchacho.

Abrió los ojos y comenzó a gritar, Antón hizo lo mismo. Se encontraban en el campo de girasoles. Sonrieron entre llantos, se abrazaron y rápidamente salieron al camino donde se tumbaron a descansar. El cielo estaba cubierto de nubes, la llovizna pareció no molestarles en absoluto.

-¿Qué hacemos muchacho, descansamos un rato o marchamos a tu pueblo? —el sargento hablaba con los ojos cerrados.

-¡Descansaremos mejor bajo techo! —repuso Antón levantándose.

Comenzaron la caminata, cada cierto tiempo miraban hacia atrás para asegurarse que se alejaban del maldito lugar. Media hora después, tuvieron que abandonar la senda por la que andaban al escuchar ruido de gente que se acercaba.

-¿Seguro que están cerca?

Enrique trató de recordar durante unos segundos de quien podía ser esa voz. Sonrió, la voz de Amador Sarasate era inconfundible.

-¡Estamos aquí! —gritó el sargento.

El ruido del grupo se convirtió en silencio que rompió un trueno y la tromba de agua que comenzó a caer en ese mismo instante.

-Soy yo, Enrique. Enrique Quintero.

No hubo contestación, Enrique comenzó a toser. Antón cerró los ojos quedándose dormido. La fría sensación del metálico cañón de un arma en la nuca, sorprendió a Enrique que comenzó a toser con más fuerza.

-¡Son de los nuestros! —gritó el joven soldado.

Enrique despertó a su compañero de un codazo y extendió la mano para que le ayudasen a levantarse. Una vez en pie abrazó con la escasa fuerza que tenía a los soldados que le miraban pensando que estaba loco.

-¡Caray Quique, estás hecho una pena! —sentenció Sarasate al ver a su compañero— ¿Cómo te encuentras?

-¡Pichí, pichá!

Enrique avanzó hacia él con los brazos abiertos y se desmoronó al abrazarle.

-¿Qué ha pasado? —Enrique le miraba sonriente, estaba ido— Bueno ya me lo contarás, haré que os acerquen a Pineda y nosotros marcharemos a buscar al resto.

-¡No! —el grito asustó a Sarasate. Enrique le asió de las solapas con fuerza— ¡Están todos muertos y vosotros moriríais también! Volvamos todos al pueblo.

-¡No!, hace unas pocas horas todos vimos una señal. ¡Vimos a Cristo en el cielo!

-Créeme Amador. Estuve junto lo que causó esa señal. Ni se os ocurra ir.

Sarasate apartó al sargento y le ayudó a subir a su montura. Movié su fino bigote y decidió hacer caso a Enrique.

-¡Volvemos a Pineda! —gritó dando un mantazo al caballo.

Otro trueno y un relámpago casi instantáneo parecieron avisar de que la lluvia arreciaría. Sarasate se acercó a uno de sus soldados.

-Id cuatro de vosotros —dijo cuchicheando— a ese pueblo. Después volved a Pineda e informadme de lo que veáis.

95

Zarco del Valle¹⁹ se encontraba mirando por la ventana, miraba el cielo y sentía el calor del sol en su cara. Había decidido dejar de leer el escrito que la noche anterior le había dado de forma casi clandestina Enrique Quintero. Se frotó los ojos y dijo en voz alta:

-¡Cuando marzo mayea, mayo marcea!

Volvió a la mesa, contó las dos páginas que le quedaban de leer y volvió a hablar solo:

-Ya queda menos. En fin veamos.

Una suave brisa movió la cortina que le acarició la nuca. Zarco comenzó a leer en voz alta.

"Doy fe que la historia por mí narrada es cierta y cuento como testigos de parte a varias personas y de su totalidad sólo a una: Antón de Mantua, el muchacho que escapó conmigo y a quien le creció la pierna.

Pido de nuevo que se emplace en esa zona un destacamento para prevenir a las personas que por esos parajes se perdieran.

Asimismo pido también que ese destacamento realice incursiones con el fin de acabar con esa especie que por lo visto por mí mata sólo por matar.

Paso a relatar a continuación el número y nombre de las bajas acaecidas durante los sucesos relatados:

Gente que se nos unió en Pineda de la Sierra: Diez hombres.

Jerónimo Ayala, Mario De la Iglesia, Genaro Díaz, José Ibeas, Ludovico Gómez, Román Meroño, Eulogio Miñambres, Martín Redondo, Antón de Mantua y Manuel Cortés.

Sobrevivieron los dos últimos, aunque el tal Manuel no llegó a entrar en la niebla, muy a su pesar, por sufrir un accidente.

Soldados que nos llegamos a El Altar: Cuarenta y cuatro.

Capitán Alfredo Lequerica, Manuel Agüera, Vicente Arribas, Manuel Buzón, Gil Cardona, Gumersindo Cordoncillo, Cinto de Andrade, Manuel de la Gándara, Rodrigo Esparza, Carlos Espiel, Darío Choya, Fabián Cortés, Raúl Domínguez, Víctor

¹⁹ Teniente General D. Antonio Remón Zarco del Valle y Huet (1785 - 1866)

Furones, Andrés Girauta, Raúl Gutiérrez, Jeremías Hidalgo, Anselmo Ibáñez, Federico Landa, David Laínz, Mariano López, Oscar López, Pepe Losantos, Carlos Mencía, Javier Moa, Mateo Moro, Isaac Nebreda, Abel O´Riordan, Pío Otero, Juan Olvido, Nicolás Patajo, Gabriel Peña, Marcial Pérez, Santiago Puigcercós, Paco Rodríguez, Julio Romero, Pedro Sendino, Ezequiel Urquiza, Joaquín Valdueza, Rodrigo Vega, Eutimio Vidal, Emilio Villafañe, Fernando Vizcaíno y yo.

Tres sobrevivimos. Dos de los soldados: Manuel Buzón y Raúl Domínguez no llegaron a ver el pueblo. Uno por tener que quedarse en Pineda debido a un extraño padecimiento y el otro por tener que regresar allí para dejar las bestias, aunque según me contó sí llegó a entrar en la niebla y pasó por unos momentos terroríficos.

Hay que sumarle la presencia, ayuda y compañía del padre Juan Roma que quedó allí vivo con el propósito, quizá, de evangelizar a esos monstruos con la ayuda de Dios.

Del lugar de procedencia de los soldados supongo informado al ministerio. Ruego a usted haga algún escrito informando a las familias de la muerte de sus seres queridos, aunque el tiempo transcurrido ya se lo haya hecho suponer. Pido también que estos soldados, incluidos los voluntarios de Pineda reciban algún tipo de homenaje.

Para mí nada pido, ya que la vida que conservo es suficiente regalo. Me conformo con pasar lo que me quede de vida en Hiendelaencina, mi pueblo, y con saber que esta gesta no quedará olvidada.

Me despido emplazándole nuevamente a considerar el crear un destacamento por esa zona para prevenir posibles desgracias.

En Hiendelaencina a 2 de Marzo de 1820"

El general depositó la hoja sobre la mesa, giró la silla hacia la ventana, dijo "buf" varias veces y se levantó estremecido al escuchar cómo la puerta se cerraba bruscamente tras él. Ocupó la silla del otro lado de la mesa un hombre que ojeó el primer pliego del texto que contenía el título: "*Sobre los fantásticos sucesos que acontecieron en el pueblo llamado El Altar y las vidas que allí se perdieron*"

-¡Tiene que leer esto! —dijo el general a la persona que acababa de entrar.

-¡Ya lo hice!

-¿Cómo?

Antonio Zarco se sorprendió porque el escrito se lo había dado el sargento en persona la noche anterior.

-Me contó Sarasate toda la historia que el sargento Quintero le relató cuando le encontraron —comenzó a liarse un cigarrillo— El caso es que según Sarasate mandó unos soldados a ese “pueblo” —dijo peyorativamente esa palabra— y no vieron nada. Conozco a Quintero bastante bien y puedo asegurarle que tiene mucha inventiva, demasiada imaginación.

El contertulio dejó su gorro sobre la mesa, junto al escrito, cogió una de las hojas, la echó un vistazo y la dejó caer despectivamente.

-Puede ser, pero...

-Lo más probable es que se encontraran con los franceses, lucharan, muy bravamente eso sí no quiero desmerecerle, y que perdiera la cabeza.

-Habría que hacerle algo por tratar de hacer como ciertas una serie de fantasías. Encerrarle en el frenopático... ¡Qué sé yo!

-No, dejémosle tranquilo. Allí en su pueblo no creo que moleste. ¡Seguro que hasta habló de mí! Además ¿Quién creería esa historia de un desquiciado?

Ambos se echaron a reír. El general se puso la chaqueta y se sentó.

-¡Pues nada, muchas gracias mi buen amigo Azaña!

Sentado frente al general se encontraba el traidor de Azaña con una amplia y falsa sonrisa. El general le invitó a comer. Salieron del edificio y se dirigieron caminando hacia uno de los restaurantes que más fama tenían en Madrid.

Cuando una hora después el general salió del restaurante, la gente caminaba cubriéndose la cabeza tratando que el viento no se llevara lo que se la cubría.

-¡Marzo airoso, abril lluvioso sacan a mayo florido y hermoso! —sentenció sonriente.

-¿Leyó lo que le entregué anoche?

El general se giró, a su derecha con el sombrero en las manos se encontraba de paisano Enrique.

-¿Cómo? —preguntó Zarco tratando de parecer despistado.

-¿Si leyó lo que le confié anoche?

-Ah sí, sí. Lo hice.

-¿Y bien?

-¡Puees...!

Salió del restaurante Azaña que sonriente miraba hacia atrás despidiéndose de una dama. Enrique se turbó al ver la destrozada oreja del traidor, que con su única mano se colocaba sobre los hombros un gabán, y cubriéndose el rostro desapareció por una calle aneja antes de que pudiera ser visto por Azaña.

96

A la medianoche caminaba Azaña por la plazuela de los Mostenses, tras él a varios metros una figura le seguía oculta por la oscuridad. Hacia él caminaban otros dos hombres que borrachos se empujaban juguetonamente, la figura aceleró el paso y cuando los dos hombres estuvieron a escasos centímetros del traidor la figura le empujó hacia adelante poniéndole una navaja en el cuello. Los dos hombres se apresuraron a registrarle para ver si llevaba cosas de valor.

-¡Y mucho ojito con lo que cuentas "general"! —le dijo uno de los borrachos mientras le partía la nariz de un puñetazo con el que el traidor cayó de rodillas al suelo.

Azaña desde el suelo miró con odio como los asaltantes desaparecían riendo. Recogió el gorro que se le había caído durante la reyerta y cubrió su sangrante nariz con la manga, el pañuelo también se lo habían llevado. Alguien le tendió una mano, el traidor la aceptó y se alzó con su ayuda.

-¡Antes aquí había una iglesia muy hermosa! —la voz de Enrique asustó a Azaña— Tus amigos disfrutaban destrozando iglesias. Y matando inocentes. ¡Oh diosa razón!

-¡No eran mis amigos! —repuso tratando de parecer ofendido Azaña.

-Sí lo eran. Hice mal no poniendo vuestros nombres en el informe, me referí a vosotros como traidores o afrancesados. Y ahora dime, antes de que vuelva a mi pueblo ¿Cómo saliste? —Enrique salió de la oscuridad.

-¿Cómo salí de dónde? —Azaña hablaba nervioso, caminaba hacia atrás.

-De El Altar, yo mismo te maté. Bueno, eso creía al menos. Azaña pareció cobrar un poco de valentía y se detuvo.

-Cuando estuve en la China, en la embajada, conocí unos monjes que me enseñaron algo increíble. Aquel que viste no era yo.

-¡Pero yo te vi! —protestó de manera enérgica Enrique tratando de no levantar la voz.

Azaña rió de una manera diabólica.

-No me viste a mí, sargento de pacotilla. Viste una creación mía. No tengo tiempo de explicártelo y creo que no llegarías a comprenderlo —soltó despectivamente— Esa noche tuve mucho tiempo para pensar y me entró mucho miedo, para llevar a cabo mis planes sólo una cosa era importante, que YO siguiese con vida. La gente de ese pueblo servirá muy bien a mis propósitos, ¿Dices que morí?

-¡Sí!

-Lo tendré más difícil ahora. Pero puedo hacerles comer de mis manos.

-¡TU mano, si no te la arrancan de un mordisco!

-Lo dudo. Y en cuanto lo haya conseguido. Ni una sola iglesia quedará en pie amigo Quintero. ¡Ni una sola!

Enrique se adelantó y le pegó un par de puñetazos en la mandíbula y otros dos en el estómago.

-¡Alto, alto!

Las voces de dos vigilantes se escucharon cerca. Enrique salió corriendo, Azaña detuvo a los hombres que salían tras el sargento y les pidió que le acompañaran a su casa.

FIN

En Valladolid, Mayo de 2008